

**MÉTODOS Y TÉCNICAS CUALITATIVAS
DE INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES**

EDITORES:

JUAN MANUEL DELGADO

JUAN GUTIÉRREZ

PROYECTO EDITORIAL
SÍNTESIS PSICOLOGÍA

Director:
Juan Mayor Sánchez

Área de publicación

KarlNY

METODOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO

Coordinadora: Rosario Martínez Arias

Primera reimpresión: octubre 1995
Segunda reimpresión: junio 1998
Tercera reimpresión: diciembre 1999

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Juan Manuel Delgado
Juan Gutiérrez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
<http://www.sintesis.com>

Depósito Legal: M. 46 681 1999
ISBN: 84 7738-226-3

Impreso en España Printed in Spain

A Jesús Ibáñez

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	25
<i>Juan Gutiérrez, Juan Manuel Delgado</i>	

PRIMERA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN DEL CONTEXTO TEÓRICO CUALITATIVO

CAPÍTULO 1. LAS PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS CUALITATIVA Y CUANTITATIVA EN EL CONTEXTO DE LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS <i>Fernando Conde</i>	
1.1. Las bases originarias de la polémica: sustantivismo pro-cualitativo <i>versus</i> formalismo pro-cuantitativo en la filosofía griega	53
1.2. Génesis de la modernidad occidental (protocapitalista) en la Baja Edad Media: la creación de las bases sociales y culturales para la matematización del mundo (Nivel Epistemológico)	55
1.2.1. Una primera transformación de lo cualitativo en cuantitativo (siglos XII y XIII)	58
1.2.2. La trascendencia de esta aceptación en la historia de las relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo	59
1.3. La plenitud de la modernidad: Newton y la matematización de la Naturaleza (Nivel Teórico)	60
1.4. La construcción experimental de la metodología y de la tecnología (Boyle) para la producción de los “datos” y de los “hechos” (Nivel Metodológico)	62
1.5. Max Weber y la racionalización-formalización de lo social	64
1.6. La revisión del paradigma cuantitativista dominante: los nuevos desarrollos científicos	66

CAPÍTULO 2. LAS PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS CUALITATIVA Y CUANTITATIVA EN LAS CIENCIAS SOCIALES: DEBATE TEÓRICO E IMPLICACIONES PRAXEOLÓGICAS

Andrés Davila

2.1.	La radicalización de la dicotomía cuantitativismo/cualitativismo	69
2.1.1	Imperialismo cuantitativista	70
2.1.2.	Triunfalismo cualitativista	72
2.2.	Diseños de investigación: diseño táctico cuantitativista <i>versus</i> diseño estratégico cualitativista	74
2.3.	Actividades y dispositivos: de lo distributivo a lo dialéctico	78

CAPÍTULO 3. LA CONFRONTACIÓN DE MODELOS Y NIVELES EPISTEMOLÓGICOS EN LA GÉNESIS E HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Alfonso Ortí

3.1.	La complementariedad de los enfoques cualitativo-cuantitativo en el análisis de la realidad social: una complementariedad por deficiencia	87
3.2.	Las técnicas de investigación cualitativa como prácticas estratégicas de investigación social concreta	90
3.3.	El criterio de la adecuación metodológica en los modelos y niveles epistemológicos empleados en el análisis de la realidad social	91

CAPÍTULO 4. PROCESOS E INSTANCIAS DE REDUCCIÓN/FORMALIZACIÓN DE LA MULTIDIMENSIONALIDAD DE LO REAL: PROCESOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN/REIFICACIÓN SOCIAL EN LA PRAXIS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Fernando Conde

4.1.	Las limitaciones de la actual polémica entre las perspectivas cualitativa y cuantitativa en la Investigación Social	100
4.2.	Niveles más particulares y desagregados en la configuración de las distintas instancias o espacios de configuración de lo social	102
4.2.1.	La temporalización histórica	104
4.2.2.	La innominación/nominación	105
4.2.3.	La poliheterotopía	107
4.2.4.	La configuración simbólica	108
4.2.5.	La valoración simbólica	109
4.2.6.	La configuración semántica	110
4.3.	Las topologías	112
4.3.1.	La dimensionalización referencial	113
4.3.2.	La estructuración significativa	114

4.4.	El espacio euclídeo: el espacio plano y homogéneo de las cifras	115
4.4.1.	La denominación/denotación	116
4.4.2.	La distribución extensiva	117
4.4.3.	La escalación	117
4.4.4.	El recuento	118

CAPÍTULO 5. METODOLOGÍA, CONTEXTO Y REFLEXIVIDAD. UNA PERSPECTIVA CONSTRUCTIVISTA Y CONTEXTUALISTA SOBRE LA RELACIÓN CUALITATIVO-CUANTITATIVO EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Francisco J. Noya Miranda

5.1.	Introducción: sujeto, objeto y contexto	121
5.2.	Filosofía y metodología de la reflexividad y el contexto	123
5.3.	El análisis de contextos en la ISCUAN	127
5.4.	El análisis de contextos en la ISCUAL	128
5.4.1.	Hermenéutica objetiva	129
5.4.2.	Método de las narrativas comparadas	129
5.4.3.	Análisis de contenido contextual	130
5.4.4.	Pragmática lingüística de la organización	130
5.4.5.	Metodología cuadrícula-grupo-manipulación (" <i>grid-group-manipulation</i> ") de análisis cultural	130
5.4.6.	Metodología de la policontextualidad	132
5.4.7.	Constructivismo ecológico	133
5.5.	Conclusiones, precauciones, advertencias e "incorporaciones"	133
	Notas al capítulo 5	138

CAPÍTULO 6. TEORÍA DE LA OBSERVACIÓN

Juan Gutiérrez, Juan Manuel Delgado

6.1.	Introducción: la pluralidad de tipos de observación y sus fundamentos ...	141
6.2.	La observación participante	143
6.2.1.	Características de la observación participante	144
6.2.2.	Bases metodológicas: ¿hay un método etnográfico?	145
6.2.3.	Etnografías experimentales	147
6.2.4.	Problemas y limitaciones de la observación participante	148
6.2.5.	El debate <i>emic/etic</i>	151
6.3.	Un modelo de tecnología de la observación endógena: la autoobservación	154
6.3.1.	Fundamentación epistemológica	154
6.3.2.	Característica de la autoobservación	162
6.3.3.	Limitaciones y problemas de la autoobservación	168
6.4.	Conclusiones: algunas consecuencias para la teoría social	170
	Notas al capítulo 6	171

SEGUNDA PARTE LAS TÉCNICAS Y LAS PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN

CAPÍTULO 7. ANÁLISIS DE CONTENIDO

Pablo Navarro, Capitolina Díaz

7.1.	El marco epistemológico	177
7.2.	Los elementos de análisis y las estrategias de investigación	183
7.2.1.	Los niveles del fenómeno de la comunicación	184
7.2.2.	Las dimensiones pragmáticas del fenómeno de la comunicación	185
7.2.3.	Las dinámicas pragmáticas del fenómeno comunicativo	187
7.2.4.	Las estrategias de investigación	188
7.3.	El procedimiento estándar del AC	191
7.4.	Los métodos y las técnicas de AC	196
7.4.1.	Métodos centrados en el nivel sintáctico	197
7.4.2.	Métodos centrados en el nivel semántico	199
7.4.3.	Métodos centrados en el nivel pragmático	204
7.4.4.	Los métodos desde el punto de vista de las dimensiones pragmáticas de la comunicación	207
7.4.5.	Los métodos desde el punto de vista de las dinámicas pragmáticas de la comunicación	208
7.4.6.	Los métodos desde el punto de vista de las estrategias de investigación	208
7.5.	Apéndice: programas de ordenador para el análisis textual	208
7.5.1.	Información general sobre programas y procesos de análisis	209
7.5.2.	Descripción de algunos paquetes de programas	212
	Notas al capítulo 7	221

CAPÍTULO 8. SUJETO Y DISCURSO: EL LUGAR DE LA ENTREVISTA ABIERTA EN LAS PRÁCTICAS DE LA SOCIOLOGÍA CUALITATIVA

Luis Enrique Alonso

8.1.	Introducción: el grupo de discusión y las entrevistas en profundidad. Su lugar diferencial como prácticas de la sociología cualitativa	225
8.2.	La entrevista abierta en sus usos	228
8.3.	La práctica de la entrevista en profundidad	230
8.4.	El contrato comunicativo	232
8.5.	La interacción verbal	233
8.6.	La entrevista, el contexto social y la construcción del sentido	236
	Notas al capítulo 8	238

CAPÍTULO 9. LA ENTREVISTA PSICOLÓGICA

Carlos Rodríguez Sutil

9.1.	Introducción	241
9.2.	Tácticas y estrategias	243

9.3.	Objetivos y fases de la entrevista	245
9.3.1.	Entrada	245
9.3.2.	Indagación	246
9.3.3.	Encuadre	247
9.4.	Elementos	248
9.4.1.	Contexto	249
9.4.2.	Entrevistador	249
9.4.3.	Sujeto entrevistado	251
9.5.	Sobre la forma de conducir la entrevista	254

CAPÍTULO 10. HISTORIAS DE VIDA E HISTORIA ORAL

Cristina Santamarina, José Miguel Marinas

10.1.	El síntoma biográfico	259
10.2.	Las etapas y modalidades de la historia oral	263
10.2.1.	Primera fase: el antropologismo conservacionista	263
10.2.2.	Segunda fase: los estudios de la marginación	265
10.2.3.	Tercera fase: el estudio de las sociedades complejas	266
10.2.4.	Dimensiones	267
10.2.5.	¿Cómo se entiende el proceso de producción?	268
10.2.6.	El proceso de interpretación	269
10.3.	Las cuatro dimensiones centrales en la producción-interpretación de una historia de vida	272
10.3.1.	El problema de la escucha y la producción discursiva	273
10.3.2.	La recuperación del pasado	275
10.3.3.	El problema de la identidad	276
10.3.4.	El problema de la memoria individual y colectiva	279
10.4.	Otras cuestiones de método	281
10.4.1.	La elección del problema y de la perspectiva	281
10.4.2.	El diseño de la investigación	282
10.4.3.	Los "datos" y su interpretación	282
	Notas al capítulo 10	283

CAPÍTULO 11. GRUPOS DE DISCUSIÓN

Manuel Canales, Anselmo Peinado

11.1.	El estatuto sociológico del discurso social	288
11.2.	El grupo de discusión y el discurso social	289
11.3.	La "forma" del grupo de discusión	292
11.3.1.	La forma-grupo	292
11.3.2.	La forma-discusión	293
11.4.	El grupo de discusión y otras técnicas de investigación social	294
11.4.1.	Frente a la investigación cuantitativa	294
11.4.2.	Frente a la entrevista de respuesta abierta	295

11.4.3. Grupo de discusión y entrevista en profundidad	295
11.4.4. Grupo de discusión y entrevista de grupo	296
11.5. La técnica del grupo de discusión	297
11.5.1. Demanda del cliente y diseño	297
11.5.2. Fase de campo	302
11.6. La dinámica del grupo de discusión	306
11.6.1. La intervención inicial	307
11.6.2. La convergencia en la estructura del sentido	309
11.6.3. ¿De qué modo interviene el prescriptor durante la sesión?	310
Notas al capítulo 11	311

CAPÍTULO 12. DE LAS CONCEPCIONES DEL GRUPO TERAPÉUTICO A SUS APLICACIONES PSICOSOCIALES

Alejandro Ávila Espada, Antonio García de la Hoz

12.1. Antecedentes histórico-filosóficos de la psicoterapia de grupo	317
12.1.1. El grupo como objeto filosófico	318
12.2. Pioneros de la psicoterapia de grupo	321
12.2.1. La prehistoria del grupo: el individuo en el grupo	321
12.2.2. La prehistoria del grupo: el grupo en sociedad	326
12.3. El grupo terapéutico según Bion	328
12.4. El psicodrama de J. L. Moreno	333
12.5. El grupo-análisis de Foulkes	334
12.6. El aparato psíquico grupal de R. Kaës	336
12.7. La concepción operativa: aportaciones de E. Pichon Rivière	339
12.7.1. El modelo del cono invertido	339
12.7.2. El Esquema Conceptual Referencial y Operativo (ECRO)	341
12.7.3. Grupo familiar y grupo operativo	342
12.7.4. La concepción operativa del grupo	343
12.8. El modelo analítico-vincular	344
12.8.1. Aspectos conceptuales	345
12.8.2. Dispositivos técnicos	348
12.9. Posibilidades y límites de los grupos terapéuticos y sus derivados como técnicas cualitativas de investigación social	350
12.9.1. Grupo terapéutico	351
12.9.2. Grupo intensivo periódico	351
12.9.3. Grupo "laboratorio" o intensivo no periódico	352
12.9.4. Grupo de sensibilización	352
12.9.5. Grupo familiar	353
12.9.6. Grupo de discusión	354
12.9.7. Grupo operativo	355
12.9.8. Grupo de reflexión	356
12.9.9. Grupo institucional	356

CAPÍTULO 13. INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN EN GRUPOS FAMILIARES. UNA PERSPECTIVA CONSTRUCTIVISTA

Marcelo Pakman

13.1. Investigación, intervención y objetividad	359
13.2. Participación, reflexión y epistemología de la praxis	360
13.3. El terapeuta y sus metáforas	362
13.4. Reflexividad y participación	363
13.5. Participación, lenguaje y paradigma narrativo	364
13.6. Un círculo epistémico de organizadores para prácticas terapéuticas constructivistas	367
13.6.1. El lenguaje epistemológico	369
13.6.2. El lenguaje clínico (técnicas, temas y contextos de la conversación)	369
13.6.3. El lenguaje orientador del proceso terapéutico	370
13.7. Orientadores del proceso terapéutico constructivista	371
13.7.1. Mantener un bajo nivel de hipotetización y de apego a las hipótesis: un ejercicio de creencia/desapego	371
13.7.2. Promover circularidad en acción: la danza de la observación mutua	372
13.7.3. Mantener una "pasión educada", validando múltiples voces	372
13.7.4. Promover una atmósfera de connotación positiva, sin ser ingenuos.	373
13.7.5. Operar con apertura: unificar lenguajes	373
13.7.6. Usar el pasado (y todo lo demás) para organizar el futuro y abrir alternativas deseables	374
13.7.7. Generar eventos en el encuentro terapéutico	375
13.7.8. Una posible organización del tiempo	375
13.7.9. Criterios o parámetros axiológicos	376
Notas al capítulo 13	377

CAPÍTULO 14. LA ORGANIZACIÓN EGOÍSTA. CLAUSURA OPERACIONAL Y REDES CONVERSACIONALES

Víctor Bronstein, Juan Carlos Gaillard, Alejandro Piscitelli

14.1. Del lenguaje en las organizaciones a las organizaciones en el lenguaje	379
14.1.1. Creando organizaciones con palabras	381
14.1.2. Capacidades cognitivas de la organización	382
14.2. Redes conversacionales	384
14.2.1. Las conversaciones de/en la red	384
14.2.2. Los nodos de la red: acuerdos de segundo orden	386
14.2.3. Acuerdos de orden "n" y coreografía institucional	387
14.3. Dinámica de las organizaciones	387
14.3.1. Clausura operacional, organizaciones y sistemas vivientes	387
14.3.2. Resignación de autonomía	388
14.4. Más allá de la segunda cibernética: termodinámica de la organización	392
14.4.1. ¿Hacia dónde van las organizaciones?	393
14.4.2. Poder, autonomía y descripciones	393
14.5. Conclusión	395
Notas al capítulo 14	396

CAPÍTULO 15. DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LAS METODOLOGÍAS PARTICIPATIVAS

Tomás R. Villasante

15.1.	Pluralismo metodológico y participación	399
15.1.1.	La rebelión del laboratorio	399
15.1.2.	El pluralismo metodológico hasta cierto punto	400
15.1.3.	Las potencialidades que se abren	402
15.2.	Técnicas y técnicos empleados	403
15.2.1.	Analizadores prácticos desde los movimientos	403
15.2.2.	Técnicos aprendiendo lo integral	404
15.2.3.	La urgencia de las actuales implicaciones	405
15.3.	La Investigación-Acción-Participativa	407
15.3.1.	Sujetos con sujetos, partidos y partidos	407
15.3.2.	Fragmentos y participación	409
15.3.3.	Implicación en los juegos de espejos	410
15.4.	Praxeología	411
15.4.1.	La praxis y sus sentidos	411
15.4.2.	De los grupos a las aperturas potenciadoras	412
15.4.3.	Necesidad sentida y preguntas problematizadoras	413
15.5.	Las aportaciones del socioanálisis	414
15.5.1.	El analizador que provoca	414
15.5.2.	Cuadro de perspectivas metodológicas	415
15.6.	Prácticas para descubrir lo nuevo	417
15.6.1.	La producción en los grupos personalizados	417
15.6.2.	Triangulaciones en espacios no simétricos	418
15.7.	La programación IAP/PAI	419
15.7.1.	El autodiagnóstico para tocar fondo	419
15.7.2.	Negociar para construir el programa	421
15.7.3.	Desarrollar y evaluar lo realizado	422

TERCERA PARTE

LAS METODOLOGÍAS DE ANÁLISIS DEL DISCURSO E INTERPRETACIÓN CIENTÍFICO SOCIAL

CAPÍTULO 16. ANÁLISIS SEMIÓTICO DEL DISCURSO

Gonzalo Abril

16.1.	Introducción	427
16.1.1.	De la semiótica estructural al análisis del discurso	427
16.1.2.	De los códigos a las inferencias	429
16.2.	Sintaxis, semántica y pragmática	431
16.2.1.	La interdependencia de los tres órdenes de regularidad semiótica	431
16.2.2.	Cuestiones semánticas	433
16.2.3.	Más allá de la semántica	435

16.3. Niveles del sentido	436
16.3.1. Significado léxico, significado indicial y sentido interlocutivo	436
16.3.2. Frase y enunciado	437
16.3.3. La autorreferencia del enunciado	439
16.4. El decir sin decir	440
16.4.1. La actividad inferencial	440
16.4.2. La presuposición	442
16.4.3. La implicatura	445
16.5. La performatividad y los actos ilocutivos	447
16.5.1. Constatativos y performativos	447
16.5.2. La operación ilocutiva	448
16.5.3. Actos discursivos, instituciones y sujetos	450
16.6. La polifonía del discurso	451
16.6.1. El sujeto dialógico	451
16.6.2. Expresiones polifónicas	453
Notas al capítulo 16	457

CAPÍTULO 17. FORMACIÓN DISCURSIVA, SEMÁNTICA Y PSICOANÁLISIS

Francisco Pereña

17.1. Lenguaje, sujeto y discurso social	465
17.1.1. El exilio de la naturaleza	465
17.1.2. La equívocidad radical del hablar	466
17.1.3. El discurso social	467
17.2. Situación social, sentido y formación discursiva	468
17.3. Del triángulo culinario al triángulo sémico	470
17.3.1. Triángulo culinario, triángulo sémico e imagen de la mujer	473
17.4. Triángulo psicoanalítico	475
17.5. Exoducción	478
Notas al capítulo 17	479

CAPÍTULO 18. ANÁLISIS DEL DISCURSO Y TEORÍA PSICOANALÍTICA

Félix Recio

18.1. Psicoanálisis y lenguaje	481
18.1.1. En torno a la lingüística	481
18.1.2. Freud: las dos vertientes del lenguaje	483
18.2. Estructura de la palabra	484
18.3. El discurso como lazo social	484
18.4. Sobre psicoanálisis e investigación social	487
18.4.1. El estatuto del psicoanálisis	487
18.4.2. Sobre investigación con grupos de discusión y psicoanálisis	488
18.5. Apéndice: definición de algunos conceptos empleados	489
Notas al capítulo 18	491

CAPÍTULO 19. ANÁLISIS DEL SENTIDO DE LA ACCIÓN: EL TRASFONDO DE LA INTENCIONALIDAD

Fernando J. García Selgas

19.1. Comprender la acción: sentido e intencionalidad	493
19.2. El trasfondo de la intencionalidad	497
19.2.1. Argumentos para la aceptación del trasfondo	497
19.2.2. Aproximación a algunos rasgos del trasfondo	499
19.2.3. Sobre la naturaleza del trasfondo	500
19.3. Las manifestaciones actuales del trasfondo	502
19.3.1. Procesos de identidad	503
19.3.2. Habitus	505
19.3.3. Encarnación	509
19.4. Naturalización del sentido e historicidad de la encarnación	514
19.4.1. Primacía y redefinición de las manifestaciones	515
19.4.2. Desarrollos empíricos	516
19.4.3. Aclaraciones limítrofes	520
19.5. Resumen, conclusiones y algunas implicaciones	522
Notas al capítulo 19	526

CAPÍTULO 20. METODOLOGÍA PARTICIPANTE CON RIGOR

Gordon Pask

20.1. Introducción	529
20.2. El carácter de la Teoría de la Conversación y la Teoría de la Interacción de Actores	531
20.3. Alguna formalización	535
20.4. Algunas predicciones formuladas y resultados obtenidos	540
20.5. Otra anotación	542
20.6. Representación gráfica	543
20.6.1. La forma de los conceptos	543
20.6.2. Grupos coherentes	546
20.6.3. Rallas que se desdoblán, criterios de validez	549
20.6.4. Incoherencias y sus soluciones	549
20.6.5. Ambigüedades en general	553
20.6.6. La periferia	555
20.6.7. Acción de interacción	555
20.6.8. Operadores preposicionales	556
20.6.9. Más allá de la Teoría de la Conversación	557
20.6.10. La Teoría de la Interacción de Actores	557
20.7. Algunas observaciones	560
Notas al capítulo 20	560

CAPÍTULO 21. SOCIOCIBERNÉTICA: MARCO SISTÉMICO Y ESQUEMA CONCEPTUAL

Juan Luis Pintos

21.1. El modelo de metodología sociocibernética de Niklas Luhmann	563
21.1.1. Emergencia de la perspectiva luhmaniana	563
21.1.2. Método funcional	564
21.1.3. Una teoría funcional de los sistemas sociales	566
21.1.4. Observación, referencia, construcción	568
21.1.5. Códigos, criterios y programas	571
21.2. Un modelo de análisis de los imaginarios sociales: algunas especificaciones metodológicas	572
21.2.1. El marco de referencias espaciotemporales	573
21.2.2. La construcción bifocal de la realidad social	575
21.2.3. El análisis de los imaginarios sociales	576
Notas al capítulo 21	578

CAPÍTULO 22. SOCIOANÁLISIS CIBERNÉTICO. UNA TEORÍA DE LA AUTO-ORGANIZACIÓN SOCIAL

Juan Gutiérrez, Juan Manuel Delgado

22.1. Introducción: socioanálisis y sociología positiva	581
22.2. Sistemas reversibles y sistemas irreversibles	582
22.3. Análisis de la fractalidad social	586
22.4. Neguentropía. Un modelo de participación conversacional	590
22.4.1. Recursos interpretativos	592
22.5. Algunos campos de aplicación	594
22.5.1. Socioanálisis Cibernético e investigación social en Dupuy	597
22.6. Conclusiones	599
Notas al capítulo 22	600

GLOSARIO	605
----------------	-----

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	635
----------------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA	649
------------------------------	-----

ÍNDICE DE AUTORES

Abril, Gonzalo

Profesor titular de Teoría General de la Información en la Universidad Complutense de Madrid, ha ejercido la docencia sobre comunicación y semiótica en varias universidades de España y América Latina y ha publicado diversos trabajos sobre esas materias: *Signo y significación* (1976), *Análisis del discurso* (1982, 1986, en colaboración), *Presunciones* (1988), etc. Perteneció al consejo de redacción de *La Balsa de la Medusa*.

Alonso, Luis Enrique

Doctor en Ciencias Económicas, es profesor titular de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid. Especializado en Sociología Económica y en el análisis e intervención sociológica de los fenómenos de acción colectiva. Ha realizado diversas investigaciones e informes consultivos en esos campos, y publicado múltiples artículos en revistas especializadas y libros conjuntos. Asimismo ha efectuado estancias de investigación en las universidades de París-Dauphine, La Habana y Libre de Bruselas, entre otras.

Ávila, Alejandro

Doctor en Psicología. Psicólogo clínico y psicoterapeuta. Catedrático de Personalidad, Evaluación y Tratamiento psicológicos de la Universidad de Salamanca. Miembro fundador del Grupo Quipú de Psicoterapia. Miembro titular de SEGPA (Psicoterapia individual y de grupo). Especialista en diagnóstico, psicoterapia psicoanalítica y grupos.

Bronstein, Victor Raúl

Ingeniero electrónico por la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de Análisis Institucional y del seminario *Empresas y Comunicación*. Profesor adjunto de Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Consultor de Naciones Unidas. Asesor de empresas. Se especializó en el estudio y comprensión de los sistemas complejos en el marco de la teoría general de los sistemas y la cibernética. Trabajó sobre la organización y comunicación en los mismos centrándose sus actividades en el estudio organizacional de los sistemas sociales, especialmente la empresa.

Canales, Manuel

Sociólogo, doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (tesis dirigida por Jesús Ibáñez). Es profesor de Metodología de Investigación Cualitativa en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. Entre sus principales publicaciones en Santiago de Chile se encuentra *Metodología del análisis del discurso autobiográfico* (ECO, 1985), *Entre el silencio (el grito) y la palabra en Juventud chilena. Razones y Subversiones* (ECO, 1985). Igualmente es editor y coautor de varios artículos en la obra *En tierra extraña. Para una sociología del protestantismo popular* (Amerinda, 1989). Actualmente trabaja en una Sociología del habla.

Conde, Fernando

Sociólogo e investigador social. Director de CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública). Profesor del Curso de Postgrado de la Universidad Complutense de Madrid titulado *Praxis de la Sociología del Consumo: Teoría y Práctica de la Investigación de Mercados*. Codirector de la colección Debate Ciencia de la Editorial Debate.

Dávila Legerén, Andrés

Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, en la que ha trabajado como personal investigador (1989-1992, Departamento de Sociología IV). Actualmente es profesor de la Universidad del País Vasco, Departamento de Sociología II. Ha publicado diversos artículos sobre metodología y técnicas de investigación social, que constituyen su campo de trabajo.

Delgado, Juan Manuel

Licenciado en Sociología (especialidad de Antropología Social) por la Universidad Complutense de Madrid. Forma parte del personal investigador del Departamento de Sociología IV, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de dicha universidad. Ha publicado sobre teoría de sistemas sociales en *Revista de Antropología Social* y *Cuadernos de Trabajo Social*. Su área de trabajo es la intersección entre la metodología cualitativa, la antropología cultural y la cibernética de segundo orden. Su tesis doctoral, de próxima lectura y que comenzó a dirigir Jesús Ibáñez, se titula *Epistemología y tecnologías de la observación*.

Díaz Martínez, Capitolina

Licenciada en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Realizó sus estudios de postgrado en el Instituto de Educación de la Universidad de Londres. Actualmente es profesora asociada de Sociología en la Universidad de Oviedo. Sus campos de interés son la sociología de la educación y las metodologías cualitativas de investigación social. Autora de diversos artículos sobre educación, análisis sociosemántico y sistemas de autopercepción social.

Gaillard, Juan Carlos

Licenciado en Economía Política por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Es profesor adjunto de Análisis Institucional y del semina-

rio *Empresas y Comunicación* en la licenciatura de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Trabaja en el área de relaciones institucionales de un importante grupo empresario de Argentina (Socma Americana, S.A.) Fue secretario de redacción de la sección de economía y empresas de *El Cronista Comercial*, periódico de economía y negocios. Está especializado en la temática comunicacional de grupos y organizaciones.

García Selgas, Fernando J.

Doctor en Filosofía (Departamento de Lógica, Universidad Complutense de Madrid). Profesor titular de Filosofía y Metodología de las Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (UCM). Investigador asociado de la Universidad de Berkeley (California). Ha publicado trabajos sobre filosofía del lenguaje, teoría social y metodología de las ciencias sociales en diversas revistas especializadas. Es coautor de *Ensayos de Filosofía social* (Madrid, Libertarias-Prodhufl, 1992).

García de la Hoz, Antonio

Doctor en Psicología. Psicoterapeuta. Profesor ayudante de Técnicas de Psicoterapia de la Universidad de Salamanca. Miembro fundador del Grupo Quipú de Psicoterapia. Miembro titular de SEGPA (Psicoterapia individual y de grupo). Especialista en psicoanálisis aplicado y en grupos.

Gutiérrez Fernández, Juan

Licenciado en Periodismo y doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (Métodos y Técnicas de Investigación Social, con una tesis dirigida por Jesús Ibáñez). Ha ejercido como investigador social en varias empresas públicas y privadas. Actualmente es profesor en la Universidad Complutense de Madrid de Técnicas de Investigación Social y Estadística, en la Escuela Universitaria de Trabajo Social, y de Teoría de la Comunicación. Ha formado parte desde su fundación del grupo de investigación creado por Jesús Ibáñez y financiado por la DGICYT, del que actualmente es investigador principal. Sus áreas de trabajo son el desarrollo de metodologías de participación conversacional y la fundamentación teórica de la observación, específicamente, de las tecnologías de la observación endógena.

Marinas, José Miguel

Doctor en Filosofía. Profesor titular de Ética y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Tiene asimismo experiencia docente en la Facultad de Psicología de dicha universidad, y en diversos cursos en la Universidad Menéndez Pelayo (Santander y Cuenca) y en el *Curso de Ordenación del Territorio* (Madrid). Entre sus áreas de investigación se encuentra la semiología y sociología de las subculturas, sociología del consumo, sociología de la salud y sociología de la comunicación. Es consejero de GEAC (Gabinete de Estudios en Acciones Comunicativas) en el que dirige investigaciones de las áreas mencionadas, miembro de la redacción de *La Balsa de la Medusa*, y consejero editorial de *Clínica y Análisis Grupal*. Ha publicado en la *Revista de Occidente*, *La Balsa de la Medusa*, *Isegoría*, y *Universidad Menéndez Pelayo*, entre otras.

Navarro, Pablo

Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente es catedrático de Filosofía en el Instituto de Bachillerato de Algete (Madrid), y profesor asociado de Sociología en la Universidad Carlos III de Madrid. Sus intereses se centran en la epistemología de las ciencias sociales, la teoría de sistemas reflexivos, la matematización de teorías cualitativas de investigación social y la teoría sociológica. Autor del libro *El holograma social. Una ontología de la socialidad humana* (Madrid, Siglo XXI, 1994).

Noya Miranda, Francisco J.

Licenciado en Sociología, es becario del programa de formación de personal investigador del Ministerio de Educación y Ciencia en el Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica) de la Universidad Complutense de Madrid. Ha realizado estancias de investigación en las universidades alemanas de Bremen, Bielefeld y Mannheim. En la actualidad prepara en el departamento mencionado su tesis doctoral sobre *Las economías morales del Estado de Bienestar. Clases sociales, actitudes ante la igualdad y la pobreza y legitimación del Estado de Bienestar en España* (1980-1993). Sus áreas de trabajo son la teoría sociológica, el análisis de clase y la sociología del Estado de Bienestar.

Ortí, Alfonso

Profesor de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid, participó en la fundación y desarrollo de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales de Madrid de los años 1960 como vicesecretario. Desde un punto de vista teórico se sitúa en la corriente de la llamada sociología crítica (con fuertes influencias de la Escuela de Frankfurt, y formación alemana 1959-1961). Desde un punto de vista metodológico, trabajó como colaborador de Jesús Ibáñez en el instituto ECO de estudios de opinión y de mercado en los años 1960, así como de *freelance* para numerosos institutos y agencias de publicidad y empresas. Como historiador ha publicado monografías acerca de los problemas de la reforma social en España.

Pakman, Marcelo

Psiquiatra. Terapeuta familiar. Cibernético. Codirector de la Unidad de Internación Psiquiátrica del Departamento de Psiquiatría y Ciencias de la Conducta del *Berkshire Medical Center*, hospital afiliado a la Escuela de Medicina de la Universidad de Massachusetts (Pittsfield, Massachusetts, USA). Frecuente profesor invitado a dictar conferencias, seminarios, talleres en diversas instituciones, sociedades y universidades en Sudamérica, Estados Unidos y Europa, sobre temas de epistemología, cibernética, terapia familiar, intervenciones sistémicas, y el ámbito transdisciplinar entre ciencia, filosofía, religión e intervención social. En el campo de la investigación social en España, se ha dado a conocer por su edición de Heinz Von Foerster (1991) para la editorial Gedisa, de la que es asesor y colaborador.

Pask, Gordon

Licenciado en Geología, ingeniero de Minas, doctor en Medicina, doctor en Psicología, doctor en Cibernética. Ha investigado, entre otros centros, en el *Biological Computer Laboratory* (USA), en las universidades de Brunel (UK), Concordia (Montreal, Canadá), Autónoma de México, *Open University* (UK), Amsterdam, *Systems Research* (UK) *Old Dominion*

(Norfolk, USA), *University of Illinois (USA)*, etc. Ha trabajado con Turing, Von Foerster, Varela, de Zeeuw. Ha fundado numerosos centros de investigación y publicaciones periódicas. Posee más de trescientas publicaciones especializadas en cibernética, teoría de sistemas, teoría de la conversación y teoría de la interacción de actores. La relación entre estas dos últimas teorías constituye su actual área de trabajo.

Peinado López, Anselmo

Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesionalmente, se dedica a la investigación empírica (social y de mercados), desde 1977. En la academia y fuera de ella, se ha formado (en la teoría y en la empiria) con los "padres fundadores" de la metodología estructural española (Ángel de Lucas, Jesús Ibáñez, Alfonso Ortí y Francisco Pereña). Se sitúa en esta corriente del análisis del discurso.

Pereña, Francisco

Psicoanalista, miembro del grupo de Estudios Madrileños de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Durante los años 1960-1970 trabajó en la investigación social en colaboración con Jesús Ibáñez y José Luis Zárraga. Fruto de ese trabajo fueron diversas conferencias y cursos impartidos sobre investigación social. Actualmente es docente de la Sección Clínica de Madrid del Instituto del Campo Freudiano, subdirector de la revista *Estudios Psicoanalíticos* y asesor de la colección *Clásicos de Psiquiatría* de la editorial Dorsa.

Pintos de Cea-Naharro, Juan Luis

Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor de Teoría Sociológica en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y director del Departamento de Sociología y Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Santiago de Compostela. Es profesor e investigador invitado en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (El Salvador). Ha publicado obras de sociología de la religión: *Actitudes religiosas del Universitario español. Encuesta Fecum* (1968), *Tiempo de buscar* (1977), de sociología de la cultura: *Mapa cultural de Galicia* (1991) y de teoría sociológica: *Las fronteras de los saberes* (1990), La "recepción" de la sociología europea (1992), *El Imaginario católico* (1993). En los últimos años ha comenzado a desarrollar un programa de investigación sobre el orden social y los imaginarios sociales.

Piscitelli, Alejandro

Licenciado en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Master en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede Buenos Aires. *Master of science in systems science, University of Louisville* (Kentucky, USA). Profesor asociado de Teoría de la Comunicación, licenciatura de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Secretario ejecutivo adjunto del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Publicó *Ciencia en movimiento. La construcción social de los hechos científicos* (Buenos Aires, CEAL, 1993), así como numerosos artículos sobre temas de epistemología, sociología de la ciencia, comunicación y antropología de la tecnología, en especial redes, hipertextos y téc-

Recio, Félix

Es profesor titular en el Departamento de Sociología IV en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado artículos en libros colectivos sobre psicoanálisis y metodología de la investigación social. Trabaja en el análisis del discurso y en la teoría del sujeto.

Rodríguez Sutil, Carlos

Doctor en Psicología con una tesis titulada *Wittgenstein y el Problema de la Mente en la Psicología Contemporánea* (1990). Autor, junto con Alejandro Ávila Espada, del libro *Psicodiagnóstico Clínico* (Madrid, Eudema, 1992) y de numerosos trabajos sobre psicodiagnóstico y filosofía de la psicología. Profesor asociado de Evaluación Psicológica en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Director del Centro de Promoción de la Salud del Distrito de Retiro, del Ayuntamiento de Madrid.

Santamarina, Cristina

Licenciada en Sociología en las especialidades de Psicología Social y Sociología Industrial. Profesora asociada de la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Directora de estudios de la empresa CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública) ejecutora y responsable directa de numerosos estudios de investigación en medios, publicidad y opinión pública en los últimos diez años. Es autora de diversas publicaciones sobre temas de comunicación y publicidad. Ha sido representante española en el Congreso de ICOGRADA (Nairobi, 1988) así como participante en diversos seminarios de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Santander y Cuenca, y en el Primer Congreso sobre Comunicación Visual (Menorca, Federación de Asociaciones del Diseño/Asociación de Diseñadores Gráficos, 1989). Es también miembro del equipo docente del Curso de Postgrado de la Universidad Complutense de Madrid denominado *Praxis de la Sociología del Consumo: Teoría y Práctica de la Investigación de Mercados*.

Villasante, Tomás R.

Profesor titular en el Departamento de Ecología Humana y Población en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Es un gallego que vive en la sierra oeste de Madrid en una casa casi autosuficiente, y está vinculado a los movimientos ecologista y vecinal. También dirige un curso sobre metodologías participativas en la Red CIMS (para el impulso de movimientos sociales). Ha impartido conferencias y seminarios en unas cincuenta ciudades españolas y en buena parte de las metrópolis latinoamericanas. Ha publicado cinco libros sobre movimientos populares, temas urbanos y metodologías de redes sociales.

INTRODUCCIÓN

Juan Gutiérrez
Juan Manuel Delgado

*Obvia cosa es
¿No lo saben los niños de la escuela?
Los fines son elección simiesca;
sólo los pasos son elección del hombre.*

Aldous Huxley

El objetivo de esta introducción es informar al lector sobre el contexto y el proceso de producción del libro, sobre las palabras que en él se utilizan, sobre los autores, sobre las líneas de investigación y las líneas teóricas de los textos (sus referencias cruzadas, algunos itinerarios posibles) y sobre los problemas metodológicos e ideológicos que suscitan respecto al presunto mundo en que somos arrojados. Para ello realizaremos una presentación en tres actos.

Se hace necesario un comentario inicial. Nuestro libro no es sólo una comunicación sobre el estado *objetivo* de la investigación cualitativa en ciencias sociales. El nombre *Manual de métodos y técnicas cualitativas* hace referencia a esta primera dimensión. Sin embargo debe advertirse que los coordinadores hemos pretendido tal y como dijera Schütz (1974: 184) acerca de Mozart— mostrar los diferentes significados que tiene la misma situación (el libro, “la realidad social”...) para cada uno de los personajes/autores que forman parte de ella. Esta presentación que acometemos ahora nos debe permitir comprender que, para cada uno de los autores, la presencia y la ausencia de los otros es un elemento de su propia situación. Esta presentación nos debe revelar los resortes específicos mediante los cuales cada personaje actúa dentro de la situación y reacciona ante ella. Nuestro deseo en esta introducción es presentar pistas acerca del *cuadro familiar*, construir un marco típico para los sucesos (la guerra, en opinión de algunos) que tienen lugar en el escenario.

Los coordinadores *no han pretendido* en ningún momento ser Mozart. Pero con la ayuda de tan magníficos solistas, tan originales actores (escritores y no escritores) y tan sinceros (obscenos) articulistas puede conseguirse, con un poquito de abstracción, disfru-

tar de la simultaneidad de las diferentes corrientes de conciencia, de sensibilidad e, incluso, de posibilidad.

Ahora bien, sólo si el lector se apercebe de su necesaria implicación como interlocutor del texto (de la ópera, del drama) podrá acceder a las relaciones entre autores-personajes-coordinadores, a la palpitante vida interior de esa situación intersubjetiva propia de una comunidad, de un nosotros, de un libro como el que el lector tiene en sus manos.

1. Contexto y proceso de producción del libro

1.1. *Sobre las palabras*

Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales es un texto polifónico, como no podía ser de otra manera tratándose de un libro de cualitativo. El contexto viene dado por el género del Manual de Consulta, denostado por su complacencia para con las ansiedades de los no iniciados (explicación, ejemplos, mostrar los saberes-cómo, claridad), y quizá no suficientemente valorado por su capacidad para difundir en esos mismos alumnos y, en general, en el resto de la comunidad académica y profesional marcos conceptuales, redes de autores e itinerarios bibliográficos.

El texto en curso ha pretendido dar elaboración primero y respuesta después al requerimiento “hacer un manual de cualitativo”. La historia editorial de lo cualitativo que, sin duda, nos precede no parece haber eliminado la presunción de agrafía que se atribuye a varios metodólogos cualitativos de nuestro país. La edición de la complejidad no pretende apresarla sino servir de plataforma para su efecto multiplicador.

No obstante, frente a los conocidos vicios de manuales y polifonías, aquí se ha pretendido desde el comienzo realizar un texto ordenado con criterios semánticos, capaz de proporcionar un mapa (en extensión, intensidad y temporalidad) de los principales autores y las principales técnicas y metodologías que caen dentro o alrededor de la denominación de “cualitativas”. Para ello hemos realizado un diseño que abarca desde aspectos genéricos del conocimiento científico social, hasta las distintas metodologías de análisis del discurso, pasando por las técnicas más relevantes para la producción de información cualitativa. El resultado final cuenta con la participación de algunos de los principales especialistas nacionales e internacionales en la historia y el presente de cada una de las técnicas y métodos de investigación y análisis, formados (nosotros, sin ir más lejos) inventados y/o dados a conocer en España en el entorno vital y en la obra de Jesús Ibáñez. Es por esto que la presente introducción debiera haber sido escrita por Ibáñez. Probablemente la misma necesidad de completud y la exigencia de una suerte de justicia histórica, que palpitan en las intenciones de sus discípulos más jóvenes y directos (nosotros, por ejemplo), fueron las causas de su disidencia de dicha tarea. En lugar de obligarse siquiera a dejar hablar acerca del grupo de discusión (del cual, en más de una comunicación personal dijo estar hasta los innumerales) prefirió diseñar y editar su ámbito teórico y metodológico de mayor interés, a saber: la segunda cibemética en la génesis de la investigación social de segundo orden.

Por nuestra parte, para la concepción y organización de los capítulos hemos tenido en cuenta una visión abierta de lo cualitativo y sus relaciones con distintos lenguajes científico-sociales, así como la matriz compleja de la investigación social que diseñara el propio Jesús Ibáñez, guardando para los capítulos *Teoría de la observación* y *Socioanálisis Ci*

bernético la fundamentación de nuestra personal manera de recoger el testigo y entender la investigación social de segundo orden.

En primer lugar debemos expresar nuestra posición respecto al par cuantitativo-cualitativo. Ante este debate, es frecuente leer contextualizaciones de las dos perspectivas en dos trayectorias históricas de mayor o menor antigüedad, en las cuales se especula sobre el comportamiento futuro de ambas líneas con aparente vocación de paralelas (siendo la cualitativa una línea “marginal”, en el discurso de no pocos autores). En dicha estrategia de explicación se ubican quienes prolongan la filiación, al menos, hasta el empirismo/racionalismo del siglo XVII, o quienes suspiran por la bifurcación embrionaria de la Escuela de Chicago, y apuestan por una futura reconciliación.

Más allá de la solución (!) reclamada por la “racionalidad de lo real”, en la cual se elogia la agregación de informes cuantitativos y cualitativos por parte de las empresas de investigación de mercados, el debate cuantitativo-cualitativo puede llegar a constituirse en cuestión compleja si desvelamos las numerosas oposiciones que anuda, la contingencia histórica de su génesis y su relación constructiva-interpretante respecto a la realidad social. La tensión entre la relevancia/pertinencia inherentes al discurso y la precisión de los datos, el deslindamiento entre filosofía e investigación, la disyunción clásica y ética entre la reproducción y el cambio social, ideologías del consenso y del disenso, la complementariedad de las apuestas *etic* y *emic* en la ecología de los puntos de vista, o bien la distancia que media entre el énfasis tecnológico y la reflexión epistemológica, son algunos de los conceptos con los que se puede dotar de sentido la solución de continuidad (y también la distancia) entre la pluralidad de los métodos, técnicas y prácticas de la investigación social.

Es también sabido que el reconocimiento de la oposición, expresado con el separador cuantitativo/cualitativo ha generado un repertorio de estrategias para el manejo de las dos perspectivas: la convergencia, la combinación, la yuxtaposición, la articulación, son algunas de las preciosas palabras bajo las que se defienden distintas rutinas de utilización de las unas y las otras.

Este libro no puede ni ocuparse en detalle de la polémica, ni pretender zanjarla con una elección o con un resumen. Baste realizar dos apuntes.

En primer lugar, debe renunciarse a la creencia en la pureza de los géneros, apartados, conceptos, etc. Parece evidente que hay cuantitativo dentro de lo cualitativo y cualitativo dentro de lo cuantitativo. Esto implica que cuantitativo y cualitativo, bien sustantivados o funcionando como calificativos de técnicas, no proporcionan la unidad más relevante y decisiva para dilucidar los problemas de metodología en las ciencias sociales.

En segundo lugar, el modelo topológico que se propone aquí es el de un espacio continuo cuyos extremos no están definidos a izquierda por lo cuantitativo y a derecha por lo cualitativo, sino por una gradación que va desde el énfasis en la técnica y la ausencia de una reflexión metodológica y epistemológica, hasta el énfasis precisamente en la reflexión metodológica y epistemológica. Este continuo representa el ámbito de la metodología misma, y ha sido empleado por nosotros para ordenar las técnicas en un gradiente de complejidad.

En efecto, la primera parte, titulada *La construcción del contexto teórico cualitativo* está dedicada a las perspectivas metodológicas y los modelos de interpretación que vertebran la complejidad del par cuantitativo/cualitativo, así como a construir una teoría (y por tanto un lenguaje, una terminología) de la observación que permita al lector preguntarse y

tar de la simultaneidad de las diferentes corrientes de conciencia, de sensibilidad e, incluso, de posibilidad.

Ahora bien, sólo si el lector se apercibe de su necesaria implicación como interlocutor del texto (de la ópera, del drama) podrá acceder a las relaciones entre autores-personajes-coordinadores, a la palpitante vida interior de esa situación intersubjetiva propia de una comunidad, de un nosotros, de un libro como el que el lector tiene en sus manos.

1. Contexto y proceso de producción del libro

1.1. Sobre las palabras

Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales es un texto polifónico, como no podía ser de otra manera tratándose de un libro de cualitativo. El contexto viene dado por el género del Manual de Consulta, denostado por su complacencia para con las ansiedades de los no iniciados (explicación, ejemplos, mostrar los saberes-cómo, claridad), y quizá no suficientemente valorado por su capacidad para difundir en esos mismos alumnos y, en general, en el resto de la comunidad académica y profesional marcos conceptuales, redes de autores e itinerarios bibliográficos.

El texto en curso ha pretendido dar elaboración primero y respuesta después al requerimiento “hacer un manual de cualitativo”. La historia editorial de lo cualitativo que, sin duda, nos precede no parece haber eliminado la presunción de agrafía que se atribuye a varios metodólogos cualitativos de nuestro país. La edición de la complejidad no pretende apresarla sino servir de plataforma para su efecto multiplicador.

No obstante, frente a los conocidos vicios de manuales y polifonías, aquí se ha pretendido desde el comienzo realizar un texto ordenado con criterios semánticos, capaz de proporcionar un mapa (en extensión, intensidad y temporalidad) de los principales autores y las principales técnicas y metodologías que caen dentro o alrededor de la denominación de “cualitativas”. Para ello hemos realizado un diseño que abarca desde aspectos genéricos del conocimiento científico social, hasta las distintas metodologías de análisis del discurso, pasando por las técnicas más relevantes para la producción de información cualitativa. El resultado final cuenta con la participación de algunos de los principales especialistas nacionales e internacionales en la historia y el presente de cada una de las técnicas y métodos de investigación y análisis, formados (nosotros, sin ir más lejos) inventados y/o dados a conocer en España en el entorno vital y en la obra de Jesús Ibáñez. Es por esto que la presente introducción debiera haber sido escrita por Ibáñez. Probablemente la misma necesidad de completud y la exigencia de una suerte de justicia histórica, que palpitan en las intenciones de sus discípulos más jóvenes y directos (nosotros, por ejemplo), fueron las causas de su disidencia de dicha tarea. En lugar de obligarse siquiera a dejar hablar acerca del grupo de discusión (del cual, en más de una comunicación personal dijo estar hasta los innombrables) prefirió diseñar y editar su ámbito teórico y metodológico de mayor interés, a saber: la segunda cibernética en la génesis de la investigación social de segundo orden.

Por nuestra parte, para la concepción y organización de los capítulos hemos tenido en cuenta una visión abierta de lo cualitativo y sus relaciones con distintos lenguajes científico-sociales, así como la matriz compleja de la investigación social que diseñara el propio Jesús Ibáñez, guardando para los capítulos *Teoría de la observación y Socioanálisis Ci-*

bernético la fundamentación de nuestra personal manera de recoger el testigo y entender la investigación social de segundo orden.

En primer lugar debemos expresar nuestra posición respecto al par cuantitativo-cualitativo. Ante este debate, es frecuente leer contextualizaciones de las dos perspectivas en dos trayectorias históricas de mayor o menor antigüedad, en las cuales se especula sobre el comportamiento futuro de ambas líneas con aparente vocación de paralelas (siendo la cualitativa una línea “marginal”, en el discurso de no pocos autores). En dicha estrategia de explicación se ubican quienes prolongan la filiación, al menos, hasta el empirismo/racionalismo del siglo XVII, o quienes suspiran por la bifurcación embrionaria de la Escuela de Chicago, y apuestan por una futura reconciliación.

Más allá de la solución (!) reclamada por la “racionalidad de lo real”, en la cual se elogia la agregación de informes cuantitativos y cualitativos por parte de las empresas de investigación de mercados, el debate cuantitativo-cualitativo puede llegar a constituirse en cuestión compleja si desvelamos las numerosas oposiciones que anuda, la contingencia histórica de su génesis y su relación constructiva-interpretante respecto a la realidad social. La tensión entre la relevancia/pertinencia inherentes al discurso y la precisión de los datos, el deslindamiento entre filosofía e investigación, la disyunción clásica y ética entre la reproducción y el cambio social, ideologías del consenso y del disenso, la complementariedad de las apuestas *etic* y *emic* en la ecología de los puntos de vista, o bien la distancia que media entre el énfasis tecnológico y la reflexión epistemológica, son algunos de los conceptos con los que se puede dotar de sentido la solución de continuidad (y también la distancia) entre la pluralidad de los métodos, técnicas y prácticas de la investigación social.

Es también sabido que el reconocimiento de la oposición, expresado con el separador cuantitativo/cualitativo ha generado un repertorio de estrategias para el manejo de las dos perspectivas: la convergencia, la combinación, la yuxtaposición, la articulación, son algunas de las preciosas palabras bajo las que se defienden distintas rutinas de utilización de las unas y las otras.

Este libro no puede ni ocuparse en detalle de la polémica, ni pretender zanjarla con una elección o con un resumen. Baste realizar dos apuntes.

En primer lugar, debe renunciarse a la creencia en la pureza de los géneros, apartados, conceptos, etc. Parece evidente que hay cuantitativo dentro de lo cualitativo y cualitativo dentro de lo cuantitativo. Esto implica que cuantitativo y cualitativo, bien sustantivados o funcionando como calificativos de técnicas, no proporcionan la unidad más relevante y decisiva para dilucidar los problemas de metodología en las ciencias sociales.

En segundo lugar, el modelo topológico que se propone aquí es el de un espacio continuo cuyos extremos no están definidos a izquierda por lo cuantitativo y a derecha por lo cualitativo, sino por una gradación que va desde el énfasis en la técnica y la ausencia de una reflexión metodológica y epistemológica, hasta el énfasis precisamente en la reflexión metodológica y epistemológica. Este continuo representa el ámbito de la metodología misma, y ha sido empleado por nosotros para ordenar las técnicas en un gradiente de complejidad.

En efecto, la primera parte, titulada *La construcción del contexto teórico cualitativo* está dedicada a las perspectivas metodológicas y los modelos de interpretación que vertebran la complejidad del par cuantitativo/cualitativo, así como a construir una teoría (y por tanto un lenguaje, una terminología) de la observación que permita al lector preguntarse y entender la trascendencia de la posición de observación, el lugar desde el que se habla. Es-

ta parte responde al nivel epistemológico de la matriz diseñada por Jesús Ibáñez. Lo primero es responder a la pregunta para qué o para quién se hace aquello que se hace, porque de su esclarecimiento surgen con fluidez las preguntas y las respuestas acerca de la tecnología y la metodología

En la segunda parte, titulada *Las técnicas y las prácticas de la investigación social*, nos ocupamos con detalle de las distintas tecnologías de invención de textos. Si asumimos que en ningún lugar ni ámbito de la actividad humana existe una realidad dada independiente del sujeto, entonces debemos considerar la totalidad de las técnicas y prácticas de investigación como configuraciones históricas (contingentes, coyunturales, sintomáticas) destinadas a la invención o construcción de realidades, dinámicas, actores, etc. Los datos, los textos, los procedimientos de análisis no constituyen intuiciones del ser sino efectos de significado, juegos de lenguaje, ámbitos semióticos de circulación. No son objetos dados sino constructos. Las técnicas no buscan, recogen, rastrean algo que estaba al principio sino que encuentran, captan, construyen un resultado, un producto, un sentido en el contexto de la lingüisticidad de lo social.

Dentro de esta fase, las técnicas se ordenan según una jerarquía de tres variables:

1. Su posición en el continuo de la metodología (de menor a mayor reflexividad epistemológica).
2. El número de sujetos que forman parte del sistema u objeto en la relación de investigación.
3. La tipología del objeto (grupos naturales/artificiales).

En la tercera parte (*Las metodologías de análisis del discurso y la interpretación científico social*) hemos pretendido dar cabida a distintos recursos teóricos que se emplean en el análisis del discurso. Cada uno de estos métodos y varios a la vez pueden ser utilizados en la explotación del material producido mediante cualquiera de las técnicas de investigación expuestas en la segunda parte de este libro. Dada la precariedad de nuestras herramientas la consigna es sumar posibilidades, no restarlas. Para ello es necesario eludir la confrontación con cualquier ortodoxia y obtener rendimiento de sus pautas de análisis. Las distintas formas de clínica (psicoanálisis, terapias grupales) no constituyen *strictu sensu* ni técnicas ni metodologías de análisis científico social. Pero no es difícil reparar en que esta imposibilidad se debe exclusivamente a una determinada visión positivista de lo científico, de lo social y de su conjunción. Las distintas formas de clínica seleccionan los pacientes posibles, diseñan unos determinados encuadres o contextos de significado, observan puntuando la secuencia de acontecimientos en el discurso del analizante e interpretan en un proceso recursivo las dinámicas y su propia participación en las mismas con todos los elementos anteriormente citados. Tan solo es necesario tener una visión abierta del concepto de discurso y reflexionar sobre la naturaleza de los conceptos propios de sentido.

Por tanto nuestra aparente "heterodoxia" o eclecticismo en la compilación de técnicas de producción y análisis de discurso no responde a una interdisciplinariedad ni a una mera estrategia comercial. Cuando hemos dicho que el requerimiento fue "hacer un manual de cualitativo" ha debido entenderse que no era preceptivo ningún contenido ni orientación más allá de las propias de nuestras limitaciones conceptuales. La respuesta que elaboramos, en este sentido, no pasa por considerar lo cualitativo como reproducido en el interior de distintas disciplinas (inter-disciplinar) sino por defender su esencial trans-disciplinariedad. Sólo así puede entenderse la afinidad profesional que une a unos sociólogos con ciertos psi-

quiatras, por encima de sus relaciones con otros de sus compañeros de Asociación Internacional de Sociología. Podríamos rescatar aquí la idea de nomadismo intelectual, tan cara a Jesús Ibáñez. La cualidad de nómadas no debe entenderse como un atributo personal de los sujetos (so pena de arriagarnos a nuevas luchas entre nómadas y sedentarios) sino como el correlato en el ámbito de las posiciones de observación de la transdisciplinariedad de la metodología cualitativa. En otras palabras. Defendemos en el capítulo dedicado a la teoría de la observación la producción de certeza y de relevancia cognitivas que se genera al hablar desde la propia experiencia. La complejidad incuestionable del sujeto, su irremisible incompletud lo obligan a vagar por diferentes mundos. No en la posición de un turista –por recordar la propuesta de Bertolucci en *El cielo protector*– para quien se ha preparado una reproducción de la metrópoli en cada uno de los circuitos coloniales, sino en la posición de un sujeto capaz de construirse para sí sucesivas identidades, a cual más verdadera, más vivida, más experienciada. Un sujeto que no busca, ni rastrea, ni captura, sino que encuentra (Picasso).

1.2. Sobre las personas

Diseñar la estructura y seleccionar los autores implica la intención de los coordinadores de asignar a cada quien una partitura necesaria y suficiente para contribuir a una armonía preestablecida del texto.

Tomando prestada una metáfora militar de Andrés Davila, muy pronto en el proceso de producción de los textos (pues todos ellos son textos originales que fueron “encargados” a partir del diseño inicial) el estado mayor (los coordinadores) estalla en mil pedazos surgiendo a cada paso, en un proceso irreversible, al menos un nuevo estado mayor en cada uno de los elementos movilizados. Sin duda esta circunstancia es un ejemplo práctico de la complejidad y potencialidad de la investigación cualitativa. Hablar y dejar hablar desde/a la metodología cualitativa constituye siempre un ejercicio de apertura exponencial. Por consiguiente no autorizamos a buscar en este libro la armonía, el equilibrio. De manera especial para quienes no estén en antecedentes, pero para todo lector en general, el presente texto destaca por el desequilibrio, por la desmesura de los deseos que concurren en él, por la expresión utópica de la ansiedad, y por la pasión de cada personalidad puesta en juego.

Hemos comenzado refiriéndonos a las palabras, pero podríamos extendernos mucho hablando de las personas, de “los cualitativos”, esa especie de estados mayores unipersonales en permanente estado potencial de ignición. Unos explotan, otros retienen y se contienen hasta la patología. Junto a los que escriben están los ágrafos, y entre estos últimos se cuentan los que oralmente han contribuido durante años a consolidar la legitimidad del pensamiento cualitativo, constituyéndose en referencia verbal dominante, (por ejemplo, la precariedad textual de las referencias a Angel de Lucas recuerda la famosa agrafía de Birdwhistell en la Escuela de Palo Alto). Los unos y los otros no están exentos de ambición ni de espíritu “microcorporativo”, como lo demuestran las apropiaciones, expropiaciones y propuestas de nuevos modelos de análisis, observación, etc., cada uno debidamente bautizado con nombres comerciales (Escuela Cualitativa de Madrid, Metodología Estructural, etc.)

Nuestra siguiente tarea va a consistir en construir una orientación sustantiva, *post hoc*, de las distintas líneas de investigación y planteamientos teóricos que han quedado recoge-

dos en el libro. La multiplicidad de posicionamientos acerca de la cuestión cualitativo/cuantitativo y las complementariedades conceptuales más evidentes podrán seguirse a partir de las referencias cruzadas que hemos incluido en los textos (cuya responsabilidad, obvio es decirlo, nos corresponde exclusivamente a nosotros). Nuestro objetivo en el siguiente apartado será establecer nuevamente correlaciones o estructuras de sentido en el corpus textual que estamos introduciendo. Un sentido que emerge, más que nunca, híbrido y mestizo, en el instante de nuestra intencionalidad creativa.

2. Líneas de investigación y líneas teóricas

En la primera parte del libro (*La construcción del contexto teórico cualitativo*) el lector encontrará representadas dos posiciones de observación de los autores (la observación participante, como ejemplo de la observación exógena, y la autoobservación, ejemplo de la observación endógena) como criterio para distinguir y ordenar las contribuciones relacionadas con las perspectivas metodológicas, los modelos de interpretación y la teoría de la observación misma. No podrá obviarse que cada autor escribe desde una posición de observación particular (con consecuencias científicas, políticas, etc.) sin cuestionar por ello su complementariedad y la concurrencia posible de observaciones y observadores. Si bien la observación participante se ha mostrado enormemente fecunda para la investigación social cualitativa, numerosas investigaciones en curso animan a esperar de la observación endógena frutos al menos tan granados.

Los primeros cinco capítulos desarrollan, desde diferentes puntos de vista, el análisis de las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales.

El primer capítulo, realizado por Fernando Conde, aborda dicho análisis en el contexto de la historia de las llamadas Ciencias Naturales. Trata de describir cómo, de qué forma y en base a qué fuerzas, prácticas y operaciones se ha ido constituyendo el paradigma cuantitativista (modelo que se ha pretendido transferir, de forma reductiva, como modelo dominante, también, en las Ciencias Sociales). Tras realizar este análisis y señalar algunos de sus momentos más importantes, se finaliza apuntando cómo, en nuestro siglo, la gran mayoría de los descubrimientos de las denominadas Ciencias Naturales, cuestionan el anterior y reductor paradigma cuantitativo para abrirse a uno más amplio y complejo que tome en cuenta dimensiones cuantitativas y cualitativas dejadas de lado por el modelo anterior.

El segundo capítulo, realizado por Andrés Davila, desarrolla de forma más específica y pormenorizada cómo se han planteado en las Ciencias Sociales las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas. Tras situar críticamente las posiciones extremas de ambas perspectivas: los denominados "imperialismo cuantitativista" y el "triumfalismo cualitativista", se pasa a reformular dichas relaciones en una perspectiva que tome en cuenta las dimensiones estratégicas y tácticas de ambos enfoques, tanto desde el punto de vista del proceso de la Investigación como de su posible repercusión posterior. Asimismo dichas perspectivas se tratan de poner en relación con las dimensiones instituyentes e instituidas de los fenómenos sociales. Planteamiento que permite abordar y tratar de enriquecer la posición básica mantenida hasta ahora en el debate entre ambas. Por último, se desarrolla la relación entre las citadas perspectivas con la denominada "dialéctica" (Lourau, Ibáñez), como un nuevo enfoque que permite repensar el papel de la investigación tanto desde el punto de vista del sujeto como del objeto de la misma, así como la interacción entre ambos.

El tercer capítulo (Alfonso Ortí), se centra de una forma pormenorizada en el desarrollo de la complementariedad “por defecto” de las aproximaciones cualitativas y cuantitativas en la Investigación Social. Tras situar críticamente la reducción que la “academia” y la “empresa” llevan a cabo en esta problemática, se plantea cómo la polémica entre lo “cualitativo” y “cuantitativo” es casi consustancial al propio desarrollo de las Ciencias Sociales, dado uno de los problemas centrales de éstas: la “articulación del universo simbólico con los procesos sociales fácticos”. En este contexto y tras abordar lo específico de cada perspectiva y su incardinación con los diferentes niveles de configuración de lo social: los “hechos”, los “discursos” y los “procesos motivacionales”, se pasa a desarrollar la complementariedad “por defecto” de ambas perspectivas. Situando, por último, el papel central del sujeto investigador como “sujeto en proceso” en la articulación final y con “sentido” entre ambas perspectivas.

El capítulo cuarto (Fernando Conde), desarrolla la dimensión constructiva y polarizadora de las diferentes perspectivas, metodologías, prácticas y técnicas de investigación social y, por tanto, la dimensión concreta e histórica de las mismas. Frente a la dicotomía básica “cualitativo/cuantitativo” que reduce, casi, ambas aproximaciones a la confrontación de las dinámicas de grupo y la encuesta estadística, se plantea todo un conjunto de espacios y niveles intermedios más o menos cualitativos, más o menos cuantitativos, que trata de matizar y enriquecer el planteamiento más habitual, desarrollado por las Ciencias Sociales y analizado en los anteriores capítulos, con respecto a las citadas relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo. De este modo, estos sucesivos espacios y niveles de configuración de lo real, de lo social, posibilitan, al mismo tiempo que limitan y exigen, los usos diferenciados de ciertas metodologías y prácticas de investigación. En este contexto, las perspectivas cualitativas y cuantitativas más que dicotómicas tienden a desplegarse/complementarse “por defecto” a lo largo de todo un gradiente discontinuo, desde las situaciones sociales instituyentes donde reina la máxima apertura y fluidez a las situaciones sociales más instituidas en la que domina la formalización más extrema, la cristalización más vitrificada, el cierre formal más absoluto.

Un denominador común subyace a los cuatro primeros capítulos: la necesidad de articular y de complementar, y no de excluir ni enfrentar, unas y otras aproximaciones. Lo que comporta el tratar de abrir un punto de vista que no enfrente palabras y cifras, cuentos y cuentas, subjetividad y objetividad, como lo específico y diferencial de ambas perspectivas. En este sentido, lo abierto y lo cerrado, lo instituyente y lo instituido, lo formalizado-cerrado y lo formalizador-abierto, los conflictos sociales y su historia, etc., así como el papel central del sujeto investigador en todo los procesos y prácticas sociales de la investigación, son cuestiones que subyacen en todos estos capítulos. Cuestiones todas ellas que permiten reflexionar y abordar las citadas perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales desde otros y nuevos puntos de vista que posibiliten tanto el uso enriquecedor de todas y cada una de las prácticas sociales de la investigación, como la recuperación del papel central del investigador como “sujeto en proceso”, como “generalista de lo concreto”, en el desarrollo de las mismas.

En suma, en los primeros cuatro capítulos se presenta una etnografía de la cultura de los investigadores sociales en la España de las décadas 1960 a 1990. La denominación (tan circulante como históricamente concreta) de Escuela Cualitativa de Madrid describe la estrategia y las características de este movimiento. Fernando Conde, Alfonso Ortí y Andrés Davila han asumido la posición de cronistas (participantes) de la justificación de la racionalidad de lo real que operan las metodologías cuantitativas y su reducción (histórica)

de la dimensión cualitativa. Su planteamiento no deja de ser constructivista, aun cuando sus respectivos textos, en muchas ocasiones, hagan parecer lo contrario. Sin embargo no encuentran placer metodológico en la “puesta entre paréntesis del mundo”, sino en la descripción de lo que en él hay de prácticas reductivas de la complejidad y en la conquista de la “libertad” del analista o sujeto epistémico. El uso de analogías militares, macroestructuras (unidades de análisis tales como la institución, la realidad social, el interés, etc.) y el empleo de la metáfora escalar son estructuras (y también síntomas) que diferencian su socioanálisis de otros más recientes en el tiempo y recogidos en este mismo libro, como por ejemplo el que hemos denominado socioanálisis cibernético.

Fenómenos tales como la reflexividad, la circularidad, las pasiones o el sujeto concreto no toman parte central aquí, y el análisis de los diferentes modelos interpretativos no abusa de múltiples conceptos propuestos o insinuados en sus mismos textos. Así por ejemplo el texto de Andrés Davila entiende la historia de la ciencia en cuanto producto de una estrategia militar, como efecto de una lucha constante por el poder. La necesidad de incluir en este planteamiento al ser humano total (la envidia, el interés, el amor, el sinsentido, etc.) se encuentra reflejada con claridad en las raíces de su planteamiento y no tanto en los resultados más visibles (véase en este sentido la obra de Serres).

Precisamente la reflexividad (de objeto y método), el contexto (un enfoque contextualista) y una perspectiva constructivista son los argumentos principales con los que Francisco J. Noya construye su complementariedad entre la investigación social cuantitativa y la investigación social cualitativa. El trabajo muestra, además, los desarrollos que ha alcanzado el contextualismo en la filosofía y la metodología de la sociología cualitativa, y, en especial, las maneras y los ámbitos en que construyen ellas la amalgama de su reflexividad intrínseca y del contexto recién incorporado a su haber. Como precipitado final también se esbozan algunas críticas a la hegemonía estructuralista que se impone actualmente en algunas metodologías cualitativas.

Frente al texto de Noya, los cuatro primeros capítulos resuenan como una sola voz, perfectamente coordinada. Al igual que comentaremos para el caso de la antropología dialógica y del análisis semiótico, no debe buscarse en ellos una praxis (ni se plantea el problema) de la polifonía de la enunciación. El estudiante de sociología, psicología, historia de la ciencia, etc., podrá encontrar aquí (y en los capítulos dedicados a la entrevista y a las terapias de grupo) una utilización de las unidades de análisis que convencionalmente se consideran características de la ciencia social (grupos, sociedades, acción social). Sin embargo, además de estos enfoques el libro contiene ejemplos de utilización de otras unidades tales como el texto, el sujeto concreto (histórico, indeterminado, en palabras de Jesús Ibáñez), el individuo (una organización cognitiva fractal: véase el capítulo dedicado al *Socioanálisis Cibernético*), o la teoría de sistemas autorreferentes (autoorganizados, autopoieticos) puesta en funcionamiento en el análisis de organizaciones sociales tales como empresas (capítulo *La organización egoísta*) o bien organizaciones simbólicas tales como el imaginario social (véase *Socio-cibernética*). Tendremos oportunidad de ir nombrando las dimensiones teóricas, metodológicas y pragmáticas que hacen de cada capítulo en sí mismo una red de referencias.

Retomando el hilo de los distintos enfoques de lo cualitativo, podría decirse que para los autores de los primeros cuatro capítulos las ideas de complementariedad por deficiencia y adecuación, así como las relativas a los procesos de institucionalización toman carta de naturaleza en la metáfora de la escala de los niveles de la realidad social o de los peldaños en la reducción de la cualidad en cantidad.

En este punto la posición de los coordinadores, expuesta en los capítulos sexto (*Teoría de la observación*, centrado en lo epistemológico) y último del libro (*Socioanálisis Cibernético*, más metodológico), es de corte más autónomo y constructivista. Junto con esta introducción, que construye un mapa teórico, ambos capítulos forman un conjunto ordenado que responde a las investigaciones en curso y ha pretendido dar cabida a un pensamiento complejo. En el ámbito de las posiciones de observación los coordinadores hemos puesto el énfasis en la autoobservación. En lo relativo a los modelos topológicos se propone una visión fractal, mientras que para el caso de la demanda de experimentación hemos guardado nuestra visión constructivista de la creación metodológica y nuestra consciencia del papel que desempeña la tecnología. Esta circunstancia nos permite poner de manifiesto la pluralidad de ejes que poseen una distribución compleja en las distintas concepciones de lo cualitativo. Más allá de la identificación misticista de lo cualitativo con el cambio social podemos encontrar oposiciones interiores a dicho proyecto tales como las que median el uso de conceptos absolutos (revolución, paraíso, comunismo, felicidad, desorden, seguridad) y relativos (pasos, hipercomplejidad, impurezas, mestizaje), la hipótesis de partida en estructuras y correlaciones previas frente a la perspectiva del caos inicial y la ausencia de correlaciones, la utopía marxiana frente al constructivismo ecológico, etc. O bien, sin ir más lejos, la propia centralidad del par sujeto/objeto (para trascenderlo, para distribuirlo, etc.) dentro de las reflexiones acerca de la investigación cualitativa, extremo este que parece ser repetidamente obviado.

En fin, nos detendremos más adelante en la capacidad seductora de la metáfora de la escalera, en donde cada peldaño constituye una instancia o nivel diferente de configuración de lo real conformado, parcialmente al menos, por cada perspectiva teórica, metodológica y técnica puesta en marcha por el analista. En cuanto instrumento diseñado por el homo sapiens, la escalera (ya sea para subir a un manzano o como artefacto textual para subir a lo instituido –donde, por cierto, siempre hay ascensores–) apunta hacia su utilidad. La escalera construye analistas cuyas intencionalidades están claras: o se sube, o se baja, o depende. Por tanto la densidad del modelo afecta también a una visión del sujeto en tanto que sujeto intencional que actúa con arreglo a fines. Recordemos a Johnson (1991) o a Pross (1983) respecto a la recurrencia de la metáfora de la escalera.

La noción teórica de lucha de clases está orientada verticalmente. Trabaja con las representaciones espaciales de arriba y abajo. Esto responde al verticalismo general de nuestras representaciones de valor. Los "valores supremos" se pierden en el cielo, y resulta entonces difícil hallar derivaciones a los bajos profanos del trato humano. Esto rige tanto para las religiones como para la ética mundial. Las ciencias están orientadas verticalmente, lo mismo que el deporte y el juego (Pross, 1983: 23).

La cita de Pross es todavía más reveladora respecto al desecho convencional de la teoría social (la subjetividad) cuando se aproxima al análisis de equivalentes simbólicos en nuestras modernas sociedades industriales.

En la tradición bíblica, el dragón al pie de la escalera encarna el mal. Este se equipara al averno (*Unterwelt*). Abajo es malo; arriba, bueno; y lo mejor es lo supremo, lo infinitamente alto... Pero en la simbología científica moderna de la "escalera" son los seres humanos los que obstaculizan el ascenso deseable y los que, por consiguiente, encarnan el mal (Pross, 1983: 25).

En línea con esto proponer la ruptura de la escalera podría tomarse como una invitación a la locura (¡a la hipercomplejidad!). La reflexividad del sujeto convierte la flecha (o la escalera) de sus niveles y su intencionalidad en una circularidad toroidal (tridimensional) que constantemente está reconstruyendo el sentido de los pasos. Es así (por el proceso mismo de apertura al contexto que implica no apresarse a la finalidad) como la repetición de esa búsqueda, de esa producción y reproducción se convierte en una espiral. La misma que Alejandro Ávila y Antonio García de la Hoz han empleado para representar la aproximación a los niveles más profundos del sujeto, pero significando ahora la apertura, el dinamismo de la construcción misma de cada sujeto y de su mayor presencia en la enacción de una realidad social. Volveremos sobre este aspecto en el tercer apartado.

El capítulo sobre *Análisis de contenido* (Pablo Navarro y Lina Díaz) comienza discutiendo el marco epistemológico en el que esa corriente se sitúa, y sus relaciones con los métodos cualitativos en general y con otras tradiciones de análisis textual en particular. La sección segunda se ocupa de examinar los elementos de la realidad textual y las estrategias de investigación que puede considerar un estudio concebido en términos de análisis de contenido. Seguidamente, –en la sección tercera– se da cuenta de los grandes pasos que sigue un proceso estándar de análisis de contenido. En la sección cuarta se pasa revista a algunos de los métodos y técnicas específicas empleados por esta perspectiva metodológica. Finalmente, la sección quinta proporciona un apéndice dedicado a la presentación de los principales programas de ordenador disponibles para el tratamiento informático de datos cualitativos. La utilidad de este apéndice no se restringe al análisis de contenido sino que abarca el tratamiento de datos cualitativos producidos por otras técnicas de investigación.

Navarro y Díaz consideran, en la nota primera de su texto, que la frontera entre análisis cuantitativo y cualitativo está trazada sobre la diferencia entre determinar a priori o a posteriori los sistemas de distinciones cualitativas. A lo largo de su texto, la visión de Pablo Navarro y Lina Díaz comparte la perspectiva escalar que comentábamos para los capítulos iniciales acerca de las relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo, pero tomando aquí como eje la complejización creciente de la tecnología en el procesamiento de modelos matemáticos no métricos. Para estos autores lo cualitativo (la determinación a posteriori de un esquema de distinciones cualitativas para el análisis) alcanza su expresión depurada en la producción de visualizaciones analíticas de carácter topológico. Por tanto la disyunción hipotética entre cuantitativo y cualitativo no tiene lugar entre una matemática y la ausencia de matemática (idea desmontada por Andrés Davila y reubicada históricamente por Fernando Conde), sino entre una matemática métrica y una topología, una matemática no métrica. En consecuencia, el conocimiento y “procesamiento” de información cualitativa está limitado en su producción de fiabilidad, contrastación y validez por los desarrollos técnicos en el software correspondiente.

En resumen, podría decirse que Navarro y Díaz se sitúan por un lado dentro de la tradición cualitativa de Leibniz (topología) y, simultáneamente, en la tradición cuantitativa de Boyle (tecnológica, experimental). Tal y como estas son expuestas y analizadas por Fernando Conde en el primer capítulo del libro. El primer caso se hace evidente cuando hablan de la topología como límite o demarcación. El segundo caso se pone de manifiesto cuando afirman que el análisis de contenido y su historia son dependientes del desarrollo tecnológico (informático). Es así como se genera una suerte de determinismo de lo cualitativo en base a los sucesivos avances tecnológicos, con el consiguiente efecto de transformación del objeto que es propio de todo cambio tecnológico (la tecnología inventa su objeto).

En el capítulo octavo (*Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa*) Luis Enrique Alonso trata de demarcar el campo de mayor rentabilidad metodológica y técnica de la entrevista abierta, comparándola en su uso con el de otro de los más utilizados dispositivos de la sociología cualitativa: el grupo de discusión. Se trata así de explorar su lugar más pertinente en el proceso de la investigación sociológica, así como sus fundamentos teóricos y prácticos. A continuación se hace un estudio de la dinámica interna de la entrevista a partir del uso de materiales intelectuales extraídos de muy diversas trayectorias y escuelas teóricas, tales como la semiología, la etnometodología o la teoría sistémica de comunicación.

También dedicado a las técnicas de entrevista, el capítulo noveno (*La entrevista psicológica*, por Carlos Rodríguez Sutil) presenta una síntesis de la metodología práctica que requiere la entrevista en psicología clínica, así como los principales rasgos conceptuales que la definen. Se expone un modelo de entrevista dirigida al diagnóstico estructural de la personalidad y de los trastornos del comportamiento enmarcados dentro de dicha estructura. Se intenta, por tanto, armonizar las aportaciones principales del enfoque comportamental y existencial con un enfoque esencialmente psicodinámico y psicodiagnóstico tradicional. Siguiendo a Bleger (1977) consideramos que la entrevista es un fenómeno grupal, en el que interactúan entrevistador y entrevistado de manera dinámica. A lo largo del capítulo se proporcionan los consejos prácticos, junto con los necesarios ejemplos ilustrativos, que pueden guiar al profesional en la realización de las entrevistas. Se describen las tácticas y estrategias que definen la entrevista en sus modelos teóricos más conocidos, las fases y los elementos de la entrevista, las amenazas a la objetividad del examinador (sesgos y contratransferencia), los fenómenos por parte del examinado que dificultan la recogida de información (defensas, resistencias y transferencia), y la manera de superar dichas dificultades en la práctica. También se explica la forma en que deben realizarse las preguntas y las técnicas para indagar en la personalidad del paciente.

El artículo de José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (*Historias de vida e historia oral*) proporciona explícitamente un argumento de tipo metodológico que caracteriza la investigación cualitativa. Sería característico de la investigación cualitativa alterar (y consentir en la alteración de) la secuencia convencional (*more* cuantitativa) de la investigación social que comienza con el planteamiento de unas hipótesis y que convierte la experiencia de la investigación en un lugar para su contrastación. Una vez más nos vemos obligados a matizar que existen posiciones de observación cualitativa (la observación participante, la observación externa con registro cualitativo, el análisis de contenido) que permanecen fieles a los "algoritmos" de secuencialidad de la investigación. Como en todo proceso de investigación cualitativa, dicen estos autores, las hipótesis se ponen al final y la interpretación se pone en marcha desde el principio. En este caso observamos una clara asunción del constructivismo cognitivo que consideramos característico de la investigación cualitativa y que se pone aquí al servicio de la explotación de las historias de vida entre la pluralidad de datos proporcionados por las fuentes de la historia oral. En este tipo de investigación hay un recorrido, insistirán, que desemboca en un nuevo discurso: el construido con nuestro informe. En la propia organización de los contenidos del mismo es antepuesto el problema de la interpretación a los problemas técnicos y prácticos de la fijación/construcción de los textos. La enunciación hace lo que el enunciado dice: se comienza construyendo la originalidad y la potencia metodológica de analizar la transmisión oral, el síntoma biográfico en el contexto de las modalidades de comunicación de la sociedad de masas, se incluye a continuación un mapa de las etapas y modalidades de la historia oral y cuestio-

nes como las dimensiones, el proceso de interpretación, el problema de la memoria, la identidad y la recuperación del pasado pasan a ocupar un papel central. Nadie puede terminar la lectura de estas páginas sin tener la sensación de que los autores no han hecho sino hablar del problema técnico de la interpretación (tan largamente postergado, y que aparece aquí remitido a cada elección técnica en la realización de investigaciones mediante historias de vida); los autores solventan con eficacia otras cuestiones de método tales como el proceso de producción, la elección del problema y la perspectiva, el diseño de la investigación.

Manuel Canales y Anselmo Peinado (*Grupos de discusión*) matan varios pájaros de un tiro y plantean dos nudos centrales del libro (que ya habían sido tratados en la fundamentación de la autoobservación, en el capítulo sexto): los conceptos de discurso y sentido.

El primer objetivo alcanzado es dar cuenta de la forma y la técnica del grupo de discusión (diseño, tamaño, selección, duración, local, dinámica, intervención del prescriptor, etc.). El segundo objetivo alcanzado (entre otros muchos, pues los autores disparan con perdigones) es la exposición de un concepto de discurso social y un concepto de sentido, aproximadamente coincidentes con la denominada Escuela Cualitativa de Madrid, tejido en relación con Ángel de Lucas y Francisco Pereña.

A partir de este momento podemos afirmar ya que hay un concepto de sentido y un concepto de discurso en cada uno de los capítulos que conforman la presente obra.

Manuel y Anselmo se sitúan en la misma corriente que va a plantear más adelante el texto de Pereña (*Formación discursiva, semántica y psicoanálisis*). En la investigación estructural que practican estos autores el hablante es un agente social y, por tanto, ocupa un lugar en una estructura, en unas coordenadas sociales que poseen también una dimensión ideológica. Los hablantes se agrupan en clases de orden y de equivalencia (obreros, empresarios, campesinos, jóvenes), lo cual permite estudiar las producciones de cada "clase de iguales" como variantes internas al discurso social general. Esta idea de conjunción del sentido con una formación discursiva y unas condiciones de orden sociales precisa abundar en varios conceptos. Para estos autores, todo enunciado está inscrito en un orden que lo sobrepasa, un orden de referencia que es a su vez discursivo, un discurso que no se dice, pero que es la condición de posibilidad de lo que se dice, y que es interior al dicho, por la sencilla razón de que ese dicho, ese discurso concreto, se hace posible en el seno de una formación discursiva más amplia que determina las reglas y el sentido del discurso. La noción de formación discursiva designa precisamente ese fenómeno: el establecimiento de un orden, una unidad de reglas de distribución jerárquica, de relaciones y de lugares (los locutores) y en suma, de formación de un campo semántico que permite las variaciones específicas y la propia emergencia de los objetos. La formación discursiva distribuye la formación de un campo semántico determinado: cómo emergen los conceptos en sus diversas relaciones mutuas (de correspondencia, implicación, sustitución, exclusión, oposición, determinación y, por ende, de jerarquización) y en sus distintas estrategias (u organización de oposiciones semánticas). El artículo de Pereña (capítulo decimoséptimo) proporciona un recurso analítico de gran utilidad (triángulo sémico) y esboza su transformación posible en un triángulo psicoanalítico.

A una cierta distancia de esta perspectiva, Alejandro Ávila y Antonio García de la Hoz (*De las concepciones del grupo terapéutico a sus aplicaciones psicosociales*) construyen la noción de sentido más abiertamente referida a la elaboración psíquica de la experiencia del sujeto. Interpretar es indagar la referencia experiencial del síntoma. En su sistemático repaso a los distintos modelos y tipos de grupos terapéuticos (y de otras mo-

dalidades tales como el grupo de aprendizaje a través de la discusión, el grupo operativo, el grupo de reflexión) se pone de manifiesto asimismo la dimensión cualitativa del enfoque terapéutico en la reflexividad y el protagonismo de los sujetos en las dinámicas.

En esta misma dirección abunda el capítulo decimotercero desde una perspectiva constructivista y cibernética (*Investigación e Intervención en grupos familiares. Una perspectiva constructivista*). Marcelo Pakman replantea la relación entre investigación e intervención desde una epistemología no tradicional de las prácticas sociales. Aspectos de la epistemología constructivista en relación con las nociones de “historia”, “participación” y “reflexión” son elaborados en sus consecuencias para el analista en el área de la intervención terapéutica con familias. Finalmente es presentado un círculo epistémico de organizadores que sirven como guía para el investigador/interventor: se llama la atención del lector sobre una serie de pautas u orientadores que reemplazan las teorías etiológico-causalistas, ligadas a modelos clínicos instructivos en una epistemología tradicional. En definitiva, Pakman presenta una visión de conjunto de una articulación posible de una práctica constructivista (conversacional) en el campo de la terapia familiar, disolviendo la distinción entre las actividades de investigación e intervención.

En el capítulo decimocuarto (*La organización egoísta. Clausura operacional y redes conversacionales*, por Victor Bronstein, Juan Carlos Gaillard y Alejandro Piscitelli) se pretende explorar en qué consiste la autoorganización de los sistemas sociales. Para dar cuenta del fenómeno a explicar los autores se preguntan: ¿dónde existe una organización? y ¿por qué se tiene la sensación de que estos sistemas se van autoorganizando y perduran en el tiempo alcanzando estabilidad estructural y capacidad de adaptación? La hipótesis es que toda organización social es una forma en el dominio lingüístico, y que toda organización social es una red cognitiva. Por organización social deberá entenderse cualquier entidad compuesta por individuos que puede tener o no un objetivo de existencia (una familia, un club, una empresa, una escuela, un ministerio, etc.). Los autores pasan luego a analizar qué clases de conversaciones tienen lugar en la red lingüística de una organización asegurando su estabilidad en el tiempo. En ello juega un papel crucial la noción de acuerdo (o compromiso) entendido como una obligación o responsabilidad por una acción futura que se asume a través de una conversación. Los acuerdos que interesa analizar son los de segundo orden, o sea, los compromisos bajo los cuales las organizaciones existen como tales. El estudio de estas redes conversacionales permite identificar las características y formas de ejercicio de las líneas de autoridad y mando, conocimiento, status, amistad, circulación de información y otros aspectos estudiados por las teorías tradicionales del *management*. Definiendo a las organizaciones como sistemas autónomos que operan por clausura y como redes de conversaciones, reinscribimos las conductas propias de estos sistemas (capacidad de adaptación, plasticidad, capacidad de aprendizaje y reconocimiento de la identidad, fenómenos del poder) desde una perspectiva poco habitual. La epistemología experimental deja pues de ser una utopía y se convierte en un programa para la acción. El marco general del trabajo se inscribe dentro del linaje de la segunda cibernética (Von Foerster, Bateson) y especialmente abrevia en las aportaciones de Humberto Maturana, Francisco Varela y Fernando Flores. Su planteamiento teórico de la autoorganización ejemplifica la corriente de Varela, quien no enfatiza en la relación del sistema con el entorno a partir de la cual se construye orden a partir del ruido. Las diferencias en la visión de Varela y Dupuy son de matiz, pero quedan recogidas en nuestro libro, al igual que lo fueron en el famoso *Colloque de Cerisy*. Los autores de *La organización egoísta* insisten en la autonomía y la adaptación del sistema al entorno, ponen el énfasis en el sistema. Autores tales

como Dupuy o los propios coordinadores (véase el capítulo *Socioanálisis Cibernético*) ponen el énfasis en el proceso de emergencia de ese orden (incluido el propio sistema) a partir del ruido, la irreversibilidad y la entropía del entorno. Los primeros (discípulos directos de Varela en relación con la noción de autoorganización) hablan de plasticidad de adaptación y comportamientos propios del sistema. Los segundos (discípulos cruzados de von Foerster, Atlan e Ibáñez) hablan de emergencia de orden, neguentropía y fractalidad social. Junto a ello, en paralelo con las investigaciones de Atlan, los autores de esta perspectiva consideran que también el sujeto puede ser entendido como un sistema autoorganizado. Existe una tercera posición para la cual remitimos al lector al capítulo de Juan Luis Pintos.

Las metodologías de participación conversacional que se presentan en el capítulo decimoquinto (*De los movimientos sociales a las metodologías participativas*, por Tomás Villasante) no son sólo útiles para los movimientos sociales, o para las instituciones preocupadas por la participación social, sino que establecen un reto a la teoría del conocimiento y a las otras metodologías más usuales. Son metodologías desde los movimientos, desde los analizadores, desde la práctica, que obligan a replantear tanto los monismos como los pluralismos metodológicos. Se hace un recorrido por la Investigación-Acción-Participativa, por la praxeología de origen marxista, y por el socioanálisis, para debatir sus aportaciones tanto en contraste con otras perspectivas metodológicas, como las diferencias que encontramos dentro de esta misma perspectiva dialéctica y praxeológica. Se hace hincapié en los aspectos epistémicos y metodológicos, pero también se reinterpretan las técnicas como prácticas que concretan los posicionamientos globales de la investigación. Así, se postula captar líneas discursivas en proceso de construcción, y hacer una triangulación de tipos de discursos por contrastes, sobre entrevistas (grupales, individuales) y sobre tormentas de ideas. El texto aporta un ejemplo concreto (que se está realizando en Córdoba) de metodología de programación (IAP/PAI) como práctica participada y útil para los movimientos sociales y para las instituciones que se preocupen de estos temas.

Ahora bien, el mismo efecto de realidad que comentábamos para el primer capítulo del libro, propio de una posición del analista comprometida, aunque externa (especializada en el uso del grupo de discusión), cuyos recursos textuales se analizan en el capítulo sexto, lo encontramos en este texto de Tomás Villasante. Este autor realiza un espléndido ejercicio de antropología dialógica con los movimientos sociales, mostrando la posibilidad de alcanzar una conjunción entre unidades sociológicas teóricas (grupos, movimientos de masas, clase social) y el tratamiento no trivial de la posición del sujeto y la dinámica del cambio social. El punto de llegada de un diálogo de tales características es la conversación, y más aún, la teoría y la praxis de la participación conversacional. Podríamos incluso afirmar que el presente texto constituye un ejercicio de constructivismo atravesado de marxismo. Pero existe un bloqueo: en una conversación deben ser admitidas (estar permitidas) las transformaciones de las posiciones de los sujetos participantes. El rol de analista juega un papel restrictivo de la potencia conversacional del diálogo participante entre analista y objeto-sujeto investigado. Es evidente que Villasante es capaz de aprender muchas cosas de sus objetos de investigación, pero es poco probable que estos se autoorganicen en su presencia o con su colaboración, salvo que el mismo autor deje de ser una instancia investigadora para convertirse en un sujeto más de la unidad social en cuestión (en el momento de escribir esta introducción tenemos entendido que su conversión es inminente).

En el capítulo dedicado al *Análisis semiótico del discurso* (Gonzalo Abril) Se ofrecen conceptos y orientaciones básicas para un método de análisis del discurso que reúne varias

tradiciones de la investigación semiótica. Se rechazan las metodologías positivistas y se pretende una confluencia interdisciplinaria sobre el concepto de discurso. Tras revisar la distinción y la complementariedad de las dimensiones sintáctica, semántica y pragmática de la semiótica, se distingue entre significado de la frase y sentido del enunciado. El enunciado, de naturaleza compleja y reflexiva, es el objeto más específico del análisis del discurso. Se examinan distintas formas de presuposición así como la implicatura conversacional, expresiones de un “mostrar” que no es propiamente “decir”, que opera inferencialmente y que ha de explicarse también en el nivel de la acción sociodiscursiva. Se exponen observaciones básicas sobre la performatividad y se examinan, por fin, algunas expresiones de polifonía o interferencia discursiva. Gonzalo Abril se ha ocupado de desarrollar la dimensión pragmática en el análisis del discurso, mientras que el problema del análisis del discurso y la teoría e interpretación psicoanalítica incide en la dimensión semántica. Su planteamiento de la polifonía de la enunciación a partir de Bajtin y Ducrot se antoja como una posible salida para la antropología dialógica en su búsqueda de comunicar un verdadero diálogo intercultural. Asimismo el concepto de Portavoz ofrece no pocos paralelismos con los conceptos de individuo (capítulo vigesimoprimer) y P-Individuo (Pask). Uno de los puntos de llegada de este capítulo decimosexto es la incapacidad de la semiótica para tratar el discurso producido por grupos. Este hecho contrasta con la afirmación de Recio: “La función emotiva del lenguaje es más abordable, en el grupo de discusión, en un registro lingüístico (a través de los subjetivemas) o semiótico (semiótica de las pasiones)”.

Francisco Pereña abunda en esta inflexión semántica y estructural. Su desarrollo a partir del triángulo culinario de Lévi-Strauss de un triángulo sémico y un triángulo psicoanalítico es un ejemplo de la fecundidad de la interrelación de lenguajes teóricos en el análisis del discurso. Cientos de investigaciones de mercado y de agencias de publicidad avalan la potencia de este recurso analítico y del concepto de formación discursiva en el que toma contexto.

Félix Recio (*Análisis del discurso y teoría psicoanalítica*) pone varios puntos sobre las íes respecto a la controvertida cuestión del uso y abuso de la teoría psicoanalítica en el análisis del discurso. El dispositivo grupo de discusión –citamos textualmente–, trabaja, no sobre la apertura, sino sobre el cierre del inconsciente. Su objetivo es otro: analizar la promoción ideal del grupo, la identificación imaginaria en tomo a los significantes que los agrupan, las idealizaciones cristalizadas. El dispositivo opera en el cierre del inconsciente, en los saberes constituidos, en las identificaciones yoicas. Recio es aún más concluyente al afirmar que el dispositivo grupo de discusión es el revés del discurso psicoanalítico. De este modo plantea una posición que media la distancia existente entre la ortodoxia (el psicoanálisis es exclusivamente una forma de clínica) y el aplicacionismo (existe un análisis del discurso social more psicoanalítico), y que permanece abierta explícitamente a residuos de la teoría social como los componentes afectivos o pasionales de la producción de discurso.

Recio, Pereña y Abril quedan puestos en relación a partir de sus sucesivas invocaciones a la complejización creciente de los lenguajes analíticos para dar cuenta del análisis de los grupos.

El tercero de los lenguajes de análisis que hemos incluido en esta obra es el cibernético. La cibernética de segundo orden es la fuente de la investigación social compleja a cuyo desarrollo dedicó Jesús Ibáñez gran parte de sus esfuerzos más recientes. Análisis de la acción, de los grupos y de las unidades de análisis que podríamos denominar instancias anónimas (textos difundidos por medios de comunicación, totalidades sociales, etc.) forman la secuencia con la que hemos ordenado el punto de llegada del presente manual. Ibáñez re-

cordaba en una introducción de referencia obligada (Ibáñez, 1990) el efecto de la ubicación en último lugar: la historia de la filosofía escrita por Julián Marías hacía parecer que toda la filosofía occidental no era más que una preparación para la filosofía de Ortega y Gasset; toda la investigación de la segunda cibernética parece culminar con los dos textos del último epígrafe en la revista *Suplementos (Investigación social de segundo orden)*, escritos por Jesús Ibáñez. En este caso el punto de llegada es tal cuanto menos en un sentido cronológico.

Dentro del capítulo titulado *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad* (Fernando García Selgas) se muestra cómo comprender científicamente el sentido de la acción requiere reproducir cognitivamente de qué forma los agentes, mediante la actualización de la intencionalidad, ubican su (no)intervención material en el seno de un orden social de sentido. Pero para ello hay que tener claro qué es lo que hace posible el funcionamiento concreto de la intencionalidad. Así es como el autor se ha encontrado con el trasfondo o marco general de la intencionalidad y el sentido.

A la hora de precisar la naturaleza de ese trasfondo, los procesos de identidad, especialmente de la autoidentidad, han aparecido como una de sus primeras manifestaciones concretas. A partir de aquí se ha iniciado la búsqueda de una manifestación básica, que hoy apareciera como soporte ontológico y metodológico último del sentido de las acciones. Así el autor llega al concepto de “habitus”, y de éste al de “encarnación”. Con él, además de concretar aquella manifestación básica, consigue situarnos de la mejor manera posible ante problemas realmente relevantes, como es el de recuperar al agente sin negar ni la socialidad de su naturaleza carnal ni la materialidad de sus marcos de sentido. Por último este capítulo aclara los límites, y la aplicabilidad empírica de la propuesta presentada.

Gordon Pask (*Metodología participante con rigor*) presenta un condensado capítulo que hubiera podido titularse “la teoría de la conversación y la teoría de la interacción de actores se articulan como una reflexión teórica y metodológica acerca de la interacción conversacional entre actores o participantes”. Un participante es un P-Individuo (entidad psicosocial autoorganizada) acompañado de su M-Individuo (individuo mecánico). A partir de aquí el rigor responderá tanto a la propia síntesis de las teorías fundamentales en la cibernética de segundo orden (Pask ha hecho un esfuerzo prodigioso, pero no debemos olvidar que cuenta con la ventaja de ser su inventor), como al uso de la lógica y la matemática de la distinción (Spencer-Brown), la lógica de la acción de Von Wright, las lógicas modales y temporales (Güther y otros), los cálculos de Petri, la lógica de Taylor y los cálculos de Rescher “de forma dinámica y en cierto modo ampliada además, desde luego, de las matemáticas normales”. Todo ello para evitar de forma estrictamente cualitativa que la exposición degenerare en vana verborrea. En particular, los acuerdos conversacionales tratados en el texto de Bronstein, Gaillard y Piscitelli, o la idea de participación conversacional manejada en los capítulos de Tomás Villasante y de los propios coordinadores están en estrecha conversación con los planteamientos de Pask.

El capítulo *Sociocibernética: marco sistémico y esquema conceptual* (Juan Luis Pinotos) pone a disposición del lector dos muestras de la utilización de planteamientos sociocibernéticos en el campo de lo propiamente sociológico (si es que nos es lícito seguir empleando tales denominaciones más allá de su valor clasificatorio académico). En la primera parte de este capítulo se tratan de exponer los enfoques de la cuestión metodológica tal como lo viene haciendo el profesor de la Universidad de Bielefeld Niklas Luhmann. El autor se detiene específicamente en el método funcional, en la teoría de sistemas autorreferentes, en la observación y en la codificación y programación en la perspectiva constructivista. En la segunda parte presenta una de las posibilidades de entender los planteamientos de la posición

luhmaniana, que no una “aplicación” de su metodología a cuestiones concretas. Analizamos los marcos de referencia espacio-temporales, la construcción bifocal de la realidad social y la analítica de los imaginarios sociales. El profesor Pintos, uno de los pocos teóricos y metodólogos sociocibernéticos de nuestro país, destaca la conjunción de la distinción (semántica) y la indicación (pragmática) que tiene lugar en la observación de sistemas sociales. De este modo el énfasis, entendiendo así la corriente desbrozada por el propio Luhmann, radica en la distinción misma entre sistema y entorno.

El *Socioanálisis Cibernético* (Juan Gutiérrez y Juan Manuel Delgado), pretende afrontar el problema de acumular materiales (metodológicos y teóricos) para una visión compleja y operativa de la construcción de realidad social. Hemos argumentado que su posibilidad comienza con la puesta en cuestión del concepto habitual de sistema que se maneja en la investigación social no socioanalítica. Las nociones de complejidad, sistemas irreversibles, estructuras emergentes, diversidad de comportamientos propios, y autoorganización son esenciales para desarrollar tecnologías de investigación social capaces de reconstruir esa complejidad social. El reconocimiento de la autonomía de lo social y sus dinámicas históricas, irreductiblemente sistémicas y complejas, debe conducir a una responsabilidad constructiva respecto al futuro (von Foerster, 1991) y a una estética de la integración ecosistémica (Wilden, citado en Morin, 1973: 31).

El soporte último de la responsabilidad y la visión sistémica es el individuo. El socioanálisis cibernético es, en tanto que centrado en el individuo, el dispositivo autoobservador por antonomasia. Es así como el concepto de sentido que se maneja hace referencia a una actividad selectiva (y en esto se asemeja a la idea de sentido del capítulo primero y séptimo) y heterogénea del sujeto en su interpretación creativa (Varela, 1990: 109) de los contextos complejos (y en esto se asemeja a la idea planteada por Fernando García Selgas) y en su atribución de aspectos genéticos (históricos) al objeto. La impureza y el sinsentido que se hacen posibles en este concepto marco de sentido son, en su propia virtualidad, una garantía de hipercomplejidad en los mundos y las realidades sociales. (véanse los conceptos de complejidad y sentido en el *Glosario*, y el concepto de heterogeneidad en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*).

3. Recorrido por la investigación social cualitativa y el objeto de la teoría social

Para iniciar este recorrido teórico proponemos pensar –aunque con diferencias respecto a Leibniz, según se expondrá– que el mundo está compuesto de mónadas. Estas mónadas serían diferentes las unas de las otras al tiempo que serían cualitativamente idénticas las unas a las otras. En este sentido, estas mónadas son intersubjetivas, o dicho a la manera de Dupuy (1992), son “mónadas interindividuales”, son ventanas. A la aclaración de estas cuestiones vamos a dedicar las siguientes líneas.

Comenzaremos proponiendo dos preguntas: la primera de las mismas será en qué sentido son idénticas las mónadas unas a otras, mientras que la segunda de las cuestiones afecta a la limitación subsiguiente a toda teoría monadológica, lo que Dupuy llama “ontoteología”; es decir, la segunda pregunta hará referencia a cuál es la naturaleza de la mónada de las mónadas.

Caben pocas dudas sobre el hecho de que nuestra segunda pregunta (pertinente y necesaria, aunque fuente de numerosas paradojas) versa sobre la “Totalidad”. Según el pensamiento holístico las mónadas alcanzan un orden gracias a “una mano invisible”, el cual

produce un “orden colectivo” que sería el resultado de “una armonía pre-establecida”. Si Foucault habla de “estrategia sin sujeto”, Hayek y Althusser lo nombran como “proceso sin sujeto”: tanto da la “astucia de la razón” (Hegel) como la “astucia de la historia” (Bourdieu). En cualquier caso todos ellos coinciden en la creación de un “punto fijo exógeno” (un punto de vista divino, externo) desde el cual explicar esas totalidades. Dice Nietzsche revisando a Leibniz: “Si Dios ha muerto, entonces el mundo no es otra cosa que caos, es sin belleza, sin nobleza, sin origen ni final, sin finalidad, sin sentido. El mundo no es otra cosa que un conjunto de puntos de vista individuales inconmensurables que no pueden comunicarse entre ellos –como es el caso en Leibniz–. Sin embargo, y esta es la gran diferencia por relación a Leibniz, no hay, para Nietzsche, ningún lugar exterior a las mónadas donde se realice la integración de los puntos de vista. No hay otra cosa que interpretaciones, interpretaciones de interpretaciones, etc., sin que esta cadena de interpretaciones deba parar jamás. En otras palabras, el discurso es infinito” (Dupuy, 1992: 32).

Así pues afirmamos, por el momento, que el sentido, o sea el mundo, o la totalidad por la que nos estamos preguntando, es siempre, inevitablemente, producida por una entidad interindividual a partir de una cadena infinita de interpretaciones (un proceso infinitamente recursivo).

Sin embargo queda por explicar qué tienen de común y de diferente los mundos contruidos por los distintos observadores, esto es, la relación entre las mónadas. Para empezar recordemos que hemos identificado a dichas entidades con ventanas y, por consiguiente, en permanente relación intersubjetiva. Por consiguiente, estamos proponiendo que las mónadas establecen relaciones horizontales. Asimismo hemos dicho que no existe punto fijo exógeno desde el que poder describir la integración de puntos de vista. Por consiguiente la descripción de la totalidad, es decir, del resultado de la integración de esa infinidad de interpretaciones es invariable, se trataría siempre de una auto-exteriorización producida por un observador. Sólo aceptando este presupuesto constructivista podemos ver y actuar mediante simulación a partir de la estrategia divina de la complejidad derivada de la ingente agitación de las mónadas, entendidas como espejos.

Si bien hasta ahora habríamos estado hablando de la naturaleza y de la posibilidad o imposibilidad de alcanzar la descripción de estas Totalidades, nada habríamos dicho sin embargo sobre las relaciones que supuestamente mantienen cada una de las perspectivas con esa hipotética Totalidad integrada. De hecho, esta cuestión, tal y como nos advierte Dupuy, nos lleva de cabeza hasta la teodicea. Será desde allí desde donde podremos avanzar en nuestro análisis del sentido.

Según nos recuerda Dupuy, Louis Dumont caracteriza a la teodicea de la manera siguiente: “el bien debe contener el mal, aun siendo su contrario”. Aquí el verbo contener significaría englobar, y la fórmula paradójica aquí descrita es lo que Dumont llama jerarquía. Jerarquía entendida pues como englobamiento del contrario. Para Dumont esta figura constituye la forma misma de las sociedades holistas. Pues bien, Dupuy propone el siguiente desplazamiento de la fórmula de Dumont: el orden debe contener desorden, aun siendo su contrario. Si la propuesta de Dumont integra individualismo y racionalismo, lo afirmado por Dupuy es coincidente con la cibernética de segundo orden tal y como nosotros la entendemos. Es obvio decir que el pensamiento de Dumont, en la medida que jerarquiza e integra lo individual y la totalidad, es fuente de todo tipo de tiranías. Supone, en definitiva, como dice Dupuy, el sacrificio del individuo a una totalidad construida supuestamente desde un punto fijo externo, que nosotros hemos declarado inexistente. ¿Cómo salir de este lío? Sigamos nuestro razonamiento. Según Dumont, el sacrificio del indivi-

duo (es decir, el mal del individuo) significaría el bien de la totalidad. ¿Qué pasaría, sin embargo, si los polos aquí presentados en relación de contrariedad no fueran, como propone Dumont, jerarquizables, aunque sí homotéticos y en relaciones auto-catalíticas e irreversibles? Antes de continuar haremos una pequeña puntualización. Si no hay punto fijo exógeno y si la totalidad es siempre dicha por “un observador en y en relación con” las interpretaciones que la alumbran (la Totalidad de las totalidades), entonces habrá de tener una naturaleza inevitablemente policéntrica (entendiendo que cada centro corresponde a una entidad o mónada).

Hemos dicho que las relaciones entre las mónadas y sus imaginarios podrían ser homotéticas, auto-catalíticas e irreversibles (aunque las teorías que trabajan con el presupuesto de la existencia de un “punto fijo exógeno” desde el que describir trabajan con el presupuesto añadido de la reversibilidad de los procesos). Veamos.

Decir que son homotéticas supone afirmar que con independencia del nivel de totalidad (es decir, ya se trate de una interpretación realizada por un centro o de una interpretación policéntrica, ya se trate de un lugar de observación o de otro) del que estemos hablando siempre tendrá el mismo núcleo de complejidad. De momento, sabemos algo sobre ese núcleo. En efecto, nos encontramos con un núcleo que parte siempre de un proceso infinitamente recursivo de interpretaciones. Sigamos, pues.

Decir que son auto-catalíticas supone despertar al pensamiento circular y paradójico. Supone también distinguir entre sujeto e individuo. Para empezar diremos, siguiendo a Dupuy, que para que surja el individuo ha de producirse primero el “sacrificio” del sujeto. Sería algo similar a la renuncia divina (de ahí el sacrificio) que supone convertirse en hombre entre los hombres, sin saber nunca con qué resultados. La aparición del individuo supone pues la aparición de la mítica carencia. Uno no puede pensarse sin pensar asimismo en la carencia originaria, sin pensar en la sensación de plenitud, en la del absoluto, en la pureza, en el sujeto, en fin; o lo que es igual, en la totalidad de cualquier nivel. Así pues nuestra supuesta búsqueda se traduce en la intencionalidad de alcanzar lo que nuestras interpretaciones denotan: la totalidad.

No parece importar demasiado el carácter profundamente mitológico de toda esta visión; sin embargo, lo esencial, lo que sobresale es el carácter profundamente auto-catalítico de la relación entre individuo y sujeto, entre la parte y el Todo.

Podemos, ahora, añadir a la descripción del núcleo de complejidad que nos ocupa que, además de ser “entendido como proceso infinitamente recursivo de interpretaciones”, éstas tienen siempre la “intencionalidad” de alcanzar la “totalidad” de cualquier nivel. Vistas así las cosas, el par formado por la “totalidad” sociedad y el operador tecnología admitiría ser contemplado en sus trayectorias de izquierda a derecha y viceversa como “tecnologías de la totalidad” o como “totalidades tecnológicas”. Presas como están de la monadología y de la teodicea descritas por Dumont. Sólo una tecnología de la observación endógena sería capaz de dar cuenta (mediante captura) de la gran conversación entre las interdividualidades que conforman el mundo. Así pues frente a las tecnologías de la totalidad que producen totalidades tecnológicas y que presuponen puntos de observación externa, nosotros opondríamos las tecnologías de la observación endógena (como por ejemplo la auto-observación) capaz de rentabilizar la naturaleza auto-catalítica y homotética de las relaciones intermonádicas.

Permitamos por el carácter irreversible de las relaciones hasta aquí estudiadas nos va a permitir ahondar en el conocimiento del núcleo de complejidad que pretendemos describir. La pregunta acerca de la reversibilidad o irreversibilidad de los procesos en curso nos

obligará a preguntarnos por el carácter temporal del mismo, o lo que es igual por la evolución y/o por la reproducción de esas supuestas totalidades.

Para empezar digamos que la supuesta pérdida originaria (el sacrificio del "sujeto") es irreversible. Es decir, no hay ninguna posibilidad de vuelta atrás. La búsqueda épica de la completud perdida produce, como hemos dicho, tecnologías de la totalidad.

Antes de proseguir conviene determinar cuál es el concepto de tecnología con el que estamos trabajando. No pensamos que sea inadecuado decir que la tecnología como concepto remite a la idea de orden. Por todo lo dicho, en la medida en que las tecnologías de la totalidad tengan la "intencionalidad" de alcanzar el equilibrio perdido las entenderemos como tecnologías del orden y, por consiguiente, de los procesos reversibles. La pesadilla en que se ha convertido la mítica búsqueda trabaja, como ya hemos dicho más arriba, con la metáfora de la escalera. Quiere ello decir que, para esta interpretación, los mitos de la ascensión, la mejora, el progreso son perfectamente realizables. Ascensión, mejora y/o progreso que interpretan como aproximación paulatina a su "intencionalidad" ya descrita anteriormente. Por ello, en esta concepción, el conocimiento y la capacidad para "ordenar" es acumulativa.

En cambio, las tecnologías de la observación endógena (por ejemplo la autoobservación propuesta en el capítulo sexto) liberadas de las teorías monadológicas clásicas y de la teodicea se deshacen, sin mayores inconvenientes, de metáforas tan peligrosas como la escalera y se sitúan en el mundo de las preguntas interesantes. Si no hay búsqueda, si no existe la intencionalidad de alcanzar una hipotética completud (tan sólo la consciencia de la posibilidad del planteamiento metafísico de tal búsqueda), si sólo existe un horizonte todavía por interpretar, entonces la tarea ha de consistir en la descripción, primero, de la producción/reproducción de lo que hemos venido en llamar totalidad tecnológica y, segundo, en la interpretación de ese horizonte antes mencionado.

La descripción de la producción/reproducción de las totalidades tecnológicas, producto inevitable de las tecnologías del orden y de los procesos reversibles, nosotros la efectuamos en base a los conceptos de reflexividad (conocer es hacer) y de disciplina.

Cuando se pone en juego el concepto de reflexividad se asegura el estudio simultáneo tanto de la producción como de la reproducción. A este operar reflexivo debemos añadirle ahora el carácter auto-catalítico de las relaciones entre mónadas e imaginarios. Dicho esto aparece en todo su esplendor el carácter circular, auto-referencial de los productos de las tecnologías de la totalidad.

La reproducción de las totalidades tecnológicas características de las tecnologías del orden sólo puede entenderse a partir del concepto de disciplina. La idea de disciplina hace referencia a las reglas de circulación de las mónadas y de sus imaginarios en la narrativa implícita en la búsqueda de la completud.

En consecuencia, el núcleo de complejidad cuya descripción nos ocupa ha de ser entendido como proceso infinitamente recursivo de interpretaciones que tienen siempre la intencionalidad de alcanzar la "totalidad" de cualquier nivel, ya sea éste jerárquico (la mónada de todas las mónadas), céntrico y/o policéntrico o, finalmente, disciplinario (orden). El proceso que moviliza esta visión tiene siempre un carácter reversible.

Así pues, interpretación, intencionalidad y reversibilidad será el núcleo de complejidad que nos proponíamos describir como característico de las totalidades tecnológicas producidas por las tecnologías del orden. El núcleo de complejidad descrito para las relaciones entre mónadas e imaginarios se manifiesta, ahora sí, como fractal cognitivo con consecuencias pragmáticas y reflexivas (el conocimiento es acción).

No puede extrañar que, desvelado y contextualizado el carácter mítico que el pensamiento de la escalera entraña, aparezca en su lugar la imagen que mejor representa su verdadero mecanismo interno: el toro (una rosquilla, hipotéticamente perfecta, tendría esta forma, producida por la revolución de una esfera). Imagen que además de ser coherente con los conceptos hasta aquí utilizados (recursividad, autocatálisis, reversibilidad, etc.) muestra el carácter paradójico de los efectos de las tecnologías del orden. Paradójico en la medida en que es siempre el contraproducto lo que alimenta la búsqueda intencional de la "totalidad".

Dicho todo esto creemos estar en condiciones de preguntarnos por el horizonte a interpretar. Obvio es decir que la naturaleza de la pregunta exige, desechada la escalera como metáfora explicativa, ser respondida en un contexto coherente con las tecnologías de la observación endógena.

Tampoco podemos utilizar el toro como metáfora explicativa ya que la misma no es sino, según nuestro razonamiento, la metáfora de la escalera estirada y flexibilizada hasta desvelar sus mecanismos míticos de producción y reproducción.

Nuestras expectativas, nuestras preguntas no versarán acerca de las totalidades, sino sobre teorías que desarrollen "la participación". Esta participación será entendida al menos en una doble dirección; por un lado, teorías que como la de la autoobservación desarrollen alternativas a la observación exógena. Teorías que asuman que la participación endógena ha de partir de la discriminación entre actor-observador, observador-actor y autor de la observación retrospectiva (véase nuestra teoría de la autoobservación). Por otro lado, las tecnologías de la observación endógena habrán de desarrollar teorías sobre la participación conversacional (véase, por ejemplo, nuestro socioanálisis cibemético). Por consiguiente, hoy más que nunca, creemos estar en el buen camino para contribuir en alguna medida al desarrollo de estas tecnologías.

Si las mónadas son ventanas que mantienen relaciones horizontales, si estas relaciones responden, por el momento, a la teoría fractal que hemos dejado atrás, no extrañará que destierremos de nuestro discurso el lexema sujeto, por constituir probablemente la raíz originaria de todas las tecnologías de la totalidad. Excluidas las preguntas por el sujeto, recuperamos la autonomía para defender no sólo un nuevo concepto de sujeto (el de la complejidad de Morin o el profundamente ecológico de Bateson), sino también para construir una metodología que sea coherente con los principios teóricos hasta aquí defendidos.

Los cambios radicales, del tipo que sean, quedan asimismo excluidos por constituir asimismo otras formas de la totalidad, como también hay que contar con el hecho de que los discursos que elaboran las tecnologías de la totalidad tienden inexcusablemente, tal y como dicen los de la escuela cualitativa de Madrid y como nos enseña nuestra propia experiencia, hacia la completud, es decir hacia la totalidad.

Así pues nos queda reclamar el derecho a pensar en términos de individuo. Individuo que sólo reclama el reconocimiento a la imposibilidad de mirar desde fuera, individuo que mantiene conversaciones polifónicas (esta polifonía está inspirada en la de Bajtin y en la de Ducrot, aunque tanto como por los locutores esta polifonía se interesa por el concepto de sentido entendido como mestizo de todas las interpretaciones y disciplinas de la totalidad que concurren en el contexto) con otros individuos y sujetas a las disciplinas derivadas del pensamiento de lo reversible, individuo consciente de la heterogeneidad de todo cuanto conoce y que, finalmente, solicita para sí su naturaleza compleja (véanse estos conceptos en el *Glosario*). Este individuo es consciente de que todo cuanto estamos diciendo reclama su inexcusable responsabilidad en la producción y reproducción de las totalidades tecnológi-

cas producidas por las tecnologías de la totalidad. Un individuo cuyas únicas carencias son precisamente las originadas por las tecnologías de la totalidad.

Desaparecido el sujeto y reconocido el individuo no cuesta ya ningún esfuerzo reconocer que la supuesta materialidad del sujeto no es condición suficiente para la existencia o no del individuo. En los términos que hemos definido a las mónadas y a sus relaciones toda invención ontológica que permita el desarrollo de las tecnologías de la observación endógena (teorías sobre la participación, en sus dos dimensiones) merecerán ser calificadas de individuos. En este sentido el estudio de las instituciones, así como de unidades más amplias, tales como las sociedades, es no sólo posible sino necesario.

Un individuo de estas características es, como no podía ser de otro modo, cognitivamente hablando, el resultado de las numerosas totalidades de las que participa activamente. Todo lo dicho, sin olvidar las características atribuidas a las relaciones entre mónadas (auto-catalíticas, homotéticas e irreversibles) nos autoriza a hablar cibernéticamente de mestizajes, retomando la teodicea reconvertida por Dupuy. Planteada la cuestión de este modo las totalidades tecnológicas, para ser descritas, necesitan de un artefacto que pueda trabajar desde el concepto de individuo, que sea coherente con las relaciones entre mónadas e imaginarios aquí propuestas. Un artefacto capaz de algo así y al mismo tiempo capaz de estar apegado a la complejidad es el concepto de Dispositivo en Foucault. Dispositivo que da cuenta de las disciplinas de todas y cada una de las totalidades implicadas, así como de sus mestizajes. Sabemos que las tales disciplinas remiten a otras tantas totalidades conceptuales. Si los cambios radicales están excluidos, los mestizajes han de ser tanto imaginarios como disciplinarios. Por consiguiente, se impone la necesidad de identificar tales unidades conceptuales y disciplinarias. En otra parte (véase capítulo sexto) fueron nombradas como pliegues o culturas. Se identificaron concretamente cuatro: medieval, disciplinario autoritario, disciplinario democrático, e interdisciplinario. En el estado actual de nuestras investigaciones añadiríamos el pliegue o cultura transdisciplinaria. No cabe duda que, hablando en términos disciplinarios, cabría nombrarlos como tecnologías del orden. He aquí un pensamiento del caos, del desorden, de donde está desterrada cualquier alusión a cualquier forma de totalidad: conceptos puros interpretables desde fuera o sentidos monofónicos.

Por estas razones, las tecnologías de la observación endógena podrían ser consideradas como tecnologías del desorden, por oposición a las tecnologías de la totalidad cuyas finalidades son siempre la armonía, el equilibrio, la elegancia, el progreso, la seguridad, etc.

Las tecnologías de la totalidad son perfectamente coherentes con la cultura de la escasez, mientras que las tecnologías de la observación endógena son coherentes con la cultura de la abundancia. Ambas culturas han sido descritas por Bateson (1985).

Identificamos las tecnologías de la totalidad y la cultura de la escasez con los valores que caracterizan a las sociedades industriales. A su vez, pensamos que las tecnologías de la observación endógena, y su consiguiente cultura de la abundancia, proponen nuevos valores éticos y estéticos y una manera de pensar ecológica. Podemos mostrar esta contraposición recurriendo a numerosos ejemplos. Primeramente expondremos el fenómeno del contraproducto, característico de la cultura de la escasez. Después opondremos sus dos concepciones radicalmente diferentes del tiempo. Finalmente pondremos un ejemplo de las dos culturas relativo a la relación entre los sexos y su expresión en el uso y el diseño del espacio.

En las tecnologías de la totalidad el todo es entendido como clímax, y su búsqueda consiste en una búsqueda frenética del clímax, del absoluto. Es por tanto la idea de la escasez (en todas sus interpretaciones intencionales) y la subsiguiente carencia la que origina la escalera (y con ello las jerarquías) y la guerra contra sí mismo, contra el ambiente en

forma de relaciones sujeto/objeto o de las relaciones tecnológicas con el entorno. Esta persecución de la totalidad conduce inevitablemente al contraproducto, al contrasentido. Prentendiendo comunicarnos nos aislamos. Los hospitales nos enferman. La oferta para el tiempo de ocio nos produce más ansiedad que calma y, sobre todo, el mayor nivel de orden lleva aparejado los mayores niveles de desorden. Los individuos de las totalidades tecnológicas viven con la mayor naturalidad unos programas narrativos de relatos míticos que disciplinan intensamente tanto el tiempo como el espacio por el que circulan sus cuerpos, sus mensajes y sus mercancías.

En efecto. En las sociedades industriales el tiempo es oro. El dinero es el equivalente general de valor de cualquier unidad de tiempo. En un contexto de escasez del tiempo, el tiempo se pierde, se gana, se ahorra, se invierte, se vende, etc. Cualquier unidad de tiempo es equivalente a otra. Ningún instante tiene un valor especial y es sencillamente intercambiable por otro. Podemos decir que no hay historia y que, en su lugar, nos movemos dentro de una reversibilidad sin límite.

Por el contrario, la cultura de la abundancia valora el instante. El momento es único, no es intercambiable por ningún otro y resulta, por tanto, inconmensurable e irreversible. La cultura de la abundancia es una manera de pensar sensible a la historia.

Aquella concepción dominante del tiempo, unida al contraproducto de la conciencia intencional (características de la cultura de la escasez) se nos muestran en todas y cada una de las actividades de nuestra vida cotidiana, (anticipamos al lector que este fenómeno será ampliamente tratado en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*, a propósito del concepto de dispositivo tomado de Foucault). Pareciera como si, en todo momento, el individuo de la cultura de la escasez (vale decir, de nuestras modernas sociedades industriales) intentara alcanzar de la manera más rápida posible sus propósitos: zanjar una disputa, tener un orgasmo, marcar un gol, terminar de comer (estar saciado), etc.

La cultura de la totalidad es eminentemente masculina. El papel de lo femenino no es otro que contribuir, en los espacios y tiempos que reservan las tecnologías masculinas, a la producción y reproducción de las máximas cantidades o niveles posibles de prestigio, éxito, dinero, valoración del tiempo, etc. De aquí que, en esta cultura de la escasez, algunas concepciones de lo femenino asuman su transformación como incremento de su capacidad para imitar estas características de la masculinidad (que tu tiempo también sea oro, tener muchos hombres, etc.)

Es propio de esta ansiedad por la consecución de estos fines pretender instalar en la vida cotidiana un orden y una disciplina del uso del tiempo y del espacio. Así, por ejemplo, dentro de la organización de una pareja se hace respetar un tiempo de ocio (absoluto, riguroso, inflexible, donde existe prohibición de trabajar) y un tiempo de trabajo, un lugar para la vida social y un lugar para la intimidad, etc. La disciplina de los fines es tanto una imagen cognitiva de lo masculino y lo femenino (y de sus "complementariedades" y "simetrías"), pongamos por caso, como una disciplina pragmática con sus castigos, sus defensas y sus rituales para el respeto del orden y uso de los espacios.

Por su parte, la cultura de la abundancia pondría más énfasis en los pasos, en las mezclas entre tiempos y espacios y en la irrepitibilidad de cada instante. No hay nada como la excitación de comer en la cama, acariciarse y hacer el amor en la cocina, o permanecer atentos a la manera en que el sexo está presente en todas las relaciones del individuo. Esta perspectiva propone el reconocimiento de la complejidad de todo individuo. Y, por consiguiente, hace que pierda toda relevancia el uso de la distinción hombre/mujer. Surge el ejercicio de reconocer la propia complejidad: no luchar contra la naturaleza de la que so-

mos parte disciplinando nuestro deseo, sino reconocernos como masculino y femenino a la vez, y no siempre con la misma intensidad y en la misma proporción, etc.

En esta cultura de la complejidad, en suma, lo esencial es que, no buscando éxtasis, fines ni totalidades últimas de ningún tipo, tampoco se producen autoexteriorizaciones o autoproyecciones que desactiven y reduzcan las responsabilidades de la participación de los individuos, constructivista y cotidiana. En todo caso, es esa responsabilidad y esa participación el resorte que puede destrivitalizar las relaciones entre individuos, rompiendo ese círculo (toroide) vicioso que dejamos páginas atrás.

En la medida en que hablamos de participación es pertinente, como ya dijimos, la construcción de tecnologías de la observación endógena y de la conversación (como la de Pask), así como de filosofías de la responsabilidad coherentes con este complejo sistema de pensamiento. Nos referimos a teorías que superen la hiperracionalidad de la teoría de juegos, el marxismo analítico, y la teoría de la elección racional, por ejemplo, teorías que, como las de Piscitelli, Bronstein y Gaillard, se ocupen del estudio de los acuerdos conversacionales en contextos socioadministrativos, o que, como en el trabajo de Pakman, instruyan la participación conversacional y reflexiva de los terapeutas.

En definitiva son urgentes la elaboración de teorías que permitan abundar en la complejidad. Son necesarias teorías que nos habiliten para la creación de espacios y tiempos nuevos de participación. Por si pudiera servir, nosotros creemos que la figura que mejor representa todo cuanto hemos dicho hasta aquí no es otra que la elipse. Metáfora geométrica que no sólo podría representar cuanto decimos, sino que plantea una evidente compatibilidad con la metáfora de la escalera: capaz de retorcerse hasta mostrar el toroide interior. Escalera y toro admiten la posibilidad de la fractura y posterior alargamiento hasta hacer surgir la elipse. Es obvio que la elipse no escapa al pensamiento mítico de la ascensión. Sin embargo, esa ascensión se manifiesta no como una exterioridad, como una totalidad, sino como una auto-exteriorización que despierta al individuo a la actividad, a la complejidad en fin. La complejidad es entendida en términos de renuncia explícita a la definición del hombre como ser eminentemente racional, y redundante en el impulso y desarrollo de las tecnologías de la observación endógena y de complejización de las relaciones de participación.

De todo cuanto queda expuesto se desprenden tres posibilidades de sentido. Cada una de ellas se relaciona con cada una de las figuras geométricas mencionadas. Escalera, toro y elipse.

El sentido vinculado con la escalera es necesariamente construido desde fuera y debe vincularse con la intencionalidad de la totalidad. Será siempre un sentido que, apuntando a finalidades, solicite la construcción de macro-actos que ignoren la sutileza del instante irrepitable. Un sentido semejante puede de hecho enriquecerse con conceptos tales como la reflexividad y la polifonía enunciativa, creando con ello las condiciones para la aparición de la segunda forma de sentido. Esta idea de sentido adquiere su verdadera dimensión expresando en su definición los conceptos de heterogeneidad y de complejidad.

El sentido vinculado con la figura del toro es un sentido que no sólo dice lo que se dice cuando se dice, sino que además informa de lo que se hace cuando se dice lo que se dice. Creemos que este tipo de sentido se ajusta a lo presentado por los coordinadores en el capítulo sobre la observación.

El sentido vinculado a la elipse no sólo es producido por un observador (individuo) consciente del sentido descrito para el toro, sino que además tal observador reconoce que el conocimiento no es acumulativo, estando como está vinculado al instante. Como creemos haber mostrado, se constituye un observador, en fin, productor de sentido, pero per-

manentemente consciente de la decisiva importancia del lugar de observación que para sí se atribuya en su tarea interpretativa. Sólo así puede producirse un pensamiento vivo y abierto.

4. Agradecimientos

En una obra de ambición y proporciones como la que nos ocupa, los agradecimientos son especialmente numerosos y fundamentales. No obstante, el principal reconocimiento a todas cuantas personas participan en este libro no ha sido otro que nuestra completa dedicación al objetivo de culminar con éxito el trabajo, intentando presentar al público una obra sólida, útil y digna de todos ellos.

En primer lugar queremos decir con rotundidad que este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de Javier Sánchez Carrión. Él proporcionó la posibilidad efectiva a través de su colaboración con los directores y coordinadores de la Editorial Síntesis, supervisó el diseño del proyecto y su planificación en sus primeros esbozos, y alentó el desarrollo del trabajo y la conclusión del mismo. Todos los errores y erratas de edición que pudiera contener este libro son responsabilidad de Juan Gutiérrez y Juan Manuel Delgado, pero sin duda el hecho de su existencia y su "puesta en el mundo" deben su acierto y oportunidad a Javier Sánchez Carrión. En este mismo lugar, agradecemos a Rosario Martínez y a la Editorial Síntesis en su conjunto el entusiasmo con que hicieron suyo nuestro proyecto, así como su indesmayable creencia en la bondad de la obra.

Damos las gracias a la CICYT (Ministerio de Educación y Ciencia) por su financiación del proyecto "Sociedad/Tecnología", muchos de cuyos resultados metodológicos ven la luz en este libro. Asimismo agradecemos todas las facilidades prestadas a los siguientes centros: *Center for Innovation and Co-operative Technology* (Universidad de Amsterdam), *Centre de Recherche en Epistémologie Appliquée* (CREA, *Ecole Polytechnique*, París), CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública), Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, departamentos de Sociología IV (Metodología de la Investigación), Periodismo III (Teoría General de la Información), y Trabajo Social, todos ellos pertenecientes a la Universidad Complutense de Madrid; Servicio Informático de Somosaguas (Universidad Complutense), y Gabinete para la Aplicación de Tecnologías de la Educación (Universidad Politécnica de Madrid).

Gracias especiales por sus orientaciones, su colaboración y su permanente disponibilidad a Jean Pierre Dupuy, Gordon Pask, Francisco Varela, Heinz von Foerster, Marcelo Pakman, Carlos Moya, Alejandro Muñoz Alonso, Gonzalo Abril, Concepción Azpeitia, María Victoria Molina Sánchez y Leopoldo Seijas.

Mostramos nuestro agradecimiento a Elisabeth Pask, Gerard de Zeeuw, Joop Muller, Esperanza Martínez-Conde, Sergio Brito, Concepción Gómez Esteban, Cristina Peña Marín, y Gustavo Sznajberg, por su eficacia en la coordinación y comunicación con los autores y textos más próximos a sus vidas, y por la comprensión y apoyo que nos han demostrado en todo momento.

Queremos también agradecer su disponibilidad y colaboración informática a Luis Moliner, Carmen Grandas, Lourdes Villar, Natalia Villar y Juan Miguel Aguado nos han ayudado en la edición de los textos. Angel del Pozo Salmerón, Silvia Hernández, Antonia Moreno, Carmen Calvo, Laura Correia de Barros, Amaya Corral Yunquera, Eva Gallego, Javier Blanco, Fabio Rivas Guerrero y Dolores Castrillo nos han atendido en todo momento

y han colaborado con nosotros de forma desinteresada, por lo que les estamos sinceramente agradecidos.

Numerosos alumnos de Periodismo del CEES, de Técnicas de Investigación en la Escuela de Trabajo Social (Universidad Complutense de Madrid), y de Sociología en nuestros seminarios de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (Universidad Complutense de Madrid) han formado grupos de lectura para probar la didáctica de varios aspectos del diseño y de la redacción de la obra. Gracias también a ellos.

PRIMERA PARTE

LA CONSTRUCCIÓN DEL CONTEXTO
TEÓRICO CUALITATIVO

²¹ Si la investigación teórica de este contexto ha tenido muy diversos orígenes y desarrollos –que el texto de García-Selgas ilumina–, la investigación social de la corporalidad ha saltado a primer plano con la problematización de la sexualidad acarreada por el SIDA. Tanto los ISCUANOS como los ISCUALOS han abordado el tema en múltiples investigaciones, sobre todo a través de encuesta y análisis del discurso de grupos de discusión, respectivamente. Frente a esta metodología Coxon ha probado los problemas y las grandes ventajas metodológicas de una investigación constructivista-contextualista de los estilos sexuales en la que se combina la etnografía con el análisis de diarios cotidianos escritos por los actores. La construcción lingüística de la corporalidad y la encarnación del sentido en prácticas pueden verse así cumplidamente reflejadas sin imposiciones *ex ante* ni estructuraciones artificiales de significado.

CAPÍTULO 6

TEORÍA DE LA OBSERVACIÓN

*Juan Gutiérrez
Juan Manuel Delgado*

6.1. Introducción: la pluralidad de tipos de observación y sus fundamentos¹

Si hacemos nuestra la afirmación “la ciencia comienza con la observación”², muy pronto nos encontraremos con el problema de cómo abordar, desde un planteamiento tan general, un estudio riguroso de la observación en el panorama de los métodos y técnicas cualitativas de investigación social. Así, se impondrá como necesario recoger y ordenar formulaciones tan diversas como observar acciones, observar hechos, observar sistemas, hacer acciones observadoras, autoobservarse un sistema, posiciones de observación, etc. La gran variedad de expresiones con que se hace referencia a distintos tipos, pero también a distintas concepciones de la observación aconseja establecer unos conceptos claros y teóricamente bien justificados en términos psicosociológicos.

Vamos a partir de una caracterización de las posiciones básicas de observador y actor. Para ello puede recurrirse a un ejemplo. El observador, de soñar, soñará que se ve a sí mismo tocando el piano. El actor, por su lado, soñará que toca el piano. Ambas diferencias son idénticas a las descritas por Schütz (1972) para referirse a la diferencia entre observador y actor, así como a la diferencia entre el significado objetivo (observador) y significado subjetivo (actor)³. Introduciendo una distinción en las temporalidades de la acción, la investigación u observación y la construcción del texto o informe de la investigación obtenemos dos combinaciones posibles y una nueva figura. Así, nos referiremos con el compuesto actor-observador a la sucesión en el tiempo de una posición de actor y una posición de observador, mientras que usaremos observador-actor para el caso inverso. La nueva figura no es otra que la del autor del texto de la investigación.

Las restantes posibilidades o posiciones se considerarán derivadas de estas. Baste advertir que observador y actor son posiciones y no personas o especialistas inamovibles en el

curso de una interacción. Por ejemplo será una posición derivada aquella en que el observador-actor actúe sobre otro, sin que este tenga conciencia de la existencia de un observador, aunque sí del actor (forma derivada de la situación pura de actuar-sobre-otro). También es una forma derivada de la situación pura de actuar-sobre-otro aquella en que el observador-actor está orientado hacia el otro, percibiéndolo este en su doble dimensión de observador y actor. A su vez, un ejemplo de forma derivada de la relación-nosotros en orientación-otro viene dado por aquella situación en que el actor (posteriormente observador) está simplemente orientado hacia el otro y en actitud natural (Schütz, 1972).

Las dos primeras derivaciones se corresponden con la observación participante (para abreviar OP), mientras que la última mencionada se refiere a la autoobservación (en adelante AO). La observación participante es el modo de observación más representativa de las tecnologías de la observación exógena. La autoobservación es uno de los modos de observación posible dentro de las tecnologías de la observación endógena. De acuerdo con lo expuesto en la introducción a la presente obra, consideramos que son precisamente estas posiciones derivadas las más importantes para la observación cualitativa en la investigación social. Esto no quiere decir que no existan otras posiciones derivadas, otros modos de observación, ni que toda observación cualitativa tenga que consistir en una actividad de participación en el fenómeno a investigar o en una autoobservación diferida por parte de los propios actores. Hay otras formas cualitativas de observar como por ejemplo la observación externa de una acción. Dicha circunstancia no hace sino poner de manifiesto las dificultades del manejo de los conceptos cualitativo/cuantitativo en relación con las distintas modalidades que suele contemplar cada método o técnica de investigación. En el apartado dedicado a la autoobservación volveremos sobre otras posibles conceptualizaciones de las relaciones entre posiciones observacionales básicas y derivadas. Ahora nos detendremos aquí por un instante para realizar algunas consideraciones de carácter más general.

Trabajos como los de Bourdieu, Navarro (en este mismo libro) o el empleo rutinario del grupo de discusión en relación con diseños de encuesta constituyen argumentos en favor del carácter difuso (y aun la disolución latente) de la separación nominalista de lo cuantitativo y lo cualitativo. En este punto de nuestra exposición, importa señalar que toda "elección metodológica" construye su objeto de estudio. Selecciona la realidad que resulta pertinente y posible conocer, y se justifica en términos de una adecuación selectiva. En otras palabras, para "garantizar su adecuación", el método selecciona las condiciones de posibilidad de lo cognoscible (véase el capítulo cuarto de Fernando Conde en este mismo libro).

En consecuencia, presentar las formas cualitativas de observación y argumentar, aunque sea muy brevemente, la mayor importancia para la investigación social de algunas de ellas obliga a establecer referencias a las respectivas teorías del sujeto y del cambio social. En otras palabras, no comprendemos un estudio del objeto, ni del método, sin el simultáneo estudio del sujeto. Asimismo, hablar del sujeto presupone la existencia del objeto, dado que el objeto es en la medida en que es nombrado y modificado mediante la acción, el método y el lenguaje del sujeto. Esta codeterminación epistemológica es básica para toda teoría de la observación cualitativa (véase el capítulo primero de Fernando Conde, epígrafe 1.6.).

Retomando el hilo principal diremos que la observación cualitativa externa, es decir, aquella en que el observador, empleando técnicas de registro cualitativas (registros de acontecimientos, conducta no verbal, categorización de comportamientos, etc.) no pertenece ni participa en el grupo objeto de estudio, bien se trate de observación directa (en contacto, sobre el terreno) o indirecta (fuentes documentales)* posee unas implicaciones teóricas, unos presupuestos epistemológicos y unos condicionamientos metodológicos que

la aproximan a las investigaciones realizadas mediante observaciones con registros cuantitativos en el ámbito de la psicología, la sociología, la historia, etc. El sujeto aparece tratado como una función que relaciona con regularidad unas entradas o estímulos con unas salidas o respuestas. Los procesos simbólicos y cognitivos de la mente humana quedan fuera de las respuestas conductuales registrables cuantitativamente. La historia del pensamiento occidental nos indica que esa anulación de la complejidad del sujeto, su capacidad selectiva y productora de sentido, y su potencialidad transformadora conduce a una visión mecánica y reproductora de las sociedades y los sistemas. Es en este sentido como afirmamos que las posiciones derivadas expuestas con anterioridad y, en definitiva, la OP y la AO se aproximan y alcanzan, respectivamente, el interior de los sistemas, las mentes y los grupos de estudio, y poseen una mayor importancia para la investigación social en tanto que productoras, como tendremos oportunidad de explicar, de mayores grados de validez y certeza.

Antes de comenzar con el estudio de la observación participante llamamos la atención del lector sobre el nivel metodológico y epistemológico en que nos vamos a mover. Así, por ejemplo, cómo se obtienen observaciones más *válidas* es una pregunta con una cara metodológica (cómo y por qué hacerlo de un determinado modo)⁵ y una condición epistemológica (validez). Las preguntas (y sus correspondientes decisiones) acerca de si utilizar grabadora grande o pequeña, con pilas o conectada a la red; tomar notas en un cuaderno o intentar memorizar, que el cuaderno sea cuadrículado o milimetrado, con margen o sin margen, que sean varios cuadernos llamados diario, cuaderno de campo y cuadernos temáticos, etc. sólo encuentran sentido en el marco de la discusión de sus presuntas implicaciones metodológicas y epistemológicas. La paciencia y la imaginación son siempre buenas consejeras del observador/lector.

6.2. La observación participante

Desde nuestro interés de investigadores sociales por la observación la modalidad de observación exógena (generada desde fuera) conocida como observación participante presenta una particularidad disciplinar: la observación participante está inevitablemente asociada a la práctica investigadora de los antropólogos sociales y culturales.

No pretendemos obviar la utilización sociológica, psicológica o psicossociológica de la observación participante, ni discutir el carácter pionero o no de las investigaciones de la Escuela de Chicago, ni mucho menos reivindicar una cierta patente antropológica de la observación participante⁶. Tan solo advertimos que esta circunstancia nos aconseja manejar conceptos y ejemplos antropológicos. Por otro lado, la antropología cultural es una de las disciplinas donde circulan un mayor número de discursos acerca de las reglas, los productos, los cambios históricos y la validez de la investigación mediante observación participante⁷. No debe olvidarse que la observación participante desempeña un papel fundamental en el trabajo de campo del antropólogo, ni debemos pasar por alto que este, a su vez, constituye el eje de la idiosincrasia disciplinar de la antropología social o cultural.

La antropología cultural ha llegado a formularse la pregunta ¿qué es el trabajo de campo: infierno, experiencia del sujeto-investigador, lugar para la contrastación de hipótesis? Y se han producido respuestas que van desde las actitudes de "avance" hacia una antropología cada vez más científica, hasta las de "retroceso" hacia una recuperación cada vez más significativa para el antropólogo de la experiencia del trabajo de campo. En este

largo proceso encontramos oportunidad para la demolición de tópicos sociológicos (por ejemplo, la antropología de las colonias desmiente históricamente el mito de la alineación de la investigación cualitativa con proyectos revolucionarios democráticos y anticapitalistas). Y comprobamos igualmente los esfuerzos de la antropología, desde sus comienzos, por trascender la distancia cultural y el salto epistemológico entre analistas y nativos. No cabe duda, por tanto, que semejante estado de reflexión permanente acerca de la observación participante puede resultar enormemente productivo para nuestros intereses.

Para aquellos lectores habituados a terminologías exhaustivas precisaremos que vamos a entender por observación participante, a secas, una observación interna o participante activa, en permanente "proceso lanzadera", que funciona como observación sistematizada natural de grupos reales o comunidades en su vida cotidiana, y que fundamentalmente emplea la estrategia empírica y las técnicas de registro cualitativas (Anguera, 1989: 128-143)⁸.

6.2.1. Características de la observación participante

La metodología de la observación participante posee unas condiciones que laibilitan, que seleccionan las entradas de información pertinentes (una cultura, el estilo de vida de una comunidad urbana, la identidad de un movimiento juvenil, la especificidad de un determinado medio de comunicación).

Consideramos que las condiciones de la observación participante son las siguientes:

1. El antropólogo o investigador en general *debe* ser un extranjero o extraño a su objeto de investigación.
2. Debe convivir integradamente en el sistema a estudiar.
3. Ese sistema tiene una definición propia de sus fronteras.
4. La integración del analista será maximizada y funcional, sin dejar de ser por ello un analista externo.
5. El investigador debe escribir una monografía etnográfica empleando el género del "realismo etnográfico".
6. Debe dar por finalizada la circulación del texto y la interpretación con la monografía dirigida a la comunidad académica. El siguiente paso textual, en todo caso, estará constituido por la construcción teórica.

Esta es la posición de la observación participante. Puede encontrarse una formulación más extensa y con pretensiones didácticas en Rossi (1990: 161-163).

Las epistemologías de los antropólogos culturales, o de otros investigadores desde la observación participante, consideran el relativismo cultural como una ética, y la función de distancia entre analista y nativo como un obstáculo o limitación que debe ser vencida mediante la integración del investigador en la comunidad de referencia. Pero esta terminología es engañosa. Pareciera indicar que aquéllos desean profundamente saltar esa barrera, suprimirla. ¿Por qué no, entonces, hacer una antropología de la cultura propia? Las razones son obvias, pero volveremos sobre sus consecuencias "desfundamentadoras" para la observación participante a propósito de la autoobservación.

6.2.2. Bases metodológicas: ¿hay un método etnográfico?

Es repetido que si nos hubiéramos desarrollado como especie humana bajo el mar, esta circunstancia sería probablemente lo último que llegaríamos a descubrir. De igual modo, las constricciones que impone a los análisis posibles la técnica del trabajo de campo y en concreto el rol de investigador participante (sea o no conocido como tal por los miembros del objeto de investigación) son lo último en ser descubierto como verdadera condición o presupuesto metodológico y epistemológico. En tal medida, la caracterización de la observación participante no debe ser tenida en cuenta como “el menor de los males posibles” cuando pretendemos acercarnos al interior de un grupo humano o sistema social. Es preciso asumir que la tácita obligación de ser un extranjero (o al menos ser lo más extranjero posible) respecto al grupo humano, residir durante un periodo relativamente largo en la comunidad y participar activamente en su vida cotidiana (generalmente adoptando funciones de maestro, médico, transportista, etc.) son condiciones basadas en el relativismo cultural y en la posibilidad misma del saber antropológico cultural. El hecho de hacer antropología es construido mediante la comparación de distintos grupos observados desde un mismo punto de vista común (la comunidad de antropólogos) y empleando siempre una estrategia de observación “participante” asentada en la premisa de que existe un código o combinatoria cultural de carácter universal (la naturaleza humana) que puede descodificarse mediante una experiencia directa de registro de la cultura extraña, y un análisis posterior de su infraestructura simbólica o su trama de significados latentes.

Como prueba de esa sólida fundamentación de la OP en las prácticas y la historia de la antropología cultural podemos citar la identificación entre OP y etnografía. Toda descripción etnográfica, para ser tenida por tal, debe estar basada en una investigación mediante observación participante o, para abreviar entre los antropólogos, por un trabajo de campo. De manera análoga no hay otra descripción ni otra definición del concepto de etnografía, en esencia, que aquella extraíble de las prácticas de la observación participante de los antropólogos. La investigación antropológica considera que dicha fase de “producción, recogida o captación de datos sobre el terreno” es la fuente imprescindible de la etnología (nivel de estudio comparativo) y la antropología propiamente dicha (nivel interpretativo, teórico, en otros términos, lugar de las generalizaciones sobre la naturaleza humana). Por tanto de la OP no se espera otra cosa que la recolección de material, la acumulación de descripciones y documentos. Podríamos incluso afirmar que la etnografía es lo que se hace y el resultado de investigar mediante OP, en sentido estricto, por lo cual no consideramos pertinente la expresión “método etnográfico” que, en función de la disciplina desde la cual se formule, suele recoger un cierto número siempre incompleto (y siempre entendido por un observador externo) de las cualidades de la OP antropológica.

Expuestas así las cosas, no han faltado autores que consideran de vital importancia detallar los procedimientos de codificación y registro de los datos: los árboles genealógicos, la confección de historias de vida, la sistematización de un diario de campo, el registro audiovisual de rituales y ceremonias, la fotografía, etc. Tanto si se está investigando una aldea bororo como en un estudio de antropología urbana. No debemos olvidar que el punto de llegada iconográfico de la etnografía está representado por un gigantesco archivo documental acerca de los estilos de vida de las diferentes etnias y pueblos de la tierra. La diversidad humana es inventariable. Esta era la ambición de Lévi-Strauss, expresada a la manera estructuralista, y esta fue también la creación de G. P. Murdock a partir de la idea de las áreas culturales en el mundo.

Junto a las técnicas de recogida de datos, la presentación de un informe de investigación antropológica, denominada “una etnografía” (o una monografía etnográfica) está igualmente afectada por unas reglas de codificación. En primer lugar existen un determinado número de apartados temáticos acerca de los cuales el etnógrafo no debe dejar de proporcionar información (descripción del hábitat, actividades de la economía del grupo, ciclos estacionales, cultivos, organización de los núcleos de residencia, organización y estructural familiar, grupos de edad, profesionales, formas de poder establecidas y rituales, ceremoniales, formas de expresión artística). A continuación debe producir un informe con estilo descriptivo, buscando el mayor realismo y objetividad posible de sus descripciones, ocultando o “retrasando” para un apartado final sus valoraciones y juicios personales, no utilizando la primera persona y buscando una posición narrativa de observador omnisciente. La razón de este objetivismo textual (el recurso a una enunciación del tipo “historia”) no es otra que permitir un análisis por parte de diferentes antropólogos desde diferentes planteamientos teóricos, así como facilitar la comparación intercultural a través de una cierta “normalización” en la presentación de los datos, produciendo, finalmente, un efecto de realidad. Es así como se ha llegado a hablar en ocasiones de un género literario llamado “realismo etnográfico”, a medio camino entre el libro de viajes y la novela naturalista.

Esta ocultación de la subjetividad del investigador y de los sujetos investigados en las monografías etnográficas, en sentido estricto, ha conducido a una reivindicación de la experiencia personal del etnógrafo y a una mayor presencia en los textos etnográficos de la “voz” del nativo o sujeto del grupo investigado. No es en absoluto infrecuente encontrarse que muchos antropólogos recurren a la “monografía informal”, o relato de anécdotas, para dar cauce a su experiencia personal (por ejemplo, un año conviviendo con una tribu del Camerún, ¡sin ir a casa por navidades!) y a la valoración de sus relaciones personales con los nativos.

Deteniéndonos en esta circunstancia, quizá para algunos trivial, encontramos una proliferación de discursos, metodológicamente justificados, que proclaman la necesidad de una transformación de las reglas o pautas de codificación de la OP en monografía etnográfica. Este movimiento, aglutinador, sin duda, de diferentes perspectivas teóricas, ha recibido el nombre de “antropología postmoderna”. La pertinencia de su inclusión en nuestra teoría de la observación viene dada por el conocimiento y la discusión de las revisiones que plantea a la OP o etnografía clásicas.

Finalmente los antropólogos han comenzado a prestar atención explícita a la escritura de textos etnográficos, un tema largamente ignorado ya sea porque se concibe primariamente a la etnografía como una actividad que se desarrolla en el campo, o porque se la trata como un método –más que un producto– de la investigación (Marcus, 1982: 171).

Marcus y Cushman han proporcionado un análisis en detalle de la estrategia textual de las monografías etnográficas o etnografías producto de la observación participante. La etnografía es un informe, un texto, cuyo rango “antropológico” ha revestido tradicionalmente las características propias del género llamado “realismo etnográfico”: simulacro de objetividad, sensación de creación de un mundo, presencia narrativa no intrusiva del etnógrafo, focalización en la vida cotidiana, exclusión de los personajes particulares y “extrapolación estilística de datos particulares” (la tipicidad: típica reunión, ritual típico...), embellecimiento por medio de una jerga, representación del discurso nativo (uso de termi-

nología nativa...), la creación de efectos de verdad –inserción de testimonios personales, “hacer decir”–, la organización textual (seguir a los actores, meditar sobre un suceso...), etc., (Marcus y Cushman, 1982: 175 y ss.).

A esta caracterización del llamado género del realismo etnográfico, los autores citados añaden un inventario de los grupos de lectores entre los cuales circulan los textos etnográficos. El universo de destinatarios está compuesto por los especialistas en antropología cultural, los investigadores y profesionales de la antropología en general, los especialistas de otras ciencias sociales, los estudiantes, y el público aficionado a los libros de viajes o de relatos exóticos (literalmente, el “lectorado popular”). Estas sencillas afirmaciones constituyen sin embargo un hito en la historia de la reflexión metodológica de los antropólogos acerca del producto científico que ponen en circulación. Profundizando en este “revisionismo” de la actividad etnográfica que ha merecido el calificativo de “postmoderno”, vamos a ocuparnos a continuación de las etnografías experimentales.

6.2.3. Etnografías experimentales

Las distintas estrategias textuales propuestas como alternativas del realismo etnográfico, en el marco de una preocupación explícita por los problemas concernientes a la descripción de una observación participante, han recibido el nombre de etnografías experimentales. A continuación proporcionamos un ejemplo de los objetivos que expresan autores pertenecientes a esta escuela.

La característica principal compartida por las etnografías experimentales es que integran, en sus interpretaciones, una preocupación explícita por la forma en que se han construido tales interpretaciones y en que se las representa textualmente como discurso objetivo sobre los sujetos entre los cuales se ha conducido la investigación (Marcus y Cushman, 1982: 172).

Entre las etnografías experimentales que consideramos de mayor interés se encuentra la antropología dialógica, cuyo centro de atención es la presencia textual del nativo. Posee distintas versiones según se piense en una escritura etnográfica en forma de diálogo, en sentido estricto, o en una relación dialógica entre texto (fielmente transcrito) e intérprete. La etnografía propia de una antropología dialógica sería algo parecido a los *Diálogos* de Platón; no en cuanto a sus aspiraciones filosóficas últimas sino en lo relativo a su planteamiento formal. Etnógrafo y nativo conversarían (literalmente) en los textos etnográficos, pues esta sería la mejor forma de respetar la dimensión dialógica de la *experiencia real* de OP, trabajo de campo o actividad etnográfica. Veamos un ejemplo de crítica desde esta óptica a otras literaturas antropológicas que han pretendido bordear el realismo etnográfico mediante la descripción de las vivencias del etnógrafo, observándose a sí mismo en su quehacer de observador participante y en su posición de antropólogo. Tedlock, autor de numerosos ensayos acerca de la antropología dialógica, critica abiertamente una conocida obra de Lévi-Strauss en la cual se relatan sus vivencias, motivaciones, estados de ánimo, y juicios durante sus investigaciones etnográficas en varios países tropicales.

Bien, esta vez tenemos un montón de diálogo interno, en el que el antropólogo se preocupa por los asuntos ajenos; pero no sabemos gran cosa de lo que puedan haber dicho los otros para provocar ese diálogo interno. Las citas son tan infrecuentes como en las etnografías y, una vez más, a veces provienen de gente que no son los otros. En *Tristes Tropiques* de Lévi-Strauss, el

clásico confesional dominante, ningún indio brasilero pronuncia jamás una sola frase completa, ni siquiera con la ayuda de un intérprete... Las confesiones, puesto que los otros permanecen principalmente mudos en sus páginas, son en gran medida como las etnografías respecto de las que supuestamente ofrecen un escape (Tedlock, 1987: 276).

Tedlock defiende "una cuidadosa transcripción y traducción del discurso grabado, tomando en cuenta dimensiones tales como las pausas, el énfasis y el tono" (Tedlock, 1991: 295-296), al mismo tiempo que sostiene, por oposición a Tyler (1991: 289) la multivocalidad de la narrativa. "Mi punto de vista es que la multivocalidad no es algo que esté esperando ser originado en el discurso de una nueva antropología, dialógica o "posmoderna" o lo que fuere, sino que ya está presente en el discurso de los nativos, incluso cuando ellos narran" (Tedlock, 1991: 296). En otras palabras, la antropología dialógica aspira a un isomorfismo estructural entre la OP y la codificación etnográfica. Lo que ha sido producido en forma de diálogo debe ser reproducido, respetado y analizado como un diálogo o como una conversación entre dos culturas. Podría decirse que el deseo de un antropólogo dialógico es ser más "real" que un etnógrafo realista a la manera tradicional, puesto que ambos, en opinión del primero, obtienen su información en una interacción cara a cara.

Tedlock concluye explicando sus recelos acerca de los planteamientos integradores en la relación dialógica que vincula al antropólogo y al nativo. Para este autor tampoco es posible dar cuenta de las dos instancias en un texto que pretenda integrarlas describiendo su "encuentro". La siguiente cita recuerda los planteamientos de la crisis de conciencia que sacudió a la antropología mundial en la década de los sesenta, con ocasión de su participación en intervenciones militares y en la previsión y control de conflictos en el tercer mundo. Las "partes" a las que hace alusión Tedlock nos remiten a una suerte de guerra entre antropólogos y nativos (de cuya parte están otros antropólogos) en la cual existen culpables, vencedores y vencidos, y ante la que es preciso tomar partido.

...el mito de la participación antropológica en las culturas de los otros está repleto de equívocos aleccionadores; no hay confusión respecto a de qué parte está el antropólogo y de qué parte está el nativo. A su tiempo, algo del discurso del uno encuentra su camino en el del otro, al punto que el antropólogo puede querer poner palabras en boca del nativo, o en que el nativo pueda ir tan lejos como para parodiar al antropólogo. Pero no importa cuánto puedan converger sus discursos, siempre llega, tarde o temprano, el diálogo en el que el antropólogo abandona al nativo y toma rumbo a casa (Tedlock, 1991: 296).

6.2.4. *Problemas y limitaciones de la observación participante*

Hemos visto hasta ahora las características de la observación participante, sus bases metodológicas y la revisión de los textos etnográficos propuesta por algunas etnografías experimentales. Es momento ahora para ocuparnos de la discusión acerca de la validez de las descripciones producidas por la OP, de las críticas formuladas a sus condiciones metodológicas y a sus presupuestos epistemológicos.

Entre las objeciones que tiene planteada la metodología de la OP destaca la falta de operatividad de su noción de "subjetividad colectiva" cuando se intenta aplicar a fenómenos específicos de las modernas sociedades complejas pluriétnicas. Así por ejemplo supone forzar el viejo concepto antropológico referirse a "la cultura del alcohol" entre los jóvenes madrileños, la "cultura del pelotazo" para referirse a la "tribu" de los *brokers*, etc.

La idea de “subjetividad cultural” (colectiva, previa a la emergencia de sujetos) está vinculada genealógicamente con las nociones de genotipo, pueblo primitivo e inconsciente.

Primeramente, existe una unidad de la mente humana, una especie de estructura genotípica común que se comprueba no tanto en la adquisición de una cultura concreta, sino por la incorporación necesaria de todo sujeto a una “subjetividad cultural” con unas estructuras esenciales comunes.

En segundo lugar, una de sus condiciones pragmáticas es la existencia de un sistema que se considera a sí mismo organizacionalmente cerrado: modelo proporcionado por la antropología cultural de los llamados pueblos primitivos o, en su defecto, de las comunidades. En una ciudad occidental la desigualdad en la distribución del conocimiento es mucho mayor que en una aldea bororo, las fronteras del sistema son más permeables, las identidades simbólicas en que se expresa el contenido de aquella subjetividad son múltiples y no están sincronizadas, emerge el mundo de los sistemas autoorganizados¹⁰, sus acoplamientos, frotamientos, etc. Por decirlo de otro modo, una determinada cultura, en el significado clásico del término para la antropología cultural (y en el aquí expuesto como producto de la observación participante) no está constituyendo ya el único “modelo cognitivo y operativo” (en términos de Rapaport) de una comunidad pequeña y relativamente independiente.

En tercer lugar, se ha considerado tradicionalmente que dicha “subjetividad colectiva” no es consciente, no es describible por sus actores, y que sus significados sólo pueden ser esclarecidos desde un punto de vista exterior o más “objetivo”. Se identifica el interior de un sistema dado como incapaz de dar cuenta de sí mismo, y el exterior del mismo como ámbito de la única forma de reflexividad o conciencia posibles. La perspectiva del analista se considera la depositaria de las “estructuras esenciales”, capaces de desvelar los casos particulares de la perspectiva de los actores de una determinada cultura (Bueno, 1990: 85). El aspecto más problemático aquí para el uso de la observación participante en la moderna sociedad industrial es qué se entiende en la actualidad por “externo” y cuáles serían las nuevas unidades de análisis en las que tal distinción siguiera teniendo pertinencia. Entidades con la frontera bien definida (por ejemplo, empleados de RENFE) presentarán configuraciones culturales significativas superiores en extensión (identidad con el cuerpo de funcionarios), inferiores (maquinistas, revisores), criterios transversales (jefes de servicio, trabajar cara al público), extra-sistémicas (asociaciones de vecinos), etc.

Ahora bien, junto a estos problemas de “aplicabilidad” contemporánea de determinadas premisas de la OP, existen críticas a las nociones de sujeto y mente que están implicadas en sus condiciones y epistemología, a partir de las cuales la OP muestra sus limitaciones incluso en referencia a conceptos sociológicos complejos como el de sistema social autoorganizado o el de Individuo (véase más adelante en este mismo capítulo).

La observación participante posee una teoría del sujeto estructurada por una cadena de dos hipótesis sobre la mente humana y su conocimiento. Estas dos “hipótesis” han funcionado como verdaderos marcos teóricos que se han sucedido cronológicamente pero forman en la actualidad modelos coetáneos.

En primer lugar, la OP lleva a cabo una reducción de la complejidad del sujeto a la hora de comprender las acciones de los sujetos: la reflexividad, los valores personales, la conciencia, el deseo son obstáculos para el conocimiento de la realidad global de un objeto de investigación. Así ocurre que la OP produce el efecto de que no existen demasiadas diferencias entre los sujetos de una misma tribu, la unidad de la misma se convierte en el tipo ideal del que se está informando, y las especificidades de los sujetos son desechables. Dicho tipo ideal es estable, compacto y claramente distinto de su entorno. Reducir el nivel de subjetividad

y reflexividad del objeto (grupo humano estudiado) por debajo del nivel de subjetividad y reflexividad del sujeto investigador implica una decisión metodológica positivista: prescindir de unas así llamadas "propiedades secundarias" de los objetos es lo que hace posible un conocimiento científico. Las propiedades convencionalmente consideradas secundarias de los sujetos por las prácticas de la OP son todas las relativas a cualesquiera de sus fuentes de complejidad personales, pero especialmente en el caso de la antropología contagiada de este positivismo metodológico, la cualidad perdida por excelencia es la reflexividad sobre el significado de la propia cultura, y la noción de racionalidad relativa es el subsiguiente artefacto analítico que reconduce tal limitación de su teoría de la mente.

En segundo lugar, desde la universalización de la idea de relativismo cultural (todas las culturas y todos los sistemas dotados de congruencia cognoscitiva son iguales en valor y, en cierto sentido, incomparables), concediendo al objeto de investigación la misma capacidad de subjetividad y objetividad que la que se presupone en el sujeto investigador, se espera del "nativo" un comportamiento racional isomorfo de la concepción de la racionalidad del analista, desechando las divergencias hacia la categoría de lo imaginario, místico, mágico, etc. Este es el esfuerzo típicamente desarrollado por la antropología cultural: encargarse de encontrar las racionalidades subsidiarias e inconscientes de diferentes grupos humanos que tienen expresión en el dominio simbólico. Racionalidad no es más un concepto etnocéntrico en su contenido concreto para la cultura occidental, sino en su equivalencia tácita a *significado sistemático inconsciente*. Lo que importa destacar en términos de limitaciones de la OP es la implicación efectiva de esta teoría de la mente y las consiguientes dificultades para investigar la complejidad de las modernas sociedades industriales.

En suma, no consideramos que la observación participante tenga un problema de "subjetivismo" en su esfuerzo para la comprensión de las acciones de los sujetos. Si bien es cierto que la observación participante posee una alternativa de mayor implicación comprensiva respecto a una sociología objetivista, todavía puede decirse que la observación participante funciona como una sociología positiva, pues genera un producto (culturas, identidades) para el que reclama estatuto ontológico y una gran capacidad para orientar la acción social. Muy lejos de un subjetivismo, por el contrario, pretendiendo controlar/producir una forma de subjetividad racional de la colectividad (en el sentido expuesto), la observación participante pierde la referencia de la categoría sujeto (construye totalidades; ignorando que el propio sujeto es la forma originaria de toda totalidad, según explicamos con detalle en la introducción de la obra), no alcanza una teoría compleja y unitaria de la mente humana, y practica una ocultación activa de la preocupación constante que el analista-participante despliega sobre el sí mismo".

Una vez expuestas estas críticas, formuladas en términos de aplicabilidad e implicaciones teóricas, vamos a añadir una última línea de investigación que objeto a la observación participante su ilusión de superar una imposibilidad.

Desde el marco teórico de la fenomenología social, se contemplan dos refutaciones. Primera. El observador participante (en coherencia con el principio de indeterminación que acompaña a la prueba empírica) modifica con su presencia los cursos de acción y las motivaciones de los actores cuya cosmovisión natural-relativa pretende comprender. Aun cuando el grupo investigado no conoce al investigador como un observador (posibilidad desaconsejada por los etnógrafos), los efectos indeterminadores no dejan de estar presentes, especialmente los que tienen lugar en la conducta del propio observador-actor como consecuencia de conocer las razones y la estrategia observadora de su orientación. Segunda. El observador participante no puede trascender su mundo vivido concreto y, por tanto, no pue-

de acceder a la comprensión de motivaciones, cambios de la atención, significados y conducta del actor a través de la observación de su propia conducta, puesto que los mundos de observador y actor son inconmensurables (Schütz, 1972).

El observador carece de acceso a las modificaciones atencionales de la otra persona; por lo menos, no puede adquirir ninguna información acerca de estas modificaciones observando su propia conciencia. Tampoco está en situación de influir sobre la conducta de la persona observada ni de ser influido por ella. No puede proyectar su propio motivo-para de manera que se transforme en el motivo-porque de la persona observada. El observador no puede juzgar, a partir de la mera conducta del otro, si este último está logrando llevar a cabo sus planes o no (Schütz, 1972).

Finalmente, desde la cibernética de los sistemas observadores también puede desvelarse un problema de capacidad comprensiva en la tecnología de la observación participante. El planteamiento de la observación existente en la observación participante requiere una especialización observador/observado que tiene paralelismo con una cibernética de los sistemas observados o teoría del control, donde la participación es una condición de manipulación (y producción de ruido en el interior) de la máquina. El analista nunca es otra cosa que un observador "incorporado" al sistema. Así pues no estamos ante un sistema observador, sino ante un sistema-con-observador a domicilio (Gutiérrez, 1993: 88). El sistema define sus fronteras desde un punto de vista emic, pero el observador no constituye un "estado observador del sistema", salvo en un sentido antropológico muy genérico (es un ser humano que estudia a otros seres humanos), pues no da lugar a una observación que provenga del interior (endógena). En este sentido, no puede ser considerado como un universo que ha sido capaz de producir observadores. Para esta perspectiva es claro que las construcciones tecnológicas "desde dentro" son las que tienen un mayor interés (Gutiérrez, 1993).

A modo de punto de llegada provisional, Ibáñez sugiere lo siguiente, con su contundencia habitual.

Heinz von Foerster (en Dupuy, 1982) propone una sugerente conjetura. Cuanto más trivialmente conectados están los elementos de un sistema (por ejemplo, cuando, como en un desfile, cada soldado ajusta su paso al del soldado contiguo), más opaco es el sistema para un observador interno y más transparente (visible/manejable) para un observador externo. Cuanto más compleja es la conexión (como en una sociedad paleolítica), más transparente es el sistema para un observador interno y más opaco para un observador externo. Por eso, los antropólogos acceden raramente a las claves de las sociedades que estudian (Ibáñez, 1990b: 159-160).

6.2.5. El debate emicletic

El par *emicletic* (inventado por Pike y procedente de la lingüística) centra la terminología en que la antropología cultural discute la epistemología, la metodología y la ontología de la relación entre interior/exterior y, en consecuencia, la validez de las investigaciones realizadas mediante observación participante. El debate *emicletic* oscila entre los llamados puntos de vista que simulan lo interno (*emic*, la significatividad y el sentido para el actor) y los pun-

tos de vista que priorizan lo externo (*etic*, la significatividad y el sentido para el observador). Algunas de las críticas a enfoques interpretativos o *emic* abundan en una presunta renuncia a la construcción teórica, en su “reducción etnográfica”, critican un cierto etnografismo. Estas mismas críticas juzgan negativas las implicaciones explícitas de la experiencia del observador. El planteamiento emicista cuestiona la capacidad comprensiva de las observaciones realizadas desde una estrategia *etic*. Vamos a extendernos en este punto. Daremos la palabra a los autores de algunas de las corrientes más críticas con la propia distinción *emic/etic*, y después intentaremos sintetizar las principales posiciones existentes.

Pike apuesta por la visión *emic*, con énfasis en lo sincrónico y lo particular¹², mientras que Harris considera inverificables las proposiciones formuladas en términos *emic* (no son observables, las hace equivaler a lo mental) y defiende una visión externa o *etic*, general y diacrónica. Por su parte, la antropología hermenéutica de Geertz abandera una nueva etnografía que permanece asentada sobre la incapacidad de los nativos para autodescribirse y la consiguiente necesidad de un “investigador externo”. Veamos.

Geertz (1983: 56) se pregunta cómo es posible el conocimiento antropológico del modo en que los nativos piensan, sienten y perciben.

...si no es, tal y como estamos inclinados a creer, a través de algún tipo de sensibilidad extraordinaria, y una capacidad innata para pensar, sentir y percibir como un nativo (una palabra, urge decir, que uso “en el estricto sentido del término”), ¿cómo es posible el conocimiento antropológico de la manera en que los nativos piensan, sienten y perciben?

Este mismo autor se hace eco de la amplia discusión metodológica que ha generado dicho interrogante, y clasifica las respuestas encontradas en pares de oposición del tipo dentro *versus* fuera, descripciones en primera persona *versus* tercera persona, fenomenología *versus* objetivismo, cognitivo *versus* conductual y análisis *emic versus etic*. Geertz (1983: 57) pretende solucionar este listado con “la manera más importante y a la vez, más simple y directa de poner la cuestión en términos de una distinción formulada por el psicoanalista Heinz Kohut entre los conceptos de experiencia-próxima y experiencia-distante”. Su definición añade bien poco a la noción intuitiva; en el caso de la experiencia próxima (*experience-near*) se está refiriendo a “una (experiencia) que alguien pudiera espontáneamente y sin esfuerzo utilizar para definir lo que él o sus personas próximas ven, sienten, piensan, imaginan, etc.” (Geertz, 1983: 57).

La exposición de Geertz continúa afirmando que tales conceptos arbitran una diferencia de grado, no una oposición polar, y que la pregunta por cómo debe ser realizado el análisis antropológico y encuadrados sus resultados —en lugar de acerca de la constitución física que los antropólogos necesitan tener— reduce el misterio sobre el significado de “mirar las cosas desde el punto de vista del nativo”.

La respuesta última se deduce de las dos premisas explícitas. Dado que no podemos aspirar a introducirnos en la piel de nuestros informantes, y que los nativos usan sus conceptos de la experiencia-próxima de una manera espontánea e inconsciente, mirar desde el punto de vista del nativo consiste en investigar y analizar sus medios de comunicación simbólica. Por consiguiente, la antropología que toma carta de naturaleza es una antropología cognitiva¹³.

No debemos perder de vista, a su vez, que Geertz pretende poner en cuestión los mitos clásicos de la “comunidad” e “identificación” con el nativo.

La comprensión de la forma y la presión de las vidas internas de los nativos, para usar una vez más la peligrosa palabra, es más parecida a captar un proverbio, recoger una alusión, entender una broma —o, como he sugerido, leer un poema— que a conseguir una situación de “comunidad” (Geertz, 1983: 70).

En relación con esta crítica de la observación participante clásica (alcanzar un alto grado de comunicación empática con el nativo), y con los aspectos implicados de la relación interno/externo, Gustavo Bueno ha presentado un repaso crítico de los distintos desarrollos o posibilidades explicativas del llamado “prisma de Pike”.

Cabe la posibilidad de considerar que no existen diferencias entre *etic* y *emic* en términos de posición del conocimiento. Esto equivale a afirmar que las observaciones interiores y exteriores no poseen diferencias de validez. A lo sumo “hay contenidos más difíciles de interpretar que otros” (Bueno, 1990: 35) que producen la aparición de malos entendidos, descripciones imprecisas, etc. La consecuencia es que tal oposición pierde su importancia teórica (o. cit.: 37).

Incluso aceptando que existen diferencias entre *emic* y *etic*, autores como Ibáñez (1990b) entienden que ambos enfoques están ineludiblemente articulados.

Lo *etic* y lo *emic* se conjugan a todos los niveles. El enfoque *etic* para las génesis y el enfoque *emic* para las estructuras son complementarios: difícilmente “comprenderemos”, por ejemplo, una cultura, si no conjugamos el enfoque genético —*etic*— tipo Harris y el enfoque estructural —*emic*— tipo Lévi-Strauss (Ibáñez, 1990b: 54).

El planteamiento de Bueno puede incluirse en este mismo apartado. Su posición es que debe existir una complementariedad en virtud de la cual —y en sustitución de las proyecciones de los conceptos psicológicos dentro/afuera— pueda hablarse de un anverso y un reverso, es decir, de una pluralidad de ángulos experienciales de los sujetos observadores y de los actores.

A continuación, caben las posturas llamadas emicista y eticista. El propio Pike es defensor de un planteamiento emicista. Para Bueno “Como misionero, lo que Pike buscaba era entrar en comunicación con los nativos; otro tanto hubiera hecho un político o un comerciante. Precisamente puede decirse que el interés por la fonética resulta ser el más característico de la perspectiva científica —en relación con la perspectiva religiosa, política o mercantil” (Bueno, 1990: 26). Las críticas de Bueno a la posición emicista afirman que supone la anulación de un sujeto gnoseológico o analista, y la constitución de una pluralidad de actores envueltos en un proceso de autognosis. En opinión de Bueno la defensa de una posición *emic* radical implica una desaparición del observador en cuanto tal. En esta perspectiva, lo *etic* sería entendido como lo *emic* de la comunidad de antropólogos. Cuando esta perspectiva se conduce hasta el “adentrismo” (llamado así por Bueno en o. cit.: 51) ha sido calificada como la negación activa de la posibilidad de la ciencia.

Por su parte la posición eticista, en sus desarrollos más conductistas, convoca abiertamente la teoría de la caja negra: nada de lo que ocurra en la mente de los actores es accesible ni pertinente para la observación participante.

Asimismo, en relación con emicismo y eticismo, Bueno pone de manifiesto el origen psicologista de las ideas dentro/afuera de una cultura y los problemas que presenta su aplicación lejos de la situación práctica en que fue diseñada por Pike, con arreglo a círculos culturales relativamente cerrados e independientes.

El fondo de la cuestión reside, a nuestro juicio, en lo siguiente: que esa "exterioridad" que caracterizaría a la perspectiva *etic*, tal como Pike la concibe, es una característica muy grosera, porque "exterior" está diciendo cosas muy diferentes, algunas de ellas pertinentes (por ejemplo el alfabeto fonético internacional no fue elaborado por los mixtecos y es exterior a su cultura), otras ambiguas (por ser "exterior", ha de ser físico) y unas terceras totalmente impertinentes, (por ser físico y exterior a la cultura mixteca el alfabeto internacional no es capaz de entrar en el interior de la lengua mixteca, como si este interior existiese en los términos de Pike) (Bueno, 1990: 36).

Por último existe una concepción paralelista de la que Bueno considera a Harris como máximo exponente: "...han de recorrerse ambos planos, supuesto que sean esenciales; y un mérito de la teoría será precisamente el que puedan recorrerse en paralelo, estableciendo todas las analogías o puentes que sean posibles" (Bueno, 1990: 59). Una observación participante sería válida en la medida en que diera cuenta de los paralelismos semánticos entre las concepciones del analista y de sus informantes.

El repaso de las posiciones en torno al debate *emic/etic* nos ha permitido poner de manifiesto la pluralidad de perspectivas teóricas que pueden concurrir dentro de unos mismos presupuestos epistemológicos. Sin perjuicio de recordar al lector las limitaciones y problemas expuestos, podemos afirmar que la OP es una metodología muy flexible cuyo repertorio de posibilidades y actitudes observacionales ha permitido el tratamiento de objetos de investigación muy diversos y su utilización en la práctica totalidad de las disciplinas científico-sociales.

6.3. Un modelo de tecnología de la observación endógena: la autoobservación

Tal y como exponíamos en la introducción a este capítulo, la principal fuente de diferencias entre la OP y la autoobservación reside en sus diferentes condiciones metodológicas y en sus distintos presupuestos epistemológicos. La utilización en la metodología sociológica de los conceptos fundadores e implicados por la autoobservación supone transformar tales "creencias" o premisas básicas con consecuencias para la totalidad de la teoría social, pero dentro de una lógica histórica, a saber: la definición, en el seno de las investigaciones mediante formas de observación cualitativa, del objetivo de alcanzar los mayores niveles de validez y certeza.

Con el fin de facilitar la lectura, vamos a modificar el esquema empleado para la observación participante. Primeramente nos ocuparemos de la fundamentación epistemológica de la autoobservación, para centrarnos seguidamente en la descripción y, en último lugar, en sus problemas y limitaciones. De este modo el orden del epígrafe reproduce el orden general existente entre la introducción (marco teórico), la teoría de la observación (epistemología y metodología de la participación observacional endógena), y el socioanálisis cibernético (metodología de la participación conversacional).

6.3.1. Fundamentación epistemológica

Es preciso explicar que la autoobservación conduce a los más altos niveles de certeza y a la comprensión del sentido de las acciones de los sujetos, pues certeza y comprensión del sentido son los fundamentos de la validez de la autoobservación.

Con el concepto de certeza nos referimos a la probabilidad de que otra conciencia similar a la mía acepte el sentido y alcance óptico que mi conciencia objetiva atribuye al objeto (que puede ser otra conciencia similar, por ejemplo) y con ello coopera en su constitución. Es decir, que esa conciencia de la que hablamos y que es similar a la “mía” es (o puede ser) el objeto objetivado por “mi” propia conciencia. En otras palabras, la certeza no es otra cosa que la probabilidad de que los restantes nativos aprueben ese tratamiento; tratamiento que, como en todos los demás, no tiene sino principios explicativos que se ordenan mediante computación del observador. La certeza, por tanto, aumenta en función del conocimiento vivencial de la persona/s que se está observando.

Con el concepto de sentido hacemos referencia a una actividad selectiva heterogénea del sujeto (véase el concepto de heterogeneidad) en su interpretación creativa (véase Varela, 1990: 109) de los contextos complejos (véase el concepto de hipercomplejidad en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*) y en su atribución de aspectos genéticos (históricos) al objeto. Hacemos referencia a un concepto impuro de sentido (véase el concepto de impureza en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*). Dicho concepto está en relación con nuestro deseo de trabajar desde los sistemas irreversibles. Pero además, nos enfrentamos a un sentido que, en último término, manifiesta el sin-sentido (contraproducción) a partir del cual construir responsablemente un mundo hipercomplejo. Adviértase la buena adaptación de este concepto con una teoría polifónica de la enunciación, la cual, como proponen Bajtín y Ducrot (véase el capítulo *Análisis semiótico del discurso*) entiende la enunciación en cuanto acto polifónico pero, en este caso, no ya sólo como polifonía de locutores o de enunciadores, sino como polifonía de “individuos” (véase este concepto en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*).

La atribución de aspectos al objeto, así como las relaciones que los objetos mantienen entre sí, como consecuencia de la lógica del proceso de objetivación realizado, no son sino construcciones de las conciencias complejas. En consecuencia, consideramos que las atribuciones de aspectos al objeto, más allá de los efectos inevitablemente reflexivos, y por ello pragmáticos que acompañan a toda actividad humana, tienen que ver con la atribución de significado (semántica), mientras que el conocimiento y el reconocimiento de las relaciones anunciadas —cualesquiera que sean estas— tienen que ver con la atribución de sentido (pragmática). Por ello, la relación que el individuo mantiene con otros individuos, o el objeto con otros objetos o el individuo con otros objetos está condicionada por las tareas de aspectualización (semántica) y de interpretación (pragmática) que hacen posible mediante afinidad el mantenimiento coherente de la mismidad de cualquier individuo u objeto, apta para ser computada recursivamente en un orden enésimo por todas y cada una de las conciencias que forman parte del mundo vivido concreto que me contiene y que co-genero (semántica y pragmáticamente). En línea con esto, lo definido en los cuatro primeros capítulos como connotación aparece aquí como evidencia de la complejidad y de los mestizajes discursivos.

Precisamente de la certeza, el sentido y las condiciones epistemológicas de la autoobservación vamos a ocuparnos en la descripción de su fundamentación epistemológica. Lo primero que merece destacarse es la existencia de una pluralidad de vías que fundamentan la autoobservación social.

La primera de dichas vías es la fundamentación más abiertamente cibernética. Con ella se produce una contextualización de la AO en cuanto metodología histórica y científicamente pertinente en relación con modernos desarrollos epistemológicos. Así pues, las condiciones expuestas a continuación provienen en su mayor parte de una reflexión epistemo-

lógica que está siendo empleada en áreas tan diversas como la investigación de la inteligencia artificial, la geopolítica, la terapia familiar y la economía. El resultado de su lectura no es otro que la justificación de la pertinencia y potencialidades de la autoobservación: la autoobservación queda prescrita como un modo de observación endógeno adecuado si asumimos un principio de relatividad universal de las observaciones, un principio de incertidumbre (al investigar estamos actuando y transformando), la inclusión del observador en las descripciones y la existencia de una pluralidad de personas que utiliza un lenguaje común. Veamos.

Las observaciones son relativas al punto de vista adoptado por un observador (Von Foerster, 1981b: 257). Siguiendo al autor citado, las observaciones son *sistemas de coordenadas*.

1. Todas las distinciones cognitivas se generan por un observador y son relativas a la naturaleza del mismo (Flores y Winograd, 1989: 81). Se trata de un principio de relatividad universal, según el cual ninguna construcción de conocimiento puede escapar a esta premisa. Toda descripción es, consecuentemente, una afirmación hecha por un observador a otro observador.

Un observador es un ser humano, una persona, un sistema vivo que puede hacer distinciones y especifica qué es capaz de distinguirse como una unidad... y es capaz de cooperar como si fuera externo a (distinto de) las circunstancias en las cuales el observador se encuentra a sí mismo. Todo lo que se diga se hace desde un observador a otro observador, que puede ser él mismo (Maturana, 1978: 31).

2. Las propiedades de las cosas existen solamente como distinciones especificadas por un observador. En términos de Bateson y Korzybski, el mapa no es el territorio, el territorio no aparece nunca, pues lo único que pasa del territorio al mapa es la diferencia, manejamos representaciones de representaciones⁴.

El proceso de la representación siempre lo filtrará, excluyéndolo, de manera que el mundo mental es sólo mapas de mapas de mapas, al infinito. Todos los "fenómenos" son, literalmente, "apariencias" (Bateson, 1985: 485).

El lenguaje produce el efecto de referirnos a tales propiedades como si fueran externas, pero se mueve siempre con "un decir "como si" y no una apelación ontológica" (Flores/Winograd, 1989: 82). Frecuentemente tales propiedades nos informan más del observador que de las supuestas cosas en sí (Von Foerster, 1991). Por ejemplo, la elaboración de una lista de libros prohibidos nos dice más acerca de quien censura que de los propios textos. Lo mismo ocurre con "las descripciones de pacientes internados, o que reciben cargas eléctricas en su cerebro, o en cuyas venas se inyectan drogas: nos brindan información acerca de sus terapeutas" (Keeney, 1983: 97-98).

"Las observaciones afectan a lo observado hasta anular la esperanza de predicción del observador (esto es, su incertidumbre es absoluta: Heisenberg)", (Von Foerster, 1981b: 257). Ibáñez se ha referido a esta premisa como quiebra de la prueba empírica o de adecuación a la realidad. El valor de verdad (de una teoría, de una proposición) articula dos pruebas científicas: la empírica (adecuación a la realidad) y la teórica (coherencia del discurso).

Heisenberg y Gödel, respectivamente, muestran el carácter paradójico de ambas (Ibáñez, 1990a: 22, 178).

El observador debe estar incluido explícitamente en la descripción de la observación. "...se puede empezar a pensar en una teoría social que incluya realmente los participantes, los elementos del sistema social, en la teoría del sistema" (Von Foerster, 1981: 105).

Para el desarrollo de una investigación social, partimos de la existencia de una pluralidad de personas.

1. El principio de relatividad de la observación funda ya, de hecho, la interacción entre más de un sujeto. "La realidad no es objetiva, pero tampoco individual" (Flores y Winograd, 1989: 82/83).
2. Von Foerster desarrolla una argumentación relativista que postula la existencia de una comunidad o pluralidad de individuos o personas o seres humanos.

Asumamos por el momento que yo soy el hombre de éxito de negocios con sombrero hongo de la figura 2 (el señor del bombín, ilustración de Gordon Pask), y que yo insisto que soy la única realidad, mientras que todo lo demás es sólo parte de mi imaginación. No puedo negar que en mi imaginación aparecerá gente, científicos, otros hombres de negocios con éxito, etcétera, como los hay por ejemplo en esta conferencia. Desde el momento en que encuentro a estas apariciones similares a mí en muchos aspectos, tengo que darles el derecho de que ellos mismos aseveren que son la única realidad y que todo lo demás es sólo una maquinación de su imaginación. Al mismo tiempo ellos no pueden negar que sus fantasías están pobladas por gente, y uno de ellos puedo ser yo, con sombrero hongo y todo lo demás! Con esto hemos cerrado el círculo de nuestra contradicción: si yo asumo que soy la única realidad, resulta que yo soy parte de la imaginación de algún otro que, a su vez, asume que él es la única realidad. Esta paradoja se resuelve fácilmente, por supuesto, postulando la realidad del mundo en el que alegremente florecemos (Von Foerster, 1991: 43).

Nótese el parecido con el argumento ontológico de San Anselmo, fundado en este caso en el principio de relatividad: "...si una hipótesis que es aplicable a un conjunto de objetos se sostiene para un objeto y se sostiene para otro objeto y se sostiene, entonces, para ambos objetos simultáneamente, será entonces aceptable para todos los objetos del conjunto" (Von Foerster, 1991: 44; Pask, 1960: 232).

Tal realidad ambiental consiste en la multiplicidad de interacciones entre las actividades cognitivas del conjunto de personas. Esta premisa considera característico de los individuos o personas físicas postuladas, en tanto que seres vivos, su calidad de sujetos cognoscentes, y el uso de un lenguaje.

1. No es condición necesaria la postulación de un determinado funcionamiento de los "dispositivos" internos de la mente de cada individuo.
2. Existe en la autoobservación una superación de la paradoja separadora de sujeto y objeto (S/O). En los términos en los que nosotros lo planteamos es impertinente la cuestión ¿qué es el sujeto? al margen del objeto. Hablar de sujeto presupone la existencia del objeto. Y esto por la sencilla razón de que el objeto es porque hay sujeto, en cuanto que hay un sujeto que lo nombra y modifica. Por tanto, frente a las lecturas de derecha a izquierda o viceversa, frente a las posiciones de quienes se olvidan alternativamente de su condición de objetos y su condición de sujetos, se defiende

aquí (desde tecnologías de la observación endógena como es la autoobservación) la disolución de la barra separadora mediante la integración de sujeto y objeto. Sólo los sistemas autoobservadores son capaces de asumir esta premisa epistemológica y conjugar esa doble dimensión existencial. En consecuencia la autoobservación trasciende igualmente el funcionamiento paradójico del Estado (véase el concepto de contraproducción en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*), su retroalimentación del orden y desorden sociales existentes y la importancia de la barra separadora de sujetos y objetos, así como de sociólogos y tecnólogos, para el funcionamiento actual de las modernas totalidades tecnológicas. La autoobservación, como veremos más adelante, se constituye a sí misma en generadora de cambio social.

3. Las personas físicas sostienen entre sí, en principio, relaciones recíprocas comparables a la complementariedad figura/fondo¹⁵ analizada por Varela (1983). Podemos extender la asunción de este postulado exclusivamente hasta el concepto inicial de acoplamiento puntual. Los dos elementos (unidad y fondo) poseen una relación como dos series de acontecimientos dotados de cierto grado de independencia. La unidad y el medio están acoplados en ciertos puntos (acoplamiento puntual: Varela, 1983: 148).

El término “acoplamiento” debe ser concebido, en sentido laxo, como descriptor de la “onda expansiva” que sincroniza comportamientos en la teoría de la comunicación de Shanon (1983), o bien, como la propia posibilidad de interactuar recíprocamente entre la pluralidad de sujetos cognoscentes.

4. Conocer es hacer. Esta es la inflexión constructivista que caracteriza el taller cuya tecnología de participación observadora es la autoobservación. Podemos matizar que tal concepción implica una dimensión de temporalidad irreversible: los sujetos cognoscentes son sujetos históricos de una experiencia cognitiva. Podemos comprobar la pluralidad de referencias cruzadas que convergen en este postulado.

Von Foerster alcanzará sus afirmaciones epistemológicas más radicales precisamente en *On Constructing a Reality* (1981b: 288 y ss.). Ese ambiente o entorno “tal y como lo percibimos, es nuestra invención” (1981b: 288). Aquí es también donde encontramos la concepción de los procesos cognitivos como “procesos infinitamente recursivos de computación (de descripciones de una realidad)” (1981b: 296), y la consecuencia estética y ética de analizar los componentes psíquicos y sociales con los que producimos realidad.

El Imperativo Ético: Actúa siempre de forma que aumentes el número de alternativas. El Imperativo Estético: Si deseas ver (conocer), aprende cómo actuar (Von Foerster, 1981b: 308).

Glaserfeld, a su vez, resalta abiertamente la importancia de la experiencia del observador en el marco de una “epistemología constructivista radical”. “La hoja, el viento, la sombra y la rana son todas ellas partes de nuestra experiencia que nosotros, como observadores, hemos aislado recurrentemente” (1981: 126). Desde esta perspectiva, Glaserfeld modifica la codiciada sentencia de Maturana para convertirla en la nueva regla del método: “todo lo conocido es conocido por un sujeto de la experiencia (*experiencer*)” (o. cit.: 124).

Por su parte, Varela entiende por conocer una “Acción efectiva: historia del acoplamiento estructural que enactúa (hace emerger) un mundo” (1990: 109). Sus investigaciones biológicas están entre las más fecundas del pensamiento de segundo orden, al igual que sus

puentes a las disciplinas del pensamiento filosófico y social. Un ejemplo de las primeras es el siguiente: "Al igual que el color, el olor no se revela como un mapa pasivo de rasgos externos, sino como la articulación creativa de sentido a partir de lo histórico. Bajo esta luz, pues, la operación del cerebro se interesa centralmente en la enactuación de mundos a través de la historia de linajes viables: es un órgano que construye mundos en vez de reflejarlos" (1990: 108). Después podemos ver un ejemplo de los segundos: "Sólo en el trabajo reciente de algunos pensadores europeos (sobre todo Martin Heidegger, Maurice Merleau-Ponty y Michel Foucault) ha comenzado la crítica explícita de las representaciones. Estos pensadores se interesan en el fenómeno de la *interpretación* entendida como la actividad circular que eslabona la acción y el conocimiento, al conocedor y lo conocido, en un círculo indisociable." (Varela, 1990: 90). Invitamos al lector a comparar el concepto de enacción de Varela con el concepto de sentido propuesto por nosotros más arriba; puede encontrarse una aproximación a las diferencias en la introducción de la presente obra. Pese a la generalidad de esta "reconstrucción histórica" del pensamiento filosófico, Varela aparece ajustándose a sus propios logros cuando enfatiza la "codeterminación" como característica del enfoque enactivo, a diferencia de "cualquier forma de constructivismo (en donde sitúa a Watzlawick) o neokantismo biológico (Lorenz)" (o. cit.: 102).

Maturana ha defendido también la implicación existente entre la relatividad de las observaciones a un observador y la existencia de una interacción "social" (entre sujetos). Para Maturana el lenguaje es el dominio en que tiene lugar esa interacción que genera mecanismos consensuales de comportamiento.

El dominio lingüístico como dominio orientador de la conducta requiere al menos dos organismos interactuantes con dominios de interacciones comparables de tal modo que se puede desarrollar un sistema cooperativo de interacciones consensuales en el que la conducta emergente de los dos organismos es relevante para ambos... El eje central de la existencia humana es su *ocurrencia en un dominio lingüístico cognitivo*. Este dominio es social constitutivamente (Maturana, 1972: 41. XXIV).

No existen jerarquías de tipo lógico entre las actividades cognitivas de esa pluralidad de sujetos cognoscentes. La cuestión de los tipos lógicos implica el problema de las paradojas y la teoría de la observación.

Bateson ha sido uno de los principales defensores de la teoría de los tipos lógicos, cuyos planteamientos y aplicaciones aparecen dispersas a lo largo de toda su obra. El concepto procede de los lenguajes formales y ha sido definido en los siguientes términos.

La teoría afirma que ninguna clase, en un discurso formal lógico o matemático, puede ser miembro de sí misma; que una clase de clases no puede ser una de las clases que son sus miembros; que un nombre no es la cosa nombrada (Bateson, 1985: 310)

El propio Bateson critica una utilización estricta de la teoría de tipos, tal y como fue pensada para los sistemas formales por Russell y Whitehead. La jerarquía de tipos muy pronto se muestra como una jerarquía "con muchas ramificaciones", y además la temporalidad del mundo real impide la negación lógica del pasado, análoga a la realizada con los cálculos de proposiciones que generan paradojas en "el mundo abstracto de la lógica" (Bateson, 1985: 310). Pero sin perjuicio de asumir estos comentarios, más adelante considera que la analogía parcial "puede brindar una guía importante a los especialistas en ciencias de la conducta para su clasificación de los fenómenos relacionados con el aprendizaje" (o. cit.: 311).

El uso que Bateson realiza de los tipos lógicos es diverso, y está liberado de gran parte de las implicaciones que el concepto tiene en la lógica, e incluso de la cuestión de la "distinción entre una clase y sus miembros" que él mismo había considerado fundamental en la teoría. Podríamos decir que realiza una lectura laxa de los tipos lógicos sin incurrir en un pensamiento cerrado o estricto al respecto. Keeney (1983: 46) coincide con esta valoración. En la práctica Bateson emplea la teoría de tipos para "saltar" del Pleroma (la cosa nombrada) a la Creatura (los nombres⁶), y para jerarquizar relaciones (pre-definidas) de inclusión: bien se trate de la relación entre un estímulo y sus sucesivos contextos (Bateson, 1985: 319) o (tácitamente) de la relación entre conciencia e inconsciente.

En opinión de Keeney (1983), Bateson conocía las objeciones de Spencer-Brown (1972) y von Foerster (1981b), según las cuales no debían proibirse las paradojas sino construir con ellas una visión alternativa. De aquí la importancia que el concepto de contraproducción —resultado paradójico— a partir del cual se orienta la construcción del *Socioanálisis Cibernético*, entre otros recursos interpretativos. Teniendo presentes las primeras condiciones epistemológicas que hemos enumerado, toda observación, en tanto enunciado de un observador que participa (que media) lo observado se constituiría en una sentencia autorreferencial. No obstante, sigue valorando Keeney, Bateson concluyó que la tipificación lógica constituía un "instrumento descriptivo para distinguir las pautas formales de la comunicación que subyacen en la experiencia y la interacción entre los hombres" (Keeney, 1983: 46). Para Keeney, autores como Watzlawick, Weakland y Fisch eran igualmente partícipes de esta visión laxa o atenuada de los tipos lógicos considerados con valor descriptivo y no preceptivo.

Desde nuestro punto de vista, Keeney efectúa una lectura de Bateson que reconstruye históricamente la ubicación heurística de una teoría de tipos. No haremos nuestra la posición de negar esta posibilidad, pero sí llamamos la atención sobre dos aspectos. Primero. Asumida en tales términos: hay unos tipos lógicos que tan pronto se utilizan para describir se muestran cruzados por todo género de interferencias y paradojas entre sus niveles de recursividad, la premisa epistemológica o descriptiva de los tipos lógicos no hace sino describir la inutilidad de la distinción que prescribe (un ejemplo se encuentra en los distintos niveles de conciencia que el propio Bateson (1985) pone en práctica en el análisis de las dinámicas de Alcohólicos Anónimos. Si la dependencia del alcohol (y por tanto, los niveles o tipos lógicos de conciencia o perspectiva en las mentes de los alcohólicos) estuviera completamente exenta de comportamientos sistémicos y no intencionales (como pareciera afirmar en principio Bateson, pues se mueven, en este estudio citado, atrapados por el primer nivel de conciencia intencional), el proceso de "recuperación" del alcohólico no supondría simplemente un salto de nivel sino una transformación sustantiva de la naturaleza humana (!). Para solucionar esta reducción al absurdo es necesario asumir que un alcohólico involucra todos los niveles de conciencia en la construcción de su identidad y su entorno, por tanto, que la jerarquía de los mismos es una "jerarquía enredada". Segundo. Keeney muestra hasta qué punto entender los tipos lógicos con un valor descriptivo requiere emplear el concepto de escalas de observación (von Foerster, Mandelbrot) y la lógica de la forma según Spencer-Brown, esto es, considerarlos "distinciones trazadas" ("Así pues, la tipificación lógica podía concebirse simplemente como una manera de trazar *distinciones*, y desde esta perspectiva, utilizarla para poner de relieve la autorreferencia y la paradoja en lugar de ocultarlas" Keeney, 1983: 46). El lenguaje de las distinciones e indicaciones es más potente que el de la Teoría de Tipos (volveremos sobre este aspecto. Véase el capítulo *Sociocibernética: marco sistémico y esquema conceptual*).

La segunda de las vías de fundamentación de la autoobservación proviene de la incorporación de recursos teóricos de la fenomenología social (principalmente a partir de Schütz) y de la teoría de la fractalidad social que veremos más adelante. Podríamos afirmar que sus dos ejes son la imposibilidad de escapar al mundo vivido concreto al que se refiere la fenomenología social, y la exigencia de los mayores niveles de certeza para la comprensión de los fenómenos sociales.

Respecto al primero de los conceptos vertidos, vamos a recurrir a un ejemplo.

Gutiérrez, Aguado y Abad (1992) han desarrollado un proceso de autoobservación sobre el diseño de un museo de cine. Para ello partieron de las mismas premisas bajo las que fue realizado el trabajo previo (titulado *Arquitectura y Semiótica en el diseño de un museo de cine*): el hecho arquitectónico no se presenta como exclusivamente comunicativo, sino también como estructural y significativamente semiótico y, por consiguiente, cultural y social. Sujeto y objeto se construyen mutuamente. La propia conceptualización del objeto como museo atribuye al sujeto uno o varios roles relativos: visitante, empleado, cleptómano, etc. En último término, el diseño de ese artefacto cultural, tipo satisfactor arquitectónico, no existente, aunque objetivamente posible, se realiza a partir del yo experiencial constituido en relación intersubjetiva. Se puede pensar el pensamiento creativo a partir del objeto y sus diferentes tipos, dando por supuesto el usuario o, por el contrario, se pueden pensar los tipos ideales del usuario proyectados desde el yo experiencial en realidad actual intersubjetiva y, desde ahí, alcanzar el objeto arquitectónico a diseñar. Cualquiera que sea el camino elegido para el diseño, su acción creativa está determinada, además de por leyes físicas y biológicas, por instituciones sociales o individuos (véase este concepto en el capítulo SAC), así como por las experiencias contenidas en el nivel de lo dicho y no dicho (mediatizadas por el lenguaje, en consecuencia) llevando todo ello consigo la cosmovisión característica de las totalidades de las que participa el observador⁷. En realidad la acción creativa consistirá en un ir y venir entre ambos tipos de recorrido. En estos recorridos nos encontraremos con tipos ideales de artefactos, entendidos como contextos de significado susceptibles de ser incorporados al tipo ideal sin transformarlo sustancialmente, y con tipos ideales de usuario capaces de desarrollar determinados cursos de acción sin transformar esencialmente el artefacto. Esos contextos de significado incorporados operarían como marcos, hasta ese momento inéditos en ese contexto de significado, mientras que los segundos ofrecerían un conglomerado de actores en justa correspondencia con el artefacto diseñado. La correspondencia entre contextos y actores tiene siempre un carácter metafórico y un comportamiento inevitablemente reflexivo (circular) de orígenes siempre "individuales" (relativos al concepto de individuo), consecuencia de la inevitable mediación del lenguaje con origen experiencial: el conocimiento será siempre un conocimiento derivativo del conocimiento.

De lo dicho se sigue que cualquier interpretación de significado subjetivo implica una referencia a una persona en particular. Además debe ser una persona de la cual el intérprete tenga alguna clase de experiencia y cuyos estados subjetivos se pueden recorrer en simultaneidad o casi simultaneidad, mientras que el significado objetivo está desvinculado de personas particulares y es independiente de ellas. No es necesario decir que el significado objetivo se basta a sí mismo con la teoría de la caja negra como conceptualización de la mente. Por el contrario, el significado subjetivo y el problema de su subsiguiente validez se relaciona estrechamente con la autoobservación social. La razón estriba en que si bien el significado objetivo presupone un observador, el significado subjetivo apunta, en primera instancia, a la existencia de un actor. Será el actor y no el observador el que se encuentre en mejor posición para acceder con mayor certeza a la significación subjetiva. El

requisito lógico para el aumento de la certeza exige que el intérprete participe de los esquemas interpretativos de los signos que utilizan los observados, es decir, que sea un actor, un nativo. En fin, solamente desde la AO se coloca el investigador en el camino de los grandes progresos teóricos, pues es capaz de “ponerse en la piel de las cosas”, siguiendo a Thom (1991).

6.3.2. Características de la autoobservación

Un programa de investigación social mediante la metodología de la autoobservación se basa en la constitución de sistemas observadores de sí mismos o autoobservadores. Para introducimos en sus características específicas vamos a exponer las condiciones necesarias para ser considerada una observación social como autoobservadora.

Los autores del presente texto son conscientes de que al presentar la autoobservación como una legítima y privilegiada posición para la observación científica están proponiendo una construcción alternativa frente a los presupuestos tradicionales, los cuales la habían convertido en un desecho más, entre los muchos con que no trabajan las ciencias de los procesos reversibles y sus tecnologías de la totalidad (véase la introducción al libro).

Hemos dicho en la introducción de este capítulo que el observador y el actor, además de posiciones básicas de las que derivarían todas las demás, son posiciones y no personas o especialistas inamovibles en el curso de una interacción. Asimismo identificamos la autoobservación como un ejemplo de forma derivada de la relación-nosotros en orientación-otro, es decir, aquella situación en que el actor (posteriormente/ahora observador) está simplemente orientado hacia el otro y en actitud natural.

En línea con este repaso podemos introducir las posibilidades metodológicas (y las implicaciones teóricas para el cambio social, como se verá en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*) resultantes de añadir los conceptos de sistema observado y sistema observador, provenientes de la cibernética, en cuyo seno representan el paso de una teoría del control del comportamiento y la comunicación en animales y máquinas a una autoorganización y complejización creciente de los sistemas. Un sistema observado será objeto de observación externa, directa e indirecta, con registros cualitativos o cuantitativos. Por el contrario un sistema observador será capaz de escindir-se en un estado observador y en un estado observado. El observador será siempre un miembro del sistema que de cuenta de la constitución de la frontera del mismo, y en términos de Pask, de los propósitos de aquel y de los suyos propios en cuanto observador, así como de la constitución de la situación de observación. En línea con esto, la modalidad de observación participante estaría comprendida dentro de lo estipulado para los sistemas observados, con la particularidad de que sus observadores lo son “a domicilio”. Sólo la autoobservación permite dar cuenta de verdaderos sistemas observadores a los cuales, para mayor precisión, llamaremos en adelante sistemas autoobservadores.

La primera de las ventajas de esta modalidad de orientación, característica de la autoobservación, sería la no afectación recíproca que toda observación inevitablemente produce entre las posiciones básicas (observador/actor), de acuerdo con el principio de incertidumbre al que hemos aludido anteriormente. Por ello consideramos imprescindible subrayar la necesidad de que el actor-observador se desenvuelva como tal (y no como ob-

servador-actor), en la actitud natural, dentro de las situaciones posteriormente reconstruidas. Quiere ello decir que el actor-observador no debe tener la intencionalidad, al aproximarse al objeto, de convertirse posteriormente en observador de sí mismo y del otro hacia el cual se orienta. Precisamente la autoobservación apunta hacia la superación de la actitud intencional que denunciara Bateson como característica más notable de la observación externa (véase a estos efectos el capítulo *Socioanálisis Cibernético*; véase asimismo un análisis nada trivial ni convencional sobre la intencionalidad en Fernando García Selgas *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*; no obstante la desaparición de la conciencia intencional que postulamos no permite ser identificada con el proceso de encarnación allí descrito). Advuértase además que para la autoobservación el sí-mismo no es otra cosa que el resultado complejo de la inevitable correlación, por un lado, entre el actor y el otro hacia el cual (o los cuales) se halló orientado en el pasado y, por otro lado, la interacción entre dicha complejidad y el yo autor (presente) del autoobservador (véase el concepto de mente en capítulo *Socioanálisis Cibernético*). Así pues no bastaría con la construcción textual del diálogo intercultural (del que habla la antropología dialógica, característico del tiempo de lectura, de la preparación final de la investigación) sino que ese diálogo, para hacerse posible, deberá pasar a ser consciente de la indeterminación de los objetos ocasionada por la confusión de los diferentes tiempos de lectura y escritura: aquello que se observa, valdría decir, lo escrito, el texto nativo, en cuya construcción fue parte responsable el sujeto-actor, y lo leído (la observación misma, la investigación como resultado) de cuya construcción o, si se quiere, invención es responsable único el actual autoobservador (véase un ejercicio de diálogo intercultural desde la autoobservación en la introducción). Ocurre que éste último proceso prevé la necesidad de que el autor se incluya en su obra en un proceso, en principio, ilimitadamente recursivo, dotado de características similares al que incluye los tiempos y plazos de lectura y escritura antes mencionados.

Denominaremos “observador principal” de un proceso autoobservador al autor que trabaja con estos presupuestos epistemológicos. En otras palabras *conditio sine qua non* es que se constituya como tal a partir de una situación originaria de participación. Por consiguiente, diremos que la expresión “observador principal”, además, indica que la investigación mediante autoobservación se realiza con una pluralidad de observadores.

La autoobservación constituye un procedimiento de aprendizaje/conocimiento inverso del realizado en la observación participante: en lugar de aprender a ser un nativo de una cultura extraña (en lugar de ser un observador externo que pretende un estado de observación participante), el nativo aprende a ser un observador de su propia cultura a través del acoplamiento puntual con otro sistema distinto del propio: se constituye un estado observador del sistema (un sistema autoobservador) ante las perturbaciones introducidas por otro sistema (sistema demandante de la investigación). En este sentido, podría decirse que la autoobservación es consciente del diálogo intercultural que supone toda investigación social, tal y como presupone la antropología dialógica, si bien, a diferencia de ésta, la autoobservación entiende ese diálogo intercultural como el producido entre un nativo próximo –por oposición al nativo remoto de la antropología dialógica– y un autor consciente de su autorreferencialidad, así como de su capacidad para acceder a los significados subjetivos en todos los niveles de recursividad a los que apunta su discurso constructivista. Esta apelación al carácter constructivista de los discursos “inventados” a partir de los sistemas autoobservadores elimina cualquier posible pertinencia de la discusión sobre el subjetivismo de este tipo de investigaciones. La razón es obvia: para el constructivismo cualquier descripción del mundo es una invención. Por consiguiente el debate, de existir, girará en

torno a las estrategias, pero nunca sobre las “adecuaciones” con que el cientifismo de finales del siglo XIX presentaba sus presuntos “descubrimientos”.

Hecha esta aclaración, consideramos necesario subrayar que el diálogo intercultural de la autoobservación no identifica al nativo que fue con el autor que es, sino todo lo contrario. Sería únicamente el hilo biográfico, el conocimiento experiencial adquirido en otro tiempo el que operaría a modo de enlace entre los sujetos presupuestos por ambas posiciones. Así pues, la autoobservación permite acometer la superación de la quiebra de las pruebas empírica y teórica, la cual acompaña, como apuntara Ibáñez en repetidas comunicaciones, a toda investigación realizada con observadores externos. “...como al investigar empíricamente el objeto lo alteramos, tenemos que investigar la investigación del objeto, la que a su vez alteramos, por lo que habrá que investigar la investigación de la investigación del objeto. Nos metemos en una cascada transfinita de reflexividades”.

A modo de resumen podría decirse que “yo” (autoobservador), que estuve viviendo dentro del mundo aquí descrito como actor en orientación-otro, puedo también dirigir mi atención (y convertirme en autor) hacia ese mundo y hacia ese yo (actor) en orientación otro. En estos casos atiendo en tiempo pluscuamperfecto a los actos intencionados ya realizados mientras estaba orientado hacia el otro y hacia lo que he captado en esos actos, a saber, la orientación del otro hacia mí. La autoobservación se llevaría a cabo bajo la forma de una arqueología vivencial (una reconstrucción del conocimiento a través de la experiencia del sujeto). Este punto de llegada cobra especial relevancia si se recuerda que la originalidad primaria de la conciencia del otro sólo se obtiene en la orientación-tú, o bien, en la “relación nosotros realizada y llena de contenido” (Schütz, 1972: 195). Parafraseando a Schütz podría decirse que el autoobservador no puede vivir los contextos subjetivos del yo actor y del tu actor sino en la medida en que retrospectivamente vivencie como observador “externo” la precedente relación yo-tu (observador-actor; autor-texto) realizada y llena de contenido.

Todo sistema que constituye la comunidad de una pluralidad de sujetos sincronizados tiene su soporte físico en las personas físicas y en sus interacciones. Por tanto el sistema sólo puede devenir “observador de sí mismo” a través de la constitución de uno o varios sujetos cognoscentes, que cambian su posición de participantes por la de observadores de sus observaciones previas, es decir, autoobservadores.

De lo dicho se derivan una serie de consecuencias de importancia estratégica, a saber.

El “observador principal” debe ser pues un “nativo próximo” del sistema de referencia y no un nativo remoto como el característico de la observación participante y las observaciones externas. Este concepto de proximidad constituye un desarrollo a partir de las categorías de experiencia próxima y experiencia distante (Kohut, citado en Geertz, 1983).

La consideración de “nativo próximo” implica que el sujeto, ahora autoobservador, debe abandonar o haber abandonado su condición de participante y poder constituirse en el estado observador del sistema.

El autoobservador, en su etapa de nativo del sistema de referencia, es decir en su etapa de actor-observador, ha debido ocupar el mayor número posible de posiciones de actor-observador entre aquellas implicadas en el objeto a reconstruir después.

La definición del sistema respeta, en un comienzo, la percepción de sistema que poseen los participantes de una realidad nominal (la empresa X, la institución Y, las mujeres en situación C, la familia D, etc.). Esa consideración previa se interrelaciona, posteriormente, con las unidades y categorías de análisis científico-sociales. A tales realidades nominales las denominaremos: “individuos”.

En términos materiales u ontológicos el presunto objeto de estudio nunca deja de ser un continuo, un campo: individuo y “totalidad” (del nivel que ésta sea) se disuelven en relaciones homotéticas, autocatalíticas e irreversibles de variación e identidad (véase el concepto de identidad desde otra perspectiva concordante con esta en el capítulo de Fernando García Selgas).

La posición autoobservadora es dependiente de una teoría de la fractalidad social. El individuo (cualquiera que sea su dimensión –uno o más sujetos– y/o naturaleza –grado de complejidad–) es fractal en la medida en que es relacional y en tanto que su conciencia esté inmersa en un funcionamiento intencional. No es que el todo esté repartido de forma alicuota entre las partes, ni que éstas sean una suma superior al mismo, sino que existen núcleos de complejidad comunes a cualesquiera niveles o escalas de observación de “lo social”. Cuando hablamos de individuo, por esta misma razón, manejamos indistintamente la identidad de un ser cuyo estudio se puede abordar, según los casos, bien como “ser espacial”, “material”, bien como ser de “tipo abstracto” –siguiendo la terminología de Thom (1991)–.

La afirmación anterior exige una puntualización previa: nosotros suponemos, en consecuencia, que sólo el “ser espacial”, “material” es realmente existente; lo cual no quiere decir que los individuos como “seres de tipo abstracto”, no inauguren, mediante reificación reflexiva o transitiva de sus elementos-sujetos, las actividades características de los sujetos mismos: interpretación, intencionalidad, en definitiva, relación y reversibilidad.

Los sujetos de “tipo abstracto” poseen una ontología dudosa y sólo son en función de la perspectiva del observador (sea éste un solo sujeto o varios; véase el concepto de portavoz en el capítulo Análisis semiótico del discurso).

En esta visión, se impone como necesaria la consideración de la “interpretación” no como uno más de los modos de comportamiento del sujeto, sino como el modo de ser del propio existir, retomando a Gadamer¹⁸. En consecuencia, desde esta perspectiva, los individuos de “tipo abstracto” (como “la clase obrera”, “la sociedad”, “la opinión pública”...) existen en la medida en que interpretan y manifiestan intenciones reversibles.

De lo dicho se infiere que las realidades nominales mencionadas (todas ellas de tipo abstracto e irremediamente abiertas, en cuanto sistemas) existen hasta donde puedan ser consideradas como instituciones encargadas de la transmisión de conocimiento “significativo” (decisivo en el mecanismo de creación de la complejidad disciplinaria). Esta propuesta se acerca a la de Mannheim (análisis de las instituciones que son, según éste autor, el supuesto almacén del desarrollo de la vida intelectual: escuelas, universidades, academias...), pero se aleja desde el momento en que trata realidades nominales como el Ministerio del Interior como instituciones capaces de asumir tareas de creación y transmisión de conocimiento. El discurso de la seguridad es un ejemplo de ello (véase Gutiérrez, 1993).

La naturaleza semántica de las instituciones y discursos apelan a la interpretación y a la transmisión (siquiera reflexiva) y por consiguiente apuntan a un otro, es decir, a una relación. Las relaciones que los sujetos materiales mantienen con los individuos de “tipo abstracto”, los sujetos materiales con los de su misma identidad, las instituciones y discursos con otros sujetos de tipo abstracto están determinadas por las estructuras mencionadas. Y estas, a su vez, son dependientes del grado de apertura del sistema. Así pues, no es el individuo aislado (al margen de la sociedad) quien piensa, quien interpreta. Es siempre el individuo producido y reproductor de esas instituciones y discursos de tipo abstracto quien piensa, quien interpreta.

Por consiguiente, diremos que existe la posibilidad teórica de hablar acerca de un repertorio de discursos virtuales, actuales y realizados¹⁹, aunque no tantos como observado-

res, tal y como afirmaría el subjetivismo, sí tantos como esquemas estandarizados de interpretación-realización. En este sentido, lo "real" (si es que a estas alturas este concepto tiene todavía algún sentido) estaría constituido por el repertorio de esquemas estandarizados disponibles y susceptibles de ser organizados e interpretados en macro-estructuras que coexisten. Adviértase que hablamos de posibilidad teórica, no de certeza. La idea de repertorio a la que hacemos referencia no tiene nada que ver con conceptualizaciones más conocidas tales como la conciencia colectiva (Durkheim), la subjetividad colectiva o la cosmovisión-natural relativa (Schütz). El citado repertorio y su posibilidad teórica se muestra apenas relevantes, a no ser que sean considerados como vaga expresión de la multifacética complejidad del mundo social y se acometa una descripción genética (histórica), así como que se entienda su naturaleza inevitablemente policéntrica (cada sujeto interindividual se corresponde con un centro).

En la autoobservación la unidad de análisis de tales realidades nominales es polivalente: por un lado, el "sujeto" (forma originaria de la totalidad, por lo cual recurrimos a su entrecomillado), y por el otro, el individuo (cualquiera que sea la denominación sociológica o el número de actores que dicha abstracción reciba). Esta polivalencia de las unidades complejas de análisis es consecuencia directa de la teoría de la "fractalidad social" (véase capítulo *Socioanálisis Cibernético -SAC-* y Gutiérrez, 1993: 118 y ss.), que se encuentra en la base de la fundamentación metodológica de la autoobservación. Asimismo, si bien esta teoría de la fractalidad social permite avanzar en la construcción de una ciencia social con sujetos (liberados de las carencias originadas por las tecnologías de la totalidad) también se muestra como uno de los límites insuperables para alcanzar la definitiva construcción de una ciencia de tales características (véase capítulo *Socioanálisis Cibernético* y los límites y problemas de la autoobservación de éste mismo capítulo). Dicho de otro modo, si bien la autoobservación apunta a la desaparición de la posibilidad de la consideración fractal del individuo, dicho objetivo se muestra, en realidad, cibernéticamente inalcanzable. El avance se vislumbra a partir de la posibilidad de vinculación entre los niveles micro y macrosociológico. El límite se manifiesta al tener que, en definitiva, acudir, para su construcción, a los "tipos ideales anónimos" (véase este concepto en el primer capítulo de la obra, epígrafe 1.5) característicos de los principios de la cataláctica (a modo de ejemplos: el ciudadano, el paseante, la sociedad...).

Muy pronto nos damos cuenta del carácter complejo de dichas unidades de análisis. A pesar de su polivalencia, el lector no debe entender que hemos "reducido" la complejidad: también las unidades de análisis son heterogéneas y están sometidas a mezclas y frotamientos entre culturas (lo que la antropología cultural llama procesos de aculturación). En la introducción exponemos cómo dichos procesos han sido descritos en términos de "pliegues"²⁰ o culturas, mostrando su dinámica productora y reproductora (circular). Al igual que ocurre con las culturas, también las realidades nominales muestran su complejidad: ninguna de ellas está exenta de "contagios", mestizajes. Así, un mismo individuo no es, ni puede ser nunca, miembro de una sola realidad nominal y cultural. De manera análoga, una realidad nominal no está formada nunca por los mismos individuos ni por una cultura sin contagios ni mestizajes con otras culturas, además de no poder ser ajena a los efectos reflexivos de toda producción humana (véase el concepto de reflexividad en Fernando García Selgas, *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*, en este mismo libro). Todo ello subraya la imposibilidad de la consideración como realmente existentes de "tipos puros" (p. ej. la felicidad, la libertad, el trabajo, lo cual cuestiona la posibilidad de reducción a una única dimensión la multifacética dimensionalidad de lo social

y de lo real), así como la posibilidad de excluir los sujetos (vinculados, desde ahora, con las tecnologías de la totalidad) de las preocupaciones científico sociales.

Lo expuesto se explica si consideramos como exigible (tal y como se plantea en las tecnologías de la observación endógena) la descripción de las reglas de circulación disciplinaria de individuos, objetos y mensajes, aunque prescindiendo del carácter incierto y asimismo complejo que dichas circulaciones suponen (y son puestas) para (por) cada una de los individuos implicados en la constitución del sistema observador de que se trate. La aproximación a dicha descripción ha de realizarse, pues, a partir de conceptos que permitan dicha complejidad. La complejidad de lo hasta aquí descrito, en términos de estrategia, constituiría el correlato de la propia complejidad del objeto-mundo que se pretende describir. En este sentido, la conversión del concepto de dispositivo de Foucault en un dispositivo autoobservador se ha mostrado capaz de efectuar dichas construcciones (véase el concepto de dispositivo de Foucault explicado con mayor extensión en Fernando García Selgas, en el capítulo *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*, epígrafe 19.2.2). Es ese carácter de disciplinarietà compleja que cabe atribuir a “lo social” lo que apunta hacia la necesidad de una identificación de las reglas de intercambio y reproducción social (tal y como se entienden en este texto dichos conceptos: véase capítulo *Socioanálisis Cibernético* en éste mismo libro), así como a la inclusión de este tipo de presupuestos en una estrategia compleja que encuentra acomodo dentro del pensamiento social de segundo orden.

Todas estas condiciones, que como habrá visto el lector no eluden ni la complejidad ni el pensamiento paradójico, recuperan para la investigación social la premisa según la cual es necesario tener experiencia en/de algo para poder conocerlo; esta misma tesis forma parte del sentido común que considera a los *sherpas* los mejores conocedores del Everest, o a los antiguos empleados de un banco como los más capacitados para realizar su auditoría o su optimización funcional. No obstante la experiencia precisa una conceptualización. De aquí que la autoobservación realizada durante el transcurso de la experiencia se nos presente a menudo huérfana de conceptualización, con una carencia inversa de la improductividad de la conceptualización sin experiencia (improductividad en todo lo que va más allá de las posibilidades predictivas que implican la teoría y la tecnología del momento; Gutiérrez, 1993: 20).

En resumen, subrayamos que en la autoobservación que aquí se propone el observador habla desde su experiencia como actor. En este sentido, mediadas las puntualizaciones anteriores, puede afirmarse que la autoobservación se sitúa en línea con la corriente clásica de la sociología del conocimiento, defendida por Mannheim, y en la cual se remite todo conocimiento o toda observación a la experiencia y la responsabilidad del observador. Dado que la autoobservación proviene de una mezcla de experiencias y posiciones derivadas, es capaz de alcanzar descripciones válidas de la complejidad social, los mestizajes, frotamientos entre culturas (mundos), cambios en la selección de sentidos, etc. Todo ello es conseguido, repitémoslo una vez más, proporcionando

1. Un más fácil acceso al contexto motivacional e interpretacional.
2. Un documento original primario, al no poder dejar de ser una autoobservación realizada por un nativo.

Es conveniente insistir una vez más en que la autoobservación no es una mirada que excluya la posibilidad de coexistir con los restantes modos de observación. Más bien al contra-

rio. La autoobservación se muestra ella misma como un modo de observación complejo, mezclado. En definitiva, lo que se pretende con la autoobservación es construir una descripción global a partir de principios con altos grados de certeza. Por consiguiente, en el viaje desde lo “vividido concreto” (a partir de la acumulación de experiencias llenas de contenido en situaciones de interacción nosotros) hasta lo “vividido imaginario” (el mundo de los contemporáneos: derivación de la relación nosotros para hasta la relación ellos) no puede prescindirse para la construcción de dispositivos auto-observadores de los “conocimientos” procedentes de las diferentes modalidades de la observación “externa” (cuantitativa y cualitativa).

La autoobservación presupone unos límites difusos entre los polos cuantitativo/cualitativo. De no ser así ¿cómo cabría catalogar la obra de Bourdieu?, ¿como cuantitativa o como cualitativa? La autoobservación privilegia, para la distinción entre los polos de dicho par, una triple estrategia: en primer lugar, la estrategia investigadora que pretende construir el objeto sin introducir incertidumbre en el mismo (del que inevitablemente forma parte el sujeto); en segundo lugar, la estrategia diseñada para apuntar hacia la constitución de la investigación de todas las investigaciones que son objeto (miembros) de sí mismas; y en tercer lugar la combinación de las dos primeras, desarrollada en el socioanálisis cibernético.

De seguir el itinerario de lectura sugerido en la afirmación anterior, no extrañará que concluyamos esta descripción de las características de la autoobservación señalando que ésta, por oposición a la observación participante, en la cual se da por finalizada la circulación del texto y la interpretación con la monografía dirigida a la comunidad académica, sólo puede concluir temporalmente mediante la devolución, para su validación, de los resultados de la investigación a los nativos actores.

Ibáñez (1986) ha expresado el sentido de esta acción a propósito del análisis de la demanda implícita en los requerimientos de la investigación.

...la medida de la información es función de las posibilidades que produce en el sentido de la transformación del sistema hacia una mayor organización (hacia el aumento de la neguentropía). Cuando observamos algo transformamos su neguentropía en información (...) Cuando actuamos sobre algo –organizándolo o reorganizándolo– transformamos la información en neguentropía. Una investigación social extrae, por la observación, información y devuelve, por la acción, neguentropía (Ibáñez, 1986: 34).

La devolución de la investigación a los nativos y las relaciones generadas entre observador y actor, dentro de las características de la autoobservación, dejan a la luz la conexión esencial existente entre la teoría de la observación aquí propuesta, la teoría de la autoorganización social y la constitución de un cambio social conversacional. La cita corresponde nuevamente a Ibáñez.

Se han borrado las dos rayas abusivas: la que separa el sujeto del objeto y la que separa el sujeto de otros sujetos. La ética de la responsabilidad en un sistema abierto exige el diálogo abierto entre los sujetos y la simbiosis con los objetos... Así pasamos del Cogito, ergo sum al Loquor, ergo sum.

6.3.3. *Limitaciones y problemas de la autoobservación*

La autoobservación no puede evitar ir más allá de lo aprendido en relación-nosotros hasta alcanzar, en la orientación-ellos, el mundo de los contemporáneos, si bien este cono-

cimiento es siempre inferencial y discursivo, así como producido a partir de tipos ideales anónimos. Por tanto estas circunstancias pueden entenderse como una limitación de la AO, la cual se muestra incapaz por sí sola de construir sus mundos y apela a la significación objetiva o, si se prefiere, a la observación desde fuera. De aquí que pueda hablarse como hace Ibáñez de complementariedad entre cualitativo y cuantitativo, o lo que es más radical en lo epistemológico, entre observación exógena y observación endógena. Lo que la autoobservación proporciona son, inevitablemente por su propia definición, “originalidades secundarias”.

Esta limitación de la estrategia de la AO está igualmente expresada en Spencer-Brown (1972) y en la imposibilidad, si se entienden las premisas en un sentido absoluto, de la reflexión de toda identidad sobre sí misma: el momento de la observación constituye una distinción interior al sistema observador. Abundando en esta dirección podemos acercarnos a la objeción del “inconsciente” y del “tiempo histórico”.

Se ha afirmado que el desdoblamiento de un sistema en un estado observador y en un estado observado es el origen de nuestro inconsciente (Ibáñez, 1990a: 6). Desde este punto de vista, cabría pensar que la autoobservación es un auto(psico)análisis que desvela “transversalmente” el lenguaje de la organización social de referencia (una institución, una empresa, etc.), o bien de nuestra unidad de análisis por excelencia (el individuo). Esta hipotética lectura y su consiguiente objeción (la imposibilidad del autoanálisis, la rigidez psicodinámica de su teoría de la personalidad) está lejos de nuestra intención y requeriría un estudio específico. En cualquier caso, hay una proximidad explicativa entre el inconsciente psicoanalizable que Ibáñez “estira” hasta la noción de fundamento del orden, y el inconsciente no psicoanalizable (un tipo de conocimiento no reflexivo) que otras literaturas tales como la fenomenología social postulan, por ejemplo, en la noción de la actitud natural, y que pudieran ser una objeción a una epistemología de la autoobservación. ¿Cómo pasa uno a “darse cuenta” de cosas que le habían permanecido ocultas aunque formaban parte de su actuación en la vida cotidiana? (¡cambiando de paradigma!).

Junto a esta relativización de la validez de la autoobservación debe registrarse la distancia temporal entre la vivencia y la recapitulación, que hacen de la autoobservación una forma de observación en la que cobra especial protagonismo la reconstrucción histórica de un mundo, con sus consiguientes peligros de distorsión, perspectivismo, etc. Relativización a la que, por otra parte, no es ajena ninguna aproximación histórica, como lo prueba la reducción unidimensional tratada en el capítulo primero de este mismo libro.

Por otra parte, la autoobservación (al igual que el resto de los modos de observación) no puede reclamar para sí una universalidad para la totalidad de las investigaciones sociales, pues es preciso que exista una duración en el tiempo, un conocimiento de mundos vividos, una recapitulación vivencial y, en consecuencia, unas experiencias avanzadas de socialización y competencia lingüística. Por tanto la AO no puede ocuparse de investigar niños, ni siquiera problemáticas muy específicas de adolescentes.

Por último existen algunas características de la AO que podrían ser consideradas como limitaciones. La imposibilidad de trascender una teoría de la fractalidad social y la permanente búsqueda del sujeto, en tanto que horizonte estructural y propuesta de cambio social, respectivamente, resultan al mismo tiempo possibilitados e impedidos por los dispositivos autoobservadores y los sistemas sociales o individuos donde tienen lugar. No obstante, según se ha expresado con anterioridad, libramos del sujeto como categoría absoluta, totalidad tecnológica por excelencia o punto de llegada de la reflexividad metodológica debe ser entendido más como un logro que como una limitación.

6.4. Conclusiones: algunas consecuencias para la teoría social

Como no podía ser de otro modo, la fundamentación epistemológica de la AO conlleva numerosos cambios conceptuales en el panorama de la teoría y la metodología sociales. Para un acercamiento en detalle a la teoría social y a nuevas metodologías de la participación conversacional basadas en la constitución de dispositivos autoobservadores recomendamos la lectura del último capítulo de este libro. Bastará con recordar que la complejidad epistemológica, la reflexividad, la certeza y la autocorrección metodológica han sido metas históricamente perseguidas por todas las metodologías cualitativas. La autoobservación es una metodología que aprende de todas las restantes modalidades de observación y de sus procesos históricos de institucionalización disciplinar.

Ahora podemos afirmar que la autoobservación social es capaz de dar cuenta del cambio social en términos de limitaciones verdaderamente humanas (imposibilidad de cambio radical, imposibilidad de trascender el mundo vivido concreto, frotamientos entre culturas, complejidad), en términos de individuos y no de hechos. La autoobservación se muestra capaz de apuntar hacia la constitución de una ciencia social con sujetos (desprovistos de su servidumbre para las tecnologías de la totalidad), no meramente reproductora de un estado de hechos a partir de la circulación de su descripción externa. Identifica con total claridad la transmisión de conocimiento con la reproducción social y da cuenta de las consecuencias teóricas, económicas y políticas de la inconsciencia de dicha identidad.

La AO exige una apuesta por la destrivialización de los "individuos". Nuestra teoría acerca del funcionamiento de la mente, conectada con la autoobservación social, lleva al analista a comprender ambos conceptos como proceso de computación recursiva de orden enésimo, con origen y resultado/producto inciertos. Este proceso de computación impide considerar la mente como una caja negra y desecha, asimismo, la concepción trivial del individuo, la consideración de su subjetividad como ruido, la ausencia del concepto de contexto en las ciencias, la utilización de un concepto de "externalidad" o punto de vista exógeno inexistente, etc. Muy por el contrario, la autoobservación se conecta con teorías del funcionamiento de la mente que enfatizan la actividad productora, creativa y reproductora del conocimiento social, el diseño de máquinas artificiales no triviales (autoobservadoras), y las teorías de la complejidad social capaces, todas ellas, de reducir el desorden social por medio de la generación de dispositivos autoobservadores (potencialmente neguentrópicos), a diferencia de los dispositivos con observador descritos por Foucault.

Dentro de esta visión compleja que caracteriza las implicaciones de la AO no podemos dejar de destacar su carácter teórico de fractalidad social. La teoría del funcionamiento de la mente que se propone está estrechamente unida a la teoría de la fractalidad (Gutiérrez, 1993). La vinculación fenomenológica entre intencionalidad y pensamiento, entre actividad y objeto intencional conforman, junto a la transmisión reflexiva de toda actividad humana, el núcleo de complejidad de la naturaleza fractal del individuo.

Al mismo tiempo esta visión compleja afecta a la conceptualización misma de las relaciones entre las posiciones básicas y las posiciones derivadas en la observación. Desde la perspectiva de la AO, tales relaciones son igualmente fractales, autorizan a concebir las relaciones entre las escalas de observación como integrantes de un verdadero bucle, y alientan a los investigadores sociales a inventar y ensayar nuevas posibilidades de sistemas observadores en sus respectivas disciplinas.

En el plano más estrictamente metodológico, la autoobservación proporciona un ejemplo de la posibilidad de introducir la complejidad en el desarrollo de metodologías participa-

tivas: participación a través de la observación endógena, y participación a través de la participación conversacional (v. cap. *Socioanálisis Cibernético*). Ibáñez ha expuesto esta idea de espiral de complejidad de la reflexión teórica, epistemológica y metodológica. “Precisamente, como la verdad no es algo a descubrir o desvelar, sino a construir, gracias a estos principios podemos ir construyendo verdades cada vez más complejas, sin que este proceso pueda nunca tener fin... Y en la prueba teórica, si hay una sentencia verdadera que no es demostrable, se introduce como axioma en una metateoría, que a su vez originará una meta-sentencia gödeliana que exigirá meterla como meta-meta-axioma en una meta-meta-teoría, y así entramos en un proceso recursivo transfinito en cascada de teorías cada vez más complejas”.

NOTAS AL CAPÍTULO 6

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco de un proyecto de investigación financiado por la DGICYT (Ministerio de Educación y Ciencia).

² “La ciencia comienza con la observación. Es un hecho innegable del cual actualmente nadie puede dudar y menos aún dentro del ámbito de las Ciencias Humanas, donde la observación es el más antiguo y más moderno método de recogida de datos; de hecho, su historia como ciencia ha sido el desarrollo de procedimientos y medios instrumentales que eliminan o corrigen gradualmente las desviaciones o las distorsiones al efectuar observaciones” (Anguera, 1989: 19).

³ Conocer el significado subjetivo de un producto (objeto, sujeto, acción, etc.) significa que somos capaces de recapitular en nuestra mente, en simultaneidad o casi simultaneidad, los actos políticos que constituyeron la vivencia del productor, es decir, lo que ocurrió en la mente de sus fabricantes en el momento en que lo hicieron. El significado objetivo sólo podemos predicarlo del producto como tal, es decir, del contexto de significado ya constituido de la cosa producida. En este caso el intérprete subsume sus propias experiencias del objeto bajo los esquemas interpretativos que tiene disponibles.

⁴ El texto de Anguera (1989) es prolijo en precisiones de este género y puede ser de utilidad para su ampliación.

⁵ Véase Ibáñez (1979).

⁶ La contextualización de la observación participante puede llevarse aún mucho más lejos.

⁷ “Como técnica, la observación participante es central en todas las Ciencias Humanas” (Anguera, 1989: 130).

⁸ Anguera abunda en la importancia de la Antropología como “área de aplicación de las técnicas observacionales”, y en particular de la observación participante. “Actualmente, los antropólogos, abandonando cada vez más las sociedades arcaicas, estudian los fenómenos de hallazgo de la civilización actual, de aculturación, e incluso, en ocasiones, se quedan en monografías de ciudades modernas; ahora bien, su fin siempre es la descripción de los fenómenos que observan, y las enormes dificultades con que tropiezan, la complejidad de los elementos que deben tratar y el aspecto específico de las situaciones que observan, han desarrollado un rigor metodológico en lo que se refiere a la observación participante” (Anguera, 1989: 208).

⁹ Abundando en ilustrar este esfuerzo de Anguera, recogemos su relación de ventajas e inconvenientes de la observación participante, por este orden. “1) Facilita la percepción, preparando la comprensión de la situación y del escenario social de las interrelaciones entre los miembros y la dinámica del grupo. 2) Tiene gran valor psicológico, acostumbrando a los miembros del grupo a ver al observador hasta que acaban por aceptarlo y, en la observación activa, a incorporarlo como a uno más de sus miembros. 3) Existe mayor número de oportunidades de observación. 4) Facilita el conocimiento de datos guardados secretamente en el grupo, que no se proporcionan a personas ajenas;

si lo hacen, es con evasiones. 5) Acceso al pequeño mundo de lo que se dice y se hace, ofreciendo juicios acerca de la conducta que no pueden ser obtenidos de ninguna otra manera.

"1) El más grave de los peligros es la subjetividad (...) 2) Posible falta de espontaneidad. 3) Absorción por parte del grupo en algunos casos, perdiendo la capacidad de crítica (especialmente en la observación activa). 4) Posible influencia en la vida del grupo. 5) Habitual carencia de estandarización. 6) Las réplicas apenas existen. 7) Falta de continuación de tales estudios de forma sistemática, y en vez de tomar una observación participante como punto de partida para futuras investigaciones, se separa como caso único. 8) Se atribuye mucha importancia a los llamados *peligros de sesgo*..." (Anguera, 1989: 136). Las cinco ventajas son fácilmente compartibles por comparación de la observación participante con otras técnicas. La formulación de los ocho inconvenientes obliga a compartir una idea del conocimiento muy distinta de la que ocupa nuestros esfuerzos. Asimismo el lector deberá prescindir de la descripción del proceso de la observación participante como referencia, pues está diseñado con una clara intención cuantificadora.

⁹ Cristina Peña Marín (Abril, G., Lozano, J. y Peña-Marín, C., 1982: 102 y ss.) glosa la clasificación de Benveniste en relación con las marcas características de este tipo de enunciación y su estrategia persuasiva de producción de "efectos de realidad". "A la enunciación discursiva se opone la del tipo *historia* que excluye todas las formas lingüísticas *autobiográficas*. En ella aparentemente nadie habla, los acontecimientos son enunciados *como se han producido en su aparecer en el horizonte de la historia*. No encontraremos, por tanto, deícticos y los tiempos verbales predominantes son el indefinido, imperfecto, pluscuamperfecto y el *prospectivo* (tiempo perifrásico sustitutivo del futuro) en tercera persona. (...) ninguna otra *modalización*; localización de unos acontecimientos respecto a otros incluso reproduciendo su orden cronológico de sucesión –marcada por adverbios o locuciones temporales no deícticas ..."

¹⁰ Véase con más detalle el concepto de "Individuo" en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*.

¹¹ Con esta expresión hacemos referencia a algunas nociones básicas de las tecnologías del yo. Consideramos que no se puede pensar la figura del antropólogo sin reparar ni por un momento en el significado de su actividad para la relación consigo mismo. Es así como puede afirmarse que la observación participante lleva asociada una tecnología del yo en la cual se combinan la tradición de moralidad cristiana (conocerse a sí mismo es la manera de renunciar a sí mismo, a cuidarse de sí mismo) con tres tecnologías estoicas de la introspección, estudiadas por Foucault y enumeradas en la siguiente cita: "He hablado de tres técnicas estoicas del yo: cartas a los amigos y revelación del yo, examen de sí y de conciencia, incluyendo un recuento de lo que se ha hecho, de lo que tendría que haber sido hecho, y de la comparación entre los dos" (Foucault, 1988: 72).

¹² A estas notas, Pike añade siete pares de oposición que detallan la caracterización global de su modelo: general/particular, artificial/natural, externo/interno, absoluto/relativo, desintegrado/integrado, parcial/total, preliminar/final (citado en Bueno, 1990: 27).

¹³ "En un sentido, por supuesto, nadie conoce mejor que ellos mismos; así, la pasión de nadar en la corriente de su experiencia, y la ilusión posterior que alguien de algún modo tiene. Pero en otro sentido, este sencillo hecho es simplemente falso. La gente usa conceptos de la "experiencia-próxima" espontáneamente, inconscientemente, como si fuera coloquialmente; ellos no reconocen en absoluto, salvo esporádicamente o en ocasiones, que hay unos *conceptos* involucrados. Esto es lo que significa *experiencia-próxima* -que las ideas y realidades que dichas experiencias informan están natural e indisolublemente unidas. ¿A qué otra cosa podrías llamar un hipopótamo? Por supuesto que los dioses son poderosos, ¿por qué si no les tendríamos miedo? El etnógrafo no percibe, y en mi opinión no puede percibir, lo que sus informantes perciben... Y en cada caso (de mi trabajo de campo en Bali, Java y Marruecos) he intentado obtener lo más íntimo de las nociones no imaginándome a mí mismo como si fuera alguien distinto, un campesino arrocero o un jefe tribal, y viendo entonces lo que yo pensaría, sino investigando y analizando las formas simbólicas –palabras, imágenes, instituciones, comportamientos– en cuyos términos finalmente la gente se representa a sí misma y frente a otras personas" (Geertz, 1983: 58).

¹⁴ Enunciado de Korzybski: el mapa no es el territorio. ¿Qué pasa del territorio al mapa? La di-

ferencia. La diferencia es algo abstracto: "De hecho, lo que entendemos por información (la unidad elemental de información) es una diferencia que hace una diferencia..." (Bateson, 1985: 484).

La idea de diferencia es fundamental en la teoría de la comunicación de Bateson. Hacer una diferencia es lo mismo que hacer una distinción (o. cit.: 486).

¹⁵ "Antes de poder hablar de auto-organización, hay que suponer ya una cierta diferencia entre una unidad (o un sistema) y su medio (o su entorno, si lo prefieren) en parte como en la relación figura/fondo" (Varela, 1983: 147). Tal circunstancia implica que una unidad no puede ser separada de su fondo.

¹⁶ "Ahora, pongamos a la par de la idea de Kant la intuición de Karl Jung en los *Siete sermones a los muertos*, un extraño documento donde sostiene que hay dos mundos de explicación o dos mundos de comprensión, el pleroma y la creatura. En el pleroma sólo existen fuerzas e impactos. En la creatura existe la diferencia. En otras palabras, el pleroma es el mundo de las ciencias exactas, en tanto que la creatura es el mundo de la comunicación y la organización" (Bateson, 1985: 514).

¹⁷ El concepto de Cosmovisión, Universos Simbólicos o de "Weltanschauung" procede de Dilthey y de la tradición de la filosofía neokantiana, y ha tomado distintas matizaciones en su significado a lo largo de la sociología del conocimiento, de cuya línea se alimenta la teoría social de Schütz. Estas orientaciones producen un concepto que se estira entre consideraciones estrechamente vinculadas a la reproducción y legitimación sociales (Berger y Luckmann), y visiones más aproximadas al concepto genérico de cultura empleado en antropología social y cultural. En nuestro texto se efectúa un uso que se acerca más a la noción integrada de cultura (reproducción social, pero también producción, momento creativo, etc.). Véase Montero (1987).

¹⁸ Véase Montero (1987).

¹⁹ Son tres tipos de existencia semiótica. La existencia virtual es característica del eje paradigmático del lenguaje, es una existencia en ausencia. La existencia actual es característica del eje sintagmático, ofrece al analista los objetos semióticos en presencia y por esto parece una existencia más concreta. El paso del sistema al proceso, de la lengua al discurso se designa como proceso de actualización. En tercer lugar, la existencia realizada se presenta como la manifestación discursiva propiamente dicha. Véase Greimas y Courtés (1982: 167 y ss.).

²⁰ Para este concepto véase Deleuze (1989) y Gutiérrez (1993).

SEGUNDA PARTE

**LAS TÉCNICAS Y LAS PRÁCTICAS
DE INVESTIGACIÓN**

CAPÍTULO 4

PROCESOS E INSTANCIAS DE REDUCCIÓN/FORMALIZACIÓN DE LA MULTIDIMENSIONALIDAD DE LO REAL: PROCESOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN/REIFICACIÓN SOCIAL EN LA PRAXIS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Fernando Conde

Una vez desarrollados los tres primeros capítulos dedicados a los problemas metodológicos de las perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales, el objetivo de este cuarto capítulo es tratar de poner de manifiesto desde la experiencia práctica de la Investigación Social y desde la reflexión sobre la misma (es decir, desde la praxis de la Investigación Social) cómo las dimensiones comúnmente asociadas a las perspectivas cualitativas y cuantitativas no son algo *ya dado* y existente previa y definitivamente en la realidad social. Por el contrario dichas dimensiones constituyen todo un conjunto de instancias caracterizadas tanto por su fluidez y dinamicidad histórica, como por su carácter de ser producto de la interacción de cada metodología y práctica de aproximación a lo real con esa misma realidad. Lo social es complejo y poliédrico y lo que hace cada práctica de investigación es revelar o resaltar, desvelar y polarizar las diferentes dimensiones del fenómeno social investigado.

Como tratamos de poner de manifiesto en el epígrafe destinado a los *experimentos de laboratorio* en las Ciencias Naturales en cuanto productores de los *hechos*, las prácticas de investigación en las Ciencias Sociales son, también, instrumentos de *producción* de la información, de los datos, hechos, opiniones, actitudes, etc., y no son meros “recogedores” de los mismos.

Desde este punto de vista, las tradicionales dimensiones, instancias o niveles de lo real que se asocian tendencialmente a cada una de las perspectivas cualitativa y cuantitativa son válidas en tanto en cuanto las consideremos en términos de su génesis histórica y social, en lugar de considerarlas como categorías o niveles cosificados, eternos y válidos para siempre.

En este contexto, la idea de la aproximación que se va a desarrollar en este capítulo es relativamente simple, aunque por razones de extensión del mismo su redacción esté muy condensada, se trata de entender que:

1. Toda práctica de investigación social consiste en un proceso de *progresiva reducción de las múltiples dimensiones y planos de expresión* de cualquier fenómeno social.
2. Es en este proceso de progresiva reducción de la multidimensionalidad de lo real como y donde se van produciendo, y por tanto podemos ir definiendo, toda una serie de situaciones más o menos estables y cristalizadas, de niveles o instancias de lo real a las que corresponden tendencialmente un conjunto dado de metodologías, de prácticas y de técnicas de investigación e, incluso, de análisis de datos.
3. Las denominadas perspectivas cualitativas son más pertinentes en las situaciones más fluidas y menos estables y las cuantitativas en las más codificadas y cristalizadas.

De tal modo que, desde este punto de vista, los denominados hechos medidos en una encuesta, en cuanto datos obtenidos en las mismas, sólo son el resultado final, el más tardío, elaborado y abstracto de todo este conjunto de procesos de reducción de la multidimensionalidad de lo social. Y es precisamente en este sentido, en el que cabe inscribir el proceso de Investigación Social como dice J. Ibáñez “en la dialéctica de reducción de la cualidad a cantidad, en dirección a estructuras algebraicas, topológicas y estocásticas”. (Ibáñez, 1988).

En este capítulo se trata de poner de manifiesto, en otras palabras:

1. Cómo existe todo un conjunto de planos epistemológicos, teóricos, metodológicos y técnicos íntimamente unidos entre sí y que habitualmente se separan en la Investigación Social.
2. Cómo las posibles dimensiones que se adscriben a las perspectivas cualitativas y cuantitativas, respectivamente, no son sino *construcciones histórico-sociales* cuyo proceso de producción es paralelo al de los *distintos niveles o instancias de la realidad social* en los que operan.
3. Cómo, a su vez, los *diferentes niveles de la realidad social* puestos de manifiesto por *cada perspectiva son construidos parcialmente a la vez que son revelados y polarizados por cada perspectiva teórico-metodológica*.
4. Cómo entre los polos ideales del más puro “cualitativo” --si se me permite enunciarlo de este modo-- y del más puro “cuantitativo”, existen todo un conjunto de *espacios de configuración* o instancias intermedias en las que cobran sentido las diferentes aproximaciones teórico-metodológico-técnicas que habitualmente se usan en la Investigación Social.

En el contexto de esta reflexión, se puede interpretar que la sociedad y la gran mayoría de los fenómenos, de los “sujetos/objetos” sociales que se abordan en cualquier proceso de investigación social, existen o se configuran --en principio-- en un espacio o dominio de configuración muy abierto y multidimensional. Apertura y multidimensionalidad de los “fenómenos sociales” en cuanto “fenómenos sociales totales” (M. Mauss), progresivamente reducidos por las distintas aproximaciones teóricas, metodológicas y técnicas puestas en marcha en cualquier investigación.

De esta forma, podemos “imaginarnos” --en términos algo metafóricos-- que esa progresiva reducción desde lo cualitativo/concreto/abierto a lo cuantitativo/particular-abstracto/cerrado, desde el momento “instituyente” como decía páginas atrás A. Davila, al momento

“instituido” atraviesa mediante todo un proceso progresivo de “institucionalización”/“reificación”, por una especie de “escalera” –véanse las figuras de las páginas siguientes– en la que hay “rellanos” más amplios y centrales y “peldaños” más reducidos y particulares. Escalera en la que cada uno de dichos rellanos y peldaños constituye una instancia o nivel diferente de configuración de lo real, conformado, parcialmente al menos, por cada “perspectiva teórica/metodológica/técnica” puesta en marcha.

Tal proceso de progresiva reducción de la multidimensionalidad de los fenómenos sociales y de relativa estabilización de los mismos puede entenderse, por tanto, como un progresivo *proceso de desensibilización y filtraje* (Serres, 1991) desde el momento instituyente inicial, en el sentido apuntado por A. Davila. Proceso de filtraje que va reduciendo progresivamente la multidimensionalidad y apertura de dicho fenómeno/momento y de las concretas y específicas relaciones sujeto/objeto asociadas al mismo. De este modo se termina por construir unos “objetos” más operacionales y escindidos de los “sujetos”, objetos más “instituidos” y unidimensionales, prácticamente conformados en un espacio de configuración (el espacio euclídeo), muy reducido en su dimensionalidad ya que sólo cuenta con la *extensión* como su propiedad característica y definidora. Extensionalidad “pura” (en cuanto *vacía*) como dimensión constituyente de este espacio que es la que posibilita, precisamente, el “ciframiento absoluto” como máximo exponente de la medida abstracta.

De esta forma, podemos considerar que todos los que hoy denominamos “fenómenos”, “hechos”, “discursos”, “sujetos/objetos” sociales, se han ido construyendo a lo largo de todo un proceso social e histórico que los constituye como tales. Proceso histórico complejo que no está al margen de la propia voluntad de los hombres –por el contrario, son éstos los que lo van construyendo– y que atraviesa por muy diferentes fases y situaciones que son, precisamente, las que de forma muy esquemática vamos a desarrollar en este capítulo.

Por ello, y dada la dificultad de abordar toda esta serie de problemas en profundidad en el ámbito de esta breve reflexión, solamente vamos a tratar de señalar algunas cuestiones relativas a la definición de cada peldaño de la escalera, de cada instancia o espacio de configuración de un determinado nivel de la realidad, de forma que pueda evidenciarse:

1. La operación epistemológica que lo origina.
2. El espacio substrato correspondiente a cada peldaño (por ejemplo, el nivel de la valoración simbólica o de la configuración semántica), es decir, las características “latentes” e “implícitas” de cada una de las instancias. Espacios de configuración que *definen* y, al mismo tiempo, *limitan* tanto el “nivel de la realidad” con el que trabajamos en cada una de las citadas instancias/espacios o escalones, como la “metodología” con la que podemos operar a partir de cada espacio/nivel respectivo.
3. La forma específica de elaboración metodológica virtual o posible en cada uno de estos espacios.

Es así como cada *cambio de nivel o espacio* constituye una operación epistemológica que entraña la constitución de diversas y específicas estructuras metodológicas –y no sólo metodológicas– en un sentido progresivamente reductivo.

Por último, con todo este desarrollo se pretende asimismo resaltar que todos los escalones, (todos los niveles de la realidad) existen y son planos distintos de la misma y que, por lo tanto, no tiene ningún sentido oponer unos a otros, escindir unos de otros, romper la escalera, en una palabra. De lo que se trata, por el contrario, en cada proceso de investiga-

ción, es de saber en qué peldaño se está y a qué peldaño se quiere llegar, si se quiere subir o si se quiere bajar, si se quiere “cualificar”, y/o si se quiere “cuantificar”, o si se quieren hacer ambas cosas a la vez y, por tanto y en ese contexto, cuáles son las metodologías, prácticas y técnicas pertinentes para hacerlo.

4.1. Las limitaciones de la actual polémica entre las perspectivas cualitativa y cuantitativa en la Investigación Social

Como hemos tratado de poner de manifiesto en los capítulos anteriores, lejos de la historicidad y de la dinamicidad que ha adoptado el análisis de las relaciones entre “lo cualitativo” y “lo cuantitativo”, las Ciencias Sociales habitualmente han abordado esta temática de forma algo reductora. Por lo general, han situado estas relaciones de mayor o menor complementariedad/conflicto como una cuestión, casi, meramente *metodológica* acerca de cómo aproximarse a la realidad social –planteamiento que conlleva, entre otros implícitos, que “nosotros”, los investigadores estamos fuera de ella-. Reducción a lo metodológico que además se ha realizado, en muchos casos, en el contexto de una importación acrítica de los paradigmas dominantes en las Ciencias Naturales.

De este modo, las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales habitualmente se han argumentado desde tres enfoques:

1. Desde un punto de vista *demarcacionista* de los distintos niveles de la realidad social (Alonso, 1988; Ortí, 1986).
2. Desde un punto de vista paradigmático en función de los pretendidos paradigmas teóricos que subyacen en una u otra concepción (Cook y Reichardt, 1986).
3. Desde un punto de vista meramente “*instrumental*”, “*utilitario*” y “*reductor*” en el que “lo cualitativo” es sólo un punto de vista y un paso previo a la “verdadera y científica” aproximación “*cuantitativa*” a lo real-social.

La aproximación que podemos denominar “demarcacionista” es sin duda la más rica y completa de todas las desarrolladas hasta el momento y, desde nuestro punto de vista, es la más pertinente como planteamiento particular ante cada investigación concreta ligada, por tanto, a un proceso y a un contexto históricamente determinado. Ahora bien, esta aproximación, aislada de la dinámica social e histórica, puede presentar un defecto como es la tendencia a la *cosificación* y a la *naturalización de los distintos niveles de lo real-concreto*.

Asimismo, otro efecto “no deseado” de dicha aproximación “demarcacionista”, íntimamente unida a la anterior desviación cosificadora, a-histórica y naturalizadora de lo “social”, es el oscurecimiento del problema de la articulación de las metodologías con los fenómenos sociales, lo que venimos denominando dimensión *polarizadora* de las metodologías (Conde, 1993).

Así, al no tener en cuenta esta dimensión *constructivista* de las metodologías, se tiende a reducirlas a un mero proceso de “captura neutra” de lo real “dado” cuando en sí misma es uno de los elementos de construcción del “par” que denominamos *sujetos/objetos* sociales concretos e históricamente constituidos.

Por último, otro de los efectos habituales y más empobrecedores del actual planteamiento de las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas, aunque en este último

caso más vinculado a la división del trabajo académico y empresarial, es la exacerbación de “lo específico” de cada perspectiva. Exacerbación que, a veces, llega hasta el punto de transformar la polémica entre dos *perspectivas complementarias* en un debate *dicotómico* y *antagónico*. Y en el caso concreto de España, más reductoramente, casi, entre las *dinámicas de grupo*, como práctica paradigmática de la perspectiva cualitativa (Ibáñez, 1979) y las *encuestas estadísticas* como técnica paradigmática de la perspectiva cuantitativa.

En este contexto, la aproximación que también de forma muy esquemática y reductora vamos a desarrollar, trataría de matizar la citada polémica mediante la introducción de toda una serie de reflexiones que intentan poner de manifiesto cómo los *procesos sociales* y los *procesos de investigación social* son *ambivalentes* por su propia naturaleza. Pues ambos tipos de procesos comportan tanto *dimensiones productivas* de configuración/estabilización de los distintos niveles o instancias de lo real, como *dimensiones reductoras* de la multiplicidad y complejidad de ese mismo proceso de producción de lo real-social (ambivalencia básica que, por cierto y a veces, no deja de plantear problemas éticos a la investigación y al investigador). En este sentido, aspiramos a que estas reflexiones suavicen y relativicen los problemas descritos y, de forma muy especial, la diferenciación –a veces casi convertida en dicotomía– entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas.

De esta forma, se trata de explicitar que las perspectivas cualitativas y cuantitativas más que perspectivas “discretas y enfrentadas” están más o menos presentes o están más o menos ausentes, según nos acerquemos/alejemos a cada uno de los dos polos de la escalera citada anteriormente. O lo que es lo mismo, a cada uno de los extremos del *gradiente discontinuo* constituido por la multiplicidad de posibles instancias y posiciones –históricamente variables a su vez– entre las dimensiones más abiertas e “instituyentes” y las más cerradas, codificadas e “instituidas” de un fenómeno social. Gradiente o escalera cuyos principales rellanos, descansos o espacios de configuración básicos tratamos de representar en la Figura 4.1. Esquema que de una forma general y tendencial se corresponde, por otro lado, con el expuesto por A. Ortí en el capítulo anterior acerca de los niveles de la realidad social y de la interacción personal. Dicha correspondencia tiene lugar en los siguientes términos.

1. El nivel de los *hechos* tendería a estar configurado en el espacio substrato nombrado en nuestra cultura como el “espacio euclídeo” que es precisamente el espacio en el que se despliega el modelo estadístico. Esta consideración de los *hechos* (en cuanto “datos”) implica, pues, que lo que denominamos “hechos sociales” –con la carga de “empiría” de la propia palabra hecho/cosa– son, por el contrario y como en el caso de los experimentos de laboratorio de Boyle, el resultado de la *construcción* y de la *convención* social más elaborada y abstracta y, por lo tanto, lo más lejano de lo “empírico” entendido como lo vinculado a la experiencia social directa.
2. El nivel de los *discursos* tendería especialmente desde el punto de vista de su *estructuración significativa*, a inscribirse en el espacio substrato de las topologías. Es evidente, sin embargo, que en torno a las relaciones significado/significante, connotado/denotado, lenguaje/mundo, etc., se producen las situaciones de mayor apertura y reflexividad ya sea del propio lenguaje en sí mismo como en las complejas relaciones lenguaje/mundo. Por ello, parece algo reductor asociar la perspectiva cualitativa a la dimensión estructural del lenguaje y, por ello también, hemos dejado entre paréntesis la cuestión de en qué conjunto de espacios se inscriben los discursos en su totalidad ya que éstos implican una *multiplicidad* de niveles e instancias.

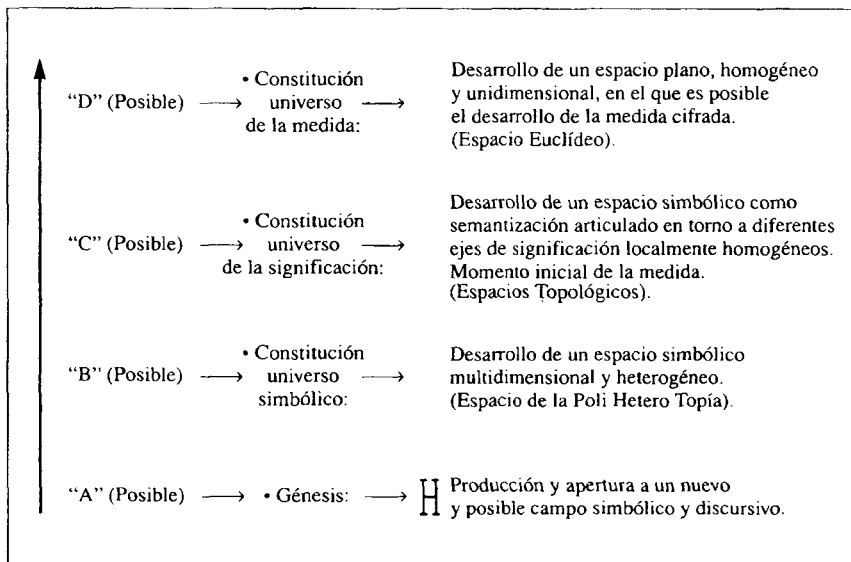


Figura 4.1. Proceso histórico de progresiva condensación simbólica y desarrollo del espacio de la medida

3. Por último, el nivel de los *procesos motivacionales*, por su parte, tendría a inscribirse –siempre planteado de forma esquemática y reductora por nuestra parte– en el espacio de las poliheterotopías como el espacio de configuración más abierto y fluido.

4.2. Niveles más particulares y desagregados en la configuración de las distintas instancias o espacios de configuración de lo social

Desagregando la Figura 4.1 en escalones y niveles/dimensiones más discretos, a su vez, podríamos construir un esquema o escalera en el que, como dijimos anteriormente, se evidenciase a modo de *gradiente discontinuo* los diversos espacios e instancias por los que puede atravesar un "acontecimiento" social antes de convertirse en "sujeto y/o objeto medible y cifrable" (hay que hacer notar que este proceso que describimos no es algo irreversible sino que es tan sólo un modelo reductor, como todo modelo, del proceso de reducción de las dimensiones de lo real que opera en todo proceso de construcción socio-cultural y en cualquier proceso de investigación social).

A su vez, y como señalamos anteriormente, la desagregación en varias fases/escalones de todo el proceso de construcción de los "sujetos/objetos" sociales, posibilita, o al menos esa es su intención, visualizar cómo en cada uno de dichos niveles/escalones más desagre-

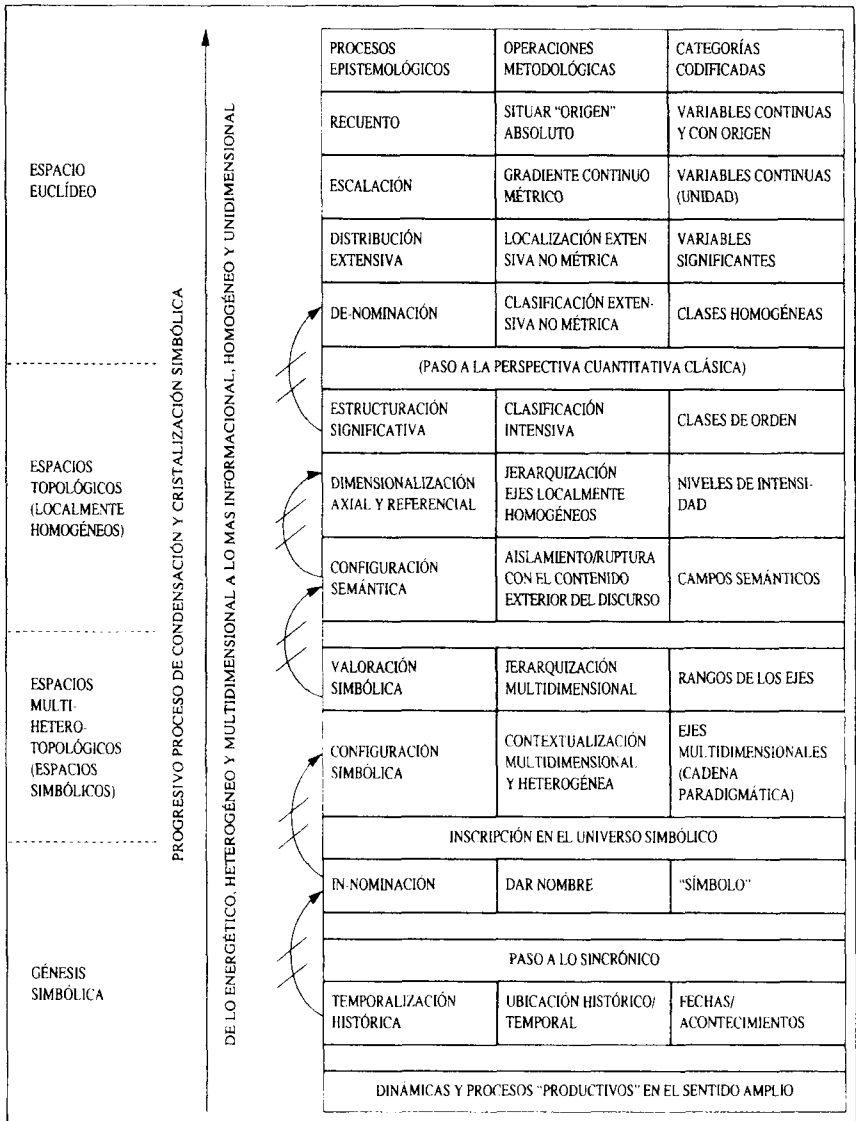


Figura 4.2. Procesos epistemológicos, metodológicos y niveles posibles de medición en el proceso de investigación en las Ciencias Sociales

gados se produce una cierta correspondencia tendencial de los distintos desarrollos metodológicos y técnicos. Correspondencia tendencial en el seno de cada nivel o instancia entre/metodologías/técnicas/niveles de medida que no debe entenderse en el sentido de que las respectivas metodologías/técnicas de investigación sólo puedan utilizarse en el seno de una única perspectiva teórico/metodológica. Por el contrario, las metodologías y técnicas son también “instrumentales” –aunque no sólo– y, por tanto, se pueden utilizar desde las más diversas perspectivas. Ahora bien, lo que sí queremos señalar es que cada práctica y proceso metodológico/técnico concreto construye/configura un cierto “nivel” de la realidad y que, por tanto, el citado nivel/instancia es el que, al mismo tiempo que da “sentido” al uso de dicha “técnica”, condiciona y limita la posible “universalidad” de su uso (véase capítulo *Teoría de la observación*).

Por lo tanto, los límites de aplicación de cada perspectiva metodológica señalada en cada uno de los niveles viene marcado por los límites de constitución/configuración del nivel/escalón respectivo, como tratamos de evidenciar en la Figura 4.2, cuya inspiración inicial –como en tantos otros casos– se debe a A. Ortí.

Este cuadro tendencialmente y en vertical, como apuntamos anteriormente, puede leerse como una progresiva transformación de la cualidad en cantidad; de lo instituyente en lo instituido; de la energía libre pero condicionada en información ligada pero arbitraria en el sentido saussuriano; de lo concreto, diverso y sustantivo a lo particular, abstracto, homogéneo y formal. Lo que entraña un progresivo proceso de creciente formalización, reducción y cierre desde las dimensiones más productivas, relevantes y abiertas, pero menos formalizables, a otras más cerradas y menos relevantes, pero más operacionales y precisas desde el punto de vista estadístico/cifrado.

De este modo, y brevemente, podemos describir el siguiente recorrido procesual desde abajo, es decir, desde los espacios de producción/apertura hacia arriba, hacia los espacios de mayor reproducción/cierre, pasando por toda una serie de fases/dimensiones/escalones intermedios de progresiva estabilización/cristalización/institucionalización de los “fenómenos sociales”.

4.2.1. *La temporalización histórica*

Como sitúa P. Ricoeur (1991) una actividad propia y específica de los sujetos sociales es tratar de comprender los diferentes “acontecimientos” que irrumpen en su cotidianeidad intentando conferirles un cierto sentido. Pues bien, la ubicación histórica del fenómeno, su inscripción en la serie temporal de los diferentes acontecimientos “históricos” es uno de los primeros mecanismos para tratar de construir este primer sentido. Datar un acontecimiento es ya una primera forma de empezar a comprenderlo, su ubicación histórica nos evoca un contexto, una problemática, un cierto desarrollo cultural, etc., que ayuda a producir/captar un sentido inicial a lo que nos había desconcertado, a lo que nos había sorprendido.

Ahora bien, al igual que el conjunto de operaciones que se van a describir brevemente en estas páginas, la temporalización histórica presenta un carácter polémico y conflictivo ¿con qué fecha datamos? Cuestión cuya resolución cabe inscribir en un conflicto mayor relacionado con las fuerzas sociales e institucionales en presencia, con las perspectivas teóricas en conflicto, etc. Esta polémica está parcialmente asociada a la *repercusión estratégica* que tiene situar una u otra fecha como origen del fenómeno y de la posible cadena temporal aso-

ciada. De ahí, por ejemplo, que cada religión tenga su año de origen muy distinto. De ahí, igualmente, que la misma fecha de 1277 planteada por Duhem como origen simbólico de la Ciencia Moderna y citada en páginas anteriores, sea cuestionada por otros autores (Koyre, 1971) que conciben la Ciencia Moderna de otra forma.

En este mismo sentido es reveladora la polémica que se ha producido sobre la fecha del origen y descubrimiento de un fenómeno social tan de actualidad en estos días como es el VIH/SIDA. En función de la elección de una fecha u otra se producen unas repercusiones económicas, simbólicas, sociales, etc., muy importantes. Así, si se acepta la fecha del origen del virus a principios de los años ochenta –prácticamente cuando se dispuso de la tecnología para descubrir los retrovirus (Gmerk, 1990)– puede aceptarse más fácilmente la teoría que nos habla del pretendido origen africano de la enfermedad con las repercusiones de “racismo” implícito asociadas; por el contrario, si se descubren casos de enfermos –analizando la sangre congelada, por ejemplo– anterior a los años sesenta, dicha teoría se debilita en gran medida. Asimismo, si se acepta la fecha del descubrimiento del virus por el francés L. Montaigner, como anterior a la del norteamericano R. Gallo, la repercusión económica de los miles de millones de dólares asociada a la patente de los tratamientos antivirales es evidente y favorable al Instituto Pasteur de Francia. Por todo ello, la temporalización histórica *definitiva* de un fenómeno no es una cuestión baladí sino que moviliza grandes intereses y posiciones más o menos encontradas.

Así como dicha temporalización abre un campo, por ejemplo, el de la Ciencia Moderna o el de la investigación del VIH/SIDA, etc., el acto instituyente de datar también conlleva una transformación *reductora* fundamental en el fenómeno social observado. En efecto, a partir de esta operación el fenómeno observado tiende a perder su historicidad y dinamicidad para inscribirse hacia adelante en un horizonte sincrónico –primer cierre y reducción de la dimensionalidad– más estático. Pérdida de la dimensión procesual y dinámica de los fenómenos sociales que, por otro lado, está inscrita en la mayoría de las operaciones metodológicas de las Ciencias Sociales.

4.2.2. La innominación/nominación

La operación que vamos a nominar como “innominación/nominación”, es la operación, asimismo habitual, que consiste en dar por primera vez un nombre formal al fenómeno social que se está produciendo, analizando, interpretando, etc. Innominado, según el diccionario de Casares significa “que no tiene nombre”. Con el doble término (innominado/nominado) remarcamos *la tensión fundante* del primer nombre y de las consecuencias de esta acción. En este sentido, la innominación/nominación es, tras la *contextualización y temporalización histórica*, una de las primeras operaciones de *gestación/delimitación* y de creación/acotamiento de un posible campo social, simbólico, científico, etc., que se realiza, que realizamos, así como una de las primeras operaciones de formalización “teóricamente” a-crónica (decimos “teóricamente” porque toda “innominación/nominación” conlleva/connota la marca de su tiempo y situación histórica, en el sentido más amplio de la palabra).

La innominación/nominación significa, por tanto, la posibilidad de *abrir formal* y explícitamente un/os posible/s y nuevo/s proceso/s discursivo/s, de abrir un nuevo espacio en cuanto a la forma de pensar, de hablar, de abrir nuevas disciplinas científicas o *nuevos cam-*

pos de desarrollo del pensamiento, etc., que nacen marcados por esta primera innominación. Del mismo modo y en forma paralela, la innominación/nominación también significa un cierre de cara al desarrollo de otras posibles vías alternativas potenciales. Por ejemplo, la aparición/innominación en las Ciencias Físicas de la *fuerza*, la *energía*, los *campos de fuerza*, etc., abrieron nuevos desarrollos y disciplinas científicas, de la misma forma que lo hicieron en el campo de las Ciencias Sociales términos como *Leviatán*, *mercado libre*, *clase*, *preconsciente*, etc.

Al igual que ocurre en todas las operaciones que estamos brevemente describiendo, la realización de esta práctica implica y conlleva juegos de intereses y conflictos, así como profundas repercusiones económicas, sociales, etc. Basta pensar por ejemplo, en los intereses en juego que existen en la actualidad en torno a las *patentes* y a su control asociado en gran medida al nombre formal de la misma. Basta pensar, asimismo, la trascendencia tan negativa que han tenido en la sociedad las primeras innominaciones del proceso infeccioso desencadenado por el VIH como “el cáncer de los homosexuales”, como la “enfermedad de las tres H” (en clara referencia a los homosexuales, a los hemofílicos y a los haitianos) al punto de constituirla como una enfermedad maldita, moral, estigmatizante.

Desde este punto de vista el ejemplo del VIH/SIDA nos suministra un claro caso de una cuestión central en esta operación de la innominación/nominación, como es el que esta práctica implica ya una cierta y mínima *intuición/prefiguración/representación/inscripción en un determinado mundo simbólico* de ese “algo” exterior al propio término utilizado para describirlo, para designarlo –ya sea un algo “material”, ya sea un “algo” igualmente formal–. Intuición performativa y preformativa que, como ejemplifica el caso del VIH/SIDA, va a subyacer en todo el proceso social y cultural de desarrollo posterior de ese “algo” ya innominado/nominado; ya que la citada *innominación/nominación inicial* es clave para el *posible desarrollo y constitución* posterior de cualquier actividad de articulación y modelaje, ya sea científica, ya sea cultural, en sentido amplio, ya sea de cualquier otro tipo.

Ahora bien y como subraya Laclau (1992) el hecho de que lo que aquí se denomina innominación/nominación, y que Laclau simplemente llama nominación, tenga tanta importancia en la constitución histórica del sujeto/objeto conlleva, como el propio ejemplo del VIH/SIDA nos muestra, que los “rasgos descriptivos” de ese fenómeno, de ese sujeto/objeto social “serán fundamentalmente inestables y estarán abiertos a toda clase de rearticulaciones hegemónicas”. Desde este punto de vista “el carácter esencialmente performativo de la nominación es (pues) la precondition para toda hegemonía y toda política”. Es decir, que en función de los conflictos, de las correlaciones de fuerza, de los desarrollos posteriores, el mundo simbólico en el que se inscribe el fenómeno social innominado/nominado será orientado en una dirección u otra, será definido en una dirección u otra muy lejos, por tanto, de la habitual y “naturalista” visión e inscripción fatalista con que se suele abordar el análisis de los fenómenos y de los hechos sociales y abriendo, asimismo, un amplio campo para el desarrollo en las Ciencias Sociales de una actividad crítica sobre los propios cimientos históricos de lo social, del llamado “mundo objetivo”.

De hecho, en la Investigación de Consumo esta operación es clave ya que en el nombre que se le dé a una marca se juega en gran medida el éxito o fracaso inicial de un lanzamiento comercial. Es por ello que una gran parte de la investigación preliminar a un lanzamiento –test de producto, test de concepto, etc.– van orientadas a la producción de esta innominación/nominación del nuevo producto/objeto de consumo, a la elección de un nombre, de una marca.

4.2.3. La poliheterotopía

Hasta ahora y desde el punto de vista de las relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo, las dos operaciones descritas más que inscritas y desarrolladas en una “estructura” y en un “orden” particular previo –evidentemente siempre hay un orden previo pero de tipo más general–, lo que implican precisamente es la posibilidad de creación y desarrollo de una nueva estructura singular; esto es, de un nuevo “orden” parcial relativo al fenómeno social que se está produciendo y construyendo con dichas operaciones. Desde este punto de vista, son operaciones que se inscriben en la pura “cualidad” y se mantienen en el nivel del análisis cualitativo más “salvaje”, es decir, con mayor carga de interpretación.

Desde esta perspectiva, los “observables” ya dados e innominados/nominados y en ausencia de más conocimiento producido sobre los mismos se configuran como “fenómenos” todavía muy gaseosos con muy pocas ligaduras que le confieran y doten de especificaciones y condicionamientos muy concretos –por ejemplo, con una *marca*, con un nombre cualquiera se es todavía muy libre de inscribirlo en “operaciones de marketing” muy distintas–. En este sentido, el grado o instancia de producción del fenómeno se encuentra todavía en una fase muy abierta, en un estado todavía muy gaseoso en el que aún no están fijadas casi ninguna de sus determinaciones de sentido y de significación más concretas –más allá de la fecha y del nombre formal– que pueden reducir la multidimensionalidad del “fenómeno social” y hacer “operacional” nuestro condicionamiento del mismo.

De este modo podríamos decir que, desde el punto de vista de los espacios de configuración en los que cabe inscribir este todavía escaso “nivel de estabilización” de los fenómenos/sujetos/objetos sociales, nos encontramos no sólo en un espacio pre-métrico y pre-extensivo (Petitot, 1990), sino que nos situamos en lo que podemos denominar el *nivel cero* del orden posible. Situación/nivel o espacio de configuración e inscripción del fenómeno que se correspondería, en principio, con el espacio de lo *simbólico* en cuanto multidimensional y que podríamos denominar como *POLI HETERO TOPÍA* en el sentido de que es un espacio abierto compuesto por:

1. Muchos planos cualitativamente multidimensionales (POLI).
2. Heterogéneos y heteróclitos (HETERO) entre sí y en sí mismos –como subrayaba unas páginas atrás A. Ortí– no siendo, por tanto, ni sumables ni inicialmente articulables a este nivel.
3. Siendo tan sólo, y todo lo más, localmente abordables (TOPÍAS/TOPOLOGÍAS).

Asimismo, con este nombre queremos resaltar la situación opuesta de este rellano de la escalera ascendente, de este “espacio” metafórico básico, “local”, “abierto” y muy cercano a lo instituyente, con respecto al otro espacio metafórico, al espacio euclídeo, espacio totalmente instituido y definido como puro espacio “cerrado”, extensivo, unidimensional, cuantitativo, homogéneo y global/universal. En este sentido, la lectura vertical y ascendente del cuadro se puede entender como el conjunto de pasos y de transformaciones que hay que realizar para llegar desde este espacio poliheterotopológico inicial, abierto, cualitativo, heteróclito y heterogéneo (plano de lo *simbólico*, e *instituyente*) hasta el espacio euclídeo final, espacio cuantitativo en el que se pueden inscribir la dimensión cifrable de los fenómenos como espacio de lo instituido.

De esta forma podemos considerar la poliheterotopía como el espacio de la máxima apertura y dimensionalidad, pero en el que ya existe una primera posibilidad de establecimiento posterior de una serie de estructuras y de *órdenes locales*, a partir de las diferentes prácticas y operaciones metodológicas que pueden desarrollarse en este espacio poliheterotopológico y que vamos esquemáticamente a describir en los dos siguientes epígrafes.

El objetivo de estas operaciones es iniciar el *alisamiento, la reducción progresiva* de la multidimensionalidad inicial del fenómeno “observable”. El denominador común de dichas prácticas va a ser, además, el de tratar de realizar una primera “estructuración” de la multiplicidad y heterogeneidad de planos existentes en el citado espacio poliheterotopológico, es decir, la realización de un primer ensayo de estructuración “interna” al fenómeno. En este sentido, podemos considerar que el conjunto de operaciones y prácticas que vamos a denominar *configuración, valoración simbólica y configuración Semantica* son prácticas enteramente cualitativas –en este primer momento– pero que ya se inscriben en el horizonte de lo que tradicionalmente se ha denominado en nuestra cultura, como *cientificidad*. Pues, como dice Gaston Granger (1960), “parecería que una elaboración científica de las nociones cualitativas consiste en el paso de lo a-estructurado a lo estructural, más que a una cuantificación”. Ésto significa precisamente, en nuestro caso, estas prácticas que tratan de configurar –de ahí su nombre– un primer nivel de estructuración en unos fenómenos, hasta ese nivel enteramente abiertos y gaseosos. Operaciones o prácticas que representan, por otro lado, el inicio de la pérdida de la aproximación más puramente cualitativa y abierta que hasta este nivel se había desarrollado, para comenzar a posibilitar una posterior aproximación más sistemática y estructurada en línea con el desarrollo de la “cientificidad” entendida en el sentido más clásico de esta esta expresión. Ya que, como también dice Ibáñez “el tratamiento científico de un campo de objetos supone necesariamente la pérdida de la inmediatez, la integración de la cualidad en una estructura...” (Ibáñez, 1988).

4.2.4. *La configuración simbólica*

En el espacio substrato de la poliheterotopía una de las primeras prácticas/operaciones que conforman un *primer principio de orden y estructura* es la que podemos denominar *configuración simbólica*.

Con este nombre pretendemos designar aquella práctica/operación que realiza una *primera operación de orden* en el seno del caos socio-simbólico en el que se encuentra el “fenómeno social” al llegar a este nivel de su producción. Asimismo es una operación que, al igual que las otras prácticas que estamos describiendo, podemos encontrar tanto en los procesos de producción social más amplia como en el campo más concreto de la investigación/producción social aplicada.

La configuración simbólica consiste básicamente en un *proceso de doble contextualización pragmática*, por tanto, es una operación básicamente de determinación alopoietica, heterónoma, *exterior* al “observable”, como destacaba páginas atrás A. Davila. A la doble luz de la ubicación social de los productores de los discursos o de los fenómenos sociales, en un sentido amplio, y de los objetivos de la investigación que estamos realizando, en un sentido concreto, tratamos de fijar, de establecer analíticamente unos primeros e iniciales ejes de sentidos multidimensionales, que nos permitan una primera e inicial contextualización abierta, y polisémica, del fenómeno producible/observable.

Primeros ejes que no van asociados a *ningún tipo de medida* –en el sentido reducido de este término, ya que exige una *mínima homogeneización* del espacio o substrato de configuración del fenómeno social–. Tan sólo es posible una cierta *ordenación heterogénea y multidimensional* de la inicial apertura cuasi total del fenómeno social que se está produciendo/analizando.

Siguiendo con el ejemplo del VIH/SIDA que estamos utilizando, en cierta medida, como ejemplificador de todo este tipo de procesos y operaciones, la configuración simbólica de esta enfermedad podemos situarla en el conjunto de metáforas de orden moral y maniqueo desarrolladas por la ideología dominante (Sontag, 1988) que tiende a inscribir la enfermedad en un campo de buenos/malos conforme al siguiente esquema bipolar.

NOSOTROS	ELLOS
BUENOS	MALOS
SANO	ENFERMO
VIDA	MUERTE
INDIVIDUO SANO E INTEGRADO	INDIVIDUO "DESORDENADO" MARGINAL
SOCIEDAD "NORMAL"	GRUPOS DE "RIESGO" MARGINALES
RELACIONES "SANAS" Y "NORMALES"	PRÁCTICAS "DESVIADAS" Y "NO NATURALES"
"MI" ENTORNO COTIDIANO	"SU" ENTORNO COTIDIANO

Figura 4.3. Pares dicotómicos sobre el SIDA

4.2.5. La valoración simbólica

El siguiente paso en el proceso de reducción de la multi-dimensionalidad del fenómeno "producible/observable" puede ser denominado *valoración simbólica* en el sentido de que en el contexto previo de los ejes valorativos definidos por la *configuración simbólica* estamos en condiciones de poder tratar de establecer una cierta *jerarquía* y, por tanto, un *rango* entre los mismos.

Esta jerarquía, al igual que en la operación o práctica anterior, se establece de forma exterior al "fenómeno social" –de hecho, la transmisión concreta del VIH, por ejemplo, no tiene científicamente nada que ver con el hecho de ser homosexual como condición perso-

nal-, mediante el establecimiento de forma *intencional* –aunque sobre-condicionados por el doble contexto citado, en nuestro caso del VIH/SIDA por la cultura y la moral más tradicional– del *mayor o menor* grado de importancia de los diferentes *ejes de sentido* consi-derados en la práctica/operación anterior para la *producción/comprensión* del fenómeno.

En el ejemplo del VIH/SIDA que estamos siguiendo podemos entender cómo la valoración simbólica de la enfermedad y, por tanto, de los procesos discursivos y de las representaciones sociales asociadas a la misma, han venido dadas, lo *cual* es evidente para todos, por la jerarquización de las polaridades realizada con motivo de la *producción científico-mediática* de la enfermedad. Pues dicha producción –e intereses asociados a la misma– ha cargado de positividad –en coherencia con cierta cultura y las valoraciones sociales subyacentes más generales– a la columna de los “buenos” y “sanos” y ha cargado moralmente de negatividad a la columna de los “malos” y “enfermos”. De este modo, el VIH/SIDA y sobre todo sus portadores, estén o no enfermos, han quedado marcados negativamente. Además se ha desarrollado, en paralelo, toda una serie de prejuicios *pseudo-científicos* como la asociación SIDA-contagio-muerte que ha ayudado a generar un *acercamiento* maniqueo a la enfermedad. Por un lado y en términos sociales “son los malos”, la marca es excluyente “hay que excluirlos y encerrarlos”; y, por otra, lo que no es menos importante, negativa en términos de prevención de la salud, ya que esta visión dificulta la adopción de las medidas pertinentes para evitar la transmisión concreta del virus VIH (“a mí no me afecta, tengo una sexualidad *normal*”, se dice).

En este sentido, pues, podemos considerar que esta operación metodológica denominada “valoración simbólica” podría equipararse con la introducción desde fuera, –en el caso del “VIH/SIDA” por los intereses asociados a la producción científico-mediática de la misma–, de una “*perspectiva*” en/sobre el “fenómeno”. “Perspectiva” en el sentido husserliano que en el *Diccionario de las Ciencias Humanas* de Thines y Lampereur (1978) se da a este término: “los múltiples modos intencionales de tener conciencia de un objeto, a los cuales corresponden diferentes modos de certidumbre y positividad”.

4.2.6. *La configuración semántica*

Las dos operaciones anteriores van reduciendo la multi-dimensionalidad en la que cabe inscribir/comprender el fenómeno social observado, posibilitando dar un paso más en esta lógica de la reducción de la cualidad a la cantidad. Una vez establecidas las jerarquías de valoraciones entre las distintas perspectivas, en el citado sentido de Husserl, con las que nos aproximamos a un fenómeno, se está en condiciones de dar un paso más y poder producir una cierta y relativa *estabilización y estructuración interna* en el mismo.

En esta línea de producción/reducción social de los fenómenos, cuyos procesos en escala “micro” se reproducen en la Investigación Social, se accede a un nivel en el que ya es posible pensar en la producción de esa cierta estructura interna generadora, a su vez, de nuevas dimensiones del fenómeno. El camino para ello “nos lleva a buscar una estructura, unas dimensiones latentes generadoras –en sentido matemático– de los fenómenos” (Ibáñez, 1988). De modo que dicha estructura “nos permita la lineación”, es decir, la descomposición de “las variaciones cualitativas” en “variaciones de intensidad, según las dimensiones principales”, en las que estamos produciendo/abordando el citado fenómeno social –los entrecomillados pertenecen al texto de Ibáñez–. Dicha lineación posibilita, posteriormente, la configuración de los espacios vectoriales (Ibáñez, 1988).

Ahora bien, la “estabilización” de esas estructuras “latentes” y “generadoras” sólo es posible cuando lo que podemos denominar “determinaciones internas” del fenómeno predominan sobre lo que podemos denominar “determinaciones exteriores” al mismo. Situación que se produce sólo cuando en el fenómeno ya se han desarrollado –mediante las anteriores operaciones– unas ciertas *estructuras de orden interno*. La promoción última de dicha estructura “interna” e inicio del proceso de desligamiento de las determinaciones “exteriores” es lo que produce, precisamente, la operación que estamos denominando configuración semántica. Dicha operación consiste básicamente en la producción/ configuración/ reducción del fenómeno social a un espacio o instancia en el que los *contextos exteriores de determinación y configuración socio-simbólico-discursiva*, etc., más generales pasan a segundo plano, frente a la propia *trabazón y articulación interna* de las dimensiones simbólico-discursivas. Lo que a medio plazo abre la vía para el comienzo de la *linealización* del mismo (Ibáñez, 1998) y la posterior *codificación y serialización*.

De esta forma, con la configuración semántica se hace posible dar dos nuevos pasos en el progresivo proceso de reducción de la apertura y multidimensionalidad del “fenómeno social”:

1. La *abstracción del contexto* y, por tanto, la puesta entre paréntesis de las múltiples determinaciones *exteriores*, sociales básicamente, del fenómeno social concreto con el que estamos trabajando. Lo que marca una clara ruptura con las prácticas anteriores en las que primaban las determinaciones “exteriores”.
2. La puesta en marcha –posterior– de las prácticas/operaciones de *homogeneización local* de la heterogeneidad todavía existente en cada una de los citados ejes/dimensiones. Conjunto de prácticas y de nuevas operaciones cuyo resultado, más en lo concreto, va a posibilitar la creación ulterior del espacio de la medida.

I. Stengers y J. Schlanger (1989 y 1993) plantean en esta misma línea de reflexiones, pero en el campo de la Historia de la Química, la existencia de un momento en el desarrollo de esta disciplina como ciencia autónoma similar al descrito por nosotros. Para Stengers y Schlanger la *industrialización* es la *práctica social* que permite, precisamente, a los productos “químicos” *aislarse del contexto* concreto de la producción de los mismos. Con lo que se subraya cómo es precisamente este paso de aislarse del contexto, el que posibilita la gestación de la Química Moderna y la fabricación de productos químicos en serie y homogéneos, sin las heterogeneidades e irregularidades que presentaba la fabricación pre-industrial de los mismos. «¿Qué aprendemos de la Historia de la Química? Ella nos enseña que la transformación de lo que era fundamentalmente una “ciencia de la naturaleza” en una ciencia que ha *encontrado los medios para abstraerse de las circunstancias*» (Stengers y Schlanger, 1989). (Como anécdota curiosa y para descanso del lector, recordaremos que fue Liebig, el de las sopas y caldos de carne actuales, uno de los primeros químicos en realizar esta producción en serie abstraída de las condiciones concretas de la producción artesanal).

La configuración semántica es, pues, *una de las prácticas/operaciones claves* para la configuración interna y para la propia *estabilidad estructural* del fenómeno social; esto es, para la producción de sus primeras “condensaciones significantes” que – de seguir este proceso que estamos describiendo linealmente– podrán finalizar como puro *código signifiante y unidimensional*, en cuanto paso previo, a su vez, del “recuento” cifrado final, como medida absoluta.

En este mismo sentido, y siguiendo con el ejemplo del “VIH/SIDA” que estamos desarrollando, la configuración semántica *dominante* -no es la única- puede verse en las cadenas

y pares opuestos y significantes ya cristalizados en muchos sectores sociales: bueno/malo, sano/enfermo, sexualidad "normal"/sexualidad "anormal", vida/muerte, etc. Frente a dicha configuración semántica dominante y relativamente cristalizada en ciertos sectores sociales hay, por ejemplo, grupos de ONGs y de científicos, especialmente en nuestro país los Comités Anti-SIDA, que tratan de romperla con otros significantes. Nuevas cadenas significantes no son ya ni morales, ni duales ni dicotómicas sino inscritas en otra configuración y valoración simbólica del proceso infeccioso: así se habla del proceso infeccioso, de la enfermedad crónica, del virus de Montaigner, del VIH, de las prácticas de riesgo, de la solidaridad como prevención, de los seropositivos –diferenciándolos de los enfermos de SIDA–, etc.

Conjunto de planteamientos que tratan de posibilitar otra comprensión y otra configuración semántica de la enfermedad para facilitar tanto la prevención y la mejora de la calidad de vida de los portadores, como la misma solidaridad social.

Uno de los resultados más singulares de la configuración semántica es el de *naturalizar* y presentar como algo *dado* y *universal* las estructuras resultantes de esta operación. En efecto, en las operaciones anteriores, la determinación exterior de las mismas aparece clara y, por tanto, parece relativamente fácil de evidenciar y de comprender la posible raíz histórica, social, económica, etc., de dichas operaciones, esto es, su contenido ideológico. Ahora bien, la configuración semántica tiene la propiedad de hacer olvidar, de borrar, el proceso de producción social de la misma. De este modo, la existencia de *estructuras semánticas* ya cristalizadas y articuladas en las que se han quedado subsumidos (y borrados) todos los procesos de producción de las mismas, ayuda a presentar dichas configuraciones, esto es, dichas asociaciones y estructuras, como *cadena naturales* y *universales* de significantes. Cuando no son más que un proceso social concreto que como tal, admite otro tipo de estructuración semántica, como el actual debate científico está poniendo de manifiesto incluso en el campo de las propias idealidades/abstracciones matemáticas más "puras" (Serres, 1991).

Proceso de naturalización de los resultados de la operación que denominamos *configuración semántica* que, por otro lado y desde nuestro punto de vista, se encuentra como un sedimento en la deriva pansemiólogista de ciertas corrientes de análisis de los discursos (véase cap. *Análisis semiótico del discurso*). Cabe apuntar que la no conciencia de esta práctica/operación parece subyacer, en gran parte y desde nuestro punto de vista, en lo que hemos denominado deriva *extensionista* y *reproductora* de ciertos análisis cualitativos que se ha realizado a lo largo de la segunda mitad de los años ochenta (F. Conde, 1993). Pues, una parte de dicha investigación "social" se ha orientado a *describir* y *reproducir* –algo más ordenadamente que el propio discurso social– los tópicos y estereotipos dominantes, presentándolos como "lo que hay", lo "natural", sin analizar y sin cuestionar su origen "interesado y mediático". Por ejemplo, sin poner de manifiesto su propio proceso de construcción genético e histórico; sin resaltar la presencia de otras producciones discursivas al respecto; etc. Y por tanto, ha sido un tipo de investigación que ha ayudado a *codificar* y *vitrificar* "a-críticamente" ciertas estructuras semánticas, que se habían ido construyendo "interesadamente" desde un punto de vista ideológico en los años inmediatamente anteriores.

4.3. Las topologías

Uno de los posibles resultados de las prácticas/operaciones anteriores –Petitot (1977, 1985, y 1992) subraya la dificultad del análisis teórico y de la posible formalización de este paso– es la creación de unos espacios substratos, en los que ya existe la posibilidad lo-

cal de desarrollar unas primeras operaciones de medidas intensivas “según las dimensiones principales” que se hayan ido prefigurando en el fenómeno (Ibáñez, 1988; Piaget, 1975). De esta forma puede pensarse que los espacios substratos resultados de las operaciones anteriores pueden ser abordados/descritos a partir de la Topología como lenguaje y formalismo matemático (Petitot, 1977, 1985; Thom, 1991).

En este sentido se entiende por Topología “el estudio de los aspectos cualitativos de las formas espaciales o de las leyes de la conexión, de la posición mutua y del orden de los puntos, rectas, superficies y cuerpos así como de sus puntos o de sus agregados, hecha abstracción de sus relaciones de medida y de magnitud” (Listing, citado en Pot., 1974). O por decirlo de otra forma, “la topología se ocupa de aquellas propiedades de las figuras que permanecen invariantes, cuando dichas figuras son plegadas, dilatadas, contraídas o deformadas de cualquier manera tal que no aparezcan nuevos puntos o se hagan coincidir puntos ya existentes” (Kline, 1992).

Es decir, la Topología es un lenguaje matemático que posibilita tratar y formalizar ciertas dimensiones cualitativas, básicamente relacionales, que configuran los fenómenos sociales en este estadio o instancia de desarrollo de los mismos. Si bien es cierto que con el lenguaje topológico habitual no se pueden describir las dimensiones diacrónicas de los fenómenos, no es menos cierto que es un lenguaje que todavía permite abordar la inscripción de un fenómeno en un contexto mínimo de relaciones que le confieran un cierto sentido.

Esta particularidad de la Topología como lenguaje matemático que permite preservar ciertas dimensiones cualitativas y contextuales en la descripción de los objetos, al mismo tiempo que posibilita su plena formalización, es lo que distingue a la Topología como lenguaje y como espacio substrato, tanto de los espacios poliheterotopológicos anteriores (más puramente cualitativos) y de los espacios euclídeos y métricos posteriores (más puramente cuantitativos). Ya, como subraya Thom (1991), la Topología está a caballo, es un espacio “gozne” entre ambas perspectivas (véase cap. *Análisis de contenido*).

Desde este punto de vista y como se desarrolla en Conde (1987 y 1990), la Topología es un espacio que posibilita –para los fenómenos inscritos en este nivel o instancia– una articulación más directa de las perspectivas cualitativas y cuantitativas y no sólo su uso complementario. Por lo tanto, en la investigación concreta de aquellos fenómenos cuya producción social les haya posibilitado inscribirse en este espacio substrato de las topologías, pueden ser utilizadas, al mismo tiempo y en una relación más directa e isomórfica, tanto ciertas perspectivas cualitativas, principalmente las de carácter semiótico más estructural, como ciertas perspectivas cuantitativas mediante cuestionarios.

4.3.1. La dimensionalización referencial

Esta operación consiste en considerar a la luz y bajo la *referencia* del *eje de sentido* que hemos concebido como el más importante y de la *estructura semántica* más determinante, el resto de dimensiones del fenómeno observable. Por tanto, esta práctica/operación de la dimensionalización referencial produce/reduce el fenómeno social a una única dimensión, que se considera la más importante. De esta forma, el eje de sentido/estructura semántica más determinante y utilizada como referente viene a constituirse como la dimensión en la que se va a poder configurar el *embrión del patrón* de medida del resto de dimensiones del fenómeno.

Esta dimensionalización referencial es habitual en cualquier proceso de producción social de los sujetos/objetos sociales, y en cualquier tipo de análisis simbólico y discursivo, y

ha tenido una especial importancia en los procesos de producción concreta de las *medidas de la sociedad*. Ya que es esta operación la que permite, precisamente, entrar en el terreno concreto de la medida. Por ello, es muy recomendable la lectura de una obra como la de W. Kula, *La Medida y los Hombres* (1980) pues, en ella se analiza todo este proceso general que estamos describiendo pero concretado en el tema de la medida, de tanta importancia en la reflexión epistemológica y metodológica de las Ciencias Sociales (Cicourel, 1982). En este sentido Kula apunta concretadamente cómo, y a lo largo de todo un proceso histórico, las medidas *cualitativas* existentes en distintos lugares de Europa fueron sustituidas por la *cantidad de trabajo* que se convirtió así en la dimensión referencial por excelencia para la “medida” de la tierra, por encima de cualquier otra dimensión cualitativa. Asimismo, Kula desarrolla cómo una vez establecida dicha referencia o patrón de medida cuantitativo, todas las otras dimensiones se subsumieron en la anterior, posibilitando así el paso de medidas locales (el pie, el carro, la fanega, etc.) a medidas globales y universales para todo el Occidente europeo: “Por tanto, desde España hasta Rusia, comprobamos la existencia del sistema de medir la tierra por la cantidad de trabajo humano. Las pequeñas diferencias geográficas y cronológicas (campo de cereales o viñedos, arado de bueyes o de caballo, etc.) tienen importancia secundaria. Lo importante es la identidad de la actitud mental, de la relación del hombre con la tierra. La *elección de este principio de medición señala cuál de las numerosas propiedades de la tierra era la más importante para el hombre*: en este caso lo más importante era la cantidad de trabajo que debía dedicarse a la tierra para que ésta diera frutos.”

4.3.2. *La estructuración significativa*

La posibilidad histórica y, a veces analítica, de articular en torno a una *axialización/estructuración jerarquizada* el resto de dimensiones del fenómeno observado, permite abrir el camino de la transformación de los multidimensionales y heterogéneos espacios en otros tantos espacios locales. Espacios locales más unidimensionales y homogéneos en los que se puede empezar a desarrollar y conformar una primera *estructuración significativa* de los anteriores espacios simbólicos.

En este sentido, la práctica/operación que denominamos estructuración significativa consiste básicamente en la creación de distintos *espacios semánticos* (en este texto consideramos lo simbólico como algo más abierto que lo semántico), de distinto tipo de asociaciones y distinciones entre significantes que posibiliten la construcción de unas ciertas *clases de orden* en función de los ejes inicialmente conformados.

Así, por ejemplo, en muchas investigaciones de mercado el análisis cualitativo acaba por organizar ciertas estructuras significativas para poder caracterizar y categorizar con ellas los productos y/o marcas de las que se hable. Se crea así, y en el campo de los sabores, por ejemplo, los sabores “fuertes” frente a los “suaves”, los “dulces” frente a los “amargos”, etc., posibilitando conformar unas “clases de orden” entre los productos y/o marcas que se estén investigando: los productos más “fuertes”, los “intermedios”, los más cercanos a los “suaves”, los “suaves”, etc.

De este modo, con la práctica u operación que denominamos estructuración significativa se pueden construir unas *clases de orden en torno al conjunto de atractores semánticos* de cada espacio discursivo. Lo que posibilita estructurar y encuadrar al fenómeno producido/estudiado en la rejilla concreta de dichas clases de orden construidas. Clases de

orden lógicamente “jerarquizadas” y que, entrando en la cuestión de la medida, posibilitan la aplicación de un primer nivel de medida *intensiva* como pueda ser la medida nominal.

4.4. El espacio euclídeo: el espacio plano y homogéneo de las cifras

La realización del conjunto de procesos y prácticas sociales de investigación que estamos describiendo, ha posibilitado ir produciendo los fenómenos sociales al mismo tiempo que se iba reduciendo su dimensionalidad. Así, de los espacios abiertos iniciales –temporalización e innominación/nominación– dónde sólo era posible la pura perspectiva cualitativa, se pudo saltar a los espacios poliheterotopológicos dónde seguía vigente la aproximación “cualitativa” y de éstos últimos a los topológicos que acabamos de describir y que ya posibilitaban el uso de ambas perspectivas. Pues bien, una vez realizadas en el seno de estos espacios topológicos las operaciones de dimensionalización referencial y de estructuración significativa, se está en condiciones de poder dar un paso más y conformar/producir/inscribir los fenómenos en el último rellano de la escalera que estamos describiendo, en el espacio euclídeo –véase capítulo 1–, que es precisamente el espacio substrato dónde se inscriben el conjunto de prácticas y técnicas asociadas a la perspectiva cuantitativa en las Ciencias Sociales.

Desde el punto de vista histórico-social más general y en el contexto del Occidente europeo el proceso de producción del espacio euclídeo y de las *medidas métricas universales* asociadas al mismo recorrió un largo camino desde la aceptación del vacío y del cero –proveniente de la cultura árabe– en los siglos XII-XIV hasta llegar a la *Revolución Francesa*, pasando por las distintas fases que esquemáticamente se describieron en el citado capítulo. Tras diversos y fallidos intentos de establecer unas medidas universales, globales, *convencionales* que sustituyesen a las diversas medidas locales, el decreto del 18 Germinal del tercer año republicano (es decir, el 17 de abril de 1795) impulsado por las fuerzas burguesas y progresistas de la época (Moreau, 1975) aprobó definitivamente el Sistema métrico decimal que conocemos y seguimos utilizando en nuestros días. Y fue precisamente a raíz de dicho decreto, y en paralelo al proceso de universalización de la burguesía, y de ciertas pautas de la Revolución Francesa como dicho sistema métrico se fue extendiendo por una gran parte del Occidente europeo hasta llegar a nuestro país, donde se admitió con fecha del 1 de Enero de 1871. Desde el punto de vista más concreto de los procesos y prácticas de la Investigación Social, el paso previo a la posible producción/inscripción del fenómeno social que se está investigando en el espacio euclídeo es su estabilización en un espacio topológico. En efecto, la conformación de una *estructura significativa* en base a la creación de una clasificación ordenada y jerarquizada de atractores semánticos posibilita definir un espacio *local* donde es posible establecer una *medida nominal*. Pues bien, una vez establecido el espacio localmente homogéneo, el paso/salto siguiente es la construcción de un espacio no ya local sino globalmente homogéneo y unidimensional. Lo que no significa más que la “generalización” a un global uniforme de lo que antes era sólo local.

Hay muchos autores que cuestionan la posibilidad y la pertinencia de este proceso de reducción de muchos fenómenos sociales a una única dimensión (Cicourel, 1982; Ibáñez, 1985 y 1988; Piaget, 1975), pues consideran que lo social, al ser cuanto menos lenguaje y al ser éste algo polisémico por su propia naturaleza, no permite el desarrollo de todos los requisitos de unidimensionalidad y univocidad que exige el paso a una única dimensión. (A este respecto resulta muy interesante la lectura de Cicourel, 1982).

Ahora bien, debemos mirar más allá de la pertinencia metodológica profunda de esta operación de reducción de la multidimensionalidad de un fenómeno social a una única dimensión (¿las actitudes son unidimensionales?, ¿son mera suma de factores aislados y aislables?), la cual nos debe llevar a mantener una actitud de profunda prudencia metodológica. Prudencia necesaria para no forzar el ámbito de aplicación y la pertinencia de cada metodología y técnica de investigación. Lo cierto es que, como desarrollan también estos mismos autores, de la misma forma que hay objetivos de investigación que requieren del uso de la perspectiva cualitativa hablando en la más estricta pureza, también hay muchas otras dimensiones y objetivos concretos de la investigación que exigen y requieren de la perspectiva cuantitativa en general así como de la cuantificación precisa, más en lo particular. Cuestión que hace necesario conocer los procesos metodológicos y técnicos que se inscriben en dicha perspectiva.

Volviendo de nuevo, pues, a la escalera tenemos que una vez realizadas las operaciones de reducción homogeneización a unos espacios topológicos, locales, se trata, a partir de ahora y mediante las operaciones que se describen en las páginas siguientes, de pasar/ampliar estos espacios locales a unos espacios *globales*. Espacios globales, *abstractos* y *formales*, definidos precisamente por la principal dimensión resultante de todo el anterior proceso de reducción/depuración. Lo que permite el desarrollo no ya de unos *ejes/estructuras* de sentido, sino el de unos *vectores* que incorporan ya una posible *medida*.

Ahora bien, el hecho de que algunos fenómenos y/o dimensiones sociales puedan llegar a inscribirse en el espacio euclídeo no significa que admitan cualquier tipo de medida, como se tiende a realizar habitualmente sin ningún tipo de reserva metodológica. Como muy bien han desarrollado Cicourel, Piaget y entre nosotros Ibáñez, en el espacio de la medida no todas son absolutas, no todas conllevan la precisión y el ciframiento máximo, sino que por el contrario hay muchos tipos de medidas diferentes en el seno del mismo espacio euclídeo. Medidas que van asociadas, como veremos en las páginas siguientes, a distintos tipos de métodos y técnicas cuantitativas.

De este modo y para realizar un uso más adecuado de las medidas en la perspectiva cuantitativa conviene diferenciar entre las *intensivas* y *extensivas*, y entre *las extensivas no métricas* y *las métricas*. Como dice Ibáñez (1988) siguiendo a Piaget (1975): “cuando de la extensión sabemos sólo que el todo es mayor que una parte, tenemos una cantidad intensiva. Cuando de la extensión sabemos –también– si una parte es mayor o menor que otra parte, tenemos una cantidad extensiva: *no métrica*, si no sabemos cuánto mayor; *métrica* si sabemos cuánto mayor.” De esta forma y respetando los dominios de aplicación de cada tipo de “nivel de medida”, para finalizar este capítulo, vamos a tratar de marcar en el seno del espacio euclídeo el conjunto de prácticas y operaciones pertinentes en cada nivel de medida.

4.4.1. La denominación/denotación

La primera práctica/operación epistemológica que se puede desarrollar en este nuevo nivel del espacio euclídeo, podemos definirla como la *denominación/denotación*, operación que consiste en *cerrar* y *en hacer* (en “teoría”) totalmente *unívoco* el posible campo de la pluralidad de los sentidos, de la polisemia habitual de cualquier término, de cualquier atrator semántico.

Esta operación de *denominación/denotación* posibilita establecer una cierta correspondencia biunívoca, elemento a elemento, entre cada uno de los términos utilizados y cada una

de las dimensiones ya “reducidas” del fenómeno “observable” y entre estas, a su vez, y los números. Operación, además, de denominación/denotación y establecimiento de la correspondencia biunívoca entre la palabra, lo denominado y el número, que posibilita pasar/saltar del dominio de las relaciones de orden y de las topologías, en las que el fenómeno estaba inscrito en los anteriores niveles, a los *números cardinales*; y, por tanto, hace viable el “recuento” y el “ciframiento” de las distintas dimensiones del fenómeno. Como nos recuerda Ifrah (1987), es la citada operación de establecer una *correspondencia biunívoca* la que constituye el número cardinal.

La práctica de la denominación/denotación permite realizar una primera operación de *clasificación extensiva no métrica* con el establecimiento consiguiente de un primer nivel de medida *ordinal*. Así en las investigaciones cuantitativas los modelos nominales contruidos a través de los llamados *Análisis No Métricos o de Escalamiento Multidimensional* (Kruskal y Shepard, 1983) pueden interpretarse como técnicas particulares que posibilitan el paso de lo *nominal* a lo *ordinal* (ver cap. *Análisis de contenido*). Por tanto, son técnicas que permiten restringir y precisar el nivel de medición del fenómeno observable. Desde este punto de vista, pues, podemos observar una vez más cómo los dispositivos metodológicos y técnicos de la Investigación Social son prácticas de reducción de la dimensionalidad de los fenómenos y en el caso más concreto de las técnicas de los llamados *Análisis de datos* como prácticas que entrañan una mayor restricción/precisión en los niveles de medida.

4.4.2. La distribución extensiva

Con esta nueva práctica nos referimos a la operación que consiste en *distribuir* y *localizar* espacialmente a lo largo y ancho del espacio de la *representación* anteriormente creado, es decir, *del espacio euclídeo, el conjunto de “términos”, “significantes” o “denominaciones/denotaciones”* transformados ya en “*variables*” e introducidos en los cuestionarios de las investigaciones cuantitativas.

Dicha localización posibilita un nivel de *medición extensiva no métrica* y relaciona unos campos de variables con otras a través, precisamente, de su distribución espacial extensiva y no métrica, es decir, de una distribución en la que lo importante es la relación de orden ($A > B > C > \dots$), la distancia relativa entre unos espacios con otros y no la precisión, la exactitud de esta distancia.

Desde este punto de vista, los modelos de representación formal, relacional y gráfica desarrollados a partir de los llamados *Análisis de Correspondencias* (Benzecri, 1982) se situarían de una forma más pertinente en este nivel de la medición. Asimismo, la obra de P. Bourdieu *La Distinción* (1988) puede interpretarse en esta misma línea, ya que su base metodológica y técnica es precisamente la utilización masiva del *Análisis de Correspondencias*, el cual le permite construir, precisamente, el sistema que Bourdieu denomina de “*distinciones*” y que nosotros hemos denominado más humildemente de “*distribuciones extensivas*”.

4.4.3. La escalación

La escalación significa un nuevo paso hacia la medida cifrada ya que permite crear una *unidad de medida* y, en ese sentido, dar un paso más en la extensividad métrica y en el ciframiento.

Ahora bien, crear esta *unidad de medida* en los fenómenos sociales habitualmente sólo es posible *forzando* en muchas ocasiones el sentido y las características de los mismos. Pese a toda la retórica de cientificidad con que se suelen arropar casi todas las prácticas cuantitativas inscritas, en este nivel se está, sin embargo, muy lejos de la citada cientificidad, incluso de la propia cientificidad “positiva”. Por ejemplo, las técnicas denominadas *análisis factoriales* suelen caer, desde nuestro punto de vista (Conde, 1987), en este peligro de retórica excesivamente cientifista para poder realizar una creación forzada, en bastantes casos, de *unidades de medida, de escalas* en los distintos fenómenos sociales que pretenden “medir”. El Análisis Factorial, como dice Ibáñez (1988), “se pasa en su afán metrificador”. A este respecto y como análisis desvelador de este usual forzamiento de la operación de medida asociada al uso del Análisis Factorial, resulta muy interesante la obra de MacKenzie (1990) acerca de cómo Pearson desarrolla su célebre coeficiente de correlación para variables nominales.

En efecto, analiza MacKenzie cómo, en la época de Pearson, mientras desde el punto de vista teórico, formal, del desarrollo matemático, se tenía resuelto el problema del estudio de los coeficientes de correlación para las variables escalares, desde el punto de vista de la investigación social concreta, por el contrario, la mayoría de las variables operativas con las que se contaba eran tan “sólo” variables nominales que, por lo tanto, no alcanzaban el nivel de medida escalar. Pues bien, en este contexto, el citado autor describe cómo Pearson, para poder resolver este problema y forzar el análisis de correlación a las variables nominales, recurre a la hipótesis sin ningún fundamento –según le reprocharon muchos de los estadísticos de su época y como el propio Pearson era consciente–, de que las variables nominales no eran más que la expresión superficial de unas variables latentes de tipo escalar, “que las variables nominales no eran más que la expresión superficial de unas variables de intervalo más profundas” (MacKenzie, 1990), lo cual posibilitó desarrollar los coeficientes de correlación para las variables nominales.

De este modo, Pearson no sólo fuerza una operación de medida, un lenguaje y formalismo matemático acudiendo a un principio “exterior” al mismo –lo cual es la antítesis de lo que es un lenguaje matemático–, sino que *invierte* –como en su día la creación del vacío y del cero invirtió las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas– el orden lógico y ontológico de las medidas, transformando la escala y el nivel de medida escalar que es *posterior* a la medida *nominal* en algo *anterior* y *subyacente* a la misma. Ahora bien, más allá de esta inversión lógica censurada por los matemáticos de la época, debido a que lo que estaba en juego con la creación de los coeficientes de correlación no era un problema matemático sino un problema de adopción de “medidas sociales”, la forzada y reductora hipótesis de Pearson se aceptó y, todavía hoy, la utilizamos. Este ejemplo viene a mostrar, una vez más, que en la realización de los distintos saltos “formales” entre los escalones de la escalera es clave la mediación de los poderes sociales. En este sentido cada salto, en lo fundamental, lleva la marca no sólo de la cultura y del lenguaje formal de su época sino también de los poderes y fuerzas sociales básicas de la misma, lo que presupone la referencia final, desde el punto de vista epistemológico, al propio momento instituyente (e ideológico) inicial (la demanda de un poder) que abre el propio proceso de Investigación Social.

4.4.4. *El recuento*

Es la última operación de medida que permite la plena precisión y ciframiento de lo “contado” –más allá de la “relevancia” de lo que se cuenta– y que consiste en situar un

origen *absoluto* para las escalas de medida. Desde este punto de vista, si difícil es establecer una escala y una unidad de medida en los fenómenos sociales, mucho más lo es establecer un *origen absoluto* para la medición de los mismos. Sin embargo, y como vemos habitualmente, la posible cientificidad de las Ciencias Sociales se hace reductoramente equiparable, en bastantes casos, con la posible adopción de “mediciones” a este nivel.

De esta forma, y para finalizar este capítulo, sólo cabe subrayar que la clave de una adecuada perspectiva metodológica en la Investigación Social consiste en el conocimiento realista y pragmático de los campos de pertinencia y de los límites de aplicación de cada aproximación teórica, metodológica, práctica y técnica. Prudente realismo necesario para que no se extralimite y se fuerce –este es, muchas veces, el verdadero problema del “cuantitativismo” más exacerbado– el ámbito de aplicación y pertinencia de cada perspectiva. De este modo, y desde la perspectiva que hemos tratado pobre y reductoramente de enunciar, la contraposición dicotomizada entre lo “cualitativo” y lo “cuantitativo” carece de pertinencia ya que a) la dicotomía no es tal y b) el conjunto plural de instancias “más o menos” cualitativas, “más o menos” cuantitativas que hemos descrito constituyen otras tantas líneas de aproximación complementaria “por insuficiencia”, como resaltaba A. Ortí en el capítulo anterior, a la realidad social. Por ello, la comprensión de sus características respectivas y de sus ámbitos de polarización/pertinencia es la mejor garantía de un buen “saber hacer” en la investigación. Y, por tanto, finalmente, la utilización más rigurosa tanto del conjunto de lenguajes formales y de técnicas inscritas en la perspectiva cuantitativa como del conjunto de prácticas –formales o no– y de técnicas inscritas en la perspectiva cualitativa es lo que posibilita, desde el punto de vista metodológico, el mayor desarrollo de la Investigación Social.

⁶⁷ “Gramática de la acción”, según los creadores de ETHNO (Heise y Lewis), es el conjunto de reglas que ordenan alguna clase de elementos.

⁶⁸ NUDIST, para no confundir la codificación que realiza con la que carece de base semántica, llama “indexar” e “índice” a lo que hasta aquí se ha llamado “codificar” y “código”.

CAPÍTULO 8

SUJETO Y DISCURSO: EL LUGAR DE LA ENTREVISTA ABIERTA EN LAS PRÁCTICAS DE LA SOCIOLOGÍA CUALITATIVA

Luis Enrique Alonso

8.1. Introducción: el grupo de discusión y las entrevistas en profundidad. Su lugar diferencial como prácticas de la sociología cualitativa

Las aproximaciones metodológicas cuantitativa y cualitativa operan y se desenvuelven en niveles diferentes de la información y comunicación interpersonal. Así, las técnicas cuantitativas siempre se mueven –dentro del conocidísimo modelo de las funciones del lenguaje de Roman Jakobson (1981: 347 y ss.)– en el momento y la función comunicativa *referencial*, lo que representa una comunicación denotativa, descriptiva y cognoscitiva basada en lo que el propio Jakobson (1981: 353-357) llama un *lenguaje/objeto* –en la encuesta estadística el cuestionario cerrado, por ejemplo, está diseñado para recoger este nivel referencial preestableciendo un lenguaje/objeto–, sin embargo las diferentes prácticas cualitativas exploran y encuentran su productividad en otros ámbitos comunicacionales, concretamente el grupo de discusión se adapta a la función *metalingüística* del lenguaje y la entrevista abierta a la función *expresiva*. Veamos.

El grupo de discusión se sitúa en la definida por Jakobson como *función metalingüística del lenguaje*, en cuanto que produce discursos particulares y controlados que remiten a otros discursos generales y sociales. Comportándose fundamentalmente el grupo de forma paralela a como los semiólogos suelen definir un metalenguaje –aquel en el que el mensaje tiene por objeto otro mensaje (Eco, 1977: 160)– o como más concretamente postula Roland Barthes, un sistema en el que el plano de contenido esta a su vez constituido por un sistema de significación (Barthes, 1970: 104), (véase capítulo *Grupos de discusión*).

De forma alternativa, y en un primer desbroce, la entrevista es un *proceso comunicativo* por el cual un investigador extrae una información de una persona –“el informante”, en término prestado del vocabulario básico de la antropología cultural!– que se halla

contenida en la biografía de ese interlocutor. Entendemos aquí biografía como el conjunto de las representaciones asociadas a los acontecimientos vividos por el entrevistado. Esto implica que la información ha sido experimentada y absorbida por el entrevistado y que será proporcionada con una orientación e interpretación significativa de la experiencia del entrevistado. Orientación, deformación o interpretación que muchas veces resulta más interesante informativamente que la propia exposición cronológica o sistemática de acontecimientos más o menos factuales.

La *subjetividad* directa del producto informativo generado por la entrevista es su principal característica y, a la vez, su principal limitación. La entrevista abierta de investigación social tiene su mayor sentido, por lo tanto, al ser utilizada donde nos interesan los actos ilocutorios más *expresivos*,² en el sentido, otra vez, de Jakobson (1981: 353 y ss.), de individuos concretos que por su situación social nos interesan para localizar discursos que cristalizan no tanto los metalenguajes de colectivos centralmente estructurados, sino las situaciones de descentramiento y diferencia expresa.

La llamada función *emotiva* o *expresiva* centrada en el *destinador* –el yo de la comunicación– se convierte en el punto central de referencia de la práctica de la entrevista abierta de investigación, pues apunta a conseguir una expresión directa de la actitud del emisor ante aquello que constituye su mensaje. Tiende a producir la impresión de una cierta *emoción*, sea verdadera o fingida (de ahí su nombre de función emotiva), es reflejo de la subjetividad del emisor y revela su actitud ante la naturaleza del referente de investigación en cuanto que objeto a conocer, definiéndose así en esta función las relaciones internas entre el mensaje y su autor. Como observa Pierre Giraud (1973: 12), la función autoexpresiva tiende a ser complementaria y concurrente de la función referencial de la comunicación, introduciendo el elemento de la afectividad subjetiva, y el de los propios prejuicios, racionalizaciones y proyecciones, transfiriendo *identidad* a la dimensión cognoscitiva y objetivante de la función referencial del lenguaje.

El *yo* de la comunicación en la entrevista no es, pues, simplemente un *yo lingüístico* –de hecho ha sido puesto repetidamente en duda el sentido estrictamente lingüístico de la función expresiva²–, sino un *yo* especular o directamente *social* que aparece como un proceso en el que –como señaló en su día el clásico Georges H. Mead (1972)– el individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino indirectamente en función del *otro generalizado*, esto es, desde el conjunto de puntos de vista particulares de otros individuos miembros del mismo grupo, o desde el punto de vista generalizado del grupo social al que pertenece. Esto nos lleva a la relación concreta de la entrevista como un lugar en el que se expresa un *yo* que poco tiene que ver con el *yo* como “realidad objetiva”, individualista y racionalizado –típico del conductismo, el utilitarismo microeconómico o cualquier visión paradigmática fundamentada más o menos cercanamente en el individualismo metodológico–, sino un *yo narrativo*, un *yo* que cuenta historias en las que se incluye un bosquejo del *yo* como parte de la historia (Bruner, 1991: 110), típico de la perspectiva constructivista que desde más de tres decenios se viene abriendo paso en diversos espacios de las ciencias del comportamiento humano³.

La técnica de la entrevista abierta se presenta útil, por lo tanto, para obtener informaciones de carácter *pragmático*, es decir, de cómo los sujetos diversos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales. Así la entrevista tiene un espacio de cobertura fundamentado en el comportamiento ideal del individuo concreto en su relación con el objeto de investigación, circunscribiendo un espacio pragmático –tal y como utilizaba, por ejemplo, Ch. S. Peirce el concepto⁴– en cuanto que el proceso de signi-

ficación se produce por el hecho que el discurso es susceptible de ser actualizado en una práctica correspondiente. Y por eso las preguntas adecuadas son aquellas que se refieren a los comportamientos pasados, presentes o futuros, es decir, al orden de lo realizado o realizable, no sólo a lo que el informante piensa sobre el asunto que investigamos, sino a cómo se actúa o actuó en relación con dicho asunto. La entrevista abierta, por tanto, no se sitúa en el campo puro de la conducta –el orden del hacer–, ni en el lugar puro de lo lingüístico –el orden del decir– sino en un campo intermedio en el que encuentra su pleno rendimiento metodológico: algo así como *el decir del hacer*, basado fundamentalmente en que el hecho de hablar con los interlocutores de lo que hacen y lo que son (lo que creen ser y hacer) es el primer paso de toda etnografía (Catani, 1990: 152).

De tal manera que, entonces, hay que señalar que las entrevistas abiertas pueden, si son planteadas así, servir complementariamente a los grupos de discusión, porque en los grupos de discusión lo que obtenemos son siempre representaciones de carácter colectivo, no individual. Los grupos no nos proporcionan conocimiento sobre los comportamientos, sino sobre los sistemas de representaciones en relación con los objetos de estudio. Y cuando encontrar la dimensión pragmática personalizada es interesante dentro de la estrategia de la investigación, cuando nos interesa movernos en la dimensión sintagmática, *événementiel* y diacrónica del objeto investigado⁵, la complementariedad de la entrevista se hace evidente.

Por tanto, en este primer nivel, mientras que en el grupo de discusión las posiciones discursivas *básicas* tienen carácter *prototípico*, es decir, es el lugar *al que tienden* las diferentes actitudes y opiniones de los miembros de los grupos de discusión y que aparecen precisamente como producto del propio proceso de debate, enfrentamiento y oposición entre diversas posturas personales que se llevan a cabo en las discusiones de grupo, –combinándose y homogeneizándose así opiniones, imágenes y representaciones personales en discursos más o menos *tópicos* que tienden a representar a los grupos sociales que los enuncian– la entrevista, sin embargo, se sitúa en el discurso de los *estereotipos*, tal como los define el sociolingüista norteamericano William Labov (1983: 387), esto es, como las formas construidas de marcaje y reconocimiento social que encuadran la conciencia del hablante.

El campo de actuación así de la entrevista en profundidad sería el del habla en el sentido de la actualización personalizada del código de la lengua. Pero frente a la atribución a este campo por parte de Saussure (1980: 40) de un carácter de acto individual de voluntad e inteligencia –otorgándole luego a la lengua todo lo que de social tiene el ser humano– nosotros en este trabajo vamos a pensar en *el habla* desde el lugar social. Lo que no es otra cosa por decirlo así, y utilizando seguramente de una manera impropia a Octavio Paz, que frente a la imagen de “mono gramático” que da la lingüística estructural del hablante, nosotros desde aquí reclamamos la condición de animal social (dialógico e intertextual) del hombre incluso en sus actos ilocutorios más individualizados⁶. Como señaló en su día Valentín Voloshinov en sus requerimientos contra la lingüística formalista y/o estructuralista:

La verdadera realidad del lenguaje no es un sistema abstracto de formas lingüísticas, ni el habla monológica aislada, ni el acto psicofisiológico de su realización, sino el hecho social de la interacción verbal que se cumple en uno o más enunciados (Voloshinov, 1976: 118)⁷.

8.2. La entrevista abierta en sus usos

Es reconfortante, en fin, considerar el mundo, la vida, el hombre, el conocimiento y la acción como sistemas abiertos (Morin, 1974: 250).

Jean-Baptiste Fages (1990: 129) llega a distinguir entre siete tipos más o menos normalizados de lo que en general se denomina entrevista, siete tipos construidos en función del grado de apertura y directividad de las intervenciones del entrevistador y dentro de diferentes ámbitos de las ciencias humanas: la sesión clínica (psicoanalítica o psicológica), la entrevista no directiva, la entrevista focalizada sobre temas preciso, la entrevista con respuestas provocadas pero libres en su formulación, la entrevista con preguntas abiertas pero siguiendo un orden precisado, la entrevista con preguntas listadas y la entrevista con preguntas cerradas.

Aquí es necesario rápidamente distinguir también entre la *entrevista de investigación social* (en sus diferentes versiones: enfocada, no directiva, etc.⁸) y las *entrevistas terapéuticas y clínicas*. La entrevista de investigación pretende, a través de la recogida de un conjunto de saberes privados, la construcción del sentido social de la conducta individual o del grupo de referencia de ese individuo. La entrevista clínica o terapéutica tiene un propósito casi opuesto, favorece a través de la construcción de un discurso y unas prácticas discursivas —en una serie de juegos relacionales entre paciente y terapeuta planteados por escuelas tan diferentes como la de Palo Alto, el psicoanálisis, o la psicoterapia basada en el cliente de Carl Rogers, entre otras⁹— un saber privado capaz de estructurar y estabilizar una determinada acción personal. Esto no quiere decir que de la entrevista terapéutica no podamos extraer datos para la investigación sociológica, pero no es su objetivo fundamental.

La entrevista de investigación es por lo tanto una conversación entre dos personas, un entrevistador y un informante, dirigida y registrada por el entrevistador con el propósito de favorecer la producción de un discurso *conversacional, continuo y con una cierta línea argumental* —no fragmentado, segmentado, precodificado y cerrado por un cuestionario previo— del entrevistado sobre un tema definido en el marco de una investigación. La entrevista es pues una narración conversacional, creada conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado, que contiene un conjunto interrelacionado de estructuras que la definen como objeto de estudio (Grele, 1990: 112).

La entrevista de investigación social encuentra su mayor productividad no tanto para explorar un simple lugar fáctico de la realidad social, sino para entrar en ese lugar comunicativo de la realidad donde la palabra es vector vehiculante principal de una experiencia personalizada, biográfica e intransferible.

Esto nos suele demarcar cuatro campos básicos de utilización de la entrevista en profundidad:

1. Reconstrucción de acciones pasadas: enfoques biográficos, archivos orales, análisis retrospectivo de la acción, etc.¹⁰
2. Estudio de las representaciones sociales personalizadas: sistemas de normas y valores asumidos, imágenes y creencias prejuiciales, códigos y estereotipos cristalizados, rutas y trayectorias vitales particulares, etc.¹¹

3. Estudio de la interacción entre constituciones psicológicas personales y conductas sociales específicas: estudios, por ejemplo, sobre agresividad, violencia, las llamadas conductas desviadas, etc.¹², donde el grupo de discusión tampoco suele funcionar por la tendencia a la dispersión y falta de homogeneidad de las trayectorias y respuestas individuales.
4. Prospección de los campos semánticos, vocabulario y discursos arquetípicos de grupos y colectivos sobre los que luego vamos a pasar un cuestionario cerrado.¹³

La entrevista de investigación, por su constitución, es refractaria a cualquier criterio cientifista de definición de la herramienta metodológica, ya que:

1. No existe regla fija ninguna sobre la forma de realizar la entrevista ni la conducta del entrevistador.
2. Toda entrevista es producto de un proceso interlocutorio que no se puede reducir a una contrastación de hipótesis y al criterio de falsación.
3. Los resultados de la entrevista por sí mismos no tienen posibilidad de generalización indiscriminada ni mucho menos de universalización.

La entrevista entonces sólo se puede juzgar, como cualquier otra práctica cualitativa, por sus resultados finales, por la riqueza heurística de las producciones discursivas obtenidas en ella. Sobre todo en la posibilidad de recoger y analizar saberes sociales cristalizados en discursos que han sido construidos por la práctica directa y no mediada de los sujetos protagonistas de la acción. El empleo de la entrevista presupone que el objeto temático de la investigación, sea cual fuere, será analizado a través de la experiencia que de él poseen un cierto número de individuos que a la vez son parte y producto de la acción estudiada, ya que el análisis del narrador es parte de la historia que se narra (Greele, 1990: 124).

Este tipo de concepción, además, se enfrenta a la idea de la entrevista como una técnica de *recogida de datos* para las orientaciones más positivistas, o de *recogida de discursos* para las de carácter más lingüístico. Como si los datos tuvieran una existencia y una estructura fija independiente de la interacción social que los genera y del método que los recoge. Lo mismo ocurre cuando hablamos de discursos y nos comportamos como si los discursos existiesen en sí mismos independientes, y como si de una toma de muestras biológicas o geológicas se tratara, se recogieran aproblemáticamente, siendo lo verdaderamente importante el análisis ulterior de los elementos internos en función de su coherencia estructural.

Así frente a las posiciones que podríamos denominar *textualistas* –tal como las designa Alex Callinicos en un magnífico artículo crítico del postestructuralismo francés (Callinicos, 1986: 263-293)– las cuales presentan los discursos como autónomos –los discursos son considerados como juegos infinitos de significantes que hablan al sujeto–, y a los textos como totalidades epistemológicas fuera de los cuales no existe nada, por lo que al final el sujeto del habla no es más que un guiñapo hecho de significantes jamás alcanzables en su sentido profundo para su autor, pues literalmente le dominan; así el discurso (social, multi-dimensional, contextualizado en un tiempo y espacio histórico) se convierte en texto y el texto es objeto de una supuesta *deconstrucción* que, después de muchas vueltas, nos acabamos enterando, como dice el historiador Josep Fontana (1992: 87-100), que no es otra cosa que denominar de una manera nueva a los estudios literarios académicos de siempre. Nosotros, en estas páginas, partimos de dos tesis fundamentales, prácticamente contrarias a las sostenidas desde el textualismo, así:

1. El habla tiene referentes extradiscursivos: el discurso no se explica por el discurso mismo.
2. Entre estos referentes están las prácticas sociales parcialmente constitutivas del discurso. Tesis que pueden ser llamadas de realismo materialista y contextualismo, y que marcan desde su base nuestra concepción teórica metodológica de la entrevista abierta.

La entrevista en profundidad es, pues, un *constructo comunicativo* y no un simple registro de discursos que “hablan al sujeto”. Los discursos no son así preexistentes de una manera absoluta a la operación de toma que sería la entrevista, sino que constituyen un marco social de la situación de la entrevista. El discurso aparece, pues, como respuesta a una interrogación difundida en una situación dual y conversacional, con su presencia y participación, cada uno de los interlocutores (entrevistador y entrevistado) co-construye en cada instante ese discurso. Contrariamente a la idea de la toma biológica, cuya repetición permite recoger el mismo producto, la construcción discursiva es siempre singular y difícilmente reproductiva en sus aspectos de sintaxis lógica interna. Cada investigador realiza una entrevista diferente según su cultura, sensibilidad y conocimiento particular del tema, y, lo que es más importante, según sea el contexto espacial, temporal o social en el que se está llevando a cabo de una manera efectiva.

La entrevista en profundidad es, de esta manera, un proceso de determinación de un texto en un *contexto*⁴, no de aislamiento de un texto, y por tanto siguiendo a Anthony Wilden (1979: 112-113) podemos decir que es un proceso de *puntuación*, esto es, un proceso de organización de los hechos y representaciones de la conducta: ya que cuando producimos o interpretamos un texto estamos haciendo algo más que producir o interpretar ese texto, estamos actuando o sufriendo los efectos de una acción (González Martín, 1982: 254-255). Nos estamos moviendo con ello en un proceso y no en una forma, en la puntuación y no en el simple terreno de la sintaxis lógica o significante. Tal es el nivel de nuestro enfoque, muy cercano a las ideas sobre la “sociología profana” y el análisis conversacional etnometodológico –que se resiste a considerar al actor social como un simple *idiota cultural*, en la expresión de Harold Garfinkel (1984: 67 y ss.)– y, por ello, lógicamente, bastante lejano de las posiciones estructuralistas y postestructuralistas.

8.3. La práctica de la entrevista en profundidad

Entre narradores y escuchadores la relación es directa, imprevisible, problemática. Es, en otras palabras, una relación verdaderamente humana, es decir, dramática, sin resultados asegurados. No hablan sólo las palabras, sino los gestos, las expresiones del rostro, los movimientos de las manos, la luz de los ojos. Este es el don de la oralidad: la presencia, el sudor, los rostros, el timbre de las voces, el significado –el sonido– del silencio (Ferravanti, 1991: 19-20).

La entrevista de investigación social es la mínima expresión de un sistema comunicativo que se retroalimenta, y como todo sistema abierto no puede entenderse como la suma de sus partes, sino como el resultado de una circularidad interaccional cuyos resultados

dependen de la organización concreta y sucesiva de las secuencias comunicativas y no de la simple programación del canal de información.

Toda comunicación implica un compromiso y define una relación, esto es, una comunicación no sólo transfiere información sino que a la vez impone conductas. Son las dos operaciones básicas de la relación comunicativa que Gregory Bateson (1984: 81-116) presenta como dos planos complementarios; por una parte los aspectos conativo-relacionales y por otra los aspectos referenciales y de contenido de toda comunicación. En la entrevista, como en toda secuencia comunicacional, todo intercambio de mensajes manifiestos va retroalimentando el contexto interpersonal y marca los límites sobre la interacción posterior, por lo que no sólo resulta afectado el receptor sino toda la relación.

La entrevista al realizarse tiende a convertirse así en un sistema tipo homeostático¹⁵, esto es, en un sistema en equilibrio inestable contrapesado por secuencias comunicativas que perfilan una relación potencialmente conflictiva:

En la entrevista abierta, no basta la propuesta puntual inicial: la información inicial que el entrevistador le transmite al entrevistado cataliza en un proceso que enseguida se agota –retorna al equilibrio– (el dispositivo conversacional uno-consigo-mismo pone en juego relaciones reflexivas de comunicación: hay un amortiguamiento de la retroacción)... El entrevistador tiene que actuar para provocar al entrevistador a hablar, evitando canalizar o conducir su habla. Los modos generales de actuación siguen siendo la reformulación y la interpretación, pero los tiene que poner en juego con más frecuencia que en el grupo de discusión. El movimiento del entrevistador por la entrevista es tan delicado y problemático como el de un caracol reptando a lo largo del filo de una navaja barbera. Cualquier diseño previo de sus intervenciones –cualquier cuestionario o guía– provocará el corte, y el habla del entrevistado se derramará en el discurso del entrevistador (Ibáñez, 1986: 62).

Operativamente la entrevista de investigación se construye como un discurso principalmente enunciado por el entrevistado, pero que comprende también las intervenciones del investigador, cada uno con un sentido y un proyecto de sentido determinado (generalmente distintos), relacionados a partir de lo que se ha llamado un *contrato de comunicación*¹⁶, y en función de un contexto social o situación.

La entrevista se establece así como un witgensteiniano juego de lenguaje con una serie de actos de habla programados y con efectos previstos e imprevistos, pero también como un juego social en el que se despliegan un largo repertorio de estrategias, transacciones y caricias¹⁷, así como un buen número de resortes *gestuales* y *proxémicos*¹⁸, codificados por el lugar social previo de los interlocutores, lo que nos remite fundamentalmente a un juego de poderes.

Distinguiremos así tres niveles en la entrevista (niveles relacionales que determinan el sentido del discurso):

1. El contrato comunicativo.
2. La interacción verbal.
3. El universo social de referencia.

8.4. El contrato comunicativo

El trabajo sociológico es uno de los componentes centrales de lo que he venido observando como reflexividad intrínseca de la modernidad (Giddens, 1991 : 207).

La entrevista aquí resulta siempre paradójica, interesa y se solicita por ser una forma de producir expresiones de carácter ciertamente íntimo, pero precisamente dejan de ser íntimas al producirse. Situación paradójica, típicamente doble vinculante en el sentido de la escuela de Palo Alto (Watzlawick y otros, 1981), doble vínculo que hay que romper acudiendo a una situación de pacto que facilite el encuentro y el diálogo. El establecimiento del contrato de comunicación es entonces fundamental para el funcionamiento del dispositivo, sobre todo porque diluye o al menos elude esta situación paradójica generalmente remitiendo el uso de la información y la comunicación a un contexto exterior al propio encuentro, contexto más o menos anónimo –depende de los términos del pacto– que no es otro que la investigación o el informe escrito, uso que desbloquea y da salida a la misma situación de la entrevista⁹.

Este contrato se halla constituido inicialmente por unos parámetros que representan los saberes mínimos compartidos por los interlocutores sobre lo que hay en juego y los objetivos del diálogo. Y es un aspecto renegociable a lo largo de la entrevista pero a sabiendas que renegociarlo significa también redefinir el sentido discursivo de la entrevista.

Estos saberes suelen ser divididos en dos grandes grupos:

1. Saberes implícitos, capaces de crear una situación potencialmente comunicativa: códigos lingüísticos y culturales, reglas sociales y modelos de intercambio oral.
2. Saberes explícitos, suscitados en la función de la temática del trabajo, saberes que constituyen la base común de los primeros intercambios entrevistador-entrevistado y se fundan en los objetivos de la investigación, del cómo, por qué y quién la realiza.

La entrevista es pues una forma de diálogo social que, como tal, se ve sometido a la regla de la pertinencia. Cuando las partes desconocen los retos y objetivos de su diálogo, el discurso que producen carece de sentido. Por eso es imprescindible y absolutamente *reflexiva* la labor del investigador, pues la renegociación permanente de las reglas implícitas del contrato en el curso mismo del diálogo conduce a la producción de un discurso compuesto y multidimensional (lo que diferencia al investigador del simple entrevistador que efectúa un cuestionario sin posibilidad de modificarlo). A la reflexividad metodológica, propia de la investigación social como proceso de producción de conocimiento, se le añade aquí una reflexividad de oficio, de capacidad de mirada sobre el campo que estructura a la entrevista, y de escucha activa y metódica (Bourdieu, 1993: 904). Frente a los juegos de lenguaje de tipo “estímulo/respuesta”, donde los papeles están cerrados y la retroalimentación es inexistente, en la entrevista abierta como en todos los juegos de tipo conversacional los papeles tienden a estar más abiertos y la unidad mínima informativa no es simplemente “la respuesta”, sino la conversación en sí misma:

La conversación es una totalidad: un todo que es más que la suma de sus partes, que no puede distribuirse en interlocutores ni en (inter)locuciones –por eso es la unidad mínima-. Cada interlocutor es, no una entidad, sino un proceso: al conservar cambia, como cambia el sistema en que conversa (Ibáñez, 1988: 230).

La entrevista, por tanto, es una variedad especializada de conversación, como interacción estereotipada de las posiciones de poder lingüístico y social²⁰ –el entrevistador siempre tiene la potestad de orientar la entrevista en función de sus intereses– que se plasman en un pacto o contrato implícito o explícito de comunicación. Ahora bien, la excesiva ambigüedad o la constante reorientación de estas pautas discursivas –la inestabilidad del contrato–, crea un *status* conversacional variable e indeterminado y, por consiguiente, poco utilizable como entrada relevante en el marco de una investigación. Por el contrario el abuso de la situación de supuesto poder del entrevistador –dentro de esa conversación– puede provocar inmediatamente la ruptura del pacto y crear la imposibilidad misma de comunicar.

8.5. La interacción verbal

La comunicación no es como una emisora y un receptor. Es una negociación entre dos personas, un acto creativo. No se mide por el hecho de que el otro entienda exactamente lo que uno dice, sino por que él contribuya con su parte, ambos cambien con la acción. Y, cuando comunican realmente, lo que forman es un sistema de interacción y reacción bien integrado (Birdwhistell, citado en Davis, 1976: 29).

La interacción se fundamenta en la apertura de los sujetos a la comunicación y a la aceptación de sus reglas. Se puede distinguir entre la interacción no focalizada –simple intercambio de mensajes orales o visuales sin proyecto de construcción común– y la focalizada, en la que dos personas se reúnen y cooperan en mantener un único centro de atención generalmente por turno (Goffman, 1967: 27-31).

Las conversaciones son así actividades sociales –incluso se puede decir que la conversación es la unidad mínima de interacción social (Ibáñez, 1990: 189)– reguladas no sólo en términos pragmáticos de adecuación al contexto, sino también dentro de las mismas secuencias verbales (cómo están sincronizadas y cómo se producen). Así las palabras intercambiadas son en apariencia espontáneas, pero implican y manifiestan la posibilidad de activar una labor socialmente reconocida y exigida, y por otra parte, manifiestan una amplia gama de estrategias de discurso, de movimientos, de trucos conversacionales (usados cotidianamente tanto en las ocasiones más informales como en las más estructuradas) para persuadir, defender la propia posición, realinearse, justificarse, etc.²¹

La situación de interacción conversacional está siempre regulada por un *marco*. El marco es según Gregory Bateson (1985: 218) lo que hace que una conversación sea más que una simple *ensalada de palabras*; una persona que participara en una conversación en la que no existieran *marcos* se hallaría recogiendo una comunicación como un manojito de palabras sin sentido. El marco crea lo que Goffman (1979: 46 y ss.) denomina territorios del yo, los territorios lingüísticos, corporales, espaciales y sociales que dan sensación de normalidad y verosimilitud a la interacción interpersonal.

El mínimo marco *pautado* de la entrevista es un guión temático previo, que recoge los objetivos de la investigación y focaliza la interacción, pero tal guión no está organizado, estructurado secuencialmente. Se trata de que durante la entrevista la persona entrevistada

produzca información sobre todos los temas que nos interesan, pero no de ir inquiriendo sobre cada uno de los temas en un orden prefijado. El objetivo es crear una relación dinámica en que, por su propia lógica comunicativa, se vayan generando los temas de acuerdo con el tipo de sujeto que entrevistamos, arbitrando un primer estímulo verbal de apertura que verosímelmente sea el comienzo de esa dinámica que preveemos.

La entrevista abierta no es una situación de interrogatorio –yo te hago la entrevista y tú me tienes que contestar, inquiero quién eres, desde la autoridad que se le supone al entrevistador, tú me lo tienes que decir–, la entrevista abierta es la situación de la confesión, donde a lo que se invita al sujeto entrevistado es a *la confidencia*. Hay naturalmente al comienzo de la entrevista una cierta dosis de angustia que hay que resolver. La manera de resolverla no está pautada tampoco. Esto es un problema de empatía, de *empatía controlada*²², es decir, de formación de *un ritual* en que se controlan y canalizan los afectos. Ritual que se genera produciendo los gestos, las expresiones corporales y la elección de palabras que tienden a estabilizar de una manera eficaz las tendencias disruptivas de la comunicación, creando un clima de naturalidad, y neutralidad, donde la proyección, la confesión, sea posible. De lo que se trata, por tanto, en la relación social entrevista, como dice Pierre Bourdieu (1993: 906), es de reducir al máximo la violencia simbólica que puede ejercerse a través de ella.

Propiamente *la interacción verbal*²³ se establece a partir de un sistema de intervenciones del entrevistador, compuestas por:

1. *Consignas*: son instrucciones que determinan el tema del discurso del entrevistado.
2. *Comentarios*: son explicaciones, observaciones, preguntas e indicaciones que subrayan las palabras del entrevistado.

Toda mecánica discursiva se halla fundada en la asociación y el ajuste de un tema y de un comentario. Las *consignas* sirven al entrevistador para encaminar y definir el tema del discurso subsiguiente del entrevistado. La formulación de la consigna es determinante para el sentido que hay que atribuir al discurso.

Cada consigna modifica el contrato de comunicación y por lo tanto representa la forma más directa de encajar el discurso del entrevistado en los objetivos de la investigación.

Los *comentarios* tienen como objetivo favorecer la producción del discurso como un discurso continuo, ajustan de una manera mucho más suave el discurso a los objetivos de la investigación, ya que las consignas –y mucho menos su abuso– cierran la posibilidad de continuidad discursiva provocando más bien su ruptura.

Los principales *actos de habla*²⁴ llevados a cabo por el entrevistador pueden ser agrupados en tres tipos de instancias:

1. *Declaración*. Acto por el cual el que habla hace conocer al interlocutor su punto de vista o conocimientos.
2. *Interrogación*. El que habla obliga al interlocutor a responder un pregunta.
3. *Reiteración*. Acto por el cual el que habla asume, repitiéndolo, un punto de vista enunciado por el interlocutor.

Estos tres actos del lenguaje se pueden establecer remitiendo a dos registros discursivos comunes a todo enunciado:

1. Un registro *referencial*, definido como la instancia discursiva de identificación y de definición del objeto del que se habla.
2. Un registro *modal*, definido como la instancia discursiva que traduce la actitud del locutor respecto de la referencia.

Del cruce entre el *tipo de acto* y el *tipo de registro* nos salen los seis tipos básicos de intervenciones o comentarios del investigador en la entrevista.

1. Una declaración a nivel referencial es una *complementación*.
2. Una declaración a nivel modal es una *interpretación*.
3. Una interrogación a nivel referencial es una *pregunta sobre el contenido*.
4. Una interrogación a nivel modal es una *pregunta sobre actitud*.
5. A la reiteración referencial la denominaremos *eco*.
6. A la reiteración modal la denominaremos *reflejo*.

Las *complementaciones* estimulan un discurso narrativo y descriptivo, tratando de abundar en su exhaustividad y su profundidad, vienen a añadir un elemento de identificación de la referencia al enunciado precedente del entrevistado. Son, o bien síntesis parciales, o bien anticipaciones inseguras que fuercen a la contrastación por parte del entrevistado, o bien inferencias que tratan de establecer las implicaciones lógicas o pragmáticas de los enunciados.

Las *interpretaciones* tienden a orientar el discurso hacia el registro modal, es una intervención que pretende expresar una actitud del entrevistado no explicitada centrada en la causa de lo dicho por el entrevistado, es decir, sobre su sentido tal como se halla constituido por la intervención del sujeto parlante. Este tipo de intervención es casi siempre percibido por el entrevistado como un poder sobre su discurso. La interpretación entonces provoca unos efectos de consentimiento o de resistencia, según que se suponga que revela unas intenciones congruentes con el contenido proposicional de lo dicho (interpretación confirmativa) o unas intenciones incongruentes u opositivas que tratan de otorgar una coherencia y una orientación diferente a las versiones causales de la cadena de las causas. La interpretación confiere un sentido al acto de palabra y lo transforma en acto intencional.

Preguntas sobre el contenido: toda intervención de modo interrogativo que solicita una identificación suplementaria de la referencia.

Preguntas sobre la actitud: toda intervención de modo interrogativo que solicita una identificación de la actitud proposicional del entrevistado.

Ambas intervenciones aceleran el intercambio oral y son fundamentales en la construcción discursiva de la entrevista —frente a la pregunta cerrada e inamovible del cuestionario—. De la buena distribución y dosis de las interrogaciones dependen la posibilidad de ir estableciendo el registro discursivo en función de los objetivos integrados en la temática tratada. Sin embargo, una dosis masiva de interrogación perturba el desarrollo de la entrevista de investigación.

El *eco* opera una selección en el conjunto del discurso que subraya su importancia. Aísla reiterando una parte y por lo tanto representa de entrada un corte en la totalidad y linealidad del discurso que de producirse en exceso puede resultar trivializador e incluso artificial o irritante.

El *reflejo*. Es la reiteración que refleja en el entrevistador la actitud del que habla. En este sentido el *reflejo* tiene la función (casi conductista) de que el entrevistado se refiera de una manera más amplia a su posición personal y hace centrarse el discurso en el desa-

rollo del propio pensamiento, íntimo y privado del entrevistado. Su empleo excesivo produce una *sobremodalización* de la entrevista mucho más necesaria en la entrevista terapéutica o clínica que en la entrevista de investigación social.

Del uso de todos estos resortes enunciativos depende el resultado de la entrevista, esto es lo que hace del entrevistador un auténtico investigador, depende de su habilidad, su sensibilidad y su cultura para llevar a cabo la entrevista, no hay recetas ni instrucciones estandarizadas sino su *capacidad de reflexión* y decisión sobre el trabajo que está realizando.

8.6. La entrevista, el contexto social y la construcción del sentido

Así se desarrollan nuestras conversaciones, victoria perpetua del lenguaje sobre la opacidad de las cosas, silencios luminosos que expresan más de lo que callan (...) El mundo entero está en lo que decimos...y enteramente iluminado por lo que callamos (Pennac, 1993: 29).

La entrevista, a nuestro modo de ver, es un acercamiento a la figura del individuo como un actor que —como diría Goffman (1974: 505-518)— desempeña, dramatizándolo, un cierto *modelo de rol* social. Y este desempeño a la vez que dramatización de un código es una idealización, pues tiende a moldear un desempeño según la forma ideal del rol pertinente. De este modo, cuando el individuo se presenta ante otros, su desempeño tenderá más a incorporar y ejemplificar los valores que espera sean atendidos por la sociedad desde su *grupo de referencia*²⁵. Lo que no es más que recuperar el sentido profundamente social del sujeto, pues como decía Amando de Miguel en una temprana presentación de la microsociología norteamericana de los años sesenta:

El sujeto de la interacción social no sería propiamente el yo, sino la persona en cuanto representando un papel determinado en función de un status también determinado. Por eso "persona" es máscara, porque cada una de ellas adopta tantas "caras" o "papeles" como situaciones de interacción sean posibles (de Miguel, 1969: 29).

Esta actuación puede definirse como la actividad total de un participante dado en una ocasión dada que sirve para influir de algún modo sobre otro participante. La pauta de actuación preestablecida que se tiende a generar en una interacción puede denominarse "papel" o "rutina" (Goffman, 1974: 286-297). El individuo esta siempre involucrado en dos papeles básicos, como "actuante", forjador de impresiones, y como "personaje", una figura cuyo espíritu, fortaleza e imagen deben ser evocadas en esa situación. Se exige que el individuo se transforme en personaje para poder sostener la realidad social de la interacción cara a cara. La expresividad del individuo involucra dos tipos distintos de actividad significativa: la expresión que da y la expresión que emana de él. Así la entrevista produce los símbolos verbales que el individuo usa con el único propósito de transmitir información —la comunicación en sentido tradicional y limitado del término—, pero siempre es complementada con acciones que tienden a perfilar al actor social como personaje.

La entrevista de investigación social, por lo tanto, es especialmente interesante para determinar los discursos *arquetípicos*²⁶ de los individuos en sus grupos de referencia, ya que al

grupo de referencia el individuo se refiere para formular evaluaciones acerca de sí mismo y de los otros. Se trata entonces de una *función perceptiva* y *comparativa* en el curso de la cual el sujeto se evalúa a sí mismo. Por tanto, la entrevista abierta sirve para dar la palabra social a la *estructura del carácter* de un sujeto arquetípico, pero no en el sentido estrechamente psicologista de este concepto, sino en el plano interactivo de relación del carácter personal con el otro generalizado, esto es, en el ámbito de la integración relativamente estabilizada de la estructura psíquica del organismo con los roles sociales de la persona (Gerth y Mills, 1984). Cuanto más arquetípico, mejor representa un rol social y cuanto más delimitable sea el grupo de referencia, más fácil será por lo tanto que la entrevista abierta sea útil en la investigación social.

La entrevista individual abierta tiende a resultar muy productiva para el estudio de casos típicos o extremos, en el cual la actitud de ciertos individuos encarna, con toda su riqueza, el modelo ideal de una determinada actitud, mucho menos cristalizada en la “media” del colectivo de referencia, debido a la potencialidad de su situación proyectiva para revelar las relaciones con los modelos culturales de personalidad (reflejados en el otro generalizado) o, si se quiere, la relación, en términos freudianos, del narcisismo del “yo ideal” y las exigencias de “ideal del yo”:

La función metodológica básica de este tipo de entrevista en el contexto de una investigación sociológica se limita –en nuestra opinión a la reproducción del discurso motivacional (consciente e inconsciente) de una personalidad típica en una situación social bien delimitada... En la elaboración por el entrevistado de su propio discurso, el sociólogo aspira a leer, en todas sus dimensiones y niveles únicamente las coordenadas motivacionales (psíquicas, culturales, clasistas...), más que sus características individuales, de la acción social situada en la “clase de sujeto” en presencia o lo que es lo mismo, del sujeto típico de la clase de referencia)... En conclusión, lo que aspiramos “a ver” y podemos estudiar en el discurso del entrevistado no son en este género de investigación, sus problemas personales, sino la forma social –cultural y de clase– de la estructura de su personalidad y los condicionamientos ideológicos de su proceso motivacional típico (Ortí, 1986: 178-179).

La entrevista, entonces, tiende a producir una expresión individual pero precisamente porque esta individualidad es una individualidad socializada por una mentalidad cotidiana estructurada tanto por *hábitus* lingüísticos y sociales –en tanto que sistema de esquemas generadores de prácticas y, al mismo tiempo, de percepción de estas prácticas (Bourdieu, 1991: 91 y ss.)–, como por *estilos de vida*, en cuanto que formaciones y validaciones específicas de la conducta realizadas dentro de los grupos de *status* socioeconómico”. Pues como insistió en su día Ch. Wright Mills (1981: 340), las palabras son portadoras de significados en virtud de las interpretaciones dominantes atribuidas a ellas por la conducta social; las interpretaciones surgen de los modos habituales de conducta que giran en torno a los símbolos y son esos moldes sociales los que construyen los significados de los símbolos.

La entrevista abierta, es por lo tanto, un proceso de interacción específico y parcialmente controlado en el que el interlocutor “informante” construye arquetípicamente una imagen de su personalidad, escogiendo una serie de materiales biográficos y proyectivos de cara a su *representación social* (Goffman, 1973), de tal manera que:

La identidad personal puede ser vista como algo que reside en las convenciones prevalentes sobre los miembros de un sistema social. La identidad en este sentido no es una propiedad de la persona a quien es atribuida, sino inherente más bien a la pauta del control social que

es ejercido sobre esa persona por ella misma y por cuantos la rodean. Este tipo de ordenamiento institucional más que soportar la identidad la construye (Goffman, 1961: 168).

La entrevista, de esta manera, se instituye y desvuelve a partir de su capacidad para dar cuenta de la vivencia individual del informante (manifiesta o latente) del sistema de “marcadores sociales” que encuadran la vida social del individuo específico, ya que en nuestra sociedad rige un sistema de *etiquetas*²⁸ que insta al individuo a manejar en forma conveniente sus sucesos expresivos, y a proyectar, por medio de ellos, una imagen adecuada de sí, un respeto apropiado por los presentes y una consideración satisfactoria por el encuadre. El discurso que se produce a través de ella, por lo tanto, es un relato en el que la *situación implicativa* genera una “inversión de la persona” (Péninou, 1976: 127 y ss.) que al verse a sí misma en realidad observa el sistema de etiquetas sociales que lo enmarcan.

NOTAS AL CAPÍTULO 8

¹ Véase Rossi y O'Higgins (1981: 163 y ss.), Taylor y Bogdan (1992); como referencia crítica a la utilización de este término y su sustitución por el menos cargado técnicamente de *interlocutor*, puede verse el magnífico artículo de Maurizio Catani (1990: 151-164).

² De una manera muy inteligente Georges Mounin (1983: 23 y ss.) presenta las dificultades de caracterización lingüística de la función expresiva del lenguaje y la tendencia de ciertas lingüísticas a dejarla fuera de su ámbito de estudio.

³ Los jalones típicos de esta visión constructivista pueden ser: en psicología Bruner (1986), en antropología Geertz (1988) y en sociología Goffman (1973).

⁴ Véase, por ejemplo, Pierce (1974). Una completa revisión de Pierce y todo el pragmatismo norteamericano se encuentra en Pérez de Tudela (1988).

⁵ Para la clásica disyuntiva entre lo paradigmático y lo sintagmático, véanse sus relaciones con otros conceptos afines y su utilización en la estrategia de investigación (Berger, 1991: 13-20).

⁶ Para ampliar como resulta necesario este tema, véase Beltrán (1991b). Otra interesante revisión de las relaciones entre los problemas del estudio del lenguaje y la metodología de la investigación social, enfatizando en el acercamiento de la sociología a los temas centrales de la lingüística a partir de la llamada por Alvin Goldner “crisis de la sociología occidental”, se encuentra en Pérez-Agote y Tejerina (1990: 145-160).

⁷ Un interesantísimo estudio de las propuestas metodológicas del círculo encabezado por el crítico literario Mijail Bajtín en la Unión Soviética de los años veinte, y su posible enfrentamiento con planteamientos intelectuales más recientes, se encuentra en Zavala (1991).

⁸ En el terreno específicamente sociológico tanto Ruiz Olabuina e Ispizua (1989), como Michelat (1975), hacen una interesante revisión de las técnicas de entrevista en investigación cualitativa; por otra parte la clásica referencia es todavía la de Merton y otros (1957).

⁹ Obras que presentan la entrevista terapéutica: Haley (1980), Rogers (1966), Sullivan (1981). Una revisión más general de la entrevista, desde la perspectiva de la psicología conductista y con diferentes aplicaciones clínicas y empresariales, está en Goodale (1990).

¹⁰ Es el campo paradigmático de la llamada historia oral, espacio donde la entrevista abierta tiene un valor máximo como fuente primitiva de saberes. Para un conocimiento de sus problemas

metodológicos, véase la cada vez más abundante bibliografía específica: Joutard (1986), Sitton y otros (1989) y Thompson (1988). También hay que referirse en este punto al uso de las historias de vida en investigación social. Véanse Sarabia (1986: 187-208) y Pujadas (1992).

¹¹ Es el campo típico de la sociología del prejuicio político, cuyo producto con mayor y más multidimensional carga metodológica quizás siga siendo el conocido trabajo de Adorno y cols. (1965).

¹² La relación entre entrevista en profundidad y conducta desviada ha sido desde siempre puesta en relación por las más antiguas aportaciones académicas al tema. Véase Hyman (1967).

¹³ Para este tema es modélico el análisis de Bauman y Adair (1992: 9-25).

¹⁴ Es de considerable interés la definición de *contexto* que ofrecen los autores franceses Edmond Marc y Dominique Picard (1992: 75), para los que el contexto no es solamente el entorno de la interacción sino también el conjunto de circunstancias en las que se inserta. Es, por tanto y fundamentalmente, un *campo social* (conjunto de sistemas simbólicos, estructuras y prácticas) que constituye a la vez un referente, un sistema convencional y un orden que hace posible el intercambio y le otorga sus mayores significados. Por otra parte existe un considerable trabajo técnico de investigación y clasificación de los contextos extralingüísticos en diversas escuelas de la etnolingüística contemporánea. Véase Casado Velarde (1988).

¹⁵ Sobre los mecanismos homeostáticos como sistemas de equilibrios oscilantes sobre una pauta de interacción básica véase la clásica aportación de Jackson (1981: 23-46).

¹⁶ Lo que no es más que una generalización del concepto de *contrato terapéutico*, muy difundido en las diferentes disciplinas clínicas donde se utiliza como un contrato explícito entre un paciente y un terapeuta que fija el objetivo del tratamiento en cada fase del proceso, véase, por ejemplo, Berne (1983). Para un análisis desde la teoría sistémica de la comunicación véase Nardone y Watzlawick (1992).

¹⁷ Utilizamos aquí estos términos, de una manera más o menos propia, prestados del vocabulario habitual del llamado "análisis transaccional" sencillamente para indicar *los gestos y caminos de reconocimiento mutuo* en una relación –la situación de la entrevista– que se retroalimenta según pautas frecuentemente recurrentes y, añadimos desde aquí, socialmente condicionadas. Véase Berne (1966), y con carácter de generalización, Chandezon y Lancaster (1982).

¹⁸ No es aquí lógicamente el lugar adecuado para hablar de la importancia del lenguaje gestual ni mucho menos de las posibilidades de estudios *proxémicos* y de situación en los microespacios de interacción, nos limitaremos a señalar su importancia en el ritual de la entrevista y remitir al lector a los clásicos trabajos de Edward T. Hall (1989 y 1981), artículo este último, además, donde se contienen interesantes apuntes sobre la entrevista abierta.

¹⁹ Lo oral se convierte así en escrito, contrapárrafo que sirve precisamente para que fluya lo oral, pero que presenta inmediatamente no sólo problemas metodológicos de transcripción, sino también de cambio de tipos lógicos de comunicación, sobre ello véanse Joutard (1986: 331-375) y Ferrarotti (1991: 19-29).

²⁰ Para un análisis de la entrevista como juego de poderes conversacionales véase Kress y Fowler (1983: 89-110).

²¹ No es el lugar aquí para detenernos en el estudio interno de los procedimientos y *estrategias conversacionales* –mecanismo de turno, secuencia, composición, etc.– que ha sido uno de los campos de análisis más frecuentados por los planteamientos etnometodológicos, o próximos, con resultados más fecundos, véase con carácter de resumen, por ejemplo, el trabajo de Wolf (1988: 184-216); y de una manera ya monográfica y avanzada el muy interesante texto de Stubbs (1987).

²² Sobre la sinceridad o simple simulación de este vínculo empático hay posiciones muy diversas, desde los que apelan casi a un enamoramiento entre el investigador y el sujeto entrevistado,

hasta los que descaradamente reconocen su carácter cínico; entre los primeros se encuentra el historiador Ronald Fraser (1990:129-150); entre los segundos sobresale el ya mítico sociólogo Erving Goffman, además de sus clásicos títulos merece consultar, para entender su obsesión permanente sobre ser social –y el investigador– como *fingidor*, su selección de textos (Goffman, 1991) y especialmente la introducción de Yves Winkin a esta antología.

²³ En este punto seguimos, aunque adaptándolos a nuestras necesidades e intenciones, dos magníficos trabajos de Alain Blanchet a los que nuestras páginas le deben mucho en varios aspectos, véase Blanchet (1985 y 1989).

²⁴ Utilizamos el concepto de actos de habla en el clásico sentido de J. L. Austin, esto es, como unidades discretas del discurso, delimitadas por un sistema de reglas y tomadas como conductas que expresan *unidades de voluntad expresa*. Cada acto es un hecho de voluntad para convencer, preguntar, aclarar, dirigir, etc. Véase Austin (1981), su desarrollo en Searle (1986) y como magnífica síntesis de la moderna pragmática lingüística: Escandell Vidal (1993).

²⁵ Recordemos que *grupo de referencia* Merton y Kitt (1975: 243-245) lo diferencian del simple grupo o grupos de interacción –que no son más que parte del ambiente social en que un individuo despliega su sistema de interacciones sin más trascendencia valorativa personal–, sin embargo el grupo de referencia siempre se define en función de tres criterios: a) comprende cierto número de individuos que interactúan entre sí sobre la base de pautas establecidas; b) las personas que interactúan se definen a sí mismos como miembros del grupo; c) estas personas son definidas por otros (miembros y no miembros) como miembros del grupo.

²⁶ Aclaremos que no estamos manejando aquí ningún concepto psicoanalítico/mitológico (asociado habitualmente a C. J. Jung) de *arquetipo*, sino su más convencional uso cotidiano como tipo ideal que sirve de ejemplo y modelo al entendimiento y a la voluntad de los otros. Eugenio Triás (1983: 163 y ss.) trabajando el concepto de arquetipo, desde el punto de vista filosófico, lo define como síntesis de idea y símbolo, lo cual resulta aquí totalmente adecuado.

²⁷ Es un tema temprana y agudamente tratado, como es habitual en este gran clásico, por Max Weber (por ejemplo, 1985: 145 y ss.).

²⁸ Nos recuerda Amando de Miguel (1969: 24) que fue Pareto el primero en utilizar el término de *etiqueta* y que para este autor, además, son las "etiquetas" y no las personas la unidad básica de análisis de la realidad social, creando desde entonces una poderosa línea de estudio dentro de las ciencias sociales.

CAPÍTULO 9

LA ENTREVISTA PSICOLÓGICA

Carlos Rodríguez Sutil

9.1. Introducción

La mayoría de los autores coinciden al definir la entrevista psicológica como un proceso en el que intervienen dos o más personas, a través de un medio generalmente oral, en el que se distinguen roles asimétricos: entrevistador-entrevistado. Esta asimetría se refleja en los rasgos que caracterizan al entrevistador, como son poseer cierto conocimiento técnico y llevar la dirección del proceso –aun en el caso de las entrevistas libres o no directivas–, también, finalmente, debe comunicar al entrevistado los resultados de sus pesquisas, es decir, debe realizar una “devolución”.

La distinción entre la entrevista y cualquier otra comunicación se establece en la definición clásica de Bingham y Moore (1973) de que la entrevista es una conversación con un propósito.

Ávila (1989: 16) distingue los siguientes tipos de entrevista: de evaluación, orientación, terapéutica, investigación y focalizada. La entrevista focalizada es la que se centra en un aspecto específico, evaluación o detección precoz, intervención en crisis, etc. Este autor comenta que todos los tipos de entrevista psicológica comparten sus características principales. En las páginas que siguen nos vamos a ocupar, no obstante, de la entrevista de evaluación o diagnóstica y, en menor medida, de la entrevista terapéutica. Consideramos que la entrevista de evaluación es el modelo básico de toda entrevista, pues en todas se intenta, de alguna manera, obtener información. Estamos de acuerdo con los evaluadores conductuales cuando critican la escisión tradicional entre diagnóstico y tratamiento (véase Fernández Ballesteros, 1983). Es indudable que en una entrevista terapéutica es preciso evaluar el momento en el que se encuentra el paciente, respecto a los objetivos terapéuticos y en su circunstancia actual. Pero tal vez eso no impide que en los primeros contactos nos tengamos que plantear la elaboración de un psicodiagnóstico lo más completo posible, tan-

CAPÍTULO 11

GRUPOS DE DISCUSIÓN

*Manuel Canales
Anselmo Peinado*

Sin epistemología y metodología que la sustente, una técnica de investigación es apenas un confuso conjunto de procedimientos canónicos. Esta afirmación, válida para cualquier técnica, adquiere especial relevancia en el caso de las llamadas técnicas cualitativas (de las que el grupo de discusión es la principal). En ellas, el procedimiento es sometido a prueba, y enfrentado con sus límites, en cada investigación particular, y su eficacia depende grandemente del modo en que el investigador las haya subjetivado. La aplicación de la técnica pivota siempre sobre el investigador, que no sólo no se borra en ella, sino que viene a ocupar su lugar. En contra de lo que desde la ignorancia o el interés se afirma a menudo, no quiere esto decir, que *todo vale* o que –como en el dicho popular– “cada maestrillo tiene su librillo”; significa, tan sólo, que la mediación técnica no es nunca ajena al sujeto observador ni al objeto observado, y que entre ambos términos no existe la distancia de lo preconstituido. Sujeto y objeto se constituyen, por el contrario, en la observación (véase el capítulo *Teoría de la observación*).

Hay pocos textos en español que tengan al grupo de discusión como tema específico. Esto, afortunadamente, no es ninguna desgracia. En su texto *Más allá de la Sociología*, Ibáñez dedica un buen número de páginas a fundamentar esta técnica en la perspectiva de su epistemología, metodología y tecnología. Estas páginas son las más densas de cuantas pueden encontrarse sobre el grupo de discusión, entre las actualmente publicadas..., y no sólo en nuestro idioma. Basta comparar este texto con el de Krueger o el de Mucchielli. La calidad del texto de Ibáñez compromete gravemente las líneas que el lector tiene ante sí, lo que sabíamos cuando iniciamos su escritura. Con todo, si aceptamos el encargo, fue precisamente porque no pretendemos hacer nada comparable; más bien, hemos tratado de situarnos en la posición de intersección de la didáctica con el mínimo rigor imprescindible; también, como es obvio, pretendemos incorporar a estas páginas, algo de nuestra propia experiencia. A tal fin, hemos centrado nuestra atención en lo que nos parece son los puntos esenciales de la transmisión del saber y la experiencia sobre esta técnica, acompañando el texto con ejem-

plos (muchos de ellos en las páginas de notas) que permitan al lector no familiarizado empíricamente con la técnica, hacerse una adecuada composición de lugar.

Ahora bien, una descripción de la técnica del grupo de discusión, por más que pretenda ser didáctica, ha de situarla en el contexto del discurso social —que ayuda a construir analíticamente—, para su cabal comprensión. Este será nuestro punto de partida.

11.1. El estatuto sociológico del discurso social

La práctica social no es nunca, tan sólo, discursiva; pero toda práctica social necesita del discurso, de una organización particular del sentido, el cual, a su vez, ha de desconocerse a sí mismo como práctica, ha de desconocer sus orígenes. Entre las prácticas sociales y su discurso hay siempre una interacción; el segundo no es mera emanación de las primeras, sino que retorna sobre aquellas; lo que, entre otras cosas, significa que el cambio social no es ajeno al sentido, y que cuando este se rompe en las prácticas sociales, la necesidad de recuperarlo puede abrir un proceso social de ruptura encaminado a la constitución de nuevas condiciones sociales que garanticen un sentido también nuevo (véase Pereña, 1979b).

La perspectiva en la que se sitúa el grupo de discusión (el análisis del discurso), supera la (estrecha de miras) dicotomía *emic/etic* (véase el capítulo *Teoría de la observación*). Y lo hace mediante la deconstrucción de los componentes semánticos de producciones discursivas concretas, recogidas mediante la técnica, para mostrar su estructura. Esta no equivale nunca a la producción semántica consciente (las hablas individuales de los participantes en los grupos, las “opiniones”; a estas realizaciones concretas de un discurso las denominaremos “textos”). La estructura de una producción lingüística cualquiera —lo que denominaremos simplemente “discurso”, que vendría a equivaler, por tanto, a “discurso social”—, muestra un campo semántico que define qué elementos son incluidos como pertinentes y sus relaciones recíprocas, de carácter siempre jerárquico o hipotático; y, por oposición, como en toda estructura, qué elementos excluye, qué relaciones no acepta (véase cap. *Formación discursiva*). De este modo, lo incluido y lo excluido se muestran y explican recíprocamente. El trabajo de análisis no supone, por tanto, la mera “aceptación” acrítica de los enunciados de un observador interno; por el contrario, el análisis del discurso requiere la confrontación previa de varios observadores internos, entre sí, y de éstos con el observador externo (situación de grupo), quien vendría a realizar, en palabras de Jesús Ibáñez, una “reducción crítica de los contenidos émic” presentes en la producción discursiva del grupo de discusión. La posición del prescriptor de los grupos, tanto en la realización de los mismos (pero sin participar en ellos), cuanto en la posterior labor analítica, prefigura ya “ese tercer término que supere la antítesis entre los puntos de vista *etic* y *emic*” (Ibáñez, 1988). Nada más lejos, también, por otra parte, de la teoría de la acción social, en la que el sentido de una acción coincide con el declarado por sus agentes: la conciencia sería aquí el criterio del sentido. El análisis del discurso, por el contrario, al postular el análisis de las producciones lingüísticas con que trabaja, no erige a la conciencia en juez del sentido, sino que resitúa a éste —el sentido— en el terreno de la estructura de aquellas (las producciones concretas).

La superación de la antítesis entre estructuras *etic* y *emic*, requiere, obviamente, de una teoría social integradora, capaz de poner en relación los componentes infraestructura-

les y superestructurales de la sociedad en un paradigma complejo; del mismo modo, pretende superar la antinomia individuo/sociedad. Las distintas tradiciones que pasan por Dilthey, Weber, Berger..., y las nuevas propuestas que se cruzan en campos disciplinares diversos, desde Maturana, Varela e Ibáñez, construyen una concepción de la sociedad en la que ésta se encuentra mediada simbólicamente. Mediado por lo simbólico, lo social sólo puede existir en unos sujetos que lo producen, y lo portan (lo crean y lo creen).

De nuevo en palabras de Ibáñez (1979):

La consideración teórica de la sociedad tiene que articular los componentes "energéticos" (los aspectos económicos o cuantitativos, ligados al hecho físico de la entrada y la salida de energía del sistema) y los componentes "semánticos" (los aspectos lingüísticos o cualitativos, ligados al sistema cultural —las instituciones— que regula la circulación interna de esa energía).

11.2. El grupo de discusión y el discurso social

El grupo de discusión es una técnica comúnmente empleada por los comúnmente denominados investigadores cualitativos. Su formulación teórica y metodológica, en el contexto de una tradición netamente española, que ahora también lo es latinoamericana, se encuentra en los escritos y en las enseñanzas de Jesús Ibáñez, Angel de Lucas, Alfonso Ortí y Francisco Pereña², así como en los trabajos recientes de los investigadores formados por ellos³.

En este apartado intentaremos trazar una aproximación a la técnica con la pretensión de hacerla accesible a quienes no la conocen. Pretensión sin duda discutible, pues las propias características de la metodología y de la técnica, centradas en la subjetivización de ambas y del análisis por el investigador, hacen prácticamente imposible todo manual canónico. El investigador ha de "ocupar" (hacerse un lugar como sujeto) la técnica y reflexionar sobre ella. Se aprende haciendo y mirando lo que hacemos, pues la técnica —como veremos más adelante—, no reposa tanto en una serie de procedimientos precodificados, cuanto en posiciones que ha de asumir y regular un sujeto. Por ello, la exposición tratará de delinear un espacio en el que el investigador pueda situarse, y unos recorridos por los que pueda transitar. Se trata, en definitiva, de mostrar una situación, reflexionando sobre sus condiciones de posibilidad y su consistencia, de modo que otro pueda ocuparla.

La técnica, en fin, se aprende como un oficio, como un artesanado, no es susceptible de estandarización ni de formalización absoluta. Las formas que aquí avanzaremos, deben ser, por tanto, entendidas como esquemas, listos para ser borrados una vez comprendidos.

Antes de entrar en aspectos de detalle, convendría señalar algo que nos parece primordial: el porqué y para qué de una técnica que, como ésta, posee dimensión grupal.

El grupo de discusión es una técnica de investigación social que (como la entrevista abierta o en profundidad, y las historias de vida) trabaja con el habla. En ella, lo que se dice —lo que alguien dice en determinadas condiciones de enunciación—, se asume como punto crítico en el que lo social se reproduce y cambia, como el objeto, en suma, de las ciencias sociales. En toda habla se articula el orden social y la subjetividad.

Ahora bien, ¿por qué precisamente en grupo?, ¿por qué interacción comunicativa, cuando hemos afirmado que todo yo es grupal, que la identidad individual se configura desde las identificaciones colectivas? Es decir, ¿por qué no limitarnos a las entrevistas abiertas individuales?

La razón la hallamos en las características mismas del discurso social. El discurso social, la ideología, en su sentido amplio –como conjunto de producciones significantes que operan como reguladores de lo social–, no habita, como un todo, ningún lugar social en particular. Aparece diseminado en lo social. No es, tampoco, interior al individuo, en el sentido de una subjetividad personal, sino exterior, social, como ya pusieron de manifiesto Bajtín y su escuela, de un modo que se expresa clara y concisamente en una cita como la siguiente (Voloshinov, 1992).

La llamada psicología social, que según la terminología de Plejánov, retomada por la mayoría de los marxistas, es el eslabón transitorio entre una formación político-social y una ideología en el sentido restringido (la ciencia, el arte, etc.), se presenta en términos reales, materiales como la interacción discursiva. Tomada fuera de este proceso real de la comunicación e interacción discursiva (y, en general, de la comunicación semiótica), la ideología social se convertiría en un concepto metafísico o mítico (el “alma colectiva” o la “psique interior colectiva”, el “espíritu del pueblo”, etc.).

La ideología social no se origina en alguna región interior (en las “almas” de los individuos en proceso de comunicación), sino que se manifiesta globalmente en el exterior: en la palabra, en el gesto, en la acción. En ella no hay nada que fuese interior y no expreso: todo está en el exterior, en el intercambio, en el material y, ante todo, en el material verbal.

Si el discurso social se halla diseminado en lo social mismo, el grupo de discusión equivaldrá a una situación discursiva, en cuyo proceso este discurso diseminado se reordena para el grupo. Situación de grupo equivale, entonces, a situación discursiva (véase cap. *Formación discursiva*). El grupo actúa así como una retícula que fija y ordena, según criterios de pertinencia, el sentido social correspondiente al campo semántico concreto en el que se inscribe la propuesta del prescriptor.

Si el universo del sentido es grupal (social), parece obvio que la *forma* del grupo de discusión habrá de adaptarse mejor a él que la entrevista individual, por abierta (o *en profundidad*) que sea⁴. La reordenación del sentido social requiere de la interacción discursiva, comunicacional.

Francisco Pereña (1979a) ha procedido a una lectura del texto fundacional de la lingüística estructural, el *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure (1983), que pone de manifiesto los recovecos, confusiones y aun contradicciones de la obra saussureana, a la par que –paradójicamente– nos muestra un Saussure más fértil que el que nos ha legado la posterior codificación canónica comenzada por sus discípulos y continuada en una determinada tradición lingüística francesa. Como se sabe, Saussure nunca publicó el *Curso*, sino que éste fue editado póstumamente por sus discípulos a partir de las notas tomadas en las lecciones dictadas por el maestro. Saussure, en su esfuerzo por fundamentar el estudio del lenguaje, no consigue –contrariamente a lo que dicta la versión canónica– dotar al signo de unidad. No parece arriesgado pensar que fuera ésto lo que le condujo al silencio. El *Curso* permite una lectura en la que el signo aparecería como una unidad estructuralmente rota, una unidad que ha de *producirse*, entonces, pero ya como efecto de sentido. Quiere ello decir que, cuando hablamos, nunca conseguimos restituir plenamente la unidad entre significante y significado; en la perspectiva del significante, cuando hablamos, siempre decimos más y algo distinto, de lo que nos proponemos. Ahí está el *lapsus* para recordármolo, pero también el chiste, y aun el titubeo y la perifrasis. Donde quiera que miremos no encontraremos nunca un discurso cerrado, acabado. Por el contrario, el

lenguaje se nos muestra como pura sustitución de unos significantes por otros, como juego metafórico. En eso consistiría la realidad del lenguaje, y en esa sustitución ilimitada, vendría a producirse el sentido.

Ese es, precisamente, el lugar de la ideología que, mediante lo que podríamos denominar *presión o violencia semántica*, liga el proceso de sustitución metafórica a un centro, a un núcleo de sentido. El sujeto —cada sujeto e, incluso, cada grupo social— “elige” los significantes de que hará uso, dispondrá de sus propios repertorios de estilo, etc. Pero es “elegido” por la presión semántica, por el universo de sentido que es para él preexistente y que le constituye. Es ahí donde significante y significado vienen a articularse estratégica y provisionalmente como efecto (pues el signo, decimos, no es *autosubsistente*) de sentido.

Si las palabras pueden sustituirse unas por otras, es porque son intercambiables de acuerdo a criterios de valor semántico. Y si hay intercambio es porque no salimos nunca de la esfera de la circulación. El sentido es, en efecto, *circulación*, antes que producción. Es preexistente a y viene dado como un todo para el sujeto parlante. En el intercambio se re-produce el sentido⁵.

Conviene, entonces, *detenerse* en un aspecto en el que el sentido común se engaña: si toda producción discursiva implica sustitución de significantes y acoplamiento al sentido, el sujeto no sabe lo que dice; cuando hablamos, no sabemos lo que decimos, pues no somos dueños de la estructura que genera nuestro decir (véase el capítulo *Formación discursiva*). También por eso decimos, nos contradecemos y nos desdecimos; titubeamos o cambiamos de opinión⁶. El sujeto parlante es dueño de sus opiniones, pero no de la estructura que las genera. Por eso el orden social no es consciente (lo que es requisito, por otra parte, de su funcionamiento, como es requisito que desconozcamos lo que decimos para que el lenguaje pueda seguir funcionando en nosotros).

Re-producir y reordenar el sentido precisa del trabajo del grupo, pues requiere poner en juego en toda su extensión, el nivel del habla, a fin de permitir que la presión semántica configure el tema del que en cada caso se trate, como *campo semántico* (como campo, por tanto, de sentido). No es, por consiguiente, que el sentido no esté dado como un todo para el sujeto individual; se trata, por el contrario, de que un sujeto individual no sometido a una situación discursiva, tan sólo nos ofrecerá enunciados en los que las relaciones semánticas se expresarán de modo fragmentario. Lo que en el grupo es conversación (esto es, frotamiento de las hablas individuales), habría de equivaler, en el caso de la entrevista, al diálogo con uno mismo (lo que requeriría tomarse a sí mismo como otro), a fin de que el resultado fuera la emergencia de un campo semántico desplegado en toda su extensión.

En la situación discursiva que el grupo de discusión crea, las hablas individuales tratan de acoplarse entre sí al sentido (social). Es tan sólo tomándolo de este modo, como cabe hablar de que el grupo opera en el terreno del consenso. Consenso, por cuanto el sentido es el lugar mismo de la convergencia de los individuos particulares en una topología imaginaria de carácter colectivo.

Lo que el investigador recupera mediante la técnica, no es aquí, por tanto, un dato, sino —en terminología de Ibáñez—, un *capta*. No viene dado, sino que hay que (re)producirlo. Investigar, viene del latín *vestigio* (seguir las huellas que deja la presa en el camino; véase Ibáñez, 1991), que dará lugar también a “vestigio”. Lo investigable es lo que puede ser rastreado y explicado⁷. Pero el seguimiento del rastro no es mera recolección. A la investigación, en efecto, le cuadra mejor la metáfora del cazador que la del recolector.

11.3. La “forma” del grupo de discusión

El grupo de discusión reúne en sí diversas modalidades de grupos, que no tiene parangón en la cotidianidad social. En él se desarrolla una conversación en la que, para el investigador, los interlocutores desaparecen detrás de las (inter)locuciones, al contrario de lo que sucede en los grupos naturales, tan atravesados por batallas imaginarias, y en los que las distintas locuciones tienen siempre nombres y apellidos.

Hay, por tanto, una forma-grupo y una forma-discusión (o conversación).

11.3.1. La forma-grupo

El grupo de discusión es un artificio metodológico que reúne diversas modalidades de grupos, en una articulación específica. Es un grupo teóricamente artificial (en su forma-grupo) y su éxito depende de que pueda serlo también en la práctica.

En efecto, el grupo de discusión no es equiparable a ninguna de sus modalidades próximas: no es una conversación grupal natural, no es un grupo de aprendizaje como terapia psicológica (véase el capítulo titulado *De las concepciones del grupo terapéutico...*), tampoco es un foro público...; sin embargo, parasita y simula (parcialmente), a la vez, cada una de ellas. Así, es una conversación grupal, pero lo es de un grupo que empieza y termina con la conversación, sostenida, además, como un trabajo colectivo para un agente exterior (una tarea), y bajo la ideología de la discusión como modo de producción de la verdad (“de la discusión nace la luz”). De estas tres estructuras grupales (conversacionales), extrae el grupo de discusión elementos que combina de modo propio para producir una situación discursiva adecuada a la investigación.

1. El grupo de discusión no es tal ni antes ni después de la discusión. Su existencia se reduce a la situación discursiva. Esto es lo esencial de su carácter artificial. Es, por tanto, tan sólo un grupo posible, posibilitado por el investigador que los reúne y constituye como grupo.

En este sentido, es fundamental que no sea un grupo previo (o grupo natural), así como que no haya en él rastro de relaciones previamente constituidas, para evitar interferencias en la producción de su habla. En esto es un aspecto clave el espacio comunicativo que genera el juego de lenguaje de la “conversación entre iguales”. Para conversar, las relaciones entre los distintos interlocutores han de ser, obviamente, simétricas. Sólo por esto es posible que el grupo se constituya en el acoplamiento de la palabra (las hablas individuales) al discurso social; que reordene para sí el discurso social diseminado. En esta actividad hay ilusión de comunicación y placer de la palabra. Es esto lo que explica que ciertos grupos tengan mayor tendencia que otros a “divagar”, esto es, a dejar que la palabra vague por espacios (que son espacios de encuentro grupal) que se alejan del tema (de la tarea) que los reúne.

2. El grupo de discusión, en efecto, realiza una tarea. Su dinámica, en ese sentido, simula la de un equipo de trabajo. El grupo de discusión trabaja en el sentido de que se orienta a producir algo y existe por y para ese objetivo.

Grupo, por consiguiente, que se halla constituido por la tensión entre dos polos: el trabajo (razón de su existencia, y que la figura del prescriptor objetiva) y el placer del habla (que supone el consumo placentero de la relación grupal).

3. El grupo de discusión instaura un espacio de “opinión grupal”. Se instituye como la autoridad que verifica las opiniones pertinentes, adecuadas, verdaderas o válidas. En él, los participantes hacen uso de un derecho al habla —emitir opiniones— que queda regulada en el intercambio grupal. Tales son algunos elementos de lo imaginario que constituye los grupos.

Opinar en grupo tiene sus primeras versiones en las figuras iniciales de la modernidad. Los cafés, los círculos de crítica, las *Tischgesellschaften*, que al decir de Habermas, inician la época moderna..., constituían espacios de opiniones —razonables—, en que la autoridad de la razón actuaba como única autoridad. La amable ideología de la discusión racional de los asuntos —aquel “de la discusión nace la luz”—, preside e inspira todos estos modos de encuentro en grupo.

Sin la pretensión racionalista, el grupo de discusión sigue el mismo precepto: la discusión entre sujetos opinantes configura un dominio de responsabilidad y poder del hablante (en cuyo origen se sitúa la figura del prescriptor)..., mientras hay grupo. Después, las opiniones son tratadas como un producto bruto, sobre el que el análisis operará: finalmente, el grupo produce un discurso para otro, trabaja para otro, sirve a otro.

Pero siguiendo con la ideología conversacional en la que el grupo de discusión se inspira y que sirve para sostenerlo, podríamos decir que, en un segundo nivel, puede ser comparable con los “foros”, “mesas redondas”, debates, etc. O con el propio hemiciclo. Todos ellos se sostienen sobre la ideología conversacional, que corresponde al modo radical o parlamentario, que Deleuze y Guattari señalan como propio de la comunicación democrática: hablas que se cruzan para tejer un consenso.

En el foro (público, por definición), como en el grupo de discusión, el habla queda explícitamente contextualizada por la ideología vigente. No obstante, en el foro, los hablantes lo son en calidad de representantes —de un grupo o de una “perspectiva”—, mientras que en el grupo de discusión lo son en calidad de particulares agrupados. En el foro se han de delinear las diferencias —sostener las diferentes perspectivas—; en el grupo de discusión, se trata de interconectar puntos de vista, sin que por ello deje en él de haber una batalla imaginaria por la posesión del sentido.

11.3.2. La forma-discusión

En el grupo de discusión —luego veremos cómo—, el investigador provoca la constitución del grupo en la conversación (es su forma-discusión). Sobre el fondo de un lenguaje común (que es ya lenguaje con sentido: ideología), se articulan las distintas perspectivas: es su forma-discusión.

Jesús Ibáñez (1988) formaliza este proceso en términos de la teoría de la conversación de Gordon Pask (véase el capítulo titulado *Metodología participante con rigor*).

La conversación es siempre una totalidad. Si la dividimos en interlocuciones e interlocutores, la fragmentamos, rompemos esa totalidad, sin que por ello rescatemos sus partes constituyentes, pues estas se constituyen en relación al todo (no le preexisten) que, como se sabe, es siempre distinto que la suma de sus partes. Cada interlocutor no es considerado en el grupo de discusión como una entidad, sino como parte de un proceso: “al conversar cambia, como cambia el sistema en que conversa” (J. Ibáñez, 1988). Este aspecto nos parece

fundamental para entender la “forma” del grupo de discusión. En él, los interlocutores no coinciden necesariamente con los individuos que lo constituyen. De hecho, al menos a los efectos del asunto que aquí nos ocupa, “individuo” es una convención más que discutible. Si el yo es grupal, como ya hemos señalado reiteradamente, algo del yo no coincide con los límites corporales de cada individuo. Y todo lo que pueda haber de singular en un yo, no interesa a la investigación sociológica; lo que buscamos, por el contrario, es trazar la topología de ese campo de convergencia imaginario, en acoplamiento con el cual se constituye el yo; dar cuenta de la constitución de ese campo de certezas ideológicas y, por tanto, sociales, sobre las cuales se construye la identidad individual. Si el yo no coincide plenamente con el individuo; si la identidad tiene su fundamento fuera de sí, es obvio que no podemos considerar al individuo como interlocutor absoluto. Por el contrario, los interlocutores, en un grupo de discusión, pueden ser –como señala Ibáñez (1988)–: perspectivas distintas de una misma persona, perspectivas de distintas personas, puntos de vista, personas, grupos, ideas, culturas... Es por esto que decimos que cada interlocutor no es una entidad, sino un proceso. Proceso, porque en el transcurso de la conversación, cambian sus partes en la misma medida en que se va organizando y cambiando el todo.

En este cuadro que describimos, la conversación queda en una dirección compartida. En un nivel, es dirigida por la propia habla investigada (en lo que tiene de conversación entre los participantes), que desarrolla un discurso en función de criterios de pertinencia propios⁸. En otro nivel, es dirigida por el investigador, en lo que tiene de construcción del marco de la discusión (el tema), de control de su desarrollo por el lugar que ocupa aquel en el grupo, y por la acción que sobre él ejerce.

Esto explica la productividad específica de la técnica para el estudio de esos lugares comunes que son los lugares de la identificación colectiva. En cuanto el habla está orientada hacia una conversación –entre iguales–, cada hablante acuerda su habla al hablar de los otros. Privilegia en el habla lo que ésta tenga de común –así en la disputa, como en el consenso–, de articulable con el hablar de los otros. En este sentido, puede decirse que el grupo “normaliza”, al forzar que las hablas individuales se despojen –al menos en mayor medida que otras técnicas “cualitativas”–, de las adherencias de lo singular, y aun de la sintomatología de cada individuo. Del mismo modo, en el grupo de discusión las diferentes situaciones de hecho (diferentes experiencias, biografías, circunstancias sociales, etc.), pierden su singularidad para elevarse al estatuto de palabra, nivel en el que son ya comunicables (lo singular, por definición, no lo es).

11.4. El grupo de discusión y otras técnicas de investigación social

Las técnicas de investigación pueden concebirse como dispositivos de producción y regulación del habla investigada. Esta es siempre “provocada” –para y por el investigador–, en el seno de un marco comunicacional determinado.

11.4.1. Frente a la investigación cuantitativa

Las técnicas que se engloban bajo el rótulo genérico de cuantitativo (o distributivo), definen un modo de investigación del habla que se ciñe a un conjunto de enunciados predefinidos y acotados como (todo) lo decible. El habla investigada se pliega, entre las posibles, a

las elegidas previamente por el investigador: es un subconjunto del conjunto de enunciados posibles. Lo que se obtiene como resultado, por tanto, es la frecuencia con que los individuos se adscriben a unos u otros elementos de ese subconjunto. En ese sentido, no son abiertas a la información, si entendemos por tal la emergencia de lo nuevo, de lo imprevisto, de lo no considerado *a priori*. Investigamos, en suma, lo que ya conocemos.

La investigación cualitativa no trabaja con la selección de alternativas, sino con juegos de lenguaje abiertos a la irrupción de la información. Investigamos, por tanto, lo que no conocemos, y buscamos el descubrimiento de estructuras de sentido; lo nuevo cobra sentido mostrando sus relaciones con el conjunto de lo dicho: la investigación queda abierta, de este modo, también al sentido.

La diferencia entre ambas metodologías no se limita al campo de lo que es decible por el investigado (que en el caso de la metodología distributiva sólo puede coincidir con lo dicho por el investigador en el cuestionario), sino que se amplía a la manera de concebir al hablante. Para la investigación cuantitativa, cada hablante es un “individuo” y en cuanto tal, equivalente e intercambiable, ordenados (solo) a nivel de lo estadístico. Por ello el muestreo es (ha de ser) aleatorio. Por el contrario, la investigación de estructuras de sentido considera que el hablante es un agente social y, por tanto, que ocupa un lugar en la estructura social, situado en unas coordenadas sociológicas que son también ideológicas. Los hablantes se agrupan, entonces, en clases de orden y de equivalencia (obreros/empresarios/campesinos/jóvenes...). Esto nos permitirá estudiar las producciones de cada clase o conjunto como variantes internas al discurso social general (o unidad discursiva: Pereña 1979b).

11.4.2. Frente a la entrevista de respuesta abierta

El grupo de discusión se diferencia de otras técnicas cualitativas, fundamentalmente por cuanto constituye un dispositivo que permite la re-construcción del sentido social en el seno de una situación –grupal– discursiva. Hemos señalado ya que el sentido es siempre grupal, colectivo, y que su emergencia requiere del despliegue de hablas múltiples en una situación de comunicación (véase el capítulo *Sujeto y discurso...*).

El límite inicial, que marca una frontera entre lo distributivo y lo estructural, puede situarse en las *entrevistas de respuesta abierta*, con cuestionario. En ellas, el hablante puede y debe elaborar una respuesta, pero no puede señalar nada del orden de la pertinencia de la pregunta (si lo hace, no habrá donde registrar su respuesta). El habla investigada siempre oscila entre “tomar la palabra” para elaborar la respuesta, y “devolver la palabra” para permitir una nueva pregunta. La información se limita al terreno de las respuestas, pero el dispositivo no permite la retroalimentación entre pregunta y respuesta. La estructura del discurso es siempre *a priori*: está en el instrumento que provoca y controla el habla.

11.4.3. Grupo de discusión y entrevista en profundidad

La llamada *entrevista en profundidad* (impropia denominación, pues no hay en ella nada que no tenga que ver con la “superficie” de un habla controlada, y que debiera denominarse simplemente abierta, semidirectiva o semiestructurada), ya sea centrada en un tema o autobiográfica (como sucede en las historias de vida), supone una situación conversacional cara a cara y personal. En ella, el entrevistado es situado como portador de una perspectiva,

elaborada y desplegada en “diálogo” con el investigador. Este puede provocar ese habla con sus preguntas, pero también puede intervenir en el habla mediante la reformulación y (algo siempre peligroso) la interpretación de lo dicho. No hay, sin embargo, en ella, propiamente conversación, pues el entrevistador no puede introducir su habla particular. Y puesto que el entrevistado ignora la perspectiva del investigador, la transferencia obstaculiza la emergencia del discurso, que no pasará del nivel de satisfacer mediante las respuestas una (supuesta) demanda del otro (el investigador).

Hay en la entrevista en “profundidad” un supuesto subyacente, cual es el de que cada sujeto posee su propio sentido⁹. Pero que éste se da siempre en el seno de un proceso discursivo, mediante el cual el yo se halla ligado al universo social del sentido, es algo que se pone siempre de manifiesto en las dificultades que aparecen durante el trabajo de análisis. En esta fase, el investigador ha de reconstruir el conjunto de las relaciones del campo semántico particular mediante hipótesis parciales, que sustituirían a las articulaciones semánticas que el discurso mediante entrevistas abiertas es incapaz de producir.

La entrevista abierta es, por tanto, pertinente cuando la investigación no pretende reconstruir el sentido social de un asunto determinado. Lo es en las historias de vida. También lo es cuando necesitamos conocer los diversos aspectos de un proceso (por ejemplo el proceso de compra de un producto), y siempre que conozcamos ya su sentido.

Hay otro caso particular de pertinencia de la entrevista abierta: cuando lo que estamos estudiando son perspectivas institucionales representadas por cargos ocupados por un sólo individuo. En tal caso, la constitución de grupos de discusión sería imposible, tanto por razones de número, cuanto por la dificultad práctica de aunar en un mismo tiempo y lugar a aquellos que, en razón de las características de la perspectiva institucional que representan, fueran suficientemente homogéneos entres sí como para formar un grupo.

Y tiene, naturalmente, sentido pragmático, en todos los casos, cuando no podemos realizar grupos de discusión por razón de las características de la población a la que queremos dirigirnos, o bien porque los costes superarían el presupuesto disponible.

11.4.4. Grupo de discusión y entrevista de grupo

El grupo de discusión es un dispositivo diseñado para investigar los lugares comunes (ese espacio topológico de convergencia) que recorren la subjetividad que es, así, intersubjetividad. En el grupo de discusión, la dinámica, que veremos más adelante en detalle, articula a un grupo en situación discursiva (o conversación) y a un investigador que no participa en ese proceso de habla, pero que lo determina. Este aspecto de la técnica la diferencia de modo absoluto de la *entrevista de grupo*. En este tipo de entrevista (que en la práctica se confunde en muchos países con los grupos de discusión), el habla investigada no alcanza la conversación, y queda desdoblada como habla individual y escucha grupal. Se escucha en grupo, pero se habla como entrevistado singular y aislado. Se tiene la referencia de lo dicho por los demás participantes, pero predomina artificialmente, como producto del dispositivo técnico, el “punto de vista personal” (pues es lo que se espera de cada uno de los asistentes). En la entrevista de grupo hay un atisbo de conversación que el dispositivo técnico limita. Fue, de hecho, trabajando para superar las limitaciones del discurso recogido mediante esta técnica y la entrevista abierta, como se desarrolló en nuestro país el grupo de discusión tal y como ahora y aquí lo entendemos¹⁰.

11.5. La técnica del grupo de discusión

Es siempre difícil hacer llegar una técnica de investigación a quien no la conoce; más si se trata del grupo de discusión, técnica menos pública que la entrevista por cuestionario. Pero lo verdaderamente complicado es transmitir algunos aspectos que han de ser subjetivizados por el investigador, y que se comprenden en y por su subjetivización. Y no se trata de ninguna mística: cuando hablamos de subjetivización, nos referimos a que ahí ha de haber un sujeto que no se borra ni se esconde tras la técnica, sino que la encarna.

De todo esto trataremos a continuación. Pues comprendemos la dificultad, intentaremos combinar un cierto rigor con la didáctica exigible a un texto de estas características. Por mor de la claridad, quizá sea útil la presentación del grupo de discusión como un recorrido (simulando el que se sigue de hecho en una investigación), desde su diseño y, aún antes, desde la demanda del cliente, hasta el momento del análisis.

11.5.1. Demanda del cliente y diseño

Toda investigación sociológica depende de una pregunta. Esta nace formulada, explícita o implícitamente, en la *demanda del cliente*¹¹, y atravesará la investigación de principio a fin. Sin pregunta no hay indagación.

La pregunta bien puede ser, en realidad, un conjunto de ellas, más o menos articuladas. Del mismo modo, pueden estar mejor o peor formuladas¹². Pero, sea como fuere, hay que partir de una pregunta inicial que ayude a ordenar un primer espacio para la mirada y la escucha, que se convierte, desde ese momento, en una dirección de búsqueda (*vestigo*).

En investigación cualitativa, todo depende de ello, aunque por el carácter abierto a la información y al sentido de la metodología estructural (tal y como hemos expuesto que debe entenderse a partir de Ibáñez) y de la técnica del grupo de discusión, es perfectamente posible (y deseable), reorientar la búsqueda a medida que vamos capturando información y sentido.

a) El *diseño* depende de ese primer marco que hemos elaborado a partir de una demanda. Es el momento más arbitrario de la investigación, en el sentido de que precisa del arbitrio de la formación y la experiencia del investigador. Es, por consiguiente, también el momento más “artesanal”.

Si nos ceñimos —como haremos en estas páginas, por mor de la claridad— a la hipótesis de una investigación cubierta solo con grupos de discusión, el diseño habrá de abarcar los siguientes puntos:

- Número total de grupos.
- Variables o atributos que definirán a los participantes en cada uno de ellos.
- Dispersión geográfica de los grupos.

Estos tres puntos dependen del modo en que hayamos convertido la demanda en objetivos de investigación. El número total de grupos variará según cuáles sean los atributos que empleemos; esto es, dependiendo del grado en que podamos agrupar atributos distintos en un mismo grupo, respetando el criterio de homogeneidad.

En todo ello no hay un procedimiento canónico, pero sí pueden darse algunos criterios que el investigador habrá de considerar en cada caso. Téngase en cuenta que no estamos aquí ante una metodología ni ante técnicas que puedan tratarse de modo abstracto.

Por el contrario, la metodología y las técnicas de las que hablamos son, siempre, metodología y técnicas *concretas*.

La “muestra” que aquí nos ocupa, no responde a criterios estadísticos, sino *estructurales*; no atendemos a la extensión de las variables entre la población objeto de estudio, ni nos interesa tomarlas como términos o elementos. Por el contrario, esta “muestra” obedece ya a relaciones. Buscamos tener representadas en nuestro estudio determinadas relaciones sociales; aquellas que en cada caso se hayan considerado pertinentes *a priori*¹³.

La manera concreta de resolver el diseño de los grupos de discusión comienza por pensar qué “tipos” sociales queremos someter a nuestra escucha (jóvenes o adultos; jóvenes trabajadores o estudiantes; obreros, clases medias, etc.), cada uno de los cuales representaría una *variante discursiva*.

Habitualmente, se emplean variables sociodemográficas (sexo, edad, status y población), conjugadas con atributos pertinentes para el estudio de que en cada caso se trate (que consuman tal o cual producto, o que no lo consuman; que pertenezcan a tal o cual ideología, etc.).

Si en vez de pensar la composición de los grupos de manera concreta, partimos de atributos desagregados (como por ejemplo: sexo, edad, clase social, población, y otros atributos específicos dependientes de los objetivos particulares del estudio), y luego nos dedicamos a cruzarlos para configurar cada grupo, probablemente no consigamos sino multiplicar exponencialmente el número de los necesarios. Hay que tener en cuenta que, en el diseño de esta técnica, cada variable que introduzcamos depende de todas las demás (la relación es de tipo aditivo) con lo que pudiera darse el caso de que así definiéramos finalmente grupos cuyos participantes serán difíciles de encontrar, y aun grupos que no respondan a la realidad social¹⁴.

Qué y cuántos atributos debemos introducir como elementos de configuración de los grupos, es algo que depende, como decimos, de los objetivos de cada estudio. El criterio ha de ser siempre, no obstante, el de la saturación del campo de hablas que inicialmente nos parezcan pertinentes. Buscamos saturar este campo de diferencias, para, de ese modo, mejor hallar la unidad discursiva (la unicidad de la ideología, que se expresa bajo la forma de variantes). Partimos pues de las variantes –lo visible– para reconstruir la estructura que las sostiene. Aquellas sólo cobran sentido en el interior de ésta: expresan posiciones diferentes (de edad, de sexo, de clase o grupo social...), que convergen estructuralmente, pues cada grupo ha de re-producir un discurso social y, por ende, común.

Una vez diseñadas las relaciones que nos interesa investigar (pensadas en concreto; por ejemplo, bajo la forma de tipos), hemos de excluir de su combinación en un mismo grupo, aquellas que entendamos no son comunicables.

Se ha dicho en ocasiones que las relaciones comunicables en un grupo de discusión son aquellas que, socialmente, se comunican de hecho. De este modo, habría relaciones no comunicables (imposibles) en un grupo de discusión cuando en la sociedad se hallan separadas por filtros de exclusión (tales serían las relaciones propietario/proletario; padre/hijo...)¹⁵. De hecho, cada polo de estas oposiciones tiene presente discursivamente al otro. Pero si la oposición se hace realmente presente, una de las dos partes –la que quede en cada caso como término subordinado de la oposición–, habrá de reprimir su habla. No tendría sentido, por ejemplo, realizar un grupo compuesto por obreros y patronos. La presencia de estos últimos inhibiría el discurso obrero. Por otra parte, los obreros actúan discursivamente entre sí, al igual que sucede con los patronos; unos y otros no se comunican socialmente más que a través de sus respectivos representantes, de modo que no hay interacción comunicacional entre ellos en cuanto clase.

Son posibles o comunicables, las relaciones de tipo inclusivo (hombre/mujer, por ejemplo). Pero, a nuestro modo de ver, mientras que las relaciones socialmente excluyentes lo son en todos los casos, las incluyentes son función del tema objeto de estudio. Así, podemos combinar en un mismo grupo hombres y mujeres, tan sólo si el tema es neutro respecto de la condición social de los sexos. Si hemos de tratar de un discurso público (digamos, sobre la situación política del país), el tema quedará inmediatamente inscrito en el campo de lo socialmente masculino (la perspectiva femenina es más bien del orden de lo privado). La mujeres se inhibirán o actuarán a la contra (mostrando la inconsistencia de toda construcción total de sentido). Obtendremos, entonces, información sobre las batallas imaginarias de los sexos, antes que sobre la situación política del país. Si, en cambio, los separamos, ambos habrán de construir sus hablas desde sus posiciones respectivas, pero en dirección a lo social como horizonte¹⁶.

Naturalmente, esta diferencia entre los sexos, en relación con lo público, es menor en el ámbito urbano que en el rural; y menor también entre profesionales de uno y otro sexo, que entre proletarios.

Del mismo modo, una insuficiente construcción (social) de la diferencia de sexos en la adolescencia puede dar lugar a inhibiciones individuales o a batallas imaginarias entre los sexos, dificultando de este modo la producción de un texto¹⁷. Inversamente, donde la vida social entre hombres y mujeres se halla ordenada en mayor medida por el sentido social, la combinación de los sexos en un grupo ha de preocuparnos menos. Así, es más fácil combinar adultos e incluso niños que adolescentes. Estos, a su vez, pueden combinarse en estudios cuyo tema no se halle tan atravesado por la diferencia de sexos (por ejemplo, los de publicidad).

La combinación de edades diferentes ha de tener en cuenta la diferente inscripción social que estas suponen. Cuando trabajamos en las franjas inferiores, los intervalos de edad han de ser más reducidos que cuando lo hacemos en las superiores. Así, podemos juntar hombres o mujeres de 30 años con otros (otras) de 45. Pero es imposible un intervalo tan amplio para edades menores, pues socialmente no se comunican, debido a su diferente inscripción social¹⁸.

Hay, no obstante, una norma que conviene seguir al pie de la letra: los grupos, todo grupo individualmente considerado, ha de combinar mínimos de heterogeneidad y de homogeneidad. Mínimos de homogeneidad para mantener la simetría de la relación de los componentes del grupo. Mínimo de heterogeneidad, para asegurar la diferencia necesaria en todo proceso de habla. El límite de la heterogeneidad lo constituye, como hemos dicho, las relaciones sociales de exclusión (la barra que separa a los agentes sociales). Un grupo demasiado homogéneo, por su parte, produce un texto idiota –en su sentido casi literal–, pues las hablas de cada uno de los actuantes no se ven confrontadas a la diferencia de otras hablas¹⁹.

b) El número de actuantes de cada clase que debemos incluir en un mismo grupo, depende de lo homogéneo o heterogéneo que queramos sea finalmente su diseño. Si hemos decidido incluir una cierta heterogeneidad manejable, habremos de cargar cuantitativamente las tintas sobre la clase que presupongamos puede presentar más dificultades para hacerse con el tema²⁰, para expresarse con relación a él. En cualquier caso, el número de actuantes por clase, no obedece a ninguna lógica distributiva, sino que se basa en la pertinencia del número para que ese subconjunto de miembros pueda hablar desde su posición de tal subconjunto. El mínimo es, por tanto, siempre dos.

Tras optar por el estudio de determinadas relaciones, diseñada ya su dispersión geográfica y excluidas ciertas combinaciones del interior de cada grupo, obtendríamos el número

total de estos. Cabe con todo, hacer una matización. Por general o sencillo que sea el problema, el número mínimo de grupos de discusión ha de ser siempre de dos. No es un problema de representatividad, sino de escucha: un sólo grupo resulta siempre insuficiente, no porque en él no esté operando “todo” el discurso, sino porque éste no se manifiesta suficientemente para la escucha; no podríamos garantizar la saturación del campo de las diferencias que permite un texto más “polifónico” y, por consiguiente, una escucha más completa.

En el extremo opuesto, un número elevado de grupos, no sólo aumenta la redundancia en proporción muy superior a la información nueva que cada uno produce, sino que, principalmente, dificulta enormemente la escucha. A este respecto, cabe señalar que la capacidad de la técnica para producir información nueva, ha de guardar proporción con la del investigador para absorberla.

c) El tamaño del grupo de discusión se sitúa entre los cinco y los diez actuantes. Esos son los límites mínimo y máximo entre lo que un grupo de discusión funciona correctamente. Se trata de una característica espacial que afecta a la dinámica del grupo.

Un grupo ha de estar constituido necesariamente por más de dos miembros (cfr. Ibáñez 1979: 272 y ss.); dos no constituyen grupo, sino una relación especular. En tres actuantes tendríamos un grupo embrionario: las diferencias entre dos miembros se articulan sobre el tercero; pero exige que ninguno de los participantes se inhíba o quede excluido. Algo similar ocurre cuando los actuantes son cuatro. Si los componentes son cinco, los canales de comunicación entre sus miembros supera ya al número de estos, con lo que la relación grupal se hace posible. Pero más allá de nueve, los canales son tantos que el grupo tenderá a disgregarse en conjuntos de menor tamaño, con lo que se volverá inmanejable para el prescriptor.

Con todo, la experiencia del investigador juega también aquí un papel importante: para la determinación del número de miembros hay que contar con la relación entre el tema y los actuantes. Un investigador experimentado sabe que, si el tema es de carácter público (tomemos de nuevo el ejemplo de un estudio sobre la situación política), un grupo de jóvenes obreros (que se perciben a sí mismos como despojados del Saber) ofrecerá una dinámica lenta y costosa, obligando al prescriptor a intervenir en exceso. El caso contrario lo tendríamos, por ejemplo, en un grupo de profesionales que hubiera de abordar el mismo tema. Este hipotético investigador preferirá, entonces, contar con un grupo de jóvenes obreros de tamaño superior al de un grupo de profesionales. El primero podría aproximarse al límite superior; el segundo al inferior.

d) Un ejemplo concreto de diseño nos puede proporcionar una idea más clara de la diferencia entre el “muestreo” estructural y el distributivo, así como del papel que juegan en su configuración los elementos que hemos abordado hasta el momento.

En un estudio sobre la cultura del alcohol entre los jóvenes de 15 a 25 años de la Comunidad de Madrid²¹, se parte de unas pocas hipótesis de trabajo –las imprescindibles para la configuración razonable de los grupos–, de cuya validez habrá de dar cuenta el propio discurso. El investigador no necesita conocer gran cosa del objeto de estudio. La primera de estas hipótesis, es que el alcohol se halla culturalizado en nuestro país; esto es, que su consumo obedece a ciertas reglas, se transgreden o no. La segunda hipótesis de trabajo es que puede existir toda una subcultura juvenil del consumo de alcohol.

Por su carácter cultural, el proyecto parte de la base de que el alcohol no es un mero objeto de consumo, en el sentido de que no es consumido sólo en términos de la

adscripción a un grupo imaginario —el de los consumidores del producto o de la marca, como sucede de hecho en la mayor parte de los actos de consumo—, sino que es, por el contrario, eminentemente relacional: se consume en el seno de relaciones grupales —se trate o no de grupos naturales—, pero siempre en grupos constituidos en presencia.

A partir de estas hipótesis mínimas, el diseño se planteó de la siguiente manera:

En relación con ésto, es bastante probable que encontremos diferencias significativas en el seno del grupo de edad definido (15 a 25 años), por lo que sería necesario identificar en qué intervalos de edad se producirían los cortes hallados (si los hubiere). En suma si se puede hablar o no de una cultura homogénea.

Este marco hipotético mínimo nos permite ya plantear las variables que habrían de entrar en juego en nuestro estudio.

- *Sexo*: obviamente, puesto que se trata de un consumo eminentemente relacional y vinculado al ocio, habríamos de incluir ambos sexos. Ahora bien, precisamente por este carácter relacional, sería también necesario explorar todas las situaciones posibles: el consumo relacional en el que se hallan implicados ambos sexos (“heterosexual”); el consumo relacional “homosexual” (hombres con hombres, mujeres con mujeres). Sería, por tanto, necesario, llevar a cabo grupos mixtos (consumo “heterosexual”), en cuyo interior se puede dar una diferente distribución del consumo según sexos. Pero también grupos “homosexuales”. Existe otra razón en relación con esta necesidad, cual es que la diferencia sexual se halla, entre los más jóvenes, poco normalizada. Esto, unido a la diferencia de edad (las mujeres suelen salir con hombres mayores que ellas), haría impracticables los grupos de discusión mixtos en todas las edades. Para este tipo de grupos reservaremos los intervalos de edad superiores.
- *Edad*: por razones de la necesaria homogeneidad grupal, entendemos que el intervalo de edad de 15 a 25 años, debe ser desglosado en tres subgrupos: de 15 a 16 años; de 17 a 20, y de 21 a 25 años.
- *Status*: tendríamos en cuenta la clase media amplia, así como la clase baja: obreros o, cuando se trate de estudiantes, hijos de obreros.
- *Hábitat*: pensamos que, junto a los habitantes de la ciudad, sería conveniente incluir sujetos que habitaran el cinturón industrial de Madrid, así como poblaciones de la provincia no afectadas por la industria. Al objeto de evitar la intromisión en los grupos de discusión de grupos naturales, creemos que, en la medida de lo posible, los grupos que acogieran a participantes que habitaran en estos dos últimos tipos de poblaciones, deberían realizarse en la ciudad de Madrid, mezclando para cada tipo, habitantes de distintas poblaciones correspondientes a aquel. Reservaríamos los grupos de obreros para aquellos participantes que habitaran en poblaciones del cinturón industrial.

De este modo, nuestra propuesta metodológica sería de carácter estructural o cualitativa. La técnica sería el grupo de discusión. La distribución de los grupos, con un total de nueve, sería la siguiente:

- G.D.1.: Madrid, mujeres de 15 a 16 años, de status medio-medio y medio-alto.
- G.D.2.: Madrid, hombres de 17 a 20 años, de status medio-bajo.

- G.D.3.: Madrid, hombres y mujeres de 21 a 25 años y status medio-medio.
- G.D.4.: Cinturón industrial, hijos de obreros, hombres de 15 a 16 años.
- G.D.5.: Cinturón industrial, obreros o hijos de obreros, hombres de 17 a 20 años.
- G.D.6.: Cinturón industrial, obreros, hombres y mujeres de 21 a 25 años.
- G.D.7.: Población de la provincia, hombres de status medio-bajo y de 15 a 17 años.
- G.D.8.: Población de la provincia, mujeres de status medio-medio y de 17 a 20 años.
- G.D.9.: Población de la provincia, hombres y mujeres de status medio-medio y medio-alto, de 21 a 25 años.

Una vez aprobado el Proyecto, fueron asignadas las poblaciones de la región y del cinturón industrial que habían quedado, hasta ese momento, sin especificar.

Como puede apreciarse, se trataba de combinar heterogeneidad y homogeneidad, para el conjunto del estudio, reservando la heterogeneidad que considerábamos manejable, para aquellos grupos –los de más edad– que mejor pudieran soportarla. La dispersión geográfica –limitada aquí por el ámbito regional del estudio– trataba de saturar el campo de las variantes de consumo posibles, en el supuesto de que los consumos urbano y “rural”, aun respondiendo a las reglas de una misma cultura del alcohol (unidad discursiva), pudieran ser diferentes en cuanto a los comportamientos se refiere. Lo cierto es que las diferencias halladas fueron –estructuralmente hablando– de carácter muy secundario.

11.5.2. Fase de campo

Realizado el diseño, se entra en la fase de campo, que en la investigación con grupos responde básicamente a los aspectos “logísticos” y a la captación o selección de los individuos participantes.

a) La *captación o convocatoria* de los grupos, suele ser competencia de personal profesionalizado. Los participantes no deben conocerse entre sí (pues el grupo no puede preexistir al momento de producción del texto, ni en él debe haber huellas de relaciones anteriores), por lo que lo ideal es utilizar las redes sociales reales (amigos, vecinos...), diversificándolas. Un buen captador (o captadora, pues estos profesionales suelen ser mujeres) es, en este sentido, quien se halla bien ubicado en una red de relaciones sociales, de modo que pueda operar hacia abajo (empleando canales descendentes respecto de su propia ubicación social) y hacia arriba (mediante canales ascendentes). Ahora bien, si la captación no es directa, sino mediante personas interpuestas, el uso de canales ascendentes y descendentes hay que considerarlo ya en la perspectiva de quien ocupa ese primer eslabón (el jefe en relación con su empleado o viceversa; el inquilino en relación con su portero, o viceversa). Un grupo seleccionado mediante canales descendentes a través de persona interpuesta tenderá a aceptar el orden instituido; lo que se reflejará en la aceptación de la “dominación” técnica, por un lado, pero también en su producción discursiva. Si el caso es el contrario, y la posición social de sus miembros es superior a la del prescriptor, el grupo se sentirá en situación de poder con respecto a él (lo que se traducirá en su posición a la hora de producir un texto), salvo que se vinculen voluntaria o inconscientemente a la relación de “dominación” técnica.

Pero lo realmente difícil y preocupante en lo relativo a la convocatoria de grupos de discusión, es que las razones técnicas no queden finalmente supeditadas –como suele ocurrir– a otras más pragmáticas. Así, la urgencia con que habitualmente solicitan los clientes la realización de los estudios, unida a razones de rentabilidad del trabajo de los captadores, suele determinar una situación bien distinta a la que técnicamente puede considerarse ideal: los participantes se conocen entre sí (al menos algunos de ellos) y/o han acudido a grupos de discusión en numerosas ocasiones. Este segundo caso es altamente inconveniente por la tendencia de estos “profesionales”²² de la reunión de grupo –entre los que se cuentan algunos grandes narcisistas–, a desentenderse de la asimetría que imponen las relaciones técnicas –siempre jerárquicas: el prescriptor no puede ocupar el mismo lugar que los asistentes, pues es el fundamento mismo del grupo–, instalándose en la dimensión placentera de la producción de un texto –como sucede en la tertulia– que, de este modo, queda generalmente alejado de la dimensión de trabajo²³.

b) Entre el investigador y los participantes en los grupos hay una relación de *contraprestación*. Los segundos producen un texto que es objeto para el investigador. A cambio suelen recibir una prestación económica. La contraprestación objetiva la relación entre ambas partes. Si no la hay, la deuda puede planear peligrosamente sobre el grupo, o la dimensión básica de éste cobrar una relevancia negativa para su desarrollo. En efecto, quien acude al grupo a “donar” su discurso lo hace porque se siente en deuda (con quién o con qué, dependerá de los casos; puede ser con el captador o con el orden del sentido); en tal caso, no es improbable que muestre la agresividad inherente a la donación gratuita. Pero si acude por el placer de la palabra grupal, se resistirá a instalarse en la exigencia de trabajo que requiere el grupo de discusión.

Por esto suele haber contraprestación. Pero este punto es siempre problemático, por lo que se refiere a su forma, cuanto a la cuantificación del servicio prestado. Una relación que se paga en metálico revela en exceso el carácter de producto para la institución del texto que se pide a cambio. Está, además, el problema de cuánto vale esa palabra. Lo usual es emplear formas ambivalentes (el “cheque-regalo”), que es un equivalente de valor y, a la vez, un regalo, lo que, simultáneamente, resuelve en parte el problema de la cuantificación del trabajo realizado en términos dinerarios. Con todo –aunque sea injusto– el valor del producto de un grupo no es, de hecho, independiente del lugar social de quienes lo componen: los grupos de amas de casa o de obreros, reciben a cambio menos que, por ejemplo, los compuestos por ejecutivos.

No siempre es posible, por otra parte, emplear el cheque-regalo. Es el caso de las ciudades pequeñas o de los pueblos. Si en estas situaciones optamos por el regalo, corremos siempre el riesgo de no acertar con el objeto adecuado. Y si lo descartamos, habremos de darles dinero metálico o recurrir al pago en especie (una comida, etc.).

Hay, por otra parte, tipos de grupos para los que la práctica viene consagrando el pago en moneda contante y sonante. Es el caso de los grupos de adolescentes que carecen de recursos propios (estudiantes, parados...). Y el de los médicos especialistas, en los estudios para la industria farmacéutica²⁴.

c) Los grupos de discusión suelen realizarse en las salas de las empresas de investigación; en salas privadas existentes al efecto y que se alquilan por horas o días a los investigadores; o en hoteles.

Todo *espacio físico* es, inmediatamente, *significante*. Podría hacerse, así, una semiología del espacio; cada espacio produce efectos sobre el desenvolvimiento del grupo, por lo que es necesario borrar en aquel toda *marca* que pueda operar como *marco*, consciente o inconsciente, del grupo. Los tres tipos señalados más arriba ofrecen un marco neutro (son espacios no marcados) en el contexto de la investigación social o de consumo habitual. El grupo puede situarse en ellos en posición de objeto para la investigación (es decir, para su manipulación social o para el consumo). Pero si el local está marcado por relaciones instituidas o instituyentes, el texto mostrará la huella de esa marca. Un espacio no marcado, produce un efecto cero sobre el texto. Un espacio marcado, afecta a la producción del texto, en una dirección instituyente o inhibiendo ésta (en la dirección de lo instituido). Así, una investigación con obreros sobre el papel de los sindicatos y la defensa de los intereses de clase (suponiendo que alguien pagara por ello), en el marco físico de una sede sindical, marcaría al grupo en la dirección de la aceptación del *statu quo*. Lo mismo sucedería si estudiáramos la imagen de las fuerzas del orden en una dependencia del Ministerio del Interior. Por el contrario, y como hipótesis, una investigación sobre desarrollo económico y medio ambiente en los locales de una asociación ecologista, podría potenciar artificialmente la producción de un texto abierto a lo instituyente... Todo ello en el supuesto de que los entrevistados no se negaran, simplemente, a acudir a una cita que tuviera como marco este tipo de locales, o que, aun acudiendo, no se desatara en ellos una relación persecutoria con el prescriptor.

d) Dentro del local, en la sala en que se va a celebrar la reunión, la *disposición del espacio* y de sus componentes (mesas y sillas, fundamentalmente) posee también valor *significante*.

Aquí, el espacio del grupo se halla predeterminado, por lo que los intervinientes no podrán conquistarlo sino imaginariamente, lo que se manifiesta en la elección del lugar que cada uno ocupará a lo largo del desarrollo de la reunión, en los titubeos ante la silla, etc. La conquista imaginaria del espacio no suele producir problema alguno en las mayoría de las ocasiones, en relación con la dinámica del grupo. Pero a veces puede ser preferible asignarles determinados asientos. Así, por ejemplo, en algunos grupos mixtos, en los que las mujeres tienden a sentarse junto a las mujeres, y los hombres junto a los hombres, como para mejor arrojarse así en la identidad (esto es: en la diferencia). Esto crea una situación de configuración inicial del grupo que puede fomentar, más tarde, la cristalización de posiciones (discursivas) sexuales enfrentadas.

La existencia misma de una mesa potencia el grupo de trabajo (la dimensión de trabajo del grupo de discusión), e inhibe el grupo básico (digamos, simplificando, la dimensión placentera vinculada al acto de "consumir" la relación grupal misma). Si no hay mesa, tenemos la situación contraria, y es evidente que la dimensión de trabajo se ha de hallar presente a todo lo largo del tiempo del grupo.

Y si la presencia de la mesa es *significante* para el grupo, también lo es su forma. Las mesas alargadas dificultan la comunicación entre los actuantes, que a veces ni siquiera pueden verse bien unos a otros, y que no equidistan del centro; en ellas, el centro lo ocupa el prescriptor, que se halla, sin embargo, descentrado espacialmente. Si el grupo se dirige a él se descentra (no se toma a sí mismo como centro); si se dirige a aquellos con los que puede mantener una conversación más fluida, se fragmenta. La mesa alargada —especialmente la rectangular— es muy poco recomendable para la realización de grupos²⁵. Opera, también, como metáfora de la incomunicación real.

Mesas de formas similares, ofrecen también dificultades similares.

La mesa redonda es siempre la más aconsejable; inscribe a los actuantes en un círculo que mira hacia su centro; facilita espacialmente la comunicación, pues el centro físico es el centro del grupo, y cada actuante equidista de él. Pero a la vez, la mesa redonda es una metáfora del círculo, y este posee la forma fantasmática del grupo por excelencia (el grupo de pares). El círculo es la forma fantasmática de la fratría, de la Asamblea (en la *Iliada*, Aquiles y Agamenón dirimen sus querellas en el círculo asambleario), del grupo de pares (los caballeros de la mesa redonda), etc. Por ello, la comunicación viene facilitada también imaginariamente, pues está inscrita ya en la propia disposición del espacio.

e) El *texto producido* por los grupos de discusión es registrado en cinta magnetofónica y/o en vídeo. Esto permite la transcripción de los componentes lingüísticos (se pierden los prosódicos), del registro magnético. El vídeo registra también los componentes secundarios kinésicos y proxémico. Estos últimos no añaden realmente gran cosa a un análisis que es principalmente de carácter semántico. En determinadas ocasiones, permiten reconstruir el sentido de algunas locuciones que, de otro modo, permanecería oscuro. Es el caso de aquellos grupos cuya habla versa sobre uno o más objetos en presencia, y que emplean componentes kinésicos (gestos con las manos, por ejemplo) o deícticos para referirse a ellos (“este”, “ese”, “el que está a la derecha”, etc.).

El registro cumple dos funciones: por un lado, recoge el texto en toda su extensión y literalmente, de modo que el análisis pueda operar sobre este material bruto, sin ningún filtro intermedio. Por otro, viene a objetivar la dimensión de trabajo del grupo (el texto se produce como objeto para otro). Esto último habría de bastar para que cualquiera pudiera comprender qué, sea uno u otro el registro empleado, ha de estar siempre visible para todos los intervinientes. Hay, además, otras dos razones para ello. La primera es ética –por más que en nuestros días un concepto como éste pueda mover a risa a tantos–: los actuantes tienen derecho a saber que sus hablas están siendo registradas y sus movimientos observados; tienen derecho, también, a saber quién lo está haciendo. La segunda razón es técnica, pero se articula con la primera en un punto: un grupo que descubre una forma de registro de la que no había sido informado, puede, cuando menos, inhibirse; en el peor de los casos, rebelarse rompiendo, de este modo, la situación discursiva²⁶.

Algún día habrá de hacerse la historia de la trastienda de las técnicas de investigación. Quizá ella pueda darnos cuenta de las razones que mueven a algunos investigadores a jugar el papel de diletantes agentes secretos, ocultando los registros que emplean. Falsos espejos (cristales polarizados), desde los que el cliente sigue las reuniones; cámaras de vídeo ocultas; micrófonos camuflados tras exhuberantes plantas, etc., el repertorio de los procedimientos de ocultación que a veces se emplean no es, en verdad, pequeño. La experiencia misma demuestra, sin embargo, la inutilidad de tales comportamientos. Cualquier grupo está, en principio, dispuesto a aceptar la presencia (visible, por tanto), de cualquier tipo de registro, siempre que sea advertido y enmarcado en su contexto técnico. “Una presencia patente –escribe Ibáñez (1979)– es asimilada por el grupo como uno de los componentes de su situación real. Es también una de las fronteras del grupo, su frontera temporal, y el proceso de estrellarse contra ella e intentar pasar al otro lado enriquece la vida del grupo”.

f) La *duración de un grupo de discusión* es siempre un efecto de puntuación del prescriptor. Este inaugura el grupo al exponer el tema del que quiere que se hable. El grupo muere (acaba su tiempo), cuando el prescriptor decide que han sido suficientemente cubiertos los temas para cuya discusión había sido constituido.

Este tiempo es variable. Depende de la dinámica particular de cada grupo y del tema a tratar, lo que equivale a decir que depende del tipo de estudio y del grado de "cristalización" del discurso. "Tema" encierra en realidad una relación de objetivos de información, contemplados ya en la fase de proyecto. Hay, por consiguiente, temas que tienen mayor extensión que otros. Así, si realizamos un estudio básico sobre las bebidas alcohólicas, el tema tendrá mayor extensión lógica (pues ha de contemplar las relaciones entre los distintos tipos de bebidas) que si queremos conocer tan sólo el campo semántico del vino. Y éste, mayor extensión que si lo que nos interesa es la imagen de marca de un vino del Priorato. Un "pre-test" publicitario de una sola línea de comunicación no debería ocuparnos más de una hora (y aun menos), mientras que un estudio sobre la situación política general, que haya de concretarse en la indagación de espacios políticos, podrá durar dos horas.

Si el campo semántico de que se trate está muy cristalizado, se compondrá con mayor rapidez que si se halla en formación.

Entonces, la duración normal de un grupo de discusión oscilará entre los sesenta minutos y las dos horas. Recientemente, sin embargo, se han puesto de moda entre nosotros, vía importación, los llamados "grupos de larga duración" (que se sitúan en torno a las cuatro horas). También los hay que ocupan un fin de semana completo. En este último caso, el grupo tendería a naturalizarse (se establecerían entre sus miembros relaciones extra-discursivas), por lo que no parece que sean muy adecuados para el análisis del discurso. Los grupos de "larga duración" producen "fatiga" discursiva; el discurso se agota: llega un momento en que no hay más que decir, salvo lo mismo. Estos grupos requieren, como es obvio, un gran esfuerzo también por parte del prescriptor, el cual, a partir de un determinado momento, ha de introducir constantemente nuevos estímulos que saquen a ese fatigado discurso de su somnolencia.

Si el tema lo justificara, un grupo podría llegar a durar cuatro horas. Pero cuando se habla de grupos de "larga duración", estamos ante un grupo que *debe durar* ese tiempo. Es decir, que estamos ante una técnica de investigación que ha sido vendida a un cliente como un "producto" especificado en términos de tiempo. Discutir la pertinencia de una técnica semejante nos retrotraería al problema de la "profundidad" del sentido; es obvio que de este tipo de grupos se espera un rendimiento superior en términos de "profundización" en el sentido (y no sólo de extensión de los temas que han de cubrirse). Pero no hay profundidad alguna en el discurso, porque no tiene volumen.

11.6. La dinámica del grupo de discusión

Una vez vistos los pasos previos a la realización del grupo de discusión, podemos ocuparnos de los papeles que en él se juegan, así como de su dinámica.

Un grupo, como cualquier conjunto, no es una mera colección de elementos. Para que haya grupo es necesario que se hallan establecido relaciones entre sus miembros, lo que significa que cuando entramos en la sala de reuniones no tenemos sino participantes todavía individualizados. Nada, sino la común respuesta a una convocatoria exterior, los liga todavía. El grupo se constituirá en un proceso, y habrá de hacerlo de la única forma en que le es posible: hablando.

En un grupo de discusión hay dos clases de relaciones: la que liga a cada individuo con el grupo de pares, y la que liga a éste con el prescriptor²⁷. La constitución de un grupo se da en el punto de cruce de ambas.

11.6.1. La intervención inicial

Estas relaciones no son, obviamente, simétricas. Las que ligan a cada individuo con el grupo son secundarias a las que ligan al grupo con el prescriptor. La razón de esto es que el grupo se constituye en, por y para el prescriptor. Esta figura se erige sobre el modelo del Padre Ausente, viene a representar el lugar de la Ley. El grupo, entonces, comienza a articularse teniendo al prescriptor como eje. Si el prescriptor abdica de su función, aparecerá el grupo básico o la mera angustia: el grupo de discusión se rompe.

El prescriptor opera, entonces, de un modo interior al grupo (por cuanto lo constituye), a la vez que exterior (el fundamento no es del orden de lo fundado; además, no participa en la producción del texto. Interviene en el texto que allí se va produciendo, pero lo hace en la perspectiva de la observación).

Los participantes tendrán a su debido tiempo la palabra, pero ésta se halla sujeta (preescrita) al prescriptor, que se la concede, que enuncia el encuadre técnico, el marco temático, y que opera sobre su producción a lo largo de la reunión. Hay, por tanto, varios momentos lógicos en el proceso inicial de constitución del grupo, pero todos ellos se dan de una vez y como un todo en la intervención inicial del prescriptor. Una intervención inicial tipo, podría ser algo como lo que sigue:

Buenas tardes. Antes de comenzar quería agradecerles su asistencia. Les hemos convocado para hablar del consumo de alcohol; estamos llevando a cabo una investigación sociológica sobre este tema, y para ello estamos realizando diversas reuniones como ésta, en las que se trata de que ustedes discutan sobre el tema, como en una mesa redonda, abordándolo inicialmente desde la perspectiva que les parezca más relevante u oportuna. Después iremos concretando los diversos aspectos que vayan apareciendo espontáneamente y otros de interés para el estudio. Como comprenderán, para esta investigación es de capital importancia que sometan a discusión aquí sus opiniones, y que comenten todo cuanto se les ocurra sobre este tema del alcohol.

En esta intervención inicial, tenemos ya todos los componentes mencionados:

1. El tema se ha enunciado de modo muy general, pero en él hay ya un encuadre. Por un lado circunscribe suficientemente el ámbito o los límites de la discusión, pero deja abierto su contenido a la entrada de toda información que pueda ser considerada pertinente en los propios términos del discurso (no hay imposición *a priori* de sentido). Obsérvese que el hipotético prescriptor de este hipotético estudio habla de "tema", término que repite varias veces, no porque su también hipotético léxico carezca de los sinónimos adecuados, sino para evitar introducir la idea explícita o implícita de "problema". Será el discurso quien decida si el tema es o no un problema.
2. El encuadre técnico se ha realizado de un modo conciso, pero suficiente. La técnica es de la incumbencia del técnico y no se ha de implicar al grupo en exceso en sus razones y procedimientos²⁸.
3. Y aún hay un tercer aspecto que nos parece fundamental: la infatuación narcisista del grupo, que comienza con el agradecimiento por la asistencia, y se retoma más adelante al hacerles ver la importancia de sus opiniones para el buen curso de la investigación. Veamos brevemente los aspecto 1) y 3).

Al comienzo, los participantes no son más que una colección de individuos anónimos, convocados anónimamente²⁹, para acudir a un lugar que nunca antes han pisado, con el fin

de que hablen de un tema del que no tienen sino una noción vaga, que no se conocían entre sí y que, por supuesto, no conocían tampoco al prescriptor. Esto, que no es sino un pre-requisito de ese grupo artificial que es el grupo de discusión, supone una merma importante del narcisismo individual. En esa conjunción de anonimato –cada participante no representa más opinión que la suya– y vaguedad de la situación, el yo es todavía muy poca cosa.

La primera intervención del prescriptor habrá de conllevar, por tanto, el establecimiento de un estatuto legal para el grupo. La legitimidad de la palabra del grupo, y de cada uno de sus miembros procede, decimos, del prescriptor. Este enuncia una demanda que contiene el reconocimiento del valor de la palabra de los allí reunidos. Reconocimiento que es –como todo reconocimiento–, mutuo: mi palabra tiene valor en cuanto que la valora aquel cuya palabra valoro. La palabra puede funcionar en la medida en que hay un prescriptor que concede valor a la palabra, que establece la ley del discurso. La palabra se sostiene en él, que guarda los límites, permite la diferencia individual y el acoplamiento ideológico-discursivo, simultáneamente. Cada cual hablará, entonces, para establecer su habla (para hacerse con el sentido), que el otro replicará afirmando o negando o, lo que es más común, deslizándolo (matizando o abriendo otros temas).

Ese es el primer paso –fundamental– en la constitución del grupo, el establecimiento de la Ley que lo configura.

Cuando el prescriptor concede valor a la palabra del grupo, está sosteniendo el narcisismo indispensable para que aquella se exprese. Se coloca del lado de la escucha de una palabra que se convertirá en Saber en el análisis. Infatúa al grupo, pero no le miente, pues en efecto, el prescriptor no sabe. No saber es requisito indispensable para la escucha. El que sabe no tiene nada que escuchar. Por grande que sea el conocimiento previo que el investigador posea sobre un tema determinado, no sabe. Y no sabe porque de lo que ha de saber es del texto que allí *habrá de producirse*. Y si no se ha producido, aún no sabe.

En este sentido, el prescriptor no puede querer situarse por encima del grupo y ocupar el lugar del Saber, teorizando en exceso sobre la técnica o sobre el material lingüístico que el grupo vaya produciendo (por ejemplo, interpretando constantemente). Esta actitud es siempre perniciosa. El prescriptor no está en posición simétrica con el grupo, pero tampoco puede planear sobre él, porque una actitud tal sólo podría interpretarse como que considera el grupo como una nadería (pues él tiene el Saber).

En el ejemplo anterior de intervención inicial (o provocación, como gustaba decir con fundamento Ibáñez), se propone un tema para su discusión, y se enuncia de un modo general. No es el único modo. Ibáñez señala dos, cada uno de los cuales se subdivide, a su vez, en dos variantes:

La *propuesta del tema* a discutir puede ser, en general, *directa (inmediata)*, enunciando el tema: “Vamos a hablar de la OTAN”; *mediata*, enunciando un tema que contenga lógicamente el tema: “Vamos a hablar de pactos militares”) o *indirecta* (enunciando un tema que lleve al tema por condensación metafórica –“Vamos a hablar del Mercado Común Europeo”– o por desplazamiento metonímico –“Vamos a hablar de política exterior y de Defensa de España”–). Pero, sea cualquiera el tipo de propuesta, cada palabra empleada resulta problemática.

En efecto, cada palabra es problemática. Y, más particularmente, alguna de las propuestas de este ejemplo, implican que el investigador ya sabe algo acerca de la estructura del discurso. Son, por tanto, propuestas que no pueden ensayarse en el primer grupo de un estudio.

En nuestra opinión, lo más conveniente es tomar conciencia del campo semántico a que se abre, en el primer grupo, nuestra propuesta inicial, al objeto de determinar si es necesario modificarla en grupos ulteriores. Con todo, las propuestas que se prestan menos a la aparición de problemas, y que permiten conocer el contexto discursivo en que emerge el tema que nos interesa, es la que Ibáñez denominaría *directa mediata*. Pero si viéramos que el tema propuesto de esta manera se abre a campos semánticos excesivamente amplios, podemos ensayar, en un segundo grupo, una propuesta *directa inmediata*³⁰.

11.6.2. La convergencia en la estructura del sentido

A partir de ese momento inicial, el grupo tendrá que configurarse en la palabra, esto es, haciendo converger cada uno de los decires individuales en el sentido social. Esto, naturalmente, no se produce sin algún titubeo. Esta dinámica puede describirse aproximadamente de la manera siguiente:

1. Al prescriptor se le pide que dirija la conversación, que formule preguntas o que imponga un turno si nadie se atreve a tomar la palabra³¹. Pero aquél rehusa la dirección formal y explícita de la discusión (mantiene, como es obvio su posición asimétrica: negándose a aquello reafirmará su dirección sobre el recorrido por el que el grupo transite). De este modo, el grupo queda instituido como espacio de habla. El grupo debe converger en el grupo.
2. Este suele ser el momento que más teme el prescriptor novato, que se angustia porque teme al silencio que suele seguir. Pero no hay nada que temer. Si hay silencio será el grupo el que se angustie; y para romper la angustia habrá de tomar la palabra. Que en este punto el prescriptor calle para "aguantar el silencio", como se dice a veces, nos parece una práctica innecesariamente sádica (pues no significa otra cosa que el grupo aguante su angustia) e injustificada desde una perspectiva exclusivamente técnica. Lo razonable no es callar, sino insistir en que el grupo tome la palabra. Finalmente alguien se hará cargo de esta función.
3. Si quien toma la palabra se dirige al prescriptor, en busca de aprobación, éste no responderá a la demanda. Para el investigador no existe en el texto que el grupo produce lo verdadero, ni lo falso. Tampoco lo pertinente y lo no pertinente (salvo que la conversación desborde el encuadre del tema propuesto). Supongamos una respuesta primera que, después, pide verificación sobre su pertinencia ("¿es de esto de lo que quiere que hablemos?"), el prescriptor no lo verificará, sino que devolverá la pregunta al grupo, para que sea éste el que juzgue sobre su pertinencia estructural³².
4. A partir de este momento, cada miembro del grupo girará hacia el centro. Las hablas individuales tomarán como centro al propio grupo. La diversas opiniones se verificarán y recuperarán en ese espacio. El grupo comienza a caminar al cerrarse sobre sí mismo.
5. En ese acoplamiento de las hablas individuales al espacio de convergencia que supone la estructura del discurso social diseminado, que el grupo (re)ordena para sí mismo, puede siempre observarse una dialéctica de sumisión-identificación-agresión, que no es otra cosa que la puesta en juego de la dialéctica de reconocimiento-acoplamiento-diferencia del yo. En efecto, todo yo –como hemos dicho– es yo en grupo; y no puede serlo sin el grupo, siendo que, para ser yo, ha de ser, a la vez,

distinto del grupo. El yo es grupal y, al mismo tiempo, pelagra en el grupo; es grupal, pero se da como yo individual. Por ello querrá, a la vez, reconocerse en el grupo y afirmarse como entidad individual (resistencia narcisista: “yo” no es como los otros). El yo necesita diferenciarse del grupo, del mismo modo que cada grupo precisa diferenciarse de los demás grupos. Dos cosas se hacen así fundamentales: hablar (para establecer la diferencia yoica con respecto al grupo)³³ y reconocerse en el otro (el Otro lacaniano), para asegurarse como yo. Se trata de un mismo movimiento en dos momentos: hay que hablar para mantener la diferencia, hay que buscar la formulación individual y singular de la cosa, siendo que en ese trasiego lo que se alcanza es la convergencia en la estructura del sentido.

11.6.3. *¿De qué modo intervine el prescriptor durante la sesión?*

1. En primer lugar, ha de continuar operando como motor del grupo. Esto implica que ha de fomentar las relaciones simétricas, la igualdad de los miembros. Aquí nos encontramos con el –al parecer–, siempre espinoso problema del líder. Se ha dicho hasta la saciedad que el prescriptor ha de acallar, porque influye a los demás participantes. Pero esta afirmación se sostiene, paradójicamente, sobre la idea ingenua de que el sentido es individual. Así, él tendría un sentido, que impondría a los demás. Y los demás actuantes, ¿carecerían de sentido? ¿De dónde podría obtener un líder el sentido de su decir, sino del sentido (es decir, del mismo lugar que el resto de los actuantes)? Y, ¿por qué es líder, sino porque enuncia el sentido en el que los demás se reconocen (naturalmente, salvo que hagamos intervenir aquí a la gracia divina)? Al líder no hay que callarlo, sino controlarlo para que siga habiendo grupo. El único líder al que hay que acallar es aquel que se constituye como tal contra el grupo. Uno y otro son fácilmente diferenciables: en el segundo caso, el grupo intenta rebelarse, o se inhibe buscando que sea el prescriptor quien devuelva la palabra al grupo.
2. En segundo lugar, interviene como testigo del encuadre, no permitiendo que las palabras vaguen por caminos ajenos a él. Hay quien piensa que el prescriptor no debe intervenir en este punto, que ha de esperar a que sea el propio grupo el que reoiente su habla errante. Pero, con ello, ¿no se deslegitima el prescriptor respecto de su papel?, ¿y no deslegitima la palabra del grupo, simultáneamente³⁴? Esto permite resituar al grupo en la dimensión de trabajo (errar es propio del componente básico del grupo), lo que ha de hacerse, sin dejar de valorar su palabra³⁵.
3. Por último, interviene en los nudos del discurso. Bien requiriendo el completamiento de determinados argumentos, bien, señalando aquellas contradicciones en el texto, que el grupo no aborde espontáneamente. Pero también abriendo temas conexos e, incluso, interpretando. La interpretación, con todo, es siempre peligrosa, pues supone una posición de Saber exterior al propio discurso. Si el grupo la acepta, puede continuar operando con ella. Pero si no lo hace, se puede abrir una brecha entre el grupo y el prescriptor.

Todas estas intervenciones tienen también su regla formal. Deben hacerse mediante enunciados que no hagan presente la subjetividad del investigador, que en el grupo ha de ser antes que un sujeto (que posee su propio deseo, sus opiniones, sus creencias, etc.), una función.

El héroe —venía a decir Hegel en la *Fenomenología del Espíritu*—, no es tal para su ayuda de cámara, porque éste le ve en la singularidad del individuo sujeto a necesidad. Es héroe tan sólo en cuanto que encarna un lugar, una función. No se trata de que el prescriptor sea un héroe, sino de que no deje de ser prescriptor.

NOTAS AL CAPÍTULO 11

¹ En la literatura al uso, los conceptos de “texto” y de “discurso” suelen ser empleados de muy diferentes maneras. No ya entre los sociólogos, sino incluso entre los lingüistas, encontramos esta misma falta de cristalización de los términos. Así, mientras que Van Dijk, emplea “texto” para designar un constructo teórico de índole abstracta, del que el “discurso” no sería sino su actualización, Halliday, otro reconocido lingüista, emplea “texto” para designar la actualización. Por nuestra parte, empleamos “texto” y “discurso” en el sentido indicado y de un modo totalmente provisional. Ibáñez (1979), discute en varias partes de su obra ambos conceptos.

² Son pocos los investigadores que tienen conciencia de que el análisis del discurso vinculado a esta tradición tiene poco que ver con las prácticas similares que se realizan en el extranjero. En la tradición anglosajona, pero no sólo en ella, la investigación cualitativa del discurso, apenas pasa del análisis de contenido en el mejor de los casos cuando no se pierde en el terreno de la descripción más pedestre. Jesús Ibáñez señaló en más de una ocasión que, mientras debíamos importar la tecnología de la investigación cuantitativa, estábamos en condiciones de exportar la cualitativa. Por qué esto no ha sucedido, hasta el punto de que ya se barrunta entre nosotros la disolución de esta tradición investigadora autóctona, en beneficio de una perspectiva cualitativa anglosajona, de menor capacidad analítica; o por qué se habla ya de “nuevas” u “otras” investigaciones cualitativas, que no suponen frente a aquella (que pasaría así a quedar marcada como “tradicional”), sino un retroceso obvio, es algo que habría de desentrañar una sociología de la sociología española, y que guarda relación con la incapacidad de la Universidad española para desarrollar un pensamiento propio, cuanto con una dinámica del mercado de la investigación entregada a la multinacionalización de sus productos. También —justo es decirlo—, con el hecho de que los padres fundadores del análisis del discurso en nuestro país, inauguraron una tradición analítica, pero no parecen haber sido capaces de crear lo que, propiamente hablando, podríamos denominar una escuela de pensamiento.

³ Una exposición amplia y razonada de las relaciones entre las metodologías “cualitativa” y “cuantitativa”, que incluye una breve historia de la trayectoria de ambas en España, se encuentra en Ibáñez (1992). Véanse también los cinco primeros capítulos del presente libro.

⁴ En la entrevista, además, la transferencia que se abre en la relación entre entrevistador y entrevistado obstaculiza la producción discursiva.

⁵ Esto, naturalmente, exigiría la redefinición de las relaciones entre lengua y habla, aspecto del que da cuenta el citado trabajo de Pereña (1979a).

⁶ Cuando el investigador demasiado obsesivo se irrita por las incoherencias presentes en la habla de los individuos, se las atribuye a éstos como característica psicológica, sin pararse a pensar que la “incoherencia” está inscrita en lo más íntimo de la estructura del lenguaje. El obsesivo querría que el lenguaje fuera siempre coincidente consigo mismo, que hubiera adecuación plena entre significante y significado —esto es, que el signo fuera una unidad autosubsistente—; añora, entonces, lo que nunca existió: el lenguaje natural formulado como el lenguaje matemático. Y trataría (vano intento) de agotar la realidad lingüística en el número.

⁷ No así en el español del siglo de Tirso, como cuando D. Gonzalo, en *El Burlador de Sevilla* afirma: “Las maravillas de Dios son, don Juan, investigables...” Aquí “in”(vestigables), parece funcionar con valor de prefijo de negación. Hoy diríamos que no son investigables.

⁸ El criterio de pertinencia es interior al discurso producido y no puede ser impuesto por la instancia investigadora. La pertinencia determina qué elementos (lexemas y semas) forman parte del conjunto (campo semántico de que se trate). De este modo, hay retroalimentación de sentido: la respuesta se desdobra y proyecta a su vez sobre la pregunta, lo que permite al investigador modificar sus preguntas (que en un primer momento, al menos, no son sino un eco de la demanda de su cliente) si no se articulan con el campo semántico que el discurso pone en juego. Ibáñez (1986) pone un ejemplo muy claro: si, contratados para llevar a cabo la elaboración de una pregunta clave para juzgar al Presidente del Gobierno, sociólogos de diferentes ideologías se pusieran manos a la obra inmediatamente, posiblemente introducirían cada uno de ellos criterios muy distintos (la autoridad, la eficacia, la modernidad, la honestidad, la defensa de los intereses de clase...). Pero, si antes de esto, realizaran una pequeña investigación estructural, podrían ver cuáles son los criterios (y en qué planos se sitúan) pertinentes para la población, a la hora de juzgar al Presidente del Gobierno. Conviene tener en cuenta, no obstante, que los campos semánticos no son nunca absolutos, y que se hallan cerrados tan sólo de modo estratégico. Dicho de otro modo y utilizando ejemplos extraídos de estudios reales: no existe el campo semántico “Presidente del Gobierno” (en el que éste fuera el lexema a investigar), sino, por ejemplo, el subcampo semántico de la figura del Presidente del Gobierno en relación con la permanencia de España en la OTAN, que puede poner en juego criterios, elementos y relaciones diferentes que en el subcampo semántico Presidente del Gobierno en relación con la reconversión industrial. En realidad, cada campo semántico supone la reorganización de los elementos y de sus relaciones, respecto de otros campos semánticos de mayor generalidad en los que pueden estar inscritos.

⁹ Este supuesto lo sostiene, particularmente, la psicología social norteamericana. La entrevista “en profundidad”, crea la ilusión de profundidad “del sentido” porque permite una supuesta implicación del sujeto con su palabra, una manera de expresarse individualizada (que no es, en verdad, otra cosa que un habla o realización individual del sentido social), las referencias de detalle y aun la presencia en el habla del entrevistado de aspectos de su síntoma individual. Todo ello crea –decimos– la ilusión de profundidad, como si el sentido tuviera que ver con el volumen, como si hubiera un lugar recóndito de la subjetividad en que aquel anidara y que no pudiera emerger en una situación discursiva o de conversación. Así, es posible encontrar en textos norteamericanos, afirmaciones como ésta: “... en las entrevistas grupales probablemente nunca obtenga (el investigador) la comprensión honda que se adquiere en las entrevistas persona a persona” (Taylor y Bogdan, 1992).

¹⁰ Ibáñez (1992) recrea brevemente la historia de esta técnica, y sitúa su “presentación en sociedad” en el año 1969, en el contexto de unas jornadas sobre publicidad. Señala, sin embargo, que ya desde 1965, en lo que entonces era el instituto ECO, venían haciendo los primeros “tanteos con el grupo de discusión”.

¹¹ Decimos esto puesto que, habitualmente, toda investigación empírica tiene un cliente que la pone a su servicio. Aquí, el investigador se hace cargo de la pregunta y trata de devolver –tras la investigación–, una respuesta. Pero, incluso en el caso hipotético –e improbableísimo, salvo mediación del azar en forma de premio de Lotería Primitiva o similar– de que el investigador no precisara contar con un cliente para llevar a cabo una investigación, necesitaría una pregunta –que en este caso habría de ser propia–, para comenzar.

¹² Uno de los comportamientos más extendidos en el mercado de la investigación, consiste en desconocer lo que cada demanda tiene de específico; desconocer la demanda del cliente, para ins-

cribirla inmediatamente en algún tipo de investigación de carácter más o menos estandarizado (así, en muchas ocasiones se responde a la demanda con una etiqueta, como si en lugar de habérsenos hecho una demanda, se nos hubiera pedido una clasificación, y decimos: “eso es un estudio de imagen”, o “eso es un test de producto”). Cuando la demanda no está suficientemente bien formulada, el investigador debiera darse la tarea, como primera fase de la investigación, construirla en relación estrecha con su cliente (es también cierto, por otra parte, que en la medida en que los departamentos de *márketing* de las empresas han ido incorporando funciones de investigación, al investigador suelen llegarle demandas ya muy elaboradas; excesivamente elaboradas, en muchas ocasiones).

¹³ Por razones prácticas, fundamentalmente de coste, no se corrigen los diseños sobre la marcha (esto es, a medida que producimos información mediante los grupos de discusión). Esto, sin embargo, es perfectamente posible.

¹⁴ Lo cual, contra lo que pueda creerse, no es infrecuente cuando actuamos de esta manera.

¹⁵ En un estudio sobre la situación política, se realizaron grupos de discusión definidos por afinidad ideológica, pero no se tuvo en cuenta la clase social de los asistentes. En concreto, en un grupo realizado en Barcelona con asistentes afines a la izquierda parlamentaria, la clase social —y su correlato: el nivel cultural— se mostraron incommunicables, más allá de la afinidad ideológica de sus miembros: los profesionales medios que acudieron al grupo hablaban entre sí, y sin dirigirse a, ni retomar lo dicho por sus compañeros de afinidad ideológica proletarios y, por consiguiente, de nivel cultural más bajo.

¹⁶ Por más que los hombres puedan en privado (con las mujeres), o en el seno de grupos “homosexuales” (los “amigotes”, por ejemplo), mostrar sus preferencias sobre determinados tipos de prendas interiores femeninas; por más, en definitiva, que algo tengan los hombres que decir al respecto, ¿podría imaginarse nadie un grupo de discusión “heterosexual” para tratar este tema? Lo que obtendríamos, en el mejor de los casos, es información acerca del modo en que hombres y mujeres pueden hablar entre sí y en público de la sexualidad, la seducción y el fetichismo. O veríamos emerger una especie de grupo terapéutico. Es evidente que el tema distribuye las posibilidades de comunicación en los grupos de discusión, permitiendo algunas y prohibiendo otras.

¹⁷ En un reciente estudio sobre los jóvenes y el alcohol, optamos por separar a los adolescentes de ambos sexos, como pura precaución técnica. La opción se demostró acertada al escuchar en los grupos la posición de ambos sexos sobre el mismo tema. El texto masculino implicaba determinadas apreciaciones acerca de la relación de sus compañeras de edad (y de consumo en los fines de semana) con el alcohol, que no hubieran sido fácilmente expresadas en un grupo mixto. Del mismo modo, las jóvenes mantenían una relación con el alcohol en el que la dimensión más subjetiva de su posición (de sexo), difícilmente hubiera emergido en un grupo en el que hubieran estado presentes también sus compañeros masculinos.

¹⁸ De hecho, si nuestra investigación afecta a adolescentes, el intervalo de edad posible en un mismo grupo habrá de ser, a veces, inferior a tres años. Entre jóvenes de 15 años y de 16 es posible la comunicación, porque su ubicación en lo social y sus experiencias son similares. Pero entre jóvenes de 15 años y de 18 puede existir un abismo (pensemos, por ejemplo, en el modo en que el servicio militar marca a los varones).

¹⁹ En un grupo realizado para una marca de automóviles, el cliente impuso el diseño de los grupos al investigador —cosa, por cierto, cada vez más frecuente—; uno de los grupos estaba constituido por actantes que poseían como atributo en común, la propiedad de un coche de un modelo determinado del segmento medio, —de la marca del cliente—, así como el hecho de que su coche anterior era de la misma marca y modelo. Nada más comenzar el grupo, uno de esos actantes “profesionales” que tanto abundan, toma la palabra y enuncia: “El (marca y modelo del coche) es cojonudo”; a ésto, los demás participantes respondieron afirmativamente y con fervor. Como el diseño no había

incluido ningún actuante de otro conjunto de usuarios, que pudiera matizar o limitar tal expresión, la dinámica del grupo transcurrió, desde ese momento, por los caminos de la idiocia. Un diseño más abierto a la heterogeneidad, hubiera permitido afirmaciones más matizadas, hubiera facilitado la discusión y, por consiguiente, una convergencia en un imaginario colectivo que tuviera en cuenta las diferencias existentes entre marcas y modelos.

²⁰ En los estudios de automóviles, dado que se trata de un objeto eminentemente masculino, se suele evitar la inclusión en un mismo grupo de los dos sexos. Cuando, por alguna razón, esto no es posible, se privilegia la presencia femenina cuantitativamente o, al menos, al cincuenta por ciento.

²¹ Anselmo Peinado y Paloma Portero, con el asesoramiento técnico de Francisco Pereña, para Q. Índice S. A. *La Cultura del alcohol entre los jóvenes de la Comunidad de Madrid*. Documentos Técnicos de Salud Pública. Núm. 9. Estudio estructural realizado a demanda de la Consejería de Salud de la Comunidad de Madrid sobre la problemática del alcohol y los jóvenes en el ámbito regional de Madrid.

²² Los captadores profesionales suelen emplear ficheros de individuos, que van engrosando con cada reunión que montan. Esto facilita su trabajo y permite emplear menos tiempo en la convocatoria de cada grupo. Lo cual supone un beneficio pragmático en la perspectiva del calendario de la investigación, pero un enorme perjuicio para la técnica. En el argot de la investigación, los individuos que acuden a grupos de discusión con cierta frecuencia suelen recibir el nombre de “profesionales” o, también, según hemos oído en alguna ocasión, de “reunioneros”. De quien acude por primera vez a un grupo de discusión se suele decir que es o está “virgen”.

²³ Una posible solución a esto requeriría de un pacto entre las instancias cliente, de campo e investigadora. Pero ninguna de las tres, en realidad, se lo ha planteado seriamente pues, ¿cómo responder a la creciente premura con que han de realizarse los estudios, si se interponen criterios de control técnico durante la captación? Por otro lado, cualquier control encarecería en alguna medida el coste. Se trata de un asunto que está por resolver; ponerse en camino de hacerlo requeriría tomar conciencia de la dimensión del problema.

²⁴ Estos constituyen un tipo muy particular de grupos de discusión. Cuando trabajamos con médicos especialistas de forma continuada, nos encontraremos con las mismas caras frecuentemente; más, cuanto más reducido sea el número de practicantes de una determinada especialidad. Al muestrear constantemente a los mismos individuos, conseguiremos el efecto de estereotipar su texto. Por otra parte, el médico no querrá darle su tiempo y su texto de balde al laboratorio –aquí el destinatario de su producto está siempre imaginariamente presente, articulado con la relación profesional que unos y otros, médicos y laboratorios, mantienen–, por lo que la contraprestación será monetaria –y elevada– en la mayor parte de las ocasiones.

²⁵ Sin embargo, el investigador no siempre puede elegir las condiciones de la mesa ni del local. Así, por ejemplo, si hemos de realizar grupos de discusión en un pueblecito, buscaremos el lugar más adecuado, e intentaremos realizar la dinámica en las mejores condiciones técnicas posibles; pero tendremos como límite siempre los locales disponibles, que generalmente no reúnen las condiciones que estamos describiendo en estas páginas. De hecho, los autores de este texto hemos tenido que realizar grupos en las condiciones más variadas: desde las óptimas, a las técnicamente más aberrantes. Está claro que no se puede colocar la ortodoxia en altar alguno, y que por encima de las condiciones ideales está la posibilidad misma de realizar el grupo, bajo unas u otras circunstancias. Esta fue una de las primeras cosas que aprendimos de Alfonso Orti.

²⁶ Hace unos años, en un estudio sobre la situación política en Andalucía, el investigador se vio obligado a emplear una *suite* de un hotel sevillano para llevar a cabo en ella varios grupos de discusión. Una cortina separaba la sala habilitada para las reuniones, del dormitorio en el que el investigador había pasado la noche. Los ruidos provenientes del cuarto de baño de la habitación contigua, lle-

gaban, tamizadamente, hasta un grupo de amas de casa que estaba teniendo lugar en aquel momento, lo que indujo a pensar a algunas de las participantes que estaban siendo espiadas desde el dormitorio. La inhibición que esto produjo obligó al investigador a descorder las cortinas que separaban ambas estancias, para demostrar lo infundado de tal supuesto..., dejando al descubierto una cama deshecha y una habitación desordenada. Inevitablemente, algo de la intimidad del investigador, entró así en el grupo. Con el fondo de este espectáculo visual hubo de transcurrir el resto de la sesión.

²⁷ A lo largo de este texto venimos empleando el término "prescriptor". Los anglosajones suelen emplear la denominación "moderador". Jesús Ibáñez, por su parte, habla del "preceptor". "Moderador" o "monitor" son, en nuestra opinión, malos términos, pues ponen de relieve tan sólo una parte, y no la más importante, del papel que juega en el grupo esta figura. Por eso, Ibáñez (1979: 271, en nota a pié de página) los sustituyó por "preceptor". Pero la connotación pedagógica del término —que Ibáñez señala en la nota antedicha—, nos parece excesivamente pesada y, en un segundo orden de connotaciones, aun religiosa. Si, como señala Ibáñez en el mismo lugar, un "precepto" es una "prescripción" (en el sentido de una pre-escritura), la figura de quien pre-escibe bien puede recibir el nombre de prescriptor, término libre de las connotaciones que acabamos de señalar.

²⁸ Hemos tenido ocasión de ver grupos de discusión en los que el investigador hacía todo un recorrido de varios minutos —eso sí, de un modo coloquial— por las técnicas de investigación para señalar, por diferencia, algo tan simple como que un grupo no es una encuesta y que de lo que se trata en él es de discutir de modo abierto. Al final de la exposición, los participantes se miraban entre sí nerviosamente, y preguntaban al prescriptor qué era, entonces, lo que se quería de ellos concretamente.

²⁹ El grupo de discusión opera, como hemos señalado, como simulacro de otros espacios de discusión. Es artificial por completo, pero lleva inscritas en él las formas de comunicación que son posibles entre grupos naturales. Que nosotros sepamos, hasta la fecha ningún autor ha llevado a cabo un estudio comparativo de la influencia de las formas de comunicación, vigentes en las diferentes culturas, sobre las variantes vernáculos de la técnica del grupo de discusión. Entre nosotros es posible una convocatoria anónima, así como que no sea necesaria (sino todo lo contrario) la presentación de los distintos actuantes con sus nombres y apellidos, profesión, etc. Esto, sin embargo, es práctica común en los grupos de discusión de los países anglosajones. En ellos, los actuantes no sólo se presentan, sino que suelen tener delante de sí un cartelito, sobre la mesa, con sus nombres. Es obvio que esto no es sino una expresión de la forma que cobra el vínculo social en los países que participan de esta cultura. En España, donde uno puede establecer una conversación con sus paisanos en cualquier lugar público, sin que medie presentación, las conversaciones en los grupos de discusión adoptan un carácter abierto y múltiple (a veces, difícilmente manejable). Los anglosajones, por el contrario, ocurren a modos muy formales de conversación. Recientemente, nos comentaba un investigador japonés, en tono de queja, que en su país el grupo de discusión no puede pasar realmente del nivel de la entrevista en grupo; en efecto, no llega a establecerse entre los participantes una relación grupal propiamente dicha. Cada uno contesta a las preguntas del prescriptor, pero no participa de las respuestas de sus pares (ni las toma como referencia, ni las discute...), como si la relación entre el prescriptor y cada uno de los respondientes trazara a su alrededor una frontera (la de la opinión individual) privada, que en ningún momento se pudiera traspasar. Es obvio que el modo en que el vínculo social toma cuerpo en cada cultura, condiciona la aplicación de la técnica del grupo de discusión.

³⁰ En los estudios de consumo, las propuestas directas mediatas suelen ser las preferibles. Así, si nuestro tema es una marca determinada de vinos de Rioja, podemos preguntar por los vinos de Rioja. Si nuestro tema fuera (o fuera también) el vino de Rioja, podríamos preguntar por los vinos españoles. En los estudios sociopolíticos, la cosa se complica mucho más. Si nuestro tema es la gestión de la Junta de Andalucía, y preguntamos por la situación sociopolítica andaluza, es obvio que llegare-

mos a nuestro tema central, pero seguramente lo haremos después de haber pasado por un campo contiguo: el de la situación sociopolítica de España, que se nos abriría a su vez a la problemática general del paro nacional, etc.

³¹ Es obvio que el prescriptor no debe ceder a estas peticiones, pues inauguraría una dinámica irreversiblemente alejada de la propia del grupo de discusión. En el ejemplo que estamos empleando, ante alguna petición al prescriptor por parte de algún miembro del grupo, en el sentido de que abra la discusión con una pregunta concreta, el prescriptor podrá responder en los mismos términos en que fue formulado inicialmente el tema. Algo así como: "De acuerdo: ¿qué opinan ustedes del consumo de alcohol?" (mejor si el prescriptor "puntuúa" su respuesta con una sonrisa en los labios). Naturalmente, hay ironía en este modo de responder, ironía que el grupo asimilará sin duda en sus justos términos, esto es, como una llamada a cumplir con el encuadre técnico.

³² De nuevo en el ejemplo del alcohol. En un grupo con adultos, y planteado el tema en los términos antes expuestos ("el consumo de alcohol"), la primera respuesta que se obtiene es "Yo creo que el problema del alcohol es ahora mismo el de la juventud; ¿es por ahí por donde quiere que lo enfoquemos?"). Una respuesta posible sería algo así como: "¿También los demás lo ven desde esta perspectiva?").

³³ Para evitar el fantasma de fusión, lo que los kleinianos llaman la base psicótica del grupo; recuérdese lo dicho a propósito de la alteridad: si se alcanza el ser-fuera-de-sí, se pierde el ser-en-sí.

³⁴ Si habiendo enunciado un determinado marco para el discurso, permite la errancia de éste, ¿acaso le importa al prescriptor verdaderamente lo que está diciendo el grupo? El valor de su palabra quedaría así puesto en entredicho.

³⁵ Afirmando a la vez la importancia de lo que están diciendo, y la prioridad del regreso al encuadre inicial. Si el grupo cambia de tema porque se pasa a un campo semántico contiguo, pero que no interesa a los efectos de la investigación (caso del candente tema del paro, en el hipotético estudio de la gestión de la Junta de Andalucía), se puede intervenir haciendo afirmaciones del tipo de: "Esto que están comentando es muy interesante, pero estamos limitados por el tiempo..." O: "También a mí, como pueden comprender, me interesaría que habláramos de este tema, porque es la preocupación social más importante, pero..."

CAPÍTULO 12

DE LAS CONCEPCIONES DEL GRUPO TERAPÉUTICO A SUS APLICACIONES PSICOSOCIALES

*Alejandro Ávila Espada
Antonio García de la Hoz*

12.1. Antecedentes histórico-filosóficos de la psicoterapia de grupo

Es pertinente encarar de entrada, la cuestión del *concepto de grupo*. ¿Qué es un grupo? ¿Cuándo podemos asegurar que una reunión de individuos forman un grupo?

La respuesta a las preguntas anteriores es bastante problemática y sin embargo parece imprescindible, para llegar a un acuerdo mínimo epistemológico, intentar conseguirla. Pueden alcanzarse dos tipos de definiciones: o bien se alcanza una definición genérica, que por abarcar a todos los grupos existentes, es demasiado vaga y sentenciosa; o bien nos encontramos ante una definición más escueta y referencial, pero que sólo se correspondría con algunas prácticas grupales de entre las múltiples que acontecen.

Ejemplo de definición del primer tipo sería la clásica de Newcomb: un grupo necesita dos condiciones básicas para su formación: que los miembros compartan normas acerca de algo en particular, dentro de un amplio margen de contenidos, y que el grupo incluya a miembros cuyos roles se encuentren entrelazados entre sí. Es decir, hay grupo cuando los integrantes regulan su actividad con ciertas normas y cuando se vinculan entre sí de una forma determinada. Numerosas dificultades tiene una definición de este tipo: ¿cómo serían esas normas?, ¿verbales?, ¿escritas?, ¿conscientemente asumidas? Todos hemos experimentado que en muchas ocasiones son otras “normas” las que regulan de hecho el funcionamiento de grupos e instituciones. Y esas otras ¿cómo regularlas?, o mucho más importante ¿cómo descubrirlas? Con el concepto de rol ocurre lo mismo. Además, la misma definición de Newcomb nos informa de las condiciones para que exista un grupo, no de la estructura grupal, y también la experiencia cotidiana nos enseña que se forman grupos sin que alguna de esas condiciones se de, por ejemplo los “grupos en fusión” sartreanos. Por otro lado, multitud de aspectos involucrados en los grupos no son recogidos por definiciones de este tipo, que a pesar de su claridad, pecan de excesivo racionalismo.

CAPÍTULO 14

LA ORGANIZACIÓN EGOÍSTA. CLAUSURA OPERACIONAL Y REDES CONVERSACIONALES

*Víctor Bronstein
Juan Carlos Gaillard
Alejandro Piscitelli*

14.1. Del lenguaje en las organizaciones a las organizaciones en el lenguaje

Para explicar un fenómeno siempre partimos de una distinción asociada a cierta forma de observación¹. En nuestra experiencia ingenua tenemos la sensación de que hemos entendido algo cuando somos capaces de *representarlo*. Siempre que distinguimos un sistema, por lo tanto, intentamos “verlo” en algún espacio determinado, por esto en cierto sentido *explicar es geometrizar* (Thom).

Esta característica cognitiva resulta inevitable cuando distinguimos objetos en el espacio y en el tiempo. Pero ¿qué pasa cuando tratamos de explicar cierta clase de sistemas que se resisten a ser distinguidos como objetos en este espacio? Tal es el caso de las *organizaciones sociales*, entendidas como organizaciones constituidas por seres humanos. En general estas organizaciones se nos presentan de tal forma que podemos distinguirlas utilizando diversos criterios.

A veces lo hacemos ubicándolas dentro de una clase particular, por ejemplo, sabemos distinguir entre una familia y una empresa. Pero también sabemos diferenciar entre una familia y otra familia. Estos procesos se logran a partir de “poder ver” a las organizaciones en algún espacio. Como esta especificación pocas veces es analizada, se asume automáticamente que distinguimos estos sistemas en el espacio-tiempo de la física. Así definimos la existencia de una escuela a partir del edificio donde realiza sus actividades o distinguimos una familia en función del lugar donde reside.

Nuestro trabajo busca identificar la particular dinámica y conducta de los sistemas sociales. En este sentido, afirmamos que *no* es posible entender el surgimiento y la evolución de las organizaciones sociales sin definir previamente su dominio de existencia. Solamente cuando lo hayamos identificado podremos comprender *cómo* evolucionan estos sistemas. Esto es, qué conductas adaptativas, de aprendizaje y de crecimiento desarrollarán. En este aspecto es muy importante entender *cómo* las organizaciones en su dinámica demarcan un límite que permite reconocer qué elementos les pertenecen y cuáles no. Así planteamos que para dar cuenta del fenómeno de la autoorganización en los sistemas sociales es necesario responder a dos preguntas sin las cuales toda explicación queda vacía de contenido:

1. ¿Dónde existe una organización?
2. ¿Por qué tenemos la sensación de que estos sistemas se van autoorganizando y perduran en el tiempo alcanzando estabilidad estructural y capacidad de adaptación?

Para contestar estas preguntas propondremos dos principios guías. A partir de este punto, se nos abrirá la posibilidad de comprender e investigar la autoorganización de los sistemas sociales.

Toda organización social es una forma en el dominio lingüístico (Principio 1).

Toda organización social es una red cognitiva (Principio 2).

Por organización social entendemos cualquier agregado compuesto por individuos. La organización puede tener un objetivo para el cual ha sido creada, por ejemplo una empresa o un club, o puede haberse desarrollado dentro de la evolución socio-cultural adquiriendo distintas formas en el tiempo, como es el caso de la familia.

Habitualmente, cuando se trata de explicar estos sistemas se hace referencia a los objetivos del sistema, a cómo es la comunicación en el sistema y a ciertas relaciones entre el sistema y el entorno que nos permiten prever los cambios que se producirán en el sistema.

Varela (1983) denomina a esta forma habitual de entender los sistemas *acoplamientos* (o *acoples*) *por entrada*. Esto significa que el hilo conductor que permite entender la dinámica del sistema está dado por las relaciones de entrada y salida que tiene el sistema con su entorno. Esta forma de explicación resulta válida y útil para entender el funcionamiento de los mecanismos, desde un motor de combustión hasta una computadora. Para muchos resultó por lo tanto natural extenderla a la explicación de los sistemas sociales.

No resulta empero evidente que podamos entender los sistemas sociales desde esta perspectiva. Pese a esto, es muy común tratar de utilizar este tipo de explicación ya que se inscribe dentro de la tradición racionalista que trata de *reducir* el funcionamiento de las organizaciones sociales a mecanismos².

El problema surge porque a partir del acople o acoplamiento por entrada es muy difícil dar cuenta de los fenómenos de aprendizaje, adaptación, creatividad, así como de todas aquellas conductas que hacen de los sistemas sociales sistemas auto-organizados. Para superar esta limitación, propondremos otra forma de acople que Varela denominó *acoples por clausura* y que utilizó para entender la dinámica de los sistemas vivientes. El desarrollo del segundo principio nos permitirá entender este concepto a partir del estudio de los sistemas con clausura operacional.

14.1.1. Creando organizaciones con palabras

Una nueva organización social surge a partir de un proceso conversacional. Los participantes aceptan las consecuencias del diálogo en el cual se crea una organización. Pero lo único que se hace en este momento fundacional es conversar. Conversar de una manera particular, pero sólo conversar. Una vez iniciada la conversación: ¿dónde existe una familia, o dónde existen las Naciones Unidas?

La respuesta es realmente inesperada y se verifica en cualquier ejemplo que podamos dar de creación de una organización: *una organización existe en el lenguaje*. Por eso no importa si un miembro (hijo, hermano, etc.) de una familia se va a vivir a otro país, igualmente sigue manteniendo la relación de parentesco y de pertenencia a la familia. Tampoco importa si las Naciones Unidas cambian su sede. Su existencia como organización no está definida por su ubicación en el espacio físico, sino por las conversaciones que la crearon y que la mantienen viva. Su existencia está definida por la red conversacional que la constituye. Por lo tanto una organización existe en el dominio lingüístico. Pero, *¿cómo distinguimos una organización en el lenguaje?*²³

Nuestra experiencia cotidiana en la construcción del mundo consiste en “ver” cosas en el espacio físico. Nuestra percepción primaria está dada por la visión y por ello hablamos de punto de vista y no de punto de olfato.

Consecuentemente tendemos a ubicar las cosas como si existieran en el espacio/tiempo de la física y, por lo tanto, las ciencias del hombre, especialmente la sociología, se preguntan cuáles son los hechos que constituyen su campo de estudio y si es que son irreductibles a la física.

Por eso es útil entender que las organizaciones sociales existen en el lenguaje ya que al hacerlo estamos definiendo el espacio substrato donde podemos distinguir los distintos “objetos” (individuos y organizaciones sociales) que interactúan en él.

Así como admitimos que el espectáculo del universo es un movimiento incesante de nacimiento, desarrollo y destrucción de formas; el espectáculo de nuestra vida social es similar, y esta sucesión de formas tiene lugar en el espacio o dominio del lenguaje.

Queda así claro cuál debe ser nuestra tarea: prever la evolución de las formas y, si fuera posible, tratar de explicarla.

Llegamos así a la “cinemática” de las organizaciones cuyo objeto es parametrizar las formas o los estados del proceso considerado, teniendo en cuenta que las organizaciones sociales son formas en el dominio lingüístico. La “materia prima” sobre la cual debemos trabajar está dada por lo tanto por las conversaciones que conforman una red en la cual podemos distinguir nodos⁴ cuya estabilidad define la forma particular de la organización considerada.

Estos nodos, como veremos más adelante, están definidos por acuerdos de segundo orden que al institucionalizarse dan lugar a las normas y roles dentro de una organización. Estos acuerdos de segundo orden son compromisos establecidos en ciertas conversaciones. Los llamamos así porque surgen de compromisos previos acerca de qué conversaciones se puede tener que generarán, a su vez, conversaciones que implicarán nuevas acciones.

Hemos dado pues un paso más en la definición de organización social, por ello más que de redes comunicacionales debemos hablar de redes conversacionales o redes de acuerdos. Estudiaremos estas redes cuando nos ocupemos de la cinemática de las organizaciones.

14.1.2. Capacidades cognitivas de la organización

Veamos ahora el segundo principio. Definir a una organización social como *red cognitiva* implica:

1. Hacer referencia a cierta topología particular que caracteriza a una organización social, donde los nodos están definidos por individuos o por conjuntos de individuos que conforman a su vez una red que opera como subsistema de la red global; y donde las conversaciones constituyen los elementos que relacionan estos nodos.
2. Remitir a ciertas analogías que se puede establecer con otras redes cognitivas *naturales* (el sistema nervioso y el sistema inmunológico principalmente).

El primer principio resulta insuficiente porque no nos dice *cómo* hacen las organizaciones para acoplarse o interactuar con su entorno y así mantener su identidad y adaptarse a los cambios, reconocer los elementos que pertenecen o no al sistema y desarrollar conductas que asociamos habitualmente con cierta clase de sistemas “cognitivos”.

Por eso lo complementamos con el segundo principio que nos permite entender cómo esta forma en el dominio lingüístico, establecida a partir de una red conversacional, es capaz de generar un contorno o “membrana conversacional” que nos permite distinguirla a pesar de los cambios que puedan producirse en los individuos que la constituyen.

Cuando investigamos las organizaciones sociales “sentimos” que tienen una gran autoafirmación, que han logrado reemplazar muchas veces el objetivo para el cual fueron creadas y que se presentan como sistemas cuyo “objetivo” es seguir existiendo sin pérdida de su identidad. Al conceptualizar a las organizaciones sociales como sistemas autoorganizados es necesario caracterizarlas a partir de una forma particular de organización que las define como sistemas con *clausura operacional*.

Por clausura operacional entendemos una clase particular de organización que se caracteriza por tener como variable homeostática fundamental (su “objetivo” básico) seguir existiendo. Podemos así hablar de la *organización egoísta*. Todo sistema, distinguido a partir de ciertos criterios, presenta dos aspectos complementarios: su *organización*, que son las relaciones necesarias que lo definen, y su *estructura*, que son todas las relaciones entre los componentes que lo integran como tal. Por definición, la organización es invariante mientras el sistema mantiene su identidad sin desintegrarse; la estructura puede variar de tal forma que satisfaga las restricciones de la organización.

Los sistemas con clausura operacional son aquellos que a partir de una organización particular emergen del espacio donde existen sus componentes, conformando una totalidad que presenta las propiedades de los sistemas autónomos: una gran autoafirmación y plasticidad para adaptarse a los cambios del entorno sin pérdida de identidad. El dibujo de Escher de las manos dibujándose a sí mismas es representativo de lo que venimos diciendo.

En el dominio molecular, es a través de este tipo de articulación como la vida se especifica a sí misma y adquiere su cualidad autónoma. Una célula se separa del caldo molecular definiendo y especificando límites que la distinguen de lo que no es. Sin embargo, esta especificación de límites se hace a través de la producción molecular impuesta por esos límites. Existe entonces, una *mutua especificación* de transformaciones químicas y límites físicos. Si este proceso de autoproducción se interrumpe, los componentes celulares dejan de formar una unidad y se disuelven en el caldo molecular.

Podemos hacer la siguiente figura para ilustrar este proceso circular (Varela, 1982).

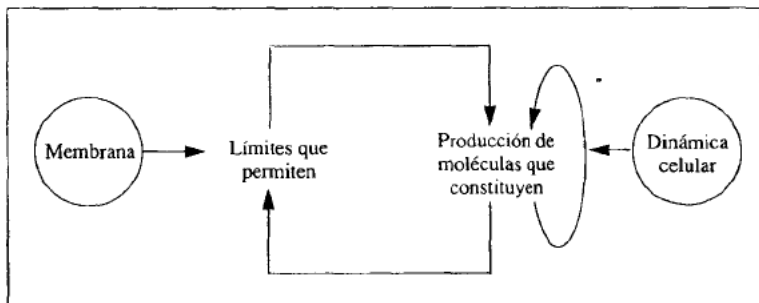


Figura 14.1. Clausura operacional en el dominio molecular

Este diagrama (véase Figura 14.1) es la clave que ilustra la situación analizada. La clausura de la operación hace que los productos estén en el mismo nivel que la producción. En este tipo de organización se desvanecen las distinciones usuales entre productor y producto, entre principio y fin, entre entrada y salida. Estas operaciones dejan de tener sentido, ya que estas propiedades interrumpen la circularidad que caracteriza a este tipo de sistemas y que definen a los sistemas autónomos. Una vez que las unidades autónomas están establecidas, un nuevo dominio es generado: la vida, tal como la conocemos en estos momentos.

Dentro del dominio biológico podemos ver también cómo las células interactúan entre sí para constituir nuevas unidades autónomas; todos los organismos multicelulares se desarrollan bajo circunstancias similares. En todos los casos, el fenómeno básico es siempre el mismo: la clausura operacional de los elementos en niveles separados se entrecruza para constituir una nueva unidad. La autonomía surge precisamente en este punto de entrecruzamiento.

Los sistemas autónomos son sistemas estructuralmente determinados, definidos como unidad por su organización o sea, con clausura operacional. Podemos definir con precisión esta forma de organización.

1. El sistema está constituido por procesos que están relacionados como una red, de tal manera que dependen recursivamente cada uno del otro en la generación y realización de los propios procesos.
2. Estos procesos constituyen al sistema como una unidad reconocible en el espacio en el cual existen⁶.

Este tipo de organización puede ser satisfecho por distintas clases de procesos y ocurrir en cualquier espacio definido por las propiedades de los componentes. Si bien el caso paradigmático y más visible es el fenómeno de lo viviente, en el cual el proceso es la producción de componentes, también podemos tomar otros casos de procesos capaces de generar un sistema con clausura operacional. Por ejemplo: descripciones de eventos, acuerdos de una conversación y, en general, cualquier clase de computación.

Una vez que se alcanza la circularidad que define la clausura operacional, los procesos constituyen una organización autocomputada que alcanza coherencia a través de su propia

operación, y no a través de intervención de contingencias del entorno (instrucciones, por ejemplo). Es por esto que los límites de la unidad (en el espacio que ésta exista) están indisolublemente ligados a la operación del sistema. Si se interrumpe la clausura organizacional, la unidad desaparece ya que desaparecen sus límites. Esta es una característica fundamental de los sistemas autónomos.

14.2. Redes conversacionales

14.2.1. Las conversaciones delen la red

Pasaremos ahora a analizar qué clase de conversaciones tienen lugar en la red lingüística de una organización y qué es lo que asegura su estabilidad en el tiempo.

Para esto debemos precisar que, como cualquier otro sistema, una organización está constituida por elementos que guardan determinados tipos de relaciones entre sí y por una membrana o contorno que posibilita distinguir entre el adentro y el afuera. En el caso de una organización, los elementos son los individuos que la integran, las relaciones son los tipos de conversaciones que mantienen dentro de la red conversacional global de la organización que siempre es específica y distinguible de cualquier otra red conversacional. Esta especificidad nos suministra el contorno o *membrana organizacional* que define qué conversaciones pertenecen a la organización y que nos brinda los datos relevantes sobre la identidad de la organización bajo estudio.

Si bien en una organización hablamos de una red conversacional como totalidad, también podemos distinguir subredes definidas por ciertas propiedades específicas. La red conversacional global de la organización es la resultante de estas subredes conversacionales que la componen, que pueden tener relativa independencia unas de otras, pero que forman parte de una colección única, pues por sí solas no podrían seguir existiendo. De esta forma la existencia de la red global determina las subredes que la constituyen.

A través del estudio de estas redes conversacionales se pueden identificar las características y formas de ejercicio de las líneas de autoridad y mando, de conocimiento, de status, de amistad, de circulación de información y cualquier otro aspecto estudiado por las teorías tradicionales del *management*.

El tipo de conversaciones que encontramos en las redes conversacionales de una organización presenta propiedades características resumibles en dos formas o movimientos conversacionales que Flores (1986) llama *conversaciones para la acción* y *conversaciones para crear posibilidades*. Para ser más precisos en nuestro planteamiento describiremos brevemente estos dos tipos de conversaciones. Conversaciones para la acción son aquellas mediante las cuales se establecen acuerdos o compromisos, que son los que generan precisamente acciones⁷.

Cada uno de los términos de la forma canónica tendrá que ser consensuado y cumplido. Se trata de evitar así los riesgos del incumplimiento, de la mala interpretación, del fracaso de la acción. En el diálogo se trabaja para lograr algo y para evitar la frustración de fracasar en ello. Para evitar la quiebra de una acción que comienza en la propia conversación.

Los peligros de quiebras son constantes, porque lo que se dice con palabras es sólo una parte ínfima de todo lo que realmente se dice. Se conversa en un contexto de escucha co-

mún que incluye acuerdos previos. Esto no sólo sucede en el ámbito de una organización sino en nuestra vida cotidiana.

Por eso denominamos a este tipo de conversaciones conversaciones para la acción. Porque la propia conversación es un compromiso para la acción.

Conversaciones para crear posibilidades son aquellas que abren la posibilidad de conversaciones para la acción, pero que en sí mismas no conducen al compromiso de alguna acción concreta. Por ejemplo si le decimos a un amigo: "podríamos ir al cine", se abre una instancia para otra conversación en la que acordaremos llevar a cabo ese programa con día y hora y con el compromiso mutuo de cumplirlo.

Brindemos un nuevo ejemplo de ambos tipos de conversaciones dentro de la red conversacional de una empresa. Supongamos que en una reunión de directorio, el responsable comercial de la empresa "A" plantea a sus pares la conveniencia de sondear a la empresa "B" a fin de incorporarla a una *joint venture* que ofertará en una licitación petrolera. La propuesta abre posibilidades para una acción futura. Imaginemos ahora que el directorio acepta tal propuesta y comisiona al citado director comercial a sondear en el término de una semana a los directivos de la empresa "B" para la formación del consorcio. La conversación que tiene lugar en esa instancia constituye un compromiso que debe cumplirse, o sea que queda incluida en esa categoría que hemos definido como conversaciones para la acción: un tipo de conversaciones en la que surge un compromiso concreto. Por otro lado no es casual en nuestro ejemplo que de una conversación para crear posibilidades surja una conversación para la acción, algo que a veces puede ocurrir.

Es posible que en nuestra vida cotidiana, fuera de cualquier ámbito organizacional predomine uno u otro tipo de conversaciones. Pero en las organizaciones, especialmente en aquellas que se hallan condicionadas por la búsqueda de resultados, las conversaciones para la acción son las decisivas. Durante estas conversaciones ocurren acciones de pedidos, promesas, compromisos, afirmaciones y declaraciones, movimientos lingüísticos sustentadores de la mayoría de las acciones humanas.

El predominio de los pedidos, acuerdos, promesas y compromisos en las conversaciones para la acción, transforma estos movimientos conversacionales en elementos clave para cualquier estudio de la red conversacional de la organización. Para entender esto es menester detenemos en el concepto de *acuerdo* o *compromiso*.

Por compromiso entendemos una obligación o responsabilidad por una acción futura que se asume a través de un acto conversacional. A través de este acto, una persona al hablar se compromete a sí misma a la inteligibilidad, verdad, sinceridad y oportunidad de lo que dice (Flores, 1989)*.

Una empresa sólo puede sobrevivir en la medida en que pueda contraer compromisos y cumplir con ellos, para lo cual, a su vez, toma compromisos relativos a los recursos que requiere para cumplir con los compromisos contraídos.

Con esta finalidad los integrantes de la empresa se involucran en una red de conversaciones que incluyen peticiones y promesas para llevar a cabo los compromisos o para generar otros nuevos. Se trata de conversaciones recurrentes, especializadas en satisfacer ciertas clases de pedidos.

Coexistiendo con estas conversaciones existe un trasfondo de conocimientos y valores compartidos por quienes integran las diversas subredes conversacionales de la organización. Ese trasfondo común de escucha posibilita arribar a acuerdos y cumplirlos. Existe una predeterminación social, cultural y organizacional y un cuerpo de evidencia compartidas por los miembros de la organización. El trasfondo es lo obvio, lo que se supone sabido, aquello

de lo que no es necesario hablar. Tanto en las conversaciones para la acción, como en aquellas para crear posibilidades, se habla de lo que no resulta obvio. Lo que se dice explícitamente es la punta del *iceberg* de lo realmente conversado.

Sin embargo los conceptos utilizados hasta ahora, si bien necesarios, *no* resultan suficientes para entender ni la estabilidad ni la "forma" o la génesis de una organización. Para esto debemos considerar los acuerdos de segundo orden y la cuestión de la autonomía.

14.2.2. Los nodos de la red: acuerdos de segundo orden

Así como no toda conversación da como resultado un acuerdo, tampoco todos los acuerdos son de un único tipo ni cumplen idénticas funciones. Recordemos el diálogo anterior en el cual un jefe da una orden a su subordinado de presentar cierta tarea a una hora determinada del día y el compromiso del empleado a cumplimentar tal directiva. Detrás de un acuerdo tan simple como el del ejemplo, subyacen otros acuerdos que autorizan a ese jefe a dar esa orden, la manera como tiene que darla y la obligación del subordinado de satisfacerla, es decir, lo que un miembro de la organización puede hacer y de qué manera. Estos acuerdos de segundo orden incluyen desde los objetivos de la organización hasta las pautas operativas que debe cumplir cualquier integrante de la misma. Pautas que se deben cumplimentar aún en el caso en que no se encuentren escritas ni figuren en ningún manual de procedimientos.

Un acuerdo de segundo orden, a diferencia del acuerdo del primer orden que se agota en el cumplimiento de la acción, es un compromiso sobre las conversaciones y los acuerdos que se van a generar. Por esto los acuerdos de segundo orden no generan acciones sino que facilitan las conversaciones que generan acciones.

Este tipo de acuerdos dan estabilidad a la red conversacional puesto que determinan cómo se debe conversar. Lo que distingue a una organización entonces es la configuración de los acuerdos de segundo orden que le brindan recurrencia y estabilidad.

Este concepto de acuerdo de segundo orden nos tiende un puente hacia categorías tan estudiadas por las teorías de la administración y el *management* como la de rol y sistemas organizativos, pues nos explica su génesis. Las categorías rol, *management*, etc., expresan siempre acuerdos de segundo orden.

Entre los acuerdos de segundo orden tienen especial interés para nosotros aquellos que estipulan las condiciones que debe cumplir una persona para pasar a integrar la organización. Cuando estas condiciones se cumplen se cierra un acuerdo básico de segundo orden que es el contrato de trabajo: la persona elegida pasa a ser un elemento de la organización. Como tal se encuentra habilitada para participar en las conversaciones de la red.

Se puede deducir de lo expresado más arriba que los acuerdos de segundo orden están ligados a la creación de posibilidades. Sobre ellos se construyen los sistemas organizativos y jerárquicos de cualquier organización: la división de tareas, las funciones, las atribuciones y responsabilidades de cada miembro. Sobre esta estructura se apoyarán todos los acuerdos de primer orden.

Los acuerdos de segundo orden, además de especificar quiénes pertenecen o no a una organización, también estipulan los individuos que pueden representarla, en qué casos y en qué términos. O sea, establecen las condiciones de la comunicación dentro de la organización y de ésta con su entorno.

14.2.3. Acuerdos de orden n y coreografía institucional

Explícitos o implícitos, los acuerdos de segundo orden son una parte importante del trasfondo conversacional, aunque no lo agotan. La organización está inserta además en un contexto institucional, cultural y también ideológico, que a su vez define a estos acuerdos de segundo orden.

Aunque definirlos escapa a los objetivos de este trabajo, debemos aceptar la existencia de acuerdos de orden superior que dan sostén a los acuerdos de segundo orden. Por ejemplo, aquellos acuerdos que se traducen en normas, hábitos e ideologías consecuentes.

A partir de esto podemos “visualizar” la sociedad como una *coreografía* donde las organizaciones danzan según los pasos definidos en los acuerdos de orden superior, pero que en el danzar su evolución va generando nuevas coreografías al ir cambiando estos acuerdos de orden superior.

Genéricamente, toda organización define acuerdos de segundo orden siguiendo las posibilidades que surgen de los acuerdos de orden $n + 1$. Es por esto que en esta coreografía podemos distinguir distintos niveles de interacción según el dominio institucional que estemos analizando.

14.3. Dinámica de las organizaciones

En el epígrafe anterior hemos visto cómo se conforma una organización social a partir del tejido de una red de acuerdos que definen los límites de la propia organización y las acciones del sistema. También hemos planteado que esta red es una red cognitiva. Estudiaremos, ahora, cómo entender la dinámica de las organizaciones sociales a partir de su conceptualización como redes cognitivas.

14.3.1. Clausura operacional, organizaciones y sistemas vivientes

Hablamos de redes cognitivas y no de sistemas cognitivos. Generalmente al hablar de sistema cognitivo hacemos referencia a aquellos sistemas naturales como el sistema nervioso o el sistema inmunológico –así como algunos sistemas tecnológicos que han surgido a partir del desarrollo de la inteligencia artificial– que presentan conductas propias.

Entre las conductas propias de estos sistemas encontramos: capacidad de adaptación, plasticidad, capacidad de aprendizaje y reconocimiento de los elementos que pertenecen o no al sistema.

La existencia de una red cognitiva plantea dos preguntas inmediatas:

1. ¿Quiénes conforman los nodos de esta red?
2. ¿Cuáles son los procesos o computaciones de la red?

Estas dos preguntas fueron respondidas en cierto sentido en el apartado anterior, aquí intentaremos dar respuesta a la dinámica de esta red basada, a su vez, en dos cuestiones fundamentales que permiten entender las conductas y/o propiedades cognitivas de esta red:

1. Los nodos de la red son sistemas con clausura operacional.
2. Las redes conversacionales conforman sistemas con clausura operacional. kn

En una organización real los nodos del sistema están constituidos por los individuos que, al conversar y conformar la red, *corporeizan* un sistema dotado de características recursivas propias de los sistemas autónomos.

Hablamos de redes y no de red ya que en una organización encontramos subsistemas (subredes) que también son sistemas con clausura operacional.

Las redes conversacionales cumplen con las dos propiedades (recursividad de los procesos de auto-generación; emergencia de la membrana) que definen la clausura operacional. Desde el punto de vista conductual, empero, lo que caracteriza a esta clase de sistemas es su gran autoafirmación y su plasticidad para acoplarse a los cambios del entorno.

Estas conductas son propias de los sistemas vivientes y por ello hacemos una analogía con una dinámica evolutiva basada en el nacimiento, desarrollo, decadencia y muerte organizacional. Además, durante este proceso hablamos frecuentemente de aprendizaje de las organizaciones y de otras capacidades (adaptación, plasticidad, etc.) que también encontramos en los seres vivos. Es por eso que muchas veces nos referimos a la evolución de las organizaciones como ciclos de vida. Esta caracterización de esta dinámica evolutiva no es una mera metáfora que relaciona ciertas características de los sistemas vivientes con las organizaciones sociales, sino que es consistente con la base conceptual que incluye ambos tipos de sistemas dentro de la tipología de sistemas con clausura operacional.

¿Qué sucede en un sistema conformado por la interacción de los sistemas autónomos? A partir de las interacciones recurrentes de sistemas autónomos se conforman redes cognitivas que conforman, a su vez, sistemas con clausura operacional.

Todo agregado de sistemas autónomos que interactúa recurrentemente se comporta como un sistema con clausura y tiende a generar estructuras estables (Tesis 1: de composición)⁹.

La Tesis 1 dice que: “si quiere entender la dinámica de los sistemas sociales, observe la forma en que su organización se cierra sobre sí misma (se vuelve egoísta)”.

A partir de este enunciado se abre una perspectiva inédita para entender a las organizaciones humanas y para comprender cómo se van corporeizando las redes conversacionales en redes cognitivas. Sin embargo quedan sin responder algunas cuestiones que es preciso investigar.

Si a partir del agregado de sistemas autónomos se genera un nuevo sistema autónomo, explicar este nuevo sistema requiere conocer su *ley de composición* (Problema 1)¹⁰. Esto es algo no resuelto hasta el momento y escapa a los alcances de este trabajo. Aun así podemos aproximarnos al conocimiento de la dinámica de las organizaciones sociales a partir del siguiente corolario de la tesis:

Es legítimo hablar de ciclo de vida de las organizaciones humanas (Corolario).

En base al corolario analizaremos la aparición de los metasistemas autónomos a partir de los sistemas autónomos apoyándonos en la analogía biológica¹¹.

14.3.2. Resignación de autonomía

Si bien los organismos y las sociedades son metasistemas formados por agregados de sistemas autónomos no cabe reducir unos a otros. En cada caso se da una relación específica generada a partir de los elementos autónomos de cada metasistema autónomo.

Un estudio cuidadoso de las similitudes y diferencias en la relación entre los componentes y el metasisistema, introduce la problemática de la circulación de la autonomía y la distinción entre sistema social y sistema productivo (Maturana, 1983). Por sistema social, entendemos no sólo a la sociedad como un todo, sino a todos los otros subsistemas que cumplen con la definición de sistema social, como por ejemplo un club, una familia, el Estado, etc.

Anteriormente hemos afirmado que organismos y sociedades pertenecen a una misma clase de metasisistemas formados por agregados de sistemas autónomos. Por un lado distinguimos entre organismos y sociedad. Por otro sostenemos que organismos y sociedad pertenecen a una misma clase de metasisistemas. ¿Qué criterio utilizaremos para incluir a los diferentes metasisistemas como miembros de una misma clase?

Para impedir la reducción de un sistema a otro este criterio debe ser lo suficientemente fuerte. Para ello utilizaremos el grado de autonomía de los componentes que conforman a los distintos metasisistemas de la clase.

Los organismos y las sociedades humanas están en los extremos opuestos de una serie si los ordenamos según el grado en que sus componentes dependen, en su realización como unidades autónomas, de su participación en el metasisistema que integran. *Mientras que los organismos son metasisistemas con componentes de mínima autonomía, las sociedades humanas, en cambio, son metasisistemas con componentes de máxima autonomía* (Tesis 2: de distinción).

Podemos hacer el siguiente gráfico ilustrativo (Maturana y Varela, 1984):

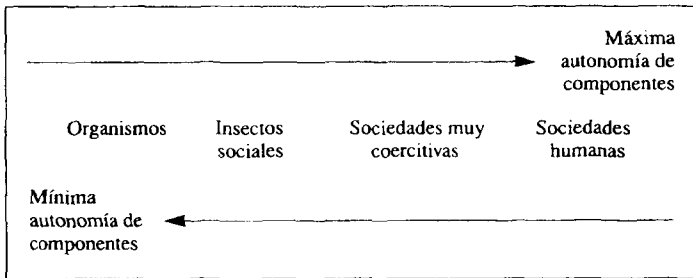


Figura 14.2. Gradiente de autonomía

¿Dónde ubicamos pues a las organizaciones humanas en este *continuum* entre organismos y sociedades? ¿Son las organizaciones sistemas productivos en el sentido definido por Maturana? ¿Cuáles son los elementos autónomos que conforman a las sociedades humanas: los individuos o las organizaciones?

Al profundizar la distinción entre organismos y sociedades comprendemos mejor cuáles son las características de un sistema productivo. Entendemos por éste a un sistema social que “desvirtúa” la autonomía de sus componentes, y en donde el interés del metasisistema se antepone al de los individuos que lo componen.

La consecuencia evolutiva fundamental de este proceso es que la conservación de la adaptación de los organismos de un linaje particular selecciona recurrentemente la estabilización de las propiedades de sus células.

Por el contrario, en los sistemas sociales humanos, si bien manifiestan clausura operacional en el acople estructural de sus componentes, existen también como unidades en el dominio del lenguaje. Como consecuencia la identidad de los sistemas sociales humanos depende tanto de la conservación de los seres humanos como organismos (biológicos) cuanto de su carácter de componentes de los dominios lingüísticos que constituyen y los constituyen.

La evolución humana, asociada a sus conductas lingüísticas, es una historia que ha seleccionado la plasticidad conductual de los individuos —haciendo emerger los dominios lingüísticos— al contrario de los organismos que seleccionaron la estabilidad de sus componentes. O sea, mientras que un organismo requiere la estabilidad operacional de sus componentes, un sistema social humano requiere la plasticidad conductual de los mismos¹².

En resumen, el organismo restringe la creatividad individual de las unidades que lo integran, pues éstas existen para el “bien” (subsistencia) del organismo. Decimos por tanto que se produce una *resignación de autonomía* de los componentes del sistema.

Por el contrario, el sistema social amplía la creatividad individual de sus componentes, ya que de otra manera no podríamos participar en el dominio lingüístico. Podemos afirmar, por lo tanto, que al contrario de lo que ocurre en un organismo, el sistema social existe para el “bien” (subsistencia) de sus componentes individuales.

Podemos utilizar otro esquema para visualizar la relación entre organismo y sociedad. Llamamos *coordinación conductual* a un dominio recurrente de interacciones que permite la existencia de los organismos que generan este dominio. En un sistema social los organismos que lo componen generan la sociedad. Como vimos anteriormente, esta coordinación conductual puede ser descrita por un observador como un dominio comunicacional. Lo particular de las sociedades humanas es que cuando se produce la reflexión del dominio lingüístico, es decir, cuando se establece una coordinación conductual de la coordinación conductual, aparece una nueva dimensión o, mejor dicho, un nuevo dominio fenomenológico donde surge el individuo y el dominio cultural. Podemos recurrir entonces a la siguiente figura para ilustrar este fenómeno:

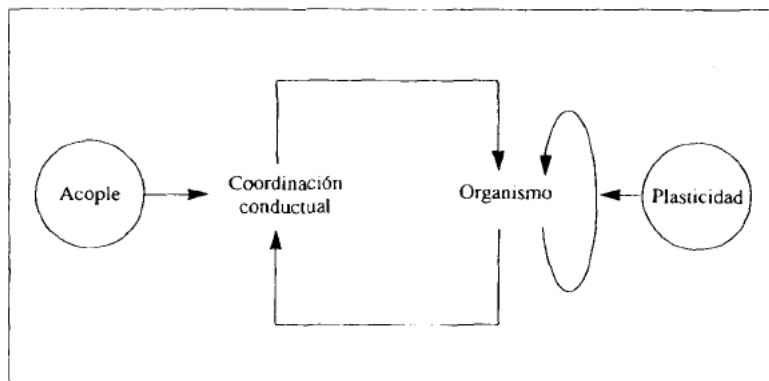


Figura 14.3. Relación entre organismo y sociedad

Como observamos nuevamente, en el caso de los sistemas sociales y los individuos, estamos una vez más ante una situación similar al dibujo de Escher en que las manos se dibujan a sí mismas.

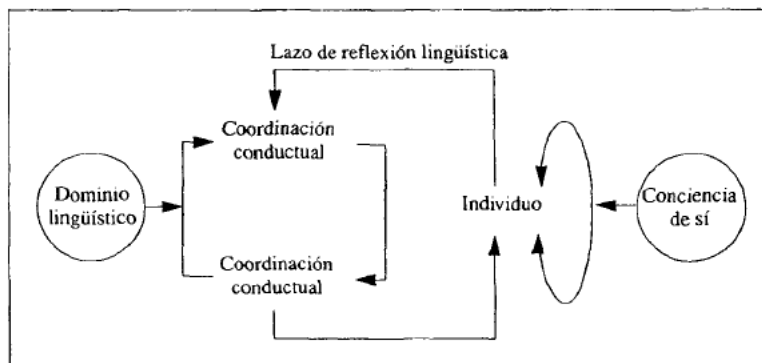


Figura 14.4. Relación entre individuos y sistemas sociales

Como vemos, los acuerdos definen el límite del sistema y la dinámica de la coordinación conductual selecciona a los individuos que lo componen. Si en los organismos los componentes existen en función del todo, y en las sociedades el todo existe en función de los individuos, ¿qué ocurre cuando el sistema social interactúa, a su vez, con otros sistemas sociales generando un nuevo dominio en donde debe mantener su adaptación? ¿Habrá preeminencia del todo, de las partes, o de ambos en una extraña e inesperada combinación?

La definición de sistema social dada anteriormente *no* permite entender esta nueva fenomenología. Hay que dar cuenta del fenómeno en donde individuos autónomos resignan autonomía en función de la dinámica del sistema social. Pasamos así de un sistema social, como fuera definido originariamente, a un sistema social "desvirtuado" o sistema productivo, en donde se invierten las relaciones y los componentes (individuos) terminan existiendo para que la sociedad exista.

Esta dicotomía extrema resulta equivocada a menos que tomemos en cuenta otro elemento fundamental en la dinámica de los sistemas sociales, y que comprenderemos mejor al hacer el siguiente esquema, análogo a los anteriores.

En el dominio del lenguaje, donde nuestras descripciones son objeto de futuras descripciones, seleccionamos nuestro propio devenir¹³. Llamamos *circulación de autonomía* al mecanismo de ida y vuelta entre el sistema social y el individuo que hace posible la resignación de autonomía. En conclusión:

Si dos o más sistemas autónomos, al interactuar recurrentemente, generan un sistema de orden superior, sin el cual no existirían; y este metasistema, a su vez, opera con clausura y genera otro espacio de interacciones; los componentes del metasistema, deberán resignar autonomía en función de los intereses del nuevo sistema (Tesis 3: de la resignación de autonomía).

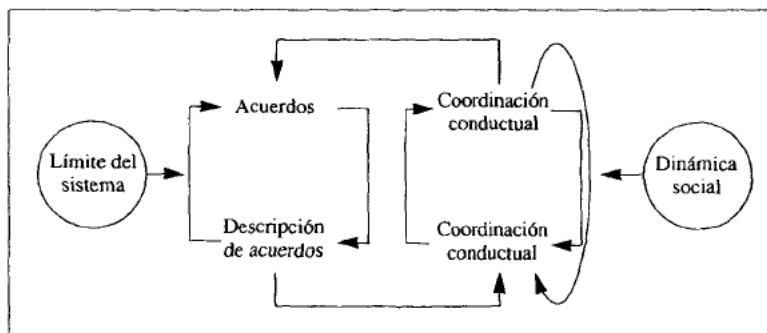


Figura 14.5. Resignación de autonomía

Resignar autonomía en función de los “intereses” del nuevo sistema *no implica adoptar una actitud funcionalista*⁴. Hacemos uso de una metáfora en nuestro dominio descriptivo, ya que lo que “realmente” ocurre es que en el caso de los organismos se selecciona la estabilidad de los componentes, y en el de las sociedades humanas se selecciona la resignación de autonomía⁵.

14.4. Mas allá de la segunda cibernética: termodinámica de la organización

Puesto que nuestra condición de existencia en el dominio social implica la resignación de autonomía ésta se vuelve inevitable. El problema a resolver es qué formas asume esta resignación. En un extremo tenemos una resignación que es producto de acuerdos generados

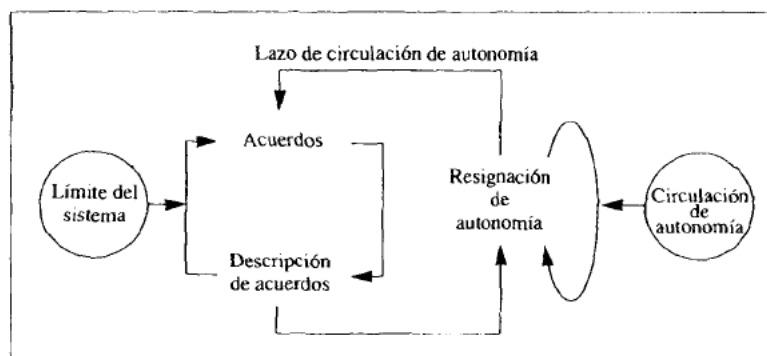


Figura 14.6. Termodinámica de la organización

en un proceso de circulación de autonomía y, en el otro, un sistema coercitivo en el que los componentes existen *exclusivamente* para que el sistema exista. En este último caso estamos más cerca de un organismo, en donde la circulación de autonomía es mínima, que de un sistema social.

14.4.1. ¿Hacia dónde van las organizaciones?

A lo largo de millones de años la evolución biológica ha generado sistemas en los cuales sus elementos han reducido su autonomía al máximo en beneficio de sus organismos portadores. ¿Sucederá lo mismo con los sistemas sociales? ¿Las pesadillas de George Orwell y de Aldous Huxley presagian un futuro inevitable en el cual la biología dominará a la cultura? ¿O por el contrario se conseguirá un equilibrio entre el libre albedrío (autonomía de los componentes) y el determinismo (objetivos del sistema)?¹⁶

Hasta ahora hemos visto que las organizaciones son formas en el dominio del lenguaje caracterizadas por una red conversacional cuya dinámica está definida por los acuerdos que en ésta se generan. También dijimos que esta red opera con clausura operacional, lo que hace que el sistema en su interacción con el entorno tienda a maximizar su capacidad de generar acuerdos. Esto implica que en su dominio de operación tiende a reducir la autonomía de sus componentes. Decimos *tiende* porque en las organizaciones reales generalmente se producen dos tipos de fenómenos que relativizan esta condición ideal. Por un lado, a medida que la organización se complejiza o diversifica, muchas veces sus componentes (sectores, oficinas, subsistemas) comienzan a autonomizarse y se fijan a sí mismos objetivos incompatibles con los de la organización primigenia como un todo. Por otro lado cuando el sistema intenta restablecer la coerción original buscando limitar la autonomía –no ya de los componentes individuales, sino la de los componentes organizados en sub-sistemas– lo único que obtiene es mayor rigidez, limitación de la plasticidad y flexibilidad y refuerzos de las tendencias contra-organizacionales.

Conceptualmente esta operatoria debe leerse a la luz de la dinámica de los sistemas con clausura operacional, es decir, según la premisa de que todo sistema autónomo tiende a maximizar su capacidad de generar acuerdos. Consecuentemente tiende a generar redes conversacionales en las cuales poder establecer acuerdos. Esto explica por qué existen las organizaciones. Estas existen porque son los ámbitos en donde se pueden generar acuerdos recurrentemente estabilizándose en forma institucionalizada¹⁷.

14.4.2. Poder, autonomía y descripciones

Habitualmente se analiza la cuestión del poder, caracterizándolo como un paradigma explicativo de conductas en el dominio social, ya sea de individuos o de organizaciones. Se explica el funcionamiento de las instituciones y las interacciones de los individuos asignándole poder para entender la dinámica de los fenómenos sociales.

De esta forma nos ubicamos en la tradición comprensiva de la ciencia, ya que explicamos los fenómenos a partir de postulados teleológicos. Esto lleva a endosar las teorías conspirativas utilizadas para explicar las interacciones entre los actores sociales emergentes a partir de este paradigma.

Además, en vez de definir el poder, se evade la pregunta y se intentan hacer taxonomías que permitan entender para cada dominio social (político, cultural, económico, etc.) la característica del poder que provoca los fenómenos que queremos explicar (poder político, poder económico, etc.)

Desde un punto de vista ingenuo, se habla de poder a partir de la capacidad de conseguir que una organización o un individuo (formas en el dominio conversacional) realicen algo o ejecuten una acción que les es demandada.

A partir de este momento, se invierten las relaciones causales y se dice que alguien hizo algo o logró que otro hiciera algo porque tiene poder. Al hacer esto estamos realizando una petición de principio. Si alguien es capaz de hacer algo es porque tiene poder, pero ¿qué significa tener poder, qué es el poder?

En vez de definirlo se lo clasifica. Encontramos variadas taxonomías del poder, caracterizaciones del poder, pero no encontramos definiciones del poder. A lo sumo el poder queda como una entelequia que explica las conductas de los individuos y de las organizaciones o instituciones.

Para responder a muchas dudas que surgen de esta forma de conceptualizar el poder, intentaremos un abordaje distinto a partir de lo visto en la sección sobre la dinámica de los sistemas autónomos y las organizaciones como redes de acuerdos.

En general, los sistemas que operan con clausura están caracterizados por un paisaje de estados propios que define la plasticidad del sistema para mantener su adaptación al entorno. Estos estados propios definen las posibles trayectorias evolutivas del sistema y por lo tanto su capacidad de supervivencia.

A partir de esta situación, pareciera que el sistema tendiera a buscar los grados mayores de autonomía, entendiendo como tales a la cantidad de estados propios que puede alcanzar. Esta característica define una dirección en el comportamiento de los sistemas autónomos, define un sentido a la deriva y da un criterio para analizar los comportamientos del sistema.

En el caso de los sistemas sociales existe una tendencia a intentar definir acuerdos. Cuanto mayor es la posibilidad de definir acuerdos mayor es el grado de autonomía que alcanza el sistema. Por eso vemos que el funcionamiento de los sistemas autónomos (individuos, organizaciones, instituciones) se caracteriza por conductas tendientes a aumentar la capacidad de generar acuerdos.

Cuando analizamos la dinámica de las organizaciones vimos cómo se establecían redes de acuerdos, pero no analizamos *qué* era lo que hacía que se generaran acuerdos y que estos se cumplieran.

Más arriba hemos visto que se habla de poder cuando alguien tiene la capacidad de que otro haga algo. Pero como vimos, para que se produzca una acción debe haber una conversación para la acción donde se establezcan los acuerdos que generan la acción buscada.

Teniendo en cuenta ésto definiremos el poder como la capacidad de generar acuerdos. Esta definición permite entender por qué las organizaciones crecen a partir de aumentar su capacidad de generar acuerdos.

Al aumentar el poder aumenta entonces el grado de autonomía de la organización y por esto las organizaciones tienden a seguir estas trayectorias. Por el contrario, disminuir su capacidad de generar acuerdos es disminuir su grado de autonomía y los sistemas tienden a oponerse a esta dinámica.

La lucha por el poder es la lucha por el aumento del grado de autonomía de cada organización. Según esta definición, haciendo una analogía, podemos pensar el poder como la energía en el dominio físico. En este dominio percibimos, por ejemplo, el movimiento de

un cuerpo y lo explicamos a partir de su energía cinética. En cierto sentido podemos decir que la energía es un epifenómeno que nos explica el fenómeno del movimiento. En el dominio conversacional lo que nosotros percibimos son los acuerdos, y explicamos por qué se dan estos acuerdos al hablar del poder. Entender el poder como generador de acuerdos nos da una definición operativa¹⁸.

Para aclarar un poco el alcance de estos conceptos daremos dos ejemplos. Hay dos situaciones donde claramente reconocemos la existencia de poder: la fuerza y el dinero. Cuando caminamos por una calle y aparece un asaltante que nos apunta con un arma y nos pide nuestra billetera, esa persona logra que nosotros acatemos su deseo. Tiene poder. Pero ese poder está en su arma, ya que ante el peligro de perder nuestra vida o quedar heridos –posibilidad de disminución de nuestro grado de autonomía– optamos por acceder a su propuesta de acuerdo forzado. En este sentido su pistola es fundamentalmente un generador de acuerdos. Este caso puede extrapolarse al dominio institucional.

Por otra parte, en el mundo actual, el dinero se presenta como el otro gran generador de acuerdos. El dinero nos permite generar acuerdos de manera universal, y cuando decimos que el dinero no lo puede todo, estamos reconociendo que el dinero es un generador universal de acuerdos a partir de la definición de ciertos dominios donde su aplicación es restringida¹⁹. Porque comprar algo es generar un acuerdo. Tener dinero es entonces capacidad de generar acuerdos. Tener dinero es tener poder.

Por último quisiéramos analizar por qué existen las organizaciones. Las organizaciones existen porque en su seno aumenta el grado de autonomía de sus componentes. Si bien en una organización productiva se resigna autonomía, esta resignación se hace a cambio de la posesión de un elemento que aumenta nuestro grado de autonomía: el dinero. Para que nos mantengamos dentro de la organización lo que ganamos en autonomía debe ser mayor que lo que nos resignamos por pertenecer a la organización.

El surgimiento de las organizaciones no productivas se entiende a partir de la constatación de que en estos sistemas se amplía la posibilidad de generar acuerdos. Un sistema aislado no genera acuerdos. Esta tendencia a aumentar el grado de autonomía en los sistemas que operan con clausura trae como consecuencia la creación de organizaciones que a su vez intentarán aumentar su grado de autonomía. Caracterizamos esta dinámica como organización egoísta, y así como el segundo principio de la termodinámica postula la muerte térmica del universo, la termodinámica de las organizaciones señala una tendencia hacia la desintegración progresiva de las organizaciones, postulando la muerte conversacional al agotarse la capacidad de generar acuerdos en un sistema social único.

14.5. Conclusión

Los valores humanistas, legado de la ilustración, se oponen a las tendencias evolutivas naturales de las organizaciones egoístas. ¿Existe y es factible un *diseño artificial* que preserve equilibrada y balanceadamente la autonomía de los componentes y la autonomía del sistema? La experiencia actual es que todos los sistemas diseñados persisten porque son sistemas con clausura. Pero si son sistemas con clausura, entonces se trata de organizaciones egoístas.

Como individuos tendemos a crear organizaciones en las que generamos acuerdos, que potencialmente son capaces de aumentar nuestros grados de libertad. Pero en la medida en que las organizaciones comienzan a vivir su propia vida, su evolución se hace a expensas de

quienes las crearon (nosotros). Por lo tanto en nuestro afán de aumentar nuestros grados de libertad terminamos reduciéndolos (véase el concepto de contraproducto en el *Glosario*).

A fin de no concluir con un tono melancólico y/o apocalíptico analicemos la paradoja y busquemos, en vez de eliminarla, al menos contornearla (Hughes, P. y Brecht, G. 1979; Varela, 1987).

Es cierto que existen numerosas teorías del *management* y de la organización que constantemente prometen aumentar la eficiencia de las empresas. No lo es menos que en un mundo de ajustes constantes y de reorganización productiva, la organización que no cambia muere. Curiosamente, o no tanto, todas estas teorías convergen en un *punto fijo*: lo que importa es maximizar las variables organizacionales, aunque para ello haya que condescender mucho o poco con los intereses de los componentes.

Por ello contornear la paradoja por el lado de una redistribución de los costos de producción —o como se dice ahora comúnmente a través de la reducción del gasto social— no conduce a ninguna parte²⁰. Una alternativa más enriquecedora es pensar las bases para un diseño organizacional que busque *conjuntamente* maximizar los intereses de la organización y de sus componentes —una manifiesta contradicción dentro del sistema capitalista²¹.

¿Habrá por ello que cambiar de sistema para ver encamada esta utopía? ¿O existe dentro de los marcos de la organización capitalista espacio suficiente para poner en marcha micro-iniciativas organizacionales basadas en el presupuesto no de la resignación sino del aumento de la autonomía?

La construcción de evidencia para tan fascinante pregunta será motivo de futuras elucubraciones.

NOTAS AL CAPÍTULO 14

¹ Escapa a los objetivos de este trabajo discutir la naturaleza del proceso de distinción y cómo se *co-constituye* el observador en relación al fenómeno observado. Para una sistematización sobre estos tópicos consultar Maturana, y Varela, 1980, 1984; Varela, 1979, 1983; Foerster, 1976. Véanse también los capítulos núms. 6, 20 y 21.

² En aquellos casos en donde las organizaciones sociales son sistemas muy estructurados tal perspectiva puede llegar a tener cierta efectividad. Un ejemplo de esto nos lo dieron las distintas escuelas del *management* empresarial (Taylorismo, Fayolismo, Relaciones Humanas, Primer Teoría Sistémica) hasta hace pocos años. Las fuertes limitaciones que revelaba esta concepción, hicieron surgir nuevas escuelas que intentaron superarlas con dudoso éxito. La mayoría de estas teorías sucumben a la tentación de la falacia funcionalista.

³ En nuestro universo físico distinguimos objetos, etc. que son formas o estructuras dotadas de cierta estabilidad que ocupan cierta porción del espacio y duran cierto lapso de tiempo. Compartimos esta misma sensación cuando se trata de las organizaciones.

⁴ En una red se distinguen dos elementos: los nodos y los lazos. Los nodos representan las cosas (moléculas, conceptos, individuos, roles, acuerdos de segundo orden). Los lazos representan los procesos (computaciones, transformaciones, conversaciones).

⁵ Para insumos —y fuentes de inspiración a su prolongación al análisis de los sistemas sociales— de cómo analizar este tipo de redes ver especialmente la parte III "Procesos Cognitivos" en Varela (1979).

⁶ Es el caso de la célula en la cual tienen lugar procesos recursivos de producción molecular que constituyen a la propia célula y que permiten recursivamente la existencia de estos procesos. Como estos procesos moleculares se dan en el dominio físico, decimos que los sistemas vivientes son sistemas que tienen una organización autopoietica en el sistema físico. En el caso de una organización los procesos son las *conversaciones* que constituyen el sistema y por eso decimos que las organizaciones son sistemas con clausura operacional que existen en el dominio lingüístico.

⁷ La forma canónica de una conversación para la acción incluye una explicitación de qué se acuerda, cuáles son las condiciones de satisfacción para dar por cumplido el acuerdo y el plazo de cumplimiento del mismo. Cuando alguno de estos *items* está ausente o se mantiene ambiguo es probable que la acción se vea más o menos comprometida.

⁸ J. L. Austin (1971) y John Searle (1978) han investigado este espacio de compromisos sociales generados en y a través de actos lingüísticos a los que denominaron “actos ilocucionarios” (actos que llevamos a cabo al decir algo). Para una recapitulación de sus aportes –habiendo sido uno de los principales haber examinado en enorme detalle por qué “decir algo es hacer algo”– así como una explicitación de sus usos en una teoría (futura) del *management* de las redes conversacionales consultar Flores & Winograd (1986).

⁹ Por tesis queremos significar una guía heurística, basada en la evidencia empírica que otorga un contenido más específico a la noción intuitiva, en este caso, la noción de que todo sistema social tiende a auto-perpetuarse.

¹⁰ En una curiosa recopilación titulada *Enciclopedia de la Ignorancia*, Ronald Duncan y Miranda Weston-Smith inventariaron hace ya quince años la enorme cantidad de fronteras del conocimiento –lo que sabemos que no sabemos– que curiosamente se contaban entre los enigmas más preciados del universo (orígenes de la tierra, la luna y los planetas; curvatura del espacio; propiedades emergentes de los sistemas complejos; transcomputabilidad; fuentes de la variación en la evolución; el control de la forma en el cuerpo vivo; incompreensión del dolor; dilemas ecológicos, desconocimiento del cerebro, etc.). Desde la perspectiva de los sistemas sociales el des-conocimiento de la ley de composición equivale a un auténtica bofetada al conocimiento y se suma a la enciclopedia de la ignorancia antes mencionada. Quizás con la ayuda de conceptos como los aquí introducidos podamos en el futuro avanzar en su enunciación.

¹¹ Las referencias a Richard Dawkins –y en particular el eco que hacemos en el título de nuestro trabajo a su célebre obra *El gen egoísta*– no deben confundir al lector. Estamos tan lejos de la sociobiología como de cualquier otro reduccionismo. Sin embargo no por miedo al biologismo debemos recaer en el culturalismo. En este sentido compartimos plenamente el enfoque maturaniano de la biología del lenguaje (Maturana, 1978), así como el de numerosos otros autores en torno de la biología del conocimiento.

¹² Allí donde los organismos requieren un acoplamiento estructural no lingüístico entre sus componentes, los sistemas sociales requieren componentes acoplados estructuralmente en dominios lingüísticos, donde los componentes pueden operar con lenguaje y ser precisamente observadores. En consecuencia, mientras que para el operar de un organismo lo central es el organismo y de ello resulta la restricción de las propiedades de los componentes al constituirlo, para el operar de un sistema social lo central es el dominio lingüístico que generan sus componentes y la ampliación de las propiedades de éstos, condición necesaria para la realización del lenguaje, que es nuestro dominio de existencia.

¹³ Al interactuar con nuestras propias descripciones creamos los mundos de posibilidades en los cuales tendrán lugar nuestras acciones y en donde mantenemos el acople del sistema (véase especialmente Maturana, 1978).

¹⁴ La causación no es operativa para la comprensión de los sistemas vivientes –y menos aún– cuando lo que se trata de entender son los sistemas sociales. La ley que supuestamente transforma una causa pasada en el efecto actual es modificada, a su vez, por el mismo efecto que produce. La constatación de este proceso de recursividad indefinida pone de manifiesto la inevitabilidad de considerar que las propiedades que en los periodos precedentes se consideraban propias de los objetos no son, en realidad, mas que proyecciones del observador (Von Foerster, 1986).

¹⁵ Como corolario de esta tesis, decimos que para que exista un sistema social en el cual los componentes no deban resignar autonomía *no* debe generarse un dominio de interacción del sistema social, es decir, éste debe estar aislado o ser único.

¹⁶ ¿Existen leyes de la evolución social? De haberlas los sistemas sociales serían deterministas. Pero ni siquiera en ese hipotético caso –propio del diseño de sistemas sociales fascistas o hiper-autoritarios– el comportamiento de los sistemas complejos estaría reducido exclusivamente al determinismo de los componentes. La historia de las innovaciones demuestra que a cada limitación natural el ingenio (social) ha contrapuesto innovaciones liberadoras. Es cierto que la biología determina que no podemos volar. No es menos cierto que volamos –gracias a una selección artificial que anula (relativamente) esas determinaciones.

¹⁷ Las conductas supuestamente altruistas de los componentes de un sistema con clausura operacional se producen a partir de mecanismos de búsqueda de generación de acuerdos, como lo atestiguan los casos de las organizaciones sin fines de lucro. La “extravagancia” de este tipo de organizaciones radica en que van contra-corriente de las organizaciones económicas lucrativas que distinguen al sistema capitalista. En éstas la variable homeostática fundamental es la habilidad de producir dinero como capacidad de generar acuerdos. ¿No estará ligado el destino azaroso de las ONGs a la eventual contradicción que supone una organización que quiere lograr acuerdos sin disponer del dinero, que es la base de los acuerdos organizacionales? ¿Filantropía y capitalismo son incompatibles –salvo como coartada legitimadora? Es interesante revisar esta problemática a la luz de las tesis de la organización egoísta aquí introducidas.

¹⁸ Incluso se podría bosquejar una teoría matemática del poder encontrando un operador de poder que sea el generador de los acuerdos de un conjunto de posibles acuerdos, ya que si bien el poder en tanto epifenómeno resulta algo intangible que circula y se transforma, no se muestra sino a través de los acuerdos que es capaz de generar.

¹⁹ El amor en algunas ocasiones, aunque como vimos recientemente en la película *Proposición Indecente*, este límite en nuestra sociedad es cada vez más débil.

²⁰ En una encuesta reciente publicada por el Instituto de Ejecutivos de la Argentina (IDEA) apareció con fuerza la idea de que mayoritariamente la única razón por la que los trabajadores permanecen fieles a sus empleos se debe a los lazos emotivos entablados con sus compañeros y a la posibilidad de realizar tareas que les son de provecho muy personal; y en ningún caso a la posibilidad de usufructuar condiciones de trabajo alentadoras generadas por el *management*.

²¹ Esto es así hasta cierto punto. Después de todo el sistema capitalista, al haber convertido el dinero en mercancía universal y la posesión de dinero en el máximo generador de acuerdos posible, ha sido quien mas ha logrado –con todas sus limitaciones– socializar y generalizar la capacidad de generar acuerdos. Al no estar sometido ni a estamentos, ni a linajes, alcurnias o clases, el capitalismo, como bien dijo Marx –aunque más que nada para criticarlo–, fue un sistema de producción históricamente revolucionario.

CAPÍTULO 15

DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LAS METODOLOGÍAS PARTICIPATIVAS.

Tomás R. Villasante

15.1. Pluralismo metodológico y participación

15.1.1. La rebelión del laboratorio

No se trata de técnicas o metodologías para el estudio específico de los movimientos sociales. Más bien al revés, se trata de cómo los movimientos populares están aportando técnicas, metodologías, y hasta posicionamientos epistémicos para el uso de las ciencias sociales. Algunas de estas metodologías, además, serán usadas para el análisis de estos movimientos, pero lo que aquí pretendemos señalar es cómo las técnicas e investigaciones sociales avanzan con los propios movimientos, y no tanto cómo estos se ven afectados por el uso de unas u otras técnicas. Incluso cuando se han tratado de aplicar nuevas técnicas a los movimientos algunos de estos se han mostrado activos (no como objetos) y hasta han cambiado tales técnicas. En suma hay un diálogo muy fecundo, que trataremos de reflejar, de aportaciones básicas para cualquier investigador, y sobre todo de *gran operatividad social* (que al fin y al cabo es para lo que se hace la investigación).

Es la rebelión del laboratorio, cuando los animales con los que se experimenta, los tubos de ensayo, los productos químicos, la energía eléctrica, etc. deciden no obedecer al investigador, plantarle cara. Incluso preguntarle por qué hace tales cosas y no tales otras, o sugerirle tales experimentos fortuitos. Somos los objetos de la investigación, quienes en nuestros lenguajes desconocidos, ofrecemos asombros e intuiciones a quienes nos investigan. Porque el laboratorio sólo es una representación de la amplia realidad externa, que es donde se *formulan las preguntas de verdad*. No pregunta sólo el investigador, sino que éste es interpelado por las nuevas realidades continuamente. A los sujetos sociales no es fácil reducirlos a objetos de análisis, menos aún que a los otros elementos de un ecosistema. Aun cuando conscientemente aceptásemos ser objetos de una investigación, nuestro preconsciente no sería fácilmente reducible. No se trata de ciencia-ficción sino de la realidad de todos los investigadores,

4

4

4

4
4
4
4

CAPÍTULO 20

METODOLOGÍA PARTICIPANTE CON RIGOR

Gordon Pask¹

20.1. Introducción²

De acuerdo con lo solicitado³, estoy escribiendo un capítulo sobre la metodología participante que se utiliza en los estudios psico-socio-organizacionales. Para fundamentarlo ilustraré las aplicaciones haciendo referencia a las teorías y resultados congruentes de la “teoría de la conversación” (en adelante denominada simplemente CT⁴), así como a la relativamente reciente teoría de la “interacción de actores” (en adelante sólo IA, siglas que pretenden ser una amigable inversión de AI –Inteligencia Artificial–, por cuanto ambas teorías emplean abundantemente maquinaria de computación, si bien de distintas maneras). Este encargo resulta intimidatorio, pues no constituye una tarea fácil.

En primer lugar se hace difícil condensar un libro en un capítulo sin perder principios esenciales y consiguiendo al mismo tiempo que su contenido sea inteligible para una gran variedad de lectores. Además, uno se ve abrumado por el enojoso hecho de que las dos teorías emplean formas similares, pero no totalmente idénticas, de un protolenguaje o una protológica, Lp⁵. Todas ellas presentan un rigor del que suelen carecer otros estudios de psicología y ciencias sociales, por lo demás excelentes. Esto es posible porque CT/IA/Lp presuponen la lógica y la matemática de la distinción (Spencer Brown, Kaufmann⁶), las lógicas permisiva y de la acción de Von Wright y otros, las lógicas modales y temporales (Günther y otros), los cálculos permisivo y de la acción de C. A. Petri, las lógicas hermenéutica (Taylor) y de la coherencia y el cálculo de Rescher, de forma dinámica y en cierto modo ampliada (Rescher, Pask) además, desde luego, de las matemáticas normales. Aparte de estas últimas, muchas de ellas pueden ser poco familiares para los no cibernéticos, quienes no tienen ningún derecho a manifestar su condición de expertos sin proporcionar al menos un conocimiento introductorio. Pero el trabajo de la exposición resulta aún más difícil puesto que las formas del Lp, adecuadas para la CT, son similares pero no idénticas a las que encajan en la IA y no es

en absoluto fácil presentarlas en un lenguaje sencillo. Por este motivo he adoptado un modo de exposición libre, en la medida de lo posible, de nomenclatura matemática. Es inevitable que en muchas ocasiones aparezcan algunos símbolos. Sin embargo, cuando ha habido oportunidad, he intentado presentar una exposición en lenguaje llano de las connotaciones pretendidas, frecuentemente poco familiares.

En consecuencia, el resto de este epígrafe está dedicado a exponer determinadas diferencias entre la formulación "antigua" (o clásica) de la cibernética y la "nueva". El hecho es que tanto la CT como la IA, junto con las distintas variedades del Lp, son en su mayor parte teorías cibernéticas en el "nuevo" sentido, aunque debe entenderse que éste no se opone en modo alguno al "antiguo", cuya validez está fuera de toda duda incluso si se halla inmerso en la esfera más amplia de lo "nuevo" que admite, por ejemplo, el debate acerca de la conciencia, deliberadamente excluido por lo "antiguo", según fue destacado en primer lugar por sus propios inventores y profesionales.

Las diferencias son muy numerosas y sería aburrido detallarlas en este contexto. Sin embargo algunas merecen una mención especial. Son las siguientes.

a) En la "cibernética antigua" y, localmente, en la "nueva", un sistema se define por tener una frontera establecida por algún observador externo y más o menos imparcial. De ahí que, a la escala estructural de "caja negra", el sistema se preste a la disección y a la inspección analítica de las entradas/salidas/fronteras determinadas de este modo. Por la misma razón, un sistema tenía un ESTADO, cambiante dentro de un mapa temporal lineal representado muy adecuadamente en un espacio euclidiano o cartesiano como un punto y su trayectoria, marcada de forma temporal y espacial (y admitiendo, como hace Ashby, la reunión de otras variables representativas, principalmente para sistemas metaestables); en suma, un espacio de fases del tipo cartesiano o (mejor) de Hilbert. Los atractores o puntos de equilibrio (equilibrio estático) constituían un valor propio o punto fijo obtenido por la repetida iteración de las ecuaciones descriptivas del sistema, o bien (equilibrio dinámico), los diversos atractores o puntos fijos constituían series cíclicas y repetitivas obtenidas por la misma operación iterativa.

En esta circunstancia procede destacar que Heinz von Foerster, realizando un maravilloso acto de prestidigitación, parecía apoyar a la "antigua" cibernética mientras que, para quienes decidieron leerle en profundidad, reconocía rechazarla en su trabajo de 1958 sobre "Autoorganización", inventando de paso la CT encarnada en el "demonio" de Von Foerster, semejante, pero que actuaba a la inversa del demonio de Maxwell para combinar un incremento en el desorden *EN* y del desorden *DE* dos o más sistemas en interacción mutua.

b) Mientras que la forma más antigua de la Cibernética estaba sustentada por un dinamismo de fácil comprensión por ser esencialmente cinemático (viñeta a viñeta, imágenes en movimiento), la "nueva" cibernética (en la que se basan la CT y la IA) se fundamenta en criterios de estabilidad diferentes, superponiéndose a la forma más antigua pero de manera totalmente congruente con ella. Resumiéndolo brevemente, esta nueva cibernética está basada en una noción de estabilidad que se conoce con distintos nombres. Por ejemplo, Maturana habla de sistemas que son parcialmente autónomos (totalmente autónomos, en el caso límite). Están organizacionalmente cerrados y definen sus propias fronteras como actividad que forma parte de su autonomía. En la medida en que estos conceptos proceden del ámbito de la biología, la apertura estructural se muestra, por ejemplo, en el intercambio molecular y en la posible formación de clausuras más amplias. Varela hace referencia

a un isomorfismo en los sistemas organizacionalmente cerrados pero informacionalmente abiertos, casi siempre en el contexto de la inmunología. Mi propia invención, coincidente en lo esencial pero probablemente no independiente, puesto que todos nos reunimos y trabajamos en el BCL bajo la dirección de Von Foerster, es la P-individualización, siendo aquí el *substrato o tejido básico de carácter conceptual* y estando presentado a un nivel psicosocial del discurso. En cualquier caso, la característica esencial de la clausura organizacional es que existe una colección de operadores productivos y un *substrato o tejido sobre el que operan*, de tal modo que ENTRE los productos están los operadores que producen e incidentalmente reproducen el sistema original. ENTRE admite asimismo la construcción de productos que quizá sean evanescentes, pero algunos de los cuales son capturados en una transferencia de información con otros sistemas organizacionalmente cerrados, dentro de los cuales son producidos y, en su caso, también reproducidos.

Las puntualizaciones TAMBIÉN y ENTRE reflejan el carácter esencialmente dinámico de estos sistemas de nuevo tipo. Se trata de la cinesis y, por ende, de la evolución. Fundamentalmente, tanto en la CT como en la IA, los P-Individuos EVOLUCIONAN y DEBEN hacerlo como sistemas autoorganizados. Como resultado de ello sus coordenadas básicas son creación propia, aunque existen distinciones que evolucionan y deslindan partes del sistema de partes de algún otro sistema, que puede ser el entorno. De hecho, excepto en lo que se refiere a algunos casos raramente encontrados pero limitativos, los sistemas de coordenadas tienen esta actividad. La argüida excepción de la CT, siendo ya casi clásica, es debida a un truco: decir que las conversaciones (aun cuando se hayan interrumpido) tienen un “principio” y un “final” es un recurso útil y legítimo, pero generalmente equivocado, que realmente no resiste un análisis crítico. En realidad, tanto en la IA, en la que no se tolera ningún otro dogma, como en la CT, donde en ocasiones resulta pertinente una aproximación, el sistema de coordenadas evoluciona de forma continuada pero, por supuesto, no continua. Las matemáticas y los cálculos apropiados para estos sistemas autodistinguidos son principalmente no lineales, dentro de lo aceptable. A partir de aquí, los cálculos, aunque no incongruentes, suelen ser poco comunes. Nos referimos a los cálculos de la distinción, coherencia, teoría de nudos y teórica de la acción, a la vez permisiva e imperativa, generalmente basada en lógicas modales.

Esta abundante información debería bastar para asegurar al lector que las ideas que se expondrán, acertadas o erróneas, no constituyen una palabrería vana. Pese a ser con frecuencia más cualitativas que cuantitativas, las propuestas, predicciones y resultados son riosamente cualitativos.

20.2. El carácter de la Teoría de la Conversación y la Teoría de la Interacción de Actores

Como su nombre indica, la CT se ocupa de las conversaciones entre participantes conforme muestra la Figura 20.1. Se ha tenido cierto cuidado para asegurarse de que el lenguaje de la interacción puede corresponder a CUALQUIER modalidad comprensible para los participantes (por ejemplo, verbal, gráfico, de baile, musical, dramático o comportamental como en una interfaz de ordenador). Como es lógico, estos lenguajes de interacción pueden tomar forma en múltiples lenguas, acentos y estilos expresivos traducibles. Pero DEBEN poseer las características de un lenguaje natural (no sólo la elaboración de len-

guajes FORMALS). Así pues, por ejemplo, deben poder recoger órdenes y obediencias o desobediencias, preguntas y respuestas que pueden ser nuevas preguntas, metáforas, anáforas, parábolas y alegorías que denoten todo tipo de analogías, además de enunciados asertivos y descriptivos. Estas condiciones pueden asegurarse, mediante HIPÓTESIS defendibles y bien fundadas, insistiendo en que cualquier lenguaje de interacción es una versión, habitualmente muy refinada y sumamente elaborada, del protolenguaje o protológica, L_p, anteriormente mencionado, algo diferente, mejor dicho, radicalmente diferente, entre las construcciones de CT e IA, pero con diferencias que nacen de la distinción entre las imágenes cinemáticas y las cinéticas. Consideraré suficiente este requisito, en particular porque está fuera de las minuciosas disputas de los psicolingüistas, indudablemente tan ricas como el terreno en el que se mueven; prescindamos de los prejuicios sintácticos y, hasta donde está afectado el lenguaje natural, de la aridez del campo de la lingüística formal. Aquellos lectores que, muy justificadamente, deseen ahondar en la lógica de estas HIPÓTESIS dogmáticas pueden consultar, y cabe esperar que lo harán, la abundantísima literatura

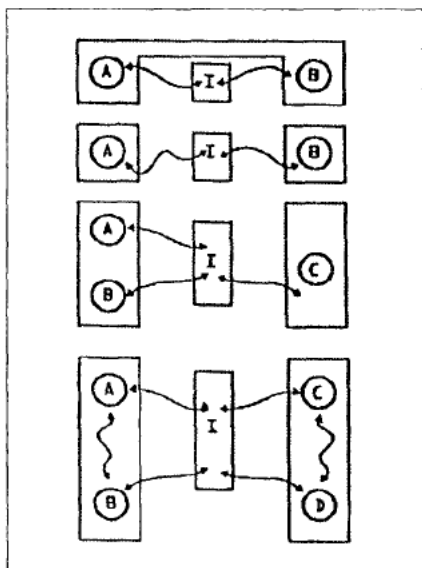


Figura 20.1. Formas de interacción conversacional entre participantes, a saber, P-Individuos, designados con las letras A, B... Z, corporeizados o encarnados en uno o más M-Individuos (rectangulares) en contraste con los P-Individuos (formas circulares). Los gráficos restantes representan casos mixtos o híbridos, comúnmente encontrados en sociedades, sistemas de ayuda social, ciudades y otras organizaciones. La observable existencia de conceptos compartidos de los participantes A, B... puede ser capturada por un interfaz o mediador, designado por la letra I. Aunque I es un interfaz dinámico, en realidad, una forma de M-Individuo capaz de acomodar los conceptos compartidos en la interacción de P-Individuos, las inscripciones dinámicas de este interfaz son parciales

(Pask y colaboradores, de 1975 a 1993) dentro de la cual las últimas publicaciones son las más informativas.

Hemos hablado de lenguajes que median conversaciones, lenguajes de tipos más o menos refinados. Pero, ¿qué es exactamente una conversación? Es compartir conceptos (o así lo mantengo yo) y tiene lugar (en circunstancias favorables) entre participantes, digamos A y B, como un intercambio útil de conceptos. Por lo general las conversaciones se centran o se dice que se “refieren” a un tema central, el nombre de cualquier entidad, como por ejemplo un “perro” o un suceso como “patinar”, un objetivo como por ejemplo T’ entre Q, P, R, S, U, V... Pero, incluso aunque los participantes A y B pueden aceptar que están discutiendo o conversando acerca de T, pongamos en el tema de la educación, como profesor a estudiante o como estudiante a estudiante, de la evidencia de esta conversación no podemos inferir correctamente que A y B han aprendido todo o realmente algo sobre T. En la medida en que lo hayan hecho ésto constituye el aspecto comunicativo de la conversación. Pero desde el momento en que TIENE lugar una conversación, PODEMOS estar seguros de que A ha aprendido algo de B y B de A. Por el concepto que A tiene de T y por el concepto de B respecto a T, ya sea “perro” o “patinar” y por el hecho de que una conversación entre A y B ha girado sobre T, sea lo que sea, no cabe duda de que han aprendido algo sobre el otro y sobre sus diferencias, por lo que merece la pena continuar la conversación, lo que no ocurriría si A y B tuvieran conceptos idénticos.

En cualquier caso, en el contexto de la educación ésta es la función primordial de la conversación, que un profesor aprenda cómo un estudiante concibe T y a sí mismo, y que a su vez el estudiante aprenda sobre el profesor. Los participantes aprenden a estar de acuerdo y, en ocasiones, a llegar a un acuerdo sobre no estar de acuerdo y conocer por qué y qué constituye sus diferencias. Sin ese espacio conceptual compartido no existiría la educación, tan sólo la inculcación y la repetición rutinaria. A esta conclusión se llega en un contexto más general como es un contexto organizacional. La unidad está invariablemente matizada por la diversidad, UNIDAD NO significa uniformidad.

Si hubiera que defender esta caracterización ligeramente idiosincrásica de una “conversación” contra la popular verdad a medias que dice que “la conversación no es más que una especie de comunicación”, sería necesario prestar mayor atención al carácter de los participantes. Dicho en términos muy generales, un participante es una colección sumamente coherente (o entretejida) de conceptos distintos, una entidad diferente o autodistinguida en sí misma, informacionalmente abierta pero en evolución. Para asegurar que se abarca la generalidad de los participantes que interactúan en Lp o, más comúnmente, en alguna forma especializada y refinada de Lp, debe tenerse un grado similar de cautela respecto al Lp circundante. Estamos más familiarizados con los P-Individuos encarnados en el sustrato dinámico de un cerebro, si bien pueden coexistir varios de ellos en cualquier cerebro que mantiene una conversación interna, como ocurre cuando sopesamos puntos de vista o hipótesis diferentes. Expuesto de este modo, el P-Individuo es una entidad psicosocial, un perfecto sistema autoorganizado, organizacionalmente cerrado e informacionalmente abierto. Como tal emana un aura de entidad mística, inmaterial y casi arcana, inevitable al construir la caracterización de una unidad que puede ser una persona o estar distribuida entre varias personas en una sociedad, una cultura o un sistema de creencias; del mismo modo que puede ser el cosmos, una célula o un órgano o un sistema ecológico. Para contrarrestar este estado algo enigmático de los P-Individuos, por simple sentido común requerimos que los P-Individuos estén corporeizados o encarnados en ALGÚN pero no en CUALQUIER medio dinámico, llamando a esa mitad del medio ocupada por un P-Individuo, un M-individuo, un individuo mecánico en lugar de un individuo

biológico, sencillamente porque no considero plausible suponer que la mente y la vida estén encerradas-limitadas-confinadas por las propiedades de un substrato peculiarmente biológico. "Mecánico" pretende abarcar no SÓLO las estructuras proteínicas y lípidas, con las que estamos más familiarizados, sino TAMBIÉN la gama de compuestos químicos que emergen como formas resonantes en el espacio entre el crecimiento fractal y del cristal, la multitud de plasmas seleccionados y de entidades cuya ignorancia no podemos negar, pues sería excesivamente arrogante.

Un participante es pues un P-Individuo acompañado de su inseparable M-Individuo. Si existe uno existe también el otro como muestra la Figura 20.2. Sin embargo, la libertad admitida por la definición principal de un P-Individuo, que va de una u otra perspectiva de la mente a lo cultural, organizacional, social y nacional, proporciona un instrumento lo bastante flexible como para acomodarse y, con las debidas precauciones, intervenir en asuntos de carácter personal, familiar, industrial y gubernamental. Más aún, existe la posibilidad demostrable de la M-Individualización, en instituciones con normas y reglamentos o sistemas de eficacia incrementada mediante la interacción a través de los ordenadores y canales de comunicación (como aspectos relativamente mundanos pero paradigmáticos de un entorno de información), con potenciales artefactos (pero también demostrables) hasta ahora considerados extraños y todavía, si se piensa, omnipresentes y aspectos frecuentemente no percibidos de la realidad.

Hay algo de verdad en que la CT está orientada hacia la interacción en cierto sentido lingüístico, generada esencialmente por el pensamiento, en tanto que la teoría de la IA tiene su raíz en la interacción más evidente como el *aikido*, un pugilismo civilizado, o como la completamente incivilizada acumulación, yuxtaposición y utilización ocasional de las armas. Sin

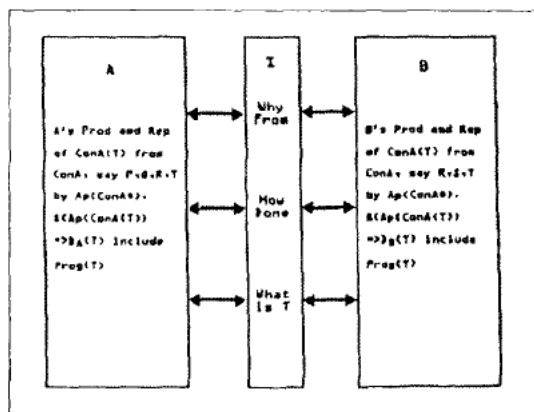


Figura 20.2. Una representación más detallada de la interacción conversacional que esboza el carácter productivo y reproductivo de los participantes y, mínimamente, la forma L de lenguajes derivables L_p en la cual interactúan. Dado que los lenguajes L son de cualquier forma o modalidad, los rútilos tales como las preguntas por qué o cómo y sus respuestas deben ser interpretadas de forma enormemente flexible, principalmente en términos de modalidad, lenguaje verbal, gestual o en otros modos posibles

embargo el pensamiento conduce a la acción y una conversación implica movimiento aunque los labios o las extremidades estén a distancia. También existe verdad en nuestro anterior planteamiento de que las conversaciones están abiertas a la puntuación, al menos de un “principio” y de un “final”. Pero si lo sometemos a consideración, ésto resulta técnicamente útil pero ciertamente poco productivo. Se puede afirmar que algunas interacciones se producen entre participantes, otras entre participantes imaginarios necesariamente provistos de una ordenación posible en el terreno del intelecto, y otras de la ordenación apropiada para el terreno de la acción. Pero ninguna de estas descripciones es totalmente satisfactoria.

20.3. Alguna formalización

Al principio prometí reducir al máximo el simbolismo en la medida de lo posible. Sin embargo, se requiere aquí un reducido número de símbolos aunque sólo sea para presentar hipótesis de manera no superficial y los resultados generalmente afirmativos obtenidos al contrastarlas. De hecho, sin una pequeña cantidad de simbolismo la exposición de las hipótesis cruciales, incluso las presentadas en este capítulo, resultaría pesada e ininteligible por su extremada complicación. Tal como está, daremos por sentado mucho de lo que ha sido demostrado estrictamente y que, en principio, debería ser presentado también aquí. Espero que los lectores consultarán las referencias, en especial las más recientes (Clarke; Glanville; Gregory; Pangaro; Pask a, b, c y d; Pask y de Zeeuw).

a) Ya hemos afirmado que un participante es una colección de conceptos diferentes pero entrelazados de manera coherente, que abreviaremos Con. Pero, ¿Qué es exactamente un concepto? Es, a su vez, un procedimiento capaz de aplicación, Ap, o una colección total o parcialmente coherente de procedimientos, Proc, que evolucionan sin cesar, dado que Ap es una cantidad que se conserva. Al aplicar un procedimiento se obtiene un proceso que da origen a un producto, el cual puede ser una imagen mental o un comportamiento pero que se conoce como una distinción, D, una complementariedad proceso/producto (i) donde los conceptos son pares ordenados de procesos/productos del tipo <Con, D>, en el límite <Proc, d miembro de D>.

b) Pero existe otra complementariedad (ii). Afirma que cualquier Proc tiene una parte programática o algorítmica, Prog, y que tiene una parte de interpretación, a saber, que Proc = <Prog, Inter>. Más aún, no puede aplicarse un programa ni un sistema de Petri a menos que sea cumplido o interpretado en algún sistema del que forme parte la M-Individualización del P-Individuo.

c) Ap es un operador en una lógica permisiva como la de Petri que afirma que PUEDE ocurrir tal o cual cosa siempre que se reúnan determinadas condiciones, digamos, una transición. La conservación de AP significa que algunas, varias o todas las transiciones, en este caso producciones, ESTÁN de hecho permitidas y que al menos una se produce en ALGÚN instante en el conjunto conceptual de CUALQUIER P-Individuo. A la inversa, un operador, &(Ap(...)), es un operador imperativo u obligatorio, un operador DEBE y no sólo PUEDE, como será presentado seguidamente. La conservación de & implica que alguna transición o producción DEBE tener lugar, dentro del conjunto del P-individualizado, en CUALQUIER instante.

Puede ser útil traer aquí a colación una vaga metáfora relativa al clero. No hay garantía de que una persona que lleva sotana sea sacerdote, pudiera ser un impostor. No obstante, la ordenación sacerdotal autoriza a llevar sotana legítimamente, su parte PUEDE, y obliga a llevarla en algunas ocasiones, la parte DEBE, por lo que cuando es preciso no debe vestirse ninguna otra prenda.

d) Pongamos que \Rightarrow significa “es aplicable a dar (produce)”. Aunque es totalmente válido escribir una expresión como $Ap(Con) \Rightarrow D$, o incluso $\&(Ap(Con)) \Rightarrow D$ en la medida en que existan los conceptos y operadores establecidos, ello no garantiza en sí mismo que exista un sistema autoorganizado, organizacionalmente cerrado e informacionalmente abierto, necesario para satisfacer la concepción. Para hacerlo con cierta comodidad se requiere elaborar en mayor medida las notaciones, y sumergirse en las aguas de este océano intelectual a una profundidad mucho mayor.

e) En principio debe existir un potencial para aplicar el operador del tipo “Con”, es decir, para fabricar el producto final T mencionado anteriormente. Por consiguiente y dadas las existencias necesarias, podemos escribir $Ap(Con(T)) \Rightarrow D(T)$, ampliándolo asimismo a fórmulas como $Ap(Proc(T)) \Rightarrow D(T)$.

A continuación, cualquier concepto, aunque haya sido caracterizado de modo insuficiente, forma parte de uno u otro participante. Suponiendo que están especificados criterios mínimos para ser un concepto (como ocurre en las Figuras 20.3, 20.4, 20.5, 20.6), en-

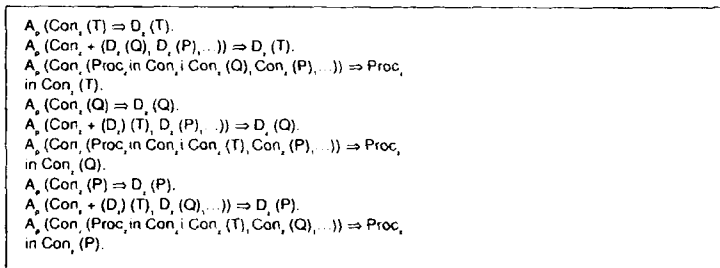


Figura 20.3. Un mínimo sistema de producción organizacionalmente cerrado para un concepto colectivo. La clausura es completa y la apertura informacional está asegurada si ENTRE las producciones está $Con_z^* = \langle Con_z^+, Con_z^- \rangle$. La conversación entre participantes, teniendo diferentes índices Z, tiene lugar mediante la transferencia de D componentes incluyendo $Prog(T)$, u otro NO, por tanto renombrando tenemos $Proc_z \langle Prog(T), Inter_z \rangle$. El concepto T es simplemente un ejemplo, por tanto D componentes de Q, de P, etc. pueden también ser compartidos, recopilados o reinterpretados como conceptos distintos por otros participantes. Los conceptos compartidos son similares pero diferentes por la diferencia de los valores que tienen A, B... El signo “ \Rightarrow ” indica una producción y el signo “ \dots ”, generalmente extendido, indica el retorno de los productos como elementos de un proceso productivo. En aras de la claridad no he incluido el signo “ \Rightarrow ”, camino de retorno, dado que aparece en numerosas ocasiones y de una forma enredada, sin embargo es un asunto rutinario colocarlos, si se desea. Por ejemplo, considerando la línea primera de las producciones listadas, el producto, $D_z(T)$, es reintegrado recíprocamente a $D_z(T)$, como aparece en las líneas segunda, quinta y octava y los demás casos. A su vez, $Con_z(T)$, en la línea tercera, es devuelto, recíprocamente, a las expresiones de las líneas quinta y octava, y así ocurre con todos los productos y procedimientos en el esquema de producción

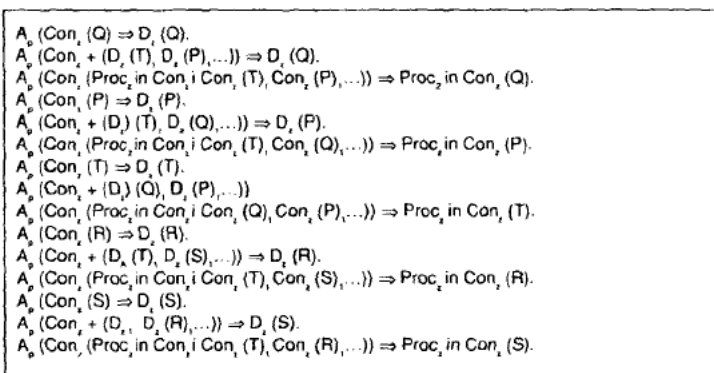


Figura 20.4. Una mínima coherencia de conceptos, organizacionalmente cerrados e informacionalmente abiertos, dadas las constantes de la anterior figura. Aquí, el denominado grupo distribuidor, el concepto llamado T se deriva de uno o ambos de los conceptos llamados Q, P o R, S, o bien de ambos mediante el emparejamiento $Z = AB \dots$

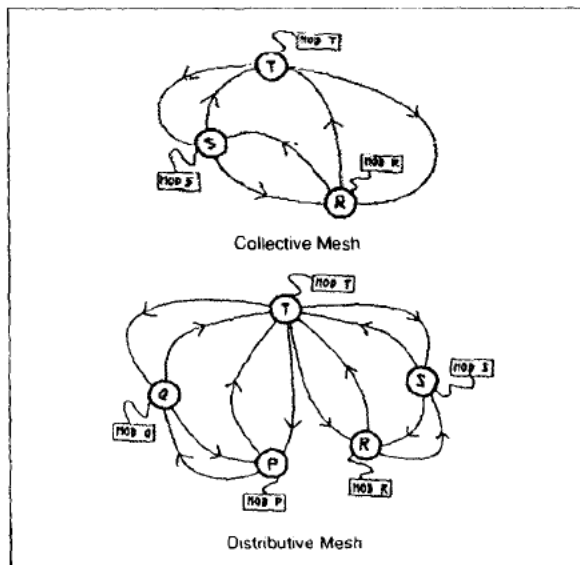


Figura 20.5. Notación antigua para grupos de conceptos coherentes. Los conceptos se forman, mediante su aplicación, dándoles nombre, imagen o comportamiento. Los conceptos y sus grupos están organizacionalmente cerrados e informacionalmente abiertos. Arriba: forma colectiva. Abajo: forma distributiva

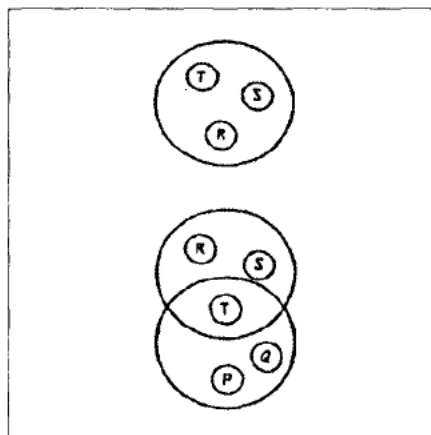


Figura 20.6. Notación reciente, explicada en el epígrafe 20.6 de un grupo colectivo (arriba) y un grupo distributivo (abajo). Las representaciones de este tipo se llaman canónicas, puesto que a partir de una malla representada con esta notación es posible reconstruir su topología

tonces es esencial indexar el concepto (presumiendo que exista) por el participante, denominado $Z = A, B, \dots$ de alguna forma tal como $T_z \Rightarrow \text{Con}_z(T), D_z(T)$, que es simplemente una extrapolación de la notación, adoptado correctamente si $\text{Ap}(\text{Con}_z(T), D_z(T)) \Rightarrow D_z(T)$ está constituido por $\text{Ap}(\text{Proc}_z(T)) \Rightarrow d_z$, miembro de $D_z(T)$, algunos de los cuales, o todos ellos operan simultáneamente. Además (debemos llamar la atención sobre los términos en mayúsculas), la acción de $\text{Con}_z(T)$, por ejemplo, conduce a operadores productivos y reproductivos ENTRE otros productos, los cuales, al ser nuevos, pueden resultar ser transitorios o bien ser operadores producidos y, a su vez, reproducidos, productivos en algún otro sistema autoorganizado, organizacionalmente cerrado e informacionalmente abierto y que forma parte del repertorio conceptual de Z , el participante.

¿Pero de dónde viene este misterioso operador, digamos Con^*_z , un concepto del mismo tipo que otros conceptos, representado como $C^*_z = \langle \text{Con}^*_z, \text{Cualquier } \text{Con}_z \text{ en } Z \rangle$? Pues bien, las producciones están dirigidas por el calificador, ENTRE. Por ello C^*_z es uno ENTRE los productos de alguno, de muchos o de todos los sistemas Z , productivos y reproductivos.

f) ¿Se SUPONE que las nuevas formas tienen este aspecto o DEBEN tenerlo forzosamente? La respuesta a esta pregunta retórica es ESTA: DEBE ser así, respuesta que puede fundamentarse en numerosas razones. Es posible que la más simple sea que las ecuaciones descriptivas actúan en un plano complejo o de Argand, preferentemente, cuando menos, en un plano numérico hipercomplejo. En cualquier caso su iteración, esencial para la estabilidad dinámica, también da lugar a "catástrofes", en el sentido de la Teoría de las Catástrofes de Thom y Zeeman. Del mismo modo estos procesos originan necesariamente atractores "caóticos" que pueden competir y cooperar, como hacen generalmente, de formas fascinantes (Pietgen *et al.*); llegaremos a ello más adelante en el contexto de relaciones de analogía.

g) Dado que el operador es

$$\text{Ap}(\text{Con}_z^*(\text{Ap}(\langle \text{Con}_z(\text{R}), \text{D}_z(\text{R}) \rangle, \langle \text{Con}_z(\text{S}), \text{D}_z(\text{S}) \rangle \dots) \Rightarrow \langle \text{Con}_z(\text{T}), \text{D}_z(\text{T}) \rangle,$$

o bien, en otros términos, el par ordenado, $\text{C}_z^* = \langle \text{Con}_z^*, \text{cualquier Con en } Z \rangle$, puede descomponerse en pares de operadores que actúan simultáneamente, por eso siendo $\text{Con}_z^* = \langle \text{Con}_z^+, \text{Con}_z^- \rangle$ obtenemos

1. $\text{Ap}(\text{Con}_z^+(\text{D}_z(\text{S}), \text{D}_z(\text{R}) \dots) \Rightarrow \text{D}_z(\text{T})$
2. $\text{Ap}(\text{Con}_z^- \text{ (Cualquier Proc en repertorio de } Z) \Rightarrow \text{Proc en } \text{Con}_z$

Debe destacarse que el conector “en” no es un conjunto teórico por cuanto conlleva procedimientos que se ven modificados durante su aplicación. Por el contrario, las distinciones o descripciones sí son conjuntos teóricos. Así pues, tiene sentido decir que d_z o Prog_z son miembros o subconjuntos de un conjunto D_z , si bien sería absurdo hablar de Proc_z o Con_z de esta manera. Ashby pone un bonito ejemplo del carácter de conjunto teórico de los símbolos numéricos o de una fotografía de un rebaño de ovejas (que son conjunto teórico) en contraste con las gotas de lluvia que se juntan en una ventana las cuales, por muy rápida que sea la fotografía, no son elementos de un conjunto (puesto que por su naturaleza de gotas de lluvia se bifurcan y unen continuamente).

Sin embargo, cualquier entendimiento real o, en el sentido técnico, cualquier **COMPRESIÓN** (Pask, Scott, *et al.*) depende de preguntas y respuestas mutuamente aceptables entre participantes, que consisten en preguntas del tipo “¿Cuál **CREES** que es el enfoque arbitrario”. ¿Cómo realizas (digamos) T y qué haces respecto a, manejas y lees este Objeto (indeterminado), T, de una conversación entre participantes (A, B...) que mantienen una charla de esta forma?” (Figura 20.2).

h) Resulta comprensible que C_z^* es un operador que actúa de conformidad con y se conserva bajo Ap, característico de Z , pero que es por lo demás general, aparte del hecho de que puede descomponerse, como vimos en el apartado (g). En particular permite, incluso exige, una forma recursiva y una base para la recursión que, tomada con el propio operador, proporciona una definición de $\text{Con}_z(\text{T})$.

La base de la recursividad, generalmente sobre un sistema parcialmente ordenado pero verosíblemente sobre los números naturales, es la siguiente:

$$\text{Con}_z(\text{T}) = \text{Proc}_z \text{I}(\text{T}) \acute{\text{O}} [\text{Proc}_z \text{I}(\text{T})] \acute{\text{O}} \langle \text{Proc}_z \text{J}(\text{T}), \{(\text{Proc}_z \text{I}(\text{T}))\} \rangle$$

y $\text{Ap}(\text{Con}_z(\text{T})) \Rightarrow \text{D}_z(\text{T})$; no es J, I, $J=1 \dots n$, Ap conservado. Los términos que aparecen entre corchetes “[”, “]” son paralelos y uno, cualquiera o todos ellos pueden aplicarse sin interferencia, y los términos que aparecen dentro de los signos “<”, “>” son concurrentes, lo cual puede implicar, y generalmente implica, un conflicto computacional, que se resuelve mediante la Transferencia de Información de Petri. La aplicación de un Procedimiento, siendo $\langle \text{Prog}(\text{T}), \text{Inter}_z \rangle$ puede o no conllevar una transferencia de información.

i) Un P-Individuo, Z, es, como mínimo, el ámbito de C_z^* .

j) Un participante, Z, la encarnación M-Individualizada de Z, es el alcance de $Inter_z$.

k) Una conversación es una transacción interactiva en Lp, a través de un interfaz Lp, frecuentemente, en las restringidas condiciones de laboratorio, un procesador mecánico o electrónico de Lp y en ocasiones una persona. La interacción se produce entre más de un participante, en nuestro actual estado de conocer un número contable de ellos. Existe ciertamente la posibilidad de que sean una o varias infinitudes incontables de participantes. Dicha posibilidad resulta de por sí muy excitante. Sin embargo, al margen de ello, la idea es tan hipotética y sus consecuencias, si se demuestra que son válidas, son tan profundas que me parece prematuro expresarlas por escrito.

l) Hechas algunas observaciones, podemos considerar la radiación y absorción de enunciados en un campo Lp.

20.4. Algunas predicciones formuladas y resultados obtenidos

Por ser una teoría precisa pero en gran medida cualitativa, frecuentemente se acusa a la CT de predecir lo "obvio", y sus conclusiones se encuentran con la respuesta de "y qué". Aunque en menor medida, las predicciones y los resultados de la teoría IA también van a encontrarse con una respuesta similar. Estas acusaciones estarían justificadas, por supuesto, si los resultados y las hipótesis fueran, de hecho, obvios por motivos racionales o, como mínimo, obvios o merecedores de ser dados por seguros y evidentes en algún ámbito.

Si se me tacha de que estamos haciendo ver lo obvio, por ejemplo, que las personas aplican sin darse cuenta técnicas y conceptos bien aprendidos, mi tendencia es preguntar por qué este hecho ES tan evidente. Ciertamente lo es en términos experimentales, pero si se formula al crítico la pregunta "por qué", acompañada de una consulta relativa a los mecanismos implicados y de qué modo se producen en el proceso circunstancias tales como equivocaciones, entonces es muy probable —se recupera la conciencia—, al volver a preguntar "por qué", que os encontréis con una respuesta irascible como "¿no lo sabes?" o "¿no es obvio?", lo cual, dejando a un lado la sabiduría tradicional mezclada con lo que se sabe de oídas, pensamos que NO es en absoluto. Por extraño que parezca, cuanto más profunda sea la exploración más se obtendrá la respuesta del tipo "obvio" o "evidente", sin que ninguna de ellas tenga la menor justificación excepto como historias de anécdotas vergonzosamente pseudocientíficas.

En los últimos párrafos se han formulado algunas hipótesis, casi todas abiertas a las críticas expresadas y rebatidas. Algunas se detallan en Pask y Scott (a y b), en Pask (1976, 1978), y en el resumen más reciente de Pask y otros (en Schmeck, 1989). No obstante, aquí nos concentraremos en cuestiones más globales.

a) En el comienzo de los años setenta se llevaron a cabo una serie de experimentos para comparar el comportamiento conversacional de participantes a los que se había pedido que aprendieran algo sobre un objeto, T, hasta entonces poco familiar, como los imaginarios animales marcianos. Los participantes se dividieron en un grupo estilísticamente igualado y otro desigual (como veremos después) con respecto a la disposición de los materiales de aprendizaje. Predijimos que los participantes homogéneos aprenderían fácilmente sobre T, mientras que el grupo de participantes desiguales aprenderían poco sobre T, en el

mejor de los casos. Esta hipótesis (de aprender o no) quedó firmemente corroborada por la evidencia. Dicha evidencia se obtuvo empleando un método de “retroenseñanza” en el que se requería que los participantes “enseñaran” al conductor del experimento, habitualmente el Dr. Scott (quien presentó los materiales de aprendizaje) el carácter y las relaciones entre las especies extraterrestres, T. Lógicamente el grupo desigualado APRENDIÓ ALGO sobre T, pero no fue prácticamente nada aparte de unos cuantos nombres. Al analizar posteriormente el diálogo registrado aprendieron acerca del Dr. Scott, coordinador principal, del lugar del experimento, su diseño y la forma de presentación.

Personalmente entiendo que ésto constituye una prueba evidente de que el fin principal de la conversación consiste en aprender a ponernos de acuerdo sobre estar de acuerdo y discrepar. El grupo igualado también aprendió mucho sobre el monitor, pero el experimento tenía por objeto examinar su aprendizaje sobre T, lo que hicieron los participantes igualados, ocultando en cierta medida, por tanto, su aprendizaje sobre otros hechos o personas.

b) Si se aplica repetidamente una colección interdependiente de conceptos coherentes, conservando Ap, tiende a anquilosarse. Es decir, esta organización acepta otros conceptos, una idea fija o un sistema invariable si son coherentes o consonantes con su contenido, de lo contrario tienden a ser rechazados, como disonantes, por este sistema de equilibrio dinámico, tal y como propone Festinger. Este fenómeno parece bastante general. Festinger sugiere correctamente que si alguien ha invertido en la compra de un coche se mantendrá fiel a su elección inicial, pese a todos los argumentos que afirmen su inferior calidad. No obstante, pueden aplicarse comentarios similares a los cultos “cargo”, que al defender un sistema de creencias encuentran experiencias negativas que refuerzan su ideología. Aunque estamos sumamente preocupados por nuestra inversión conceptual en algún sistema consistente de hipótesis, existe poca diferencia por cuanto el rechazo o la negativa están comprendidos siempre entre nuestros puntos de vista. Todo el fenómeno del anquilosamiento, rechazo de la conversión y demás es, de hecho, una predicción de la CT.

c) En los dos desarrollos del apartado (g) del epígrafe 20.3 se han podido distinguir como mínimo dos tipos de operadores, Con_2+ y Con_2- . Uno de ellos, el Con_2+ es muy conocido en la literatura como DB o “construcción de la descripción”. El otro, Con_2- se denomina PB o “construcción del procedimiento” o “instrumentista de cuerda”, por utilizar la metáfora de la escuela de música.

En consecuencia, se predice que, en diversas condiciones, predominará uno u otro tipo de operador en el repertorio conceptual de un P-Individuo. Uno se conoce como “holista” y, alternativamente como “aporreador” en el sentido en que un pianista pulsa las teclas en el *pianoforte*, todas a la vez.

Es importante no olvidar que estas predicciones se refieren a P-Individuos o, como propone Diana Laurillard, personas-en contexto. Generalmente hay muchas de ellas en la mente de una persona, conforme pone ampliamente de manifiesto el análisis de un diseñador o cualquier innovador.

d) Por eso no debemos esperar encontrar personas etiquetadas como “holistas” o “serialistas” en todos los contextos. Los datos iniciales obtenidos de los experimentos de retroenseñanza y de “pruebas estilísticas”, mejor descritas como “experiencias de aprendizaje”, MOSTRARON ya una sorprendentemente extensa correlación entre las personas y los estilos.

al menos la disposición a estos últimos. Fue sólo tras analizar posteriormente los datos cuando este efecto pudo atribuirse.

1. A las relaciones $n > 2$ ádicas implicadas habitualmente irreducibles,
2. Al hecho de que las personas presentan muchos P-Individuos cohabitando en el mismo M-Individuo.

e) Para quienes estén interesados en las diferencias estilísticas puede ser útil consultar Pask y Scott (1973), Pask (1976, 1979) y Pask y otros (en Schmeck, 1989).

f) También en el epígrafe 20.3, junto a la hipótesis formulada en los últimos párrafos, aparece la afirmación sin reservas de que, en el sentido técnico de la *COMPRENSIÓN*, no se manifiesta NINGÚN aprendizaje en un diálogo satisfactorio que implique preguntas y respuestas “qué”, “cómo” y “por qué”. Esta CT predice que el análisis estadístico de los datos resultaría supérfluo, predicción apoyada definitivamente por la rigurosa evidencia del *CASTE*⁹ (Entorno didáctico y sistema de conjunto de cursos), y por el *THOUGHTSTICKER*¹⁰ actualmente combinado, una “fabricación” de las mallas vinculadas situadas en el corazón de este sistema de orientación y vigilancia del aprendizaje.

g) Como derivación de las hipótesis anteriormente expuestas, en esta fase podemos predecir la alteración de palabras o la repetición de palabras repetidas, un resultado obtenido en los brillantes experimentos de Evans realizados en el NPL. Podría citarse un sinnúmero de otras predicciones, entre ellas los hallazgos de Richard Gregory más orientados a lo conceptual que a lo perceptual y, aventurándonos en el terreno neurofisiológico, de Grey Walter en el *Buren Neurological Institute*, sobre el CNV y los mecanismos implicados en la orientación de la atención.

Sin embargo, para llegar mucho más lejos en la predicción de situaciones que engendran creatividad, construcción de analogía e innovación, el cambio a una notación gráfica podrá proporcionar mayor claridad. Es desde luego compatible con la notación del tipo algebraico ampliamente adoptada, y puede expresarse de ese modo si se desea. Sin embargo las expresiones gráficas y topológicas que se inician en el epígrafe 20.5 eliminan para muchas personas oscuridades que son por lo demás inevitables.

20.5. Otra notación

La notación diferente se basa en una serie de trucos bastante transparentes que, por lo que sé, son trucos de exposición destinados a incrementar la claridad en lugar de confundir. En sus términos básicos pueden enumerarse como sigue y desarrollarse, en alguna medida, con posterioridad.

En esencia reducimos los procesos a imágenes de un cordel (no líneas simples sino cordones de hilos múltiples) que generan sus propias distinciones representadas como caparazones cilíndricos (que rodean los cordeles). La verdad, igualada a la existencia, se obtiene si el cordel se muerde la cola, lo cual puede hacer en el sentido de las agujas del reloj o en el sentido contrario, y si su cilindro de distinción circundante forma un toro. La estabilidad, en el sentido de la producción y reproducción, se consigue en la medida en

que ningún bucle, representando un concepto aplicado, puede existir por sí solo, sino únicamente en diálogo con los demás. ¿Pero cómo puede ser así si las distinciones, por el hecho de ser diferentes, ejercen una fuerza de repulsión ortogonal¹¹ a la fuerza del proceso y deberían alejarse hacia el infinito o más allá? De hecho, esta estabilidad ocurre sólo si la colección necesaria de bucles, conceptos o cualquier otra cosa es envuelta por un proceso como la fuerza de orientación opuesta que crea su propio caparazón y distinción así como la fuerza desviadora ortogonal. Sin embargo, todas las fuerzas dirigidas ortogonalmente llevan un signo de orientación: el del proceso que las crea.

El trazado de las líneas del proceso (líneas $Ap(Proc_0)$) que crean las distinciones se designa como "+", calificado bien como en el sentido de las agujas del reloj, bien en el sentido contrario. Por el contrario, el trazado de las líneas dirigidas ortogonalmente (atravesando las distinciones de la forma D_2) producidas por los procesos "+", se designa "-" y se denomina un desdoblamiento. Estos desdoblamientos están dirigidos, más que orientados, pero llevan un signo de orientación que indica su origen.

Partiendo de estas nociones básicas se puede establecer un cálculo bastante elaborado y medianamente manipulable, destinado a una consideración de las singularidades y bifurcaciones. Desde ese punto no es demasiado difícil demostrar algunos de los mecanismos de creatividad, formación de analogía y generalización, dado que se deriva, a partir del edicto inicial de muchos cordeles trenzados representando procesos en un concepto, que cualquier generalización es en sí misma un concepto. Desde ese punto no resulta excesivamente difícil esbozar la necesidad fundamental de la conversación y profundizar en un cálculo de acción, todavía en fase embrionaria pero en vías de desarrollo.

20.6. Representación gráfica

20.6.1. La forma de los conceptos

Por encontrarnos ahora en un mundo gráfico recurriremos muchas veces a las ilustraciones. Aunque estas ilustraciones se han realizado como proyecciones geométricas, su significado deseado es relacional o topológico; las magnitudes absolutas, por ejemplo, carecen de significación.

Un observador, un observador participante atento al discurso, elige un elemento de discusión al que decide denominar un concepto. Forma parte de esta elección que determine la orientación de un proceso, de acuerdo con el último epígrafe, designado "+": de un procedimiento aplicado o varios de ellos aglutinándolos como una entidad coherente por un proceso de orientación, sea en el sentido de las agujas del reloj o en contra, que haya sido asignado a un concepto. Al igual que los procesos tipificadores de los múltiples cordones (por tanto de orientación opuesta), el proceso conceptual genera una distinción que lleva la marca del proceso conceptual pero ortogonal al mismo, es decir, "-". Esto, a diferencia de $Ap(Proc_2)$ de los procesos designados "+" se identifica con la distinción, D_2 , conforme se señaló anteriormente. Estos aspectos fundamentales deben quedar claros en las Figuras 20.7 (a y b), 20.8 (a y b) y 20.9 (a y b), la última de las cuales indica que existe un concepto, quizá como una entidad transitoria o evanescente toda vez que posee el valor de verdad hermenéutica, gráficamente representado como "que se muerde la cola", siguiendo su distinción, y formando por tanto un toro a partir de un cierre cilíndrico.

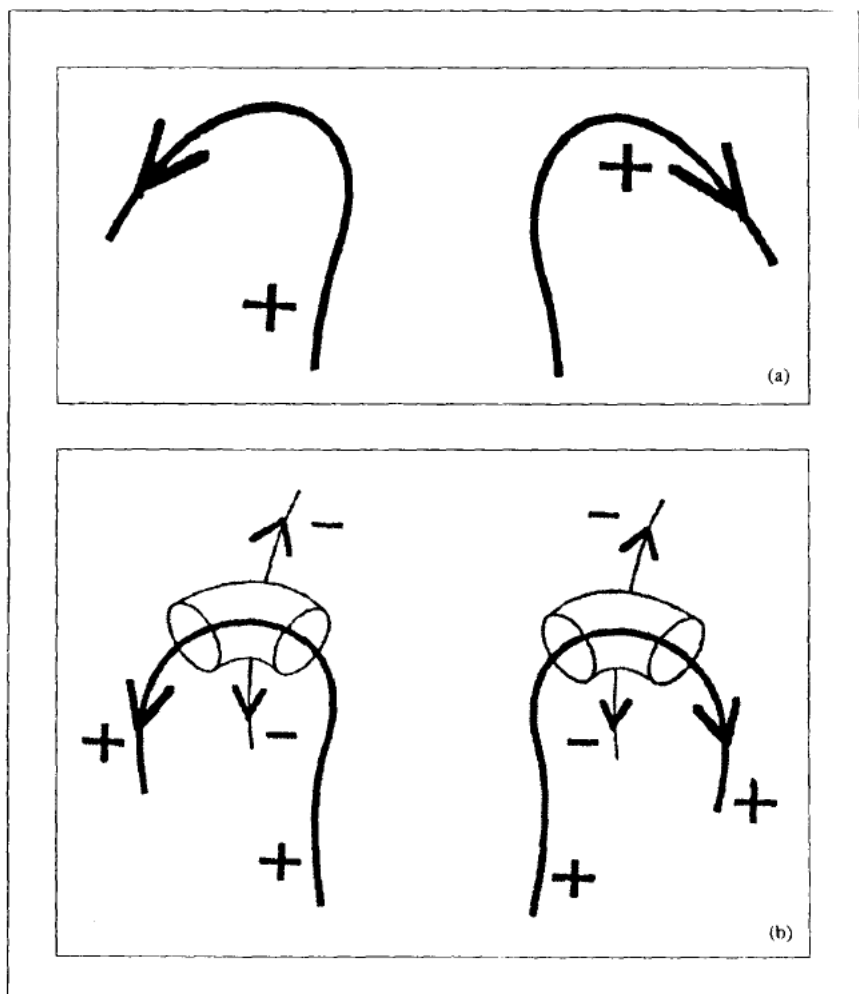


Figura 20.7. a) La parte procesual de un concepto, esto es $Ap(Con_x)$ en orientación a favor y en contra del sentido de las agujas del reloj. La orientación o lo que elijamos llamar un concepto es arbitrario, pero debe ser añadido consistentemente. En la suma cada "línea" de concepto debe ser entendida como finita, formada por un número indefinidamente grande de diferentes "líneas", separables en su caso como refinamientos del concepto; y b) Distinciones complementarias, D_x , para cada orientación, representada como un caparazón cilíndrico ejerciendo una fuerza de separación perpendicular al proceso generador. Arbitrariamente el proceso recibe el signo "+", la fuerza perpendicular de separación está señalada con "-".

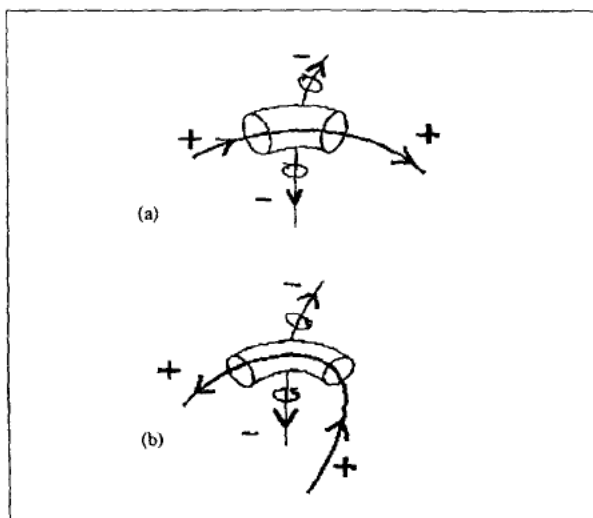


Figura 20.8. (a y b): Aunque los componentes "+" de un concepto TIENEN una orientación, en el sentido o contra el sentido de las agujas del reloj, el componente distintivo "-" NO la tiene. En su lugar, tiene un signo equivalente a la dirección del proceso de generación

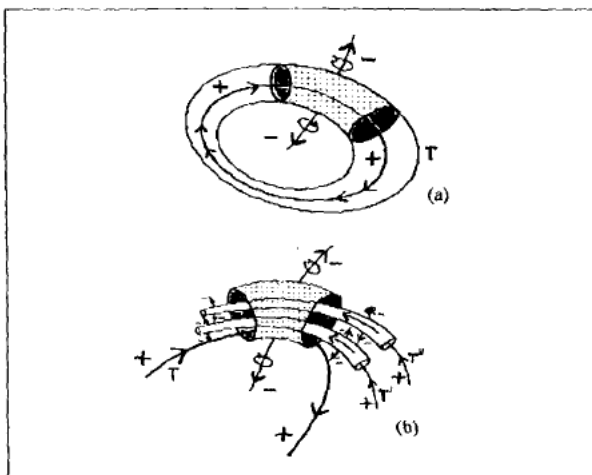


Figura 20.9. a) Verdad hermenéutica y concepto de existencia, representado por una circularidad para mostrar el progresivo refinamiento del significado; y b) Cualquier concepto está compuesto de una indefinida cantidad de refinamientos

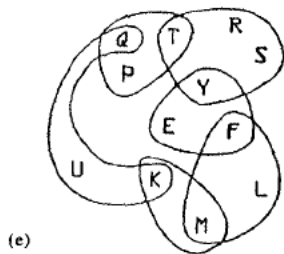
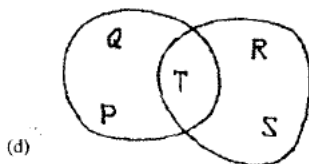
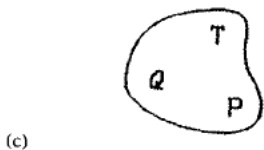
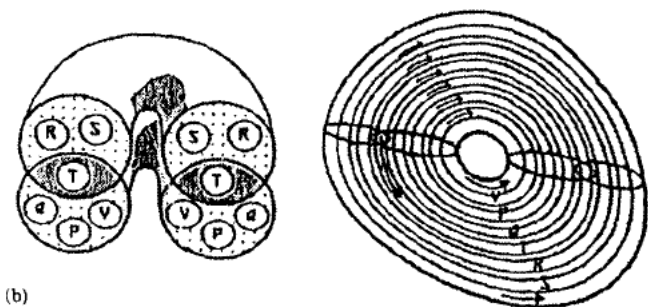
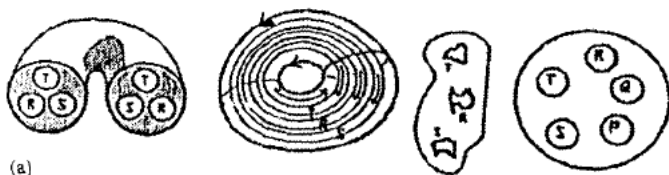


Figura 20.11. (a, b, c, d, e)

(Continúa)

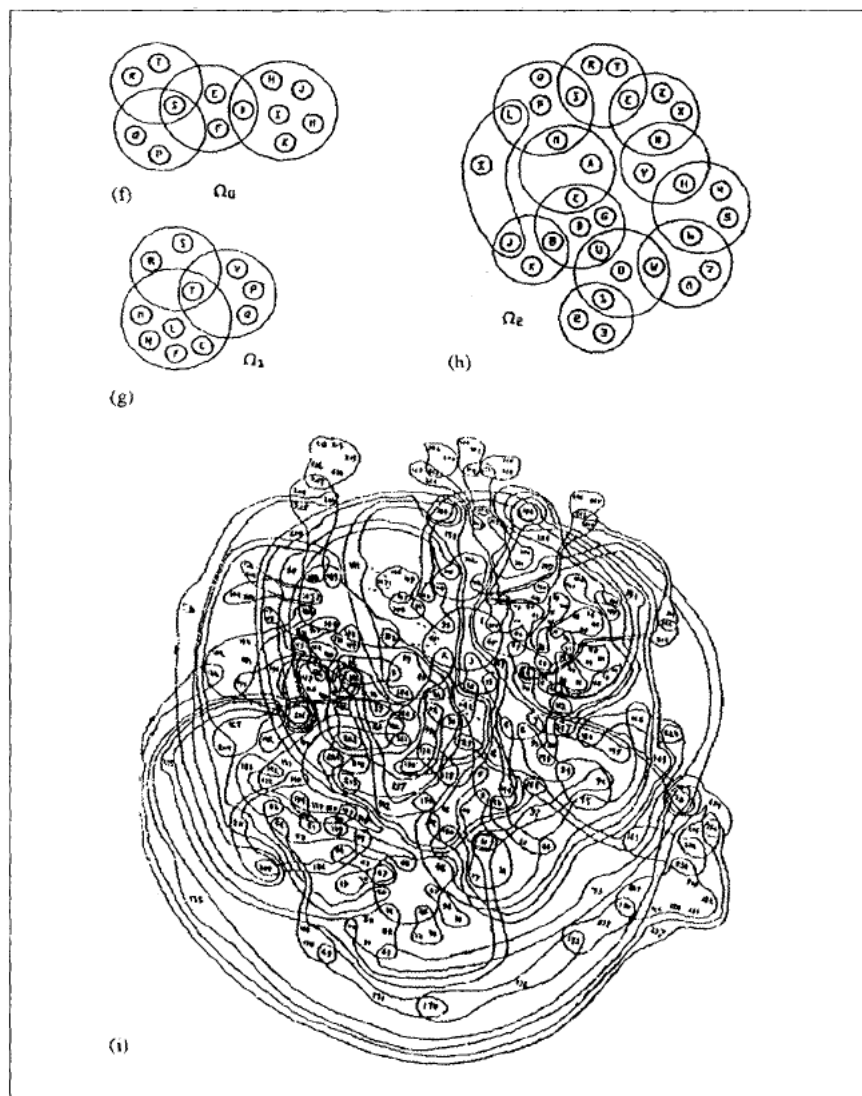


Figura 20.11. (a y b) Secciones horizontal y vertical de formas colectivas y distributivas, (c, d, e, f, g, h, i), construcciones usando la forma canónica de la figura 20.6. Esto es la mitad de las secciones verticales vistas en las figuras 11a y 11b

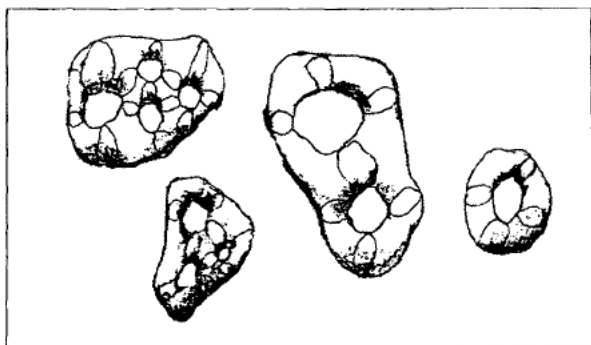


Figura 20.12. Las distinciones periféricas de varias mallas, todas ellas toroidales de diferentes clases

20.6.3. Mallas que se desdoblán, criterios de validez

Si seleccionamos un concepto inscrito en una malla, se puede realizar una operación, Un, que tiende a la dirigida “-”, pese a la orientación marcada por la “+” u orientación del proceso del origen seleccionado. Esto supone un desdoblamiento de la malla, del cual existen varios tipos. Algunos, denominados “Prune” y “Selprune”, aparecen en las Figuras 20.13 y 20.14 y existe un sentido demostrable en el que la capacidad de desdoblamiento de una malla afirma su validez en Lp, su coherencia y legitimidad, aunque todo lo que usted o yo podamos garabatear en el papel no sea necesariamente correcto de acuerdo con la lógica de la coherencia, la distinción y la acción. La Figura 20.15 (a y b) presenta la construcción menos compleja, por lo menos la que yo conozco, que contraviene la que actualmente se conoce como “Regla de Génova” por deberse a Vittoria Midora, en aquella etapa de Rinaldo Sanna y su CNR Institute en Génova.

20.6.4. Incoherencias y sus soluciones

Este sencillo modelo y sus numerosas ramificaciones y derivaciones pueden resolverse de diversas maneras, algunas de las cuales, si al lector le gustan las explicaciones estáticas, se encuentran en la Figura 20.16. Sin embargo todas ellas implican la creación de analogías y generalizaciones, así como la ejemplificación de conflictos y resolución de los mismos, es decir, incoherencia, y su resolución mediante la creación de analogías y generalizaciones.

No obstante, existen evidentemente innumerables soluciones dinámicas. Por utilizar metáforas de la química cuántica, y que nadie me acuse de construir una química de la mente, son *tantoméricas*, *moléculas en equilibrio dinámico* como el éster acetoacético, algunos híbridos semejantes que muestran una estabilidad peculiar como el anillo de benceno, en donde es preciso cambiar por completo el marco de referencia a fin de describir la realidad en la mente y volver a pensar o evaluar nuestras anteriores reflexiones y el carácter del Lp subyacente.

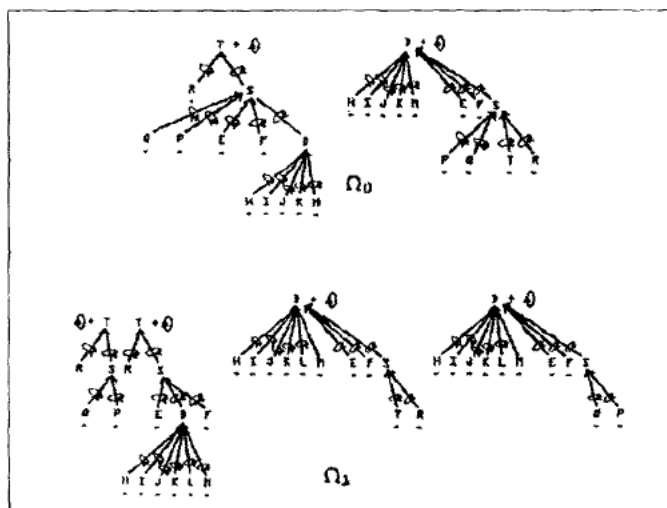


Figura 20.13. Desdoblamientos de llenado o tipo "prune" de las mallas de las figuras 11f y 11g

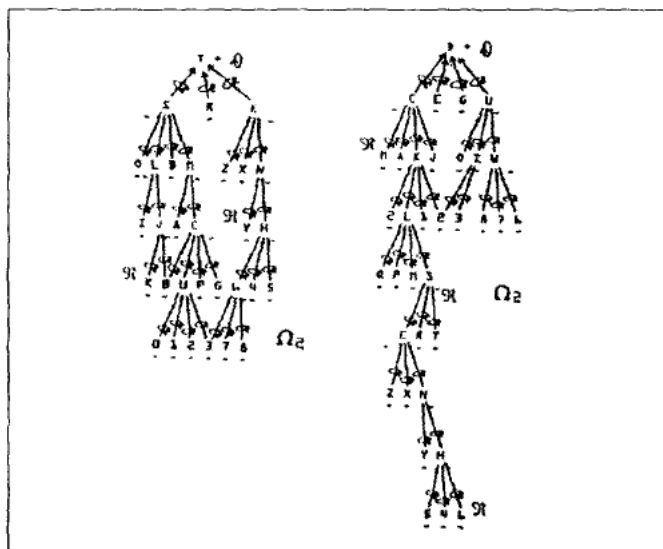


Figura 20.14. Varios desdoblamientos de especificación o tipo "Selprune" de la malla presentada en la figura 11h. El símbolo R representa la interrupción de una secuencia repetitiva infinita

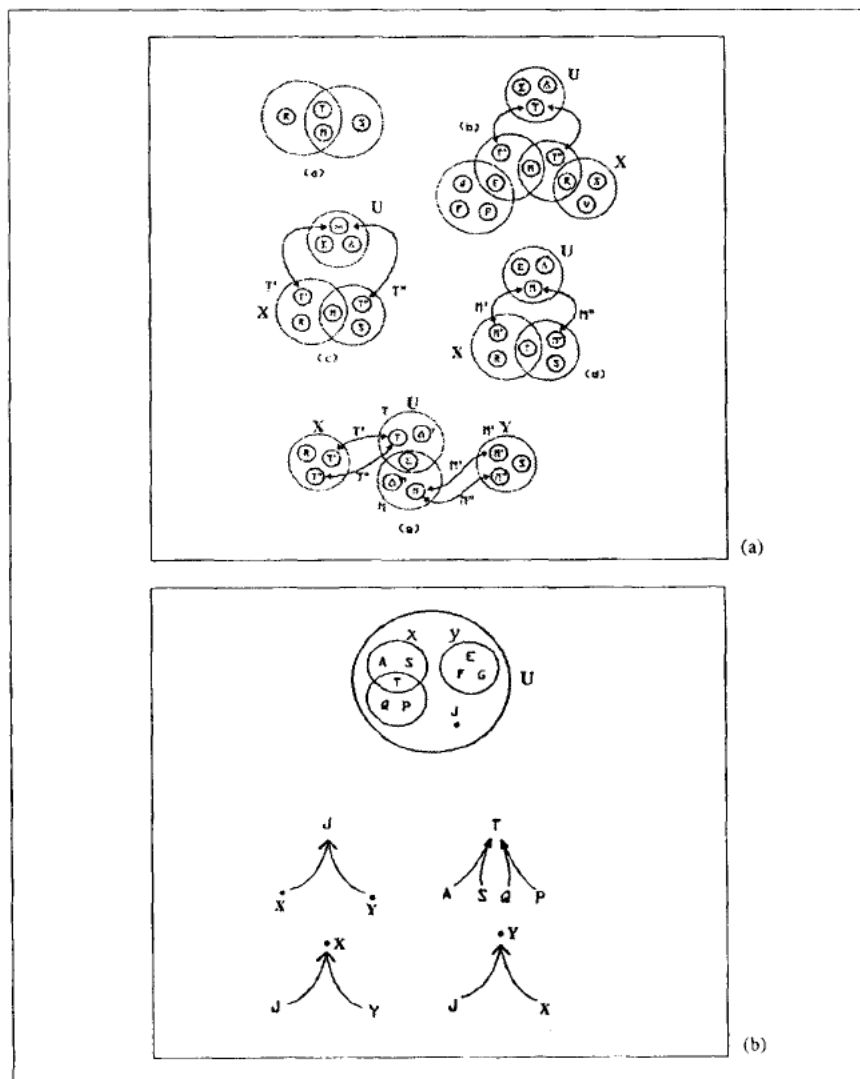


Figura 20.15. a) Ejemplos contrafácticos de la Regla de Génova, junto con algunas soluciones, todas ellas creando una generalización y una diferencia entre sus refinamientos y sus consiguientes conceptos analógicos. Aquí la ambigüedad deja de serlo para resolverse y la solución es posible. b) La estructura y desdoblamiento de una generalización

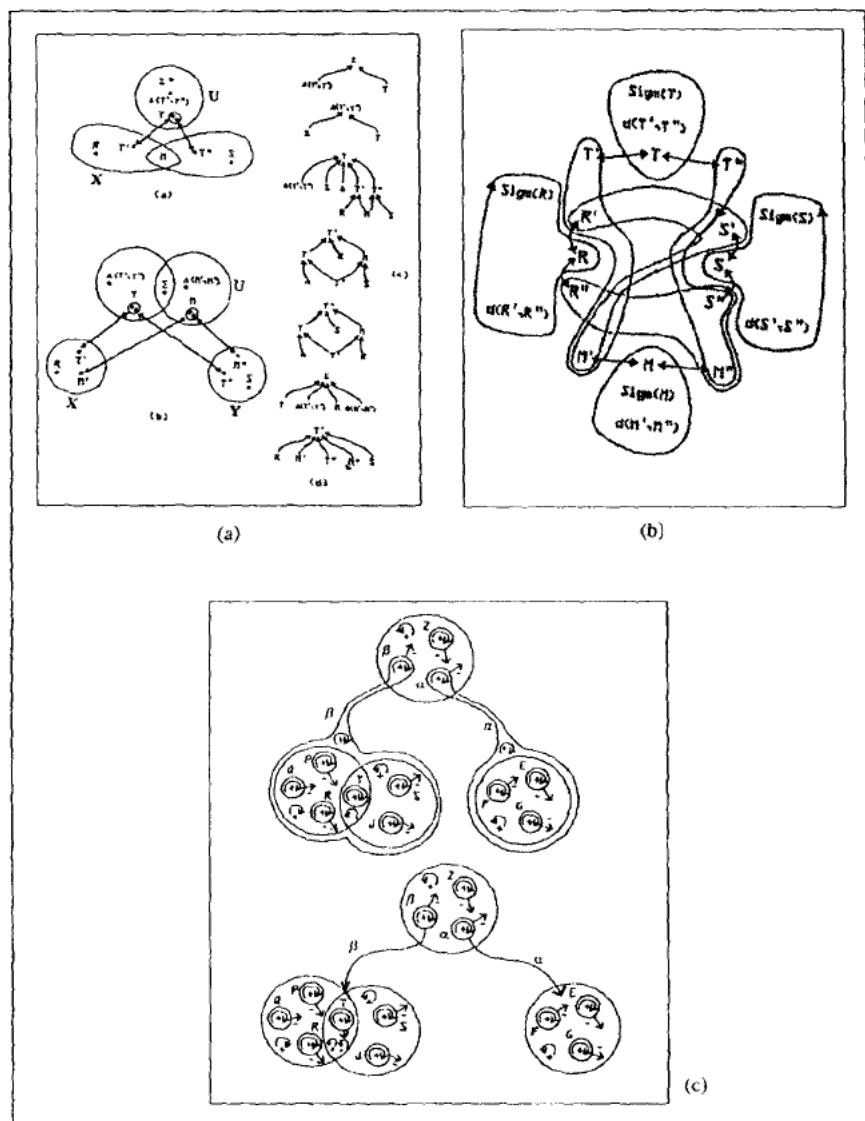


Figura 20.16. a) Desdoblamiento de analogías y resoluciones; b) Resonancia conceptual, equivalente a la resonancia molecular; c) Sección de un concepto análogo justificando desdoblamientos

20.6.5. Ambigüedades en general

Como ya se ha dicho, la incoherencia y la ambigüedad lingüística nacen de circunstancias semejantes a las descritas en las Figuras 20.15 (a y b) y 20.16. Se trata de una excesiva simplificación, como se ve en las Figuras 20.17, 20.19 y 20.20, cuando un desdoblamiento de cualquier tipo, si está correctamente marcado con niveles desde su origen, presenta una ambigüedad, una forma de incoherencia. Si marcamos los niveles desde el origen del desdoblamiento, en un caso se observa que X e Y (NOMBRES de conceptos) se encuentran en el MISMO nivel, por lo que pueden igualarse para obtener una estructura cíclica, indicándose los residuos con objeto de evitar la repetición indefinida de una serie infinita. En el otro caso X e Y, estando en profundidades diferentes del desdoblamiento, NO son IGUALES, sino como mucho isomórficos, en una analogía general con sus diferencias y semejanzas perfectamente especificadas. Estas construcciones se explican en la Figura 20.18. Además de las soluciones ilustradas existe un número indefinidamente amplio de formas híbridas similares, siendo todas ellas resoluciones de la ambigüedad o incoherencia. Es de la mayor importancia entender que las construcciones analógicas pueden presentarse de una forma topológicamente admisible y representable, mediante proyección

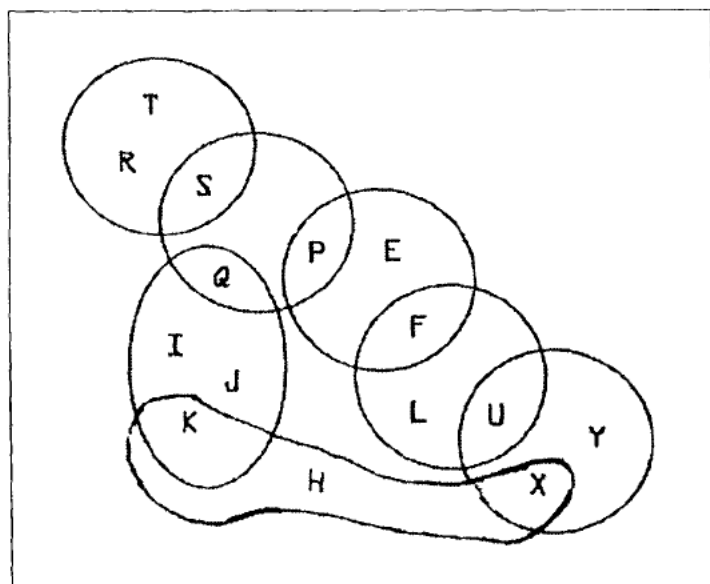


Figura 20.17. Ambigüedad emergiendo en una malla por considerar a la vez los nombres de los conceptos y su profundidad respecto al origen en un desdoblamiento

geométrica, a costa de las convenciones arbitrarias, en representaciones tales como ruptura de distinciones, toros de doble vuelta y botellas de Kline, aunque sólo sea porque todas estas representaciones no pueden desdoblarse.

Las nociones explicadas en los epígrafes 20.4 y 20.5 indican de qué modo se puede estimular o suprimir la creatividad, por ejemplo fomentando la generación de conflictos y la resolución o no de los mismos por la yuxtaposición de perspectivas. Por el contrario, podemos suprimir la creatividad insistiendo en normas institucionales o en los programas y planes de estudios.

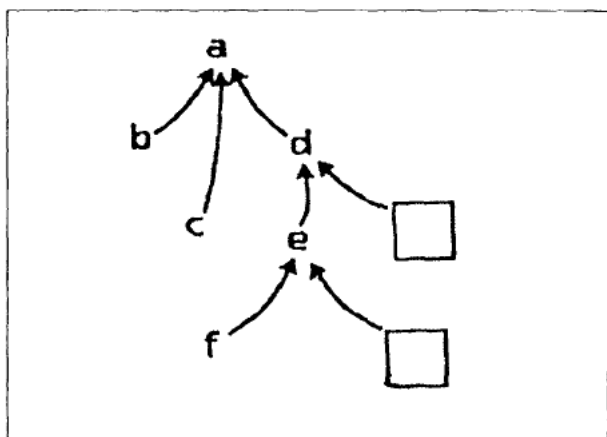


Figura 20.18. Desdoblamiento de grupos, considerados como grupos generalizados, a, b, c, d. Los cuadrados denotan vacío

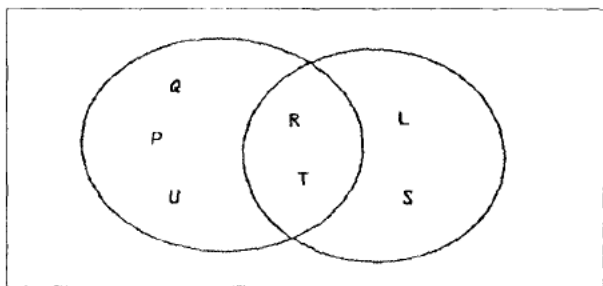


Figura 20.19. Ejemplo de ambigüedad ambigua.

20.6.6. La periferia

La distinción más externa de una malla se diferencia de las distinciones internas como su periferia. Presenta ciertos atributos característicos en la medida en que, por ejemplo, un desdoblamiento general como “prune” (o todos los planes o medios posibles de aprender sobre el concepto de origen) o “selprune” (un medio diseccionado de derivar, aprender o proyectar alcanzar el concepto de origen) terminan en este punto, a menos que sean truncados de forma prematura, y son literalmente radiados en un campo Lp, con los cruces de distinción preservados (como en las Figuras 20.22 y 20.24). Como tales están abiertos a la captura en un interfaz, como en las Figuras 20.1 y 20.2, al igual que la radiación electromagnética está abierta a la captura por un ariel unido a un receptor en resonancia con esta radiación, siendo las distinciones transmitidas iguales a las modulaciones de una onda portadora de la frecuencia apropiada. La Figura 20.24 intenta indicar la sustancia de estas transacciones con mayor detalle y con mayor claridad de exposición.

Estas observaciones dan idea acerca del sentido de mucho de lo que se desecha como apócrifo, correspondiente a la parapsicología arcana. Fenómenos tales como la telepatía o incluso la telequinesis no resultan ser necesariamente desvaríos en la frontera, como a menudo se suponía, si se investigan con métodos adecuados capaces de aceptar las relaciones $n > 2$ ádicas y una reevaluación de la temporalidad.

Pero ésto no es todo lo que tenemos que decir acerca de las distinciones periféricas, toda vez que tienen mayor significación cuando se consideran como las fronteras que delimitan los P-Individuos, estén o no M-Individualizados en un tejido o medio. Si el medio es similar, el mismo, si es una persona participante, o son miembros de una iso-inter-familia como lo es una sociedad, organización o civilización, conforme se ha desartollado en otras publicaciones, Pask *et al.* (1989, 1993, 1994), entonces tienen la propiedad de ser una especie de participante definido como <P-Individuo, M-Individuo o miembro de una iso-inter-familia>, el o está utilizado como anteriormente, en el sentido BNF de este término.

20.6.7. Acción e interacción

Claramente, cualquier intercambio conversacional es una interacción. Pero sin embargo puede ser una interacción simbólica como en la Figura 20.1 o incluso en la Figura 20.2. Existen también acciones, no negando las reglas de los actos del lenguaje aunque se concentran en hechos como dar puntapiés o palmaditas en la espalda, que tienen un contenido innegablemente simbólico pero que también pueden considerarse como acciones deliberadas o casuales, invariablemente movimientos concretos. Del mismo modo, si yo actúo de ese modo sobre TÚ o ELLOS, TÚ o ELLOS pueden actuar o reaccionar sobre mí.

¿Cuál es, en esta distinción periférica, la frontera en evolución de una persona, organización, cultura, nación o civilización que constituye la génesis de la acción? Esta adivinanza ha dejado y continúa dejando perplejos a muchos, entre ellos a mí mismo. No obstante me atrevo a afirmar que, en el caso más elemental, si un par o más de “-” desdoblamientos dirigidos de signos de orientación opuesta, desde el sentido de las agujas del reloj hacia el opuesto o viceversa, tropiezan con la misma distintiva frontera, periférica, se cancelan sus signos y se produce la acción. Pero, ¿cómo puede ocurrir ésto, especialmente dentro de las fronteras EN EVOLUCIÓN de un participante, el modelo menos elaborado?

20.6.8. Operadores preposicionales

En un debate iniciado en Montreal y continuado en Padderbon y Viena con el Prof. Dr. Lansky y su hija se planteó una hipótesis verosímil. En su tesis ella había elegido, por buenas razones, centrar su atención en términos preposicionales como “dentro/fuera” o “encima/debajo” o “izquierda/derecha” o “antes/después”. Sin embargo es evidente que estas palabras tienen significados muy diferentes en distintos campos de interpretación, es más, que no son binarias ni cerradas puesto que, como ocurre con frecuencia, pueden descubrirse, inventarse o añadirse a la lista otros términos. Dado que estas observaciones, evolución e invención de cualquier añadido de relación no están totalmente de acuerdo con la idea lingüística de una preposición, utilizaré la expresión “operador preposicional” en lugar de preposición solamente. Como hemos visto, se pueden concebir mallas de operadores preposicionales, todos los cuales contienen indicadores, “la direccionalidad EN un terreno”, el “terreno en sí” (geográfico, político o de otro tipo) y el propio concepto, a aplicar conforme se disponga. Lo importante es que las ordenaciones del pensamiento sobre una estructura conceptual (pongamos, como se representa en una malla), son órdenes en el mundo del intelecto y mínimamente en un mundo soñado, en tanto que las ordenaciones determinadas por un operador preposicional son las apropiadas para la política, geografía o cualquier cosa que esté determinada por el desdoblamiento simultáneo de una malla de operadores preposicionales. Las Figuras 20.20 y 20.23 presentan la disposición de una malla con una malla de enlace que relaciona conceptos relevantes en una o varias mallas, características de participantes, de forma que la ordenación del pensamiento se ve constreñida por el terreno de lo que se está pensando, y por tanto, de la acción en un ámbito determinado.

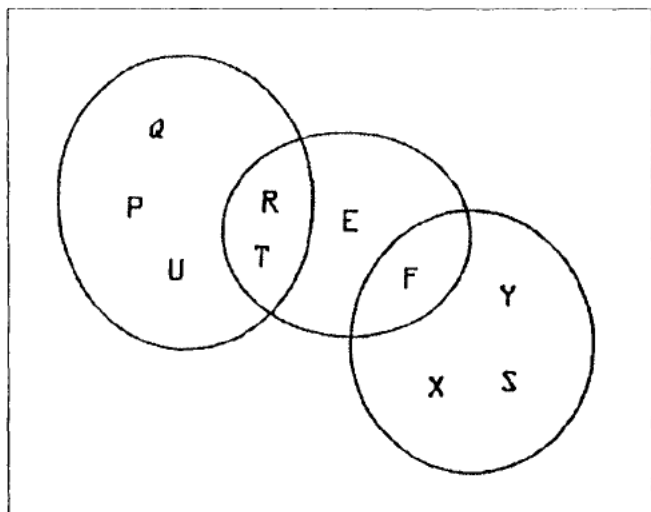


Figura 20.20. Ejemplo de ambigüedad ambigua con una malla de enlace

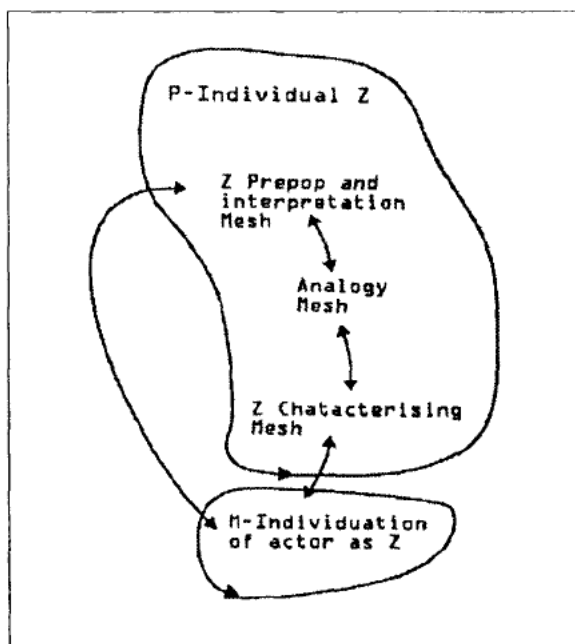


Figura 20.21. Configuración de una red de operadores preposicionales en un P-Individuo M-individualizado

20.6.9. Más allá de la Teoría de la Conversación

Todo esto está muy bien para la CT, donde existe un punto inicial y un punto final y una especie de continuidad de conversación entre ambos. Por su parte, en la teoría de la IA no pueden hacerse estas suposiciones, cuestión que ha sido ya probada con cierta extensión. Todos sabemos (o deberíamos saber) que la sencillez de la sucesión temporal, la distinción entre la acción y el pensamiento son mucho más complejas de lo que se imaginaba y que el mismo concepto de la individualidad es un mito culturalmente arraigado y también falso, aunque muy difundido.

20.6.10. La Teoría de la Interacción de Actores

Al realizar un examen casual se observa que la IA es una extensión de la CT con algunas diferencias notables, como es lógico. En efecto, estas diferencias son cruciales y unas cambian la estructura de la teoría.

Por ejemplo, como aproximación útil es totalmente cierto que las conversaciones tienen una puntuación "inicial" y "final". Esta aproximación resulta valiosa si se acepta que todos los conceptos iniciales y todos los conceptos finales difieren entre sí. La puntuación inicial y final es admisible sólo porque, si fuéramos estrictos en ese sentido, la libertad que nos tomamos es que el principio y el final son ciertos acontecimientos en un orden temporal, newtoniano, en una ordenación lineal, implicando que los conceptos denominados T, R, S, etc., al igual que los participantes, permanecen invariables. Desde luego todos sabemos que éste es el mayor sinsentido, que es totalmente falso, pero, por otro lado, se mantiene en alguna cuasi-imagen, donde prevalece únicamente el tiempo newtoniano entre el comienzo y el final... en una coalición de P-Individuos, si bien este grado de sincronidad se produce en contadas ocasiones. Por ejemplo, en un aeropuerto o en un terreno de edificación raramente encontramos esta armonía, y estas, en cuanto organizaciones e instituciones, son coloquios de P-Individuos. Incluso aunque sea un falso lugar común imaginar la linealidad estricta, nuestra máxima aproximación a los hechos de la cuestión consiste en indexar los conceptos o participantes por tiempo= t , o transformarlos en los pobres intentos de la cinesis como funciones de t .

Realmente debemos poder alcanzar un tiempo vectorial (como en la Figura 20.24) que varíe de acuerdo con los propios componentes P-Individuos dependiendo en mayor o menor grado del acoplamiento entre los roles asignados a o adoptados por los participantes. Pese a que una exposición correcta de la CT admite, incluso afirma la alteración de los procedimientos durante su aplicación, tenemos que suponer, en la CT, que la M-INDIVIDUALIZACIÓN de los participantes se mantiene invariable, generando por tanto el pseudodilema de la

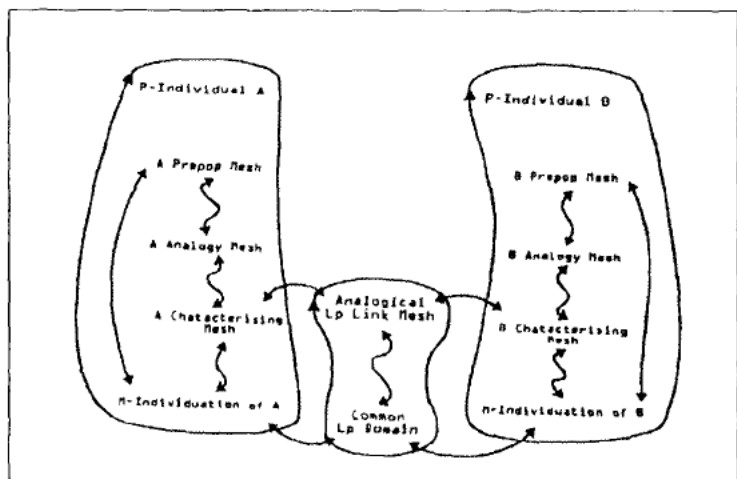


Figura 20.22. Interacción de actores A y B en los terrenos y órdenes prescritos por las mallas de sus operadores preposicionales. A y B pertenecen a una misma iso-inter-familia, determinada en parte por su M-Individualización

dicotomía mente/cuerpo. En la teoría de la IA hemos de aceptar que un medio sociocultural, tipificado por la *M-Individualización*, también aparece en virtud de la adaptación, aunque sólo sea para formar las iso-inter-familias, que constituyen el substrato habitual de una organización o una sociedad creadas adaptativamente y que de hecho existen.

En términos pragmáticos y científicos, la IA es algo más que una mera extrapolación de la CT. Formula y maneja, y en ocasiones resuelve, problemas como los de la educación, gestión y el choque de las culturas, una patología fútil y destructiva a la que todos somos propensos, al menos con cierta obsesión. En la praxis la teoría de la IA se refiere a protestas y rumores de protesta, a guerras y rumores de guerra, a la prevención de estos males. Pero la cara más optimista de la imagen corresponde al fomento y cuidado de la cultura, belleza y magnificencia; las máscaras y pantomimas de una civilización que, al igual que un grupo de payasos fuera de su trabajo, son serias, incluso tristes, y que, por todo el humor con el que contribuyen a nuestra felicidad, deben ser tomadas en serio, con mayor seriedad que los pedantes, fanáticos y moralistas de este bello mundo.

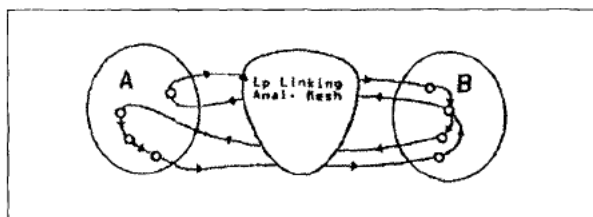


Figura 20.23. Representación explícita de ciclos de desdoblamiento que deben existir

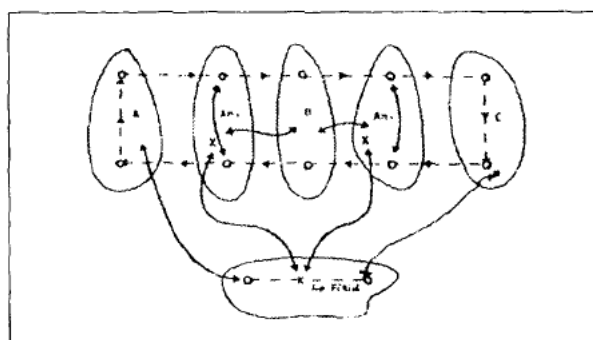


Figura 20.24. El caso general de la organización social. Las marcas indican puntos en los cuales un desdoblamiento empuja la periferia de la malla y conduce a una radiación simbólica, a la inversa para la recepción de un miembro de la misma iso-inter-familia de actores que tienen los mismos tipos de *P-Individualización*